

MÉXICO 2010

Bicentenario Independencia
Centenario Revolución

GOBIERNO
FEDERAL

SEP



ADMINISTRACIÓN FEDERAL DE SERVICIOS EDUCATIVOS EN EL DISTRITO FEDERAL

DIRECCIÓN GENERAL DE OPERACIÓN DE SERVICIOS EDUCATIVOS

COORDINACIÓN SECTORIAL DE EDUCACIÓN PRIMARIA

Leemos mejor día a día

ANTOLOGÍA

Cuarto grado



Vivir Mejor

La antología de lecturas *Leemos mejor día a día. Cuarto grado*, fue elaborada en la Coordinación Sectorial de Educación Primaria.

Luis Ignacio Sánchez Gómez
Administrador Federal de Servicios Educativos en el DF

Antonio Ávila Díaz
Director General de Operación de Servicios Educativos

Germán Cervantes Ayala
Coordinación Sectorial de Educación Primaria

Coordinación del proyecto:

Felipe Garrido
Academia Mexicana de la Lengua
Laura Nakamura Aburto

Selección de textos:

Georgina Juárez Iniestra
Mariana Cerón Enríquez
Argelia Rodríguez Ovando

Colaboración:

María del Refugio Camacho Orozco

La mayoría de los textos reunidos en esta antología proceden de los libros que se hallan en las bibliotecas escolares y de aula. La lectura que se hace al inicio de cada jornada escolar es una invitación para que los alumnos –y los maestros– busquen el libro y lo lean completo.



<http://ayudaparaelmaestro.blogspot.com/>

PRESENTACIÓN

“Leer de a de veras es una tarea que ocupa toda la vida; siempre es posible ser un **mejor lector.**”

Felipe Garrido

La lectura es el instrumento esencial para la mayor parte de los aprendizajes que ofrecen la escuela y la vida. La lectura es la entrada a la cultura escrita, y sobre la cultura escrita se ha levantado nuestro mundo. Leyendo podemos aprender cualquier disciplina y abrirnos múltiples oportunidades de desarrollo, lo mismo personal que comunitario. Una población lectora es una población con mayores recursos para organizarse y ser productiva.

La aspiración es que la escuela forme lectores que lean por voluntad propia; personas que descubran que la lectura es una parte importante de su vida y que, a través de la lectura, desarrollen el pensamiento abstracto, la actitud crítica y la capacidad de imaginar lo que no existe –tan útil en la política, el comercio y los negocios como en la medicina, las comunicaciones y la poesía. Personas capacitadas para ser mejores estudiantes, pues sabemos que, en general, el fracaso o el éxito escolares tienen una relación directa con las capacidades lectoras de cada alumno.

Por todo lo anterior, la Administración Federal de Servicios Educativos en el Distrito Federal ha puesto en marcha el programa “Leemos mejor día a día”. El propósito de este programa es impulsar el desarrollo de las competencias comunicativas de los alumnos, de manera enfática en la lectura y la escritura. Para ello se proponen seis acciones:

1. Lectura de los maestros ante el grupo como la primera actividad del día. En voz alta, que sirva de modelo, que muestre al grupo cómo se lee, cómo se da sentido y significado a un texto.
2. Veinte minutos de lectura individual o coral tres días a la semana.

3. Veinte minutos de escritura libre dos días a la semana.
4. Publicación en cada salón, escuela y zona escolar de los avances mensuales en velocidad de lectura. Comunicación bimestral a padres de familia en los días de firma de boleta.
5. Veinte minutos de lectura en voz alta en casa. Los padres de familia “certifican” con su firma que sus hijos leyeron día a día 20 minutos en casa.
6. Consejos técnicos centrados en la mejora de la competencia lectora.

La primera acción es la lectura de los maestros ante el grupo como actividad con la que se inicia el día. Se propone que el maestro inicie la jornada escolar con una breve lectura. Es sabido que una de las más eficaces y sencillas maneras de acercar a los niños – y a los adultos– a la lectura es leyéndoles en voz alta, compartiendo con ellos toda clase de textos, lo mismo literatura que divulgación científica, historia, tradición; la lectura en voz alta, además, es el mejor modelo para que el alumno vaya descubriendo cómo se lee, cómo se le da sentido y significado a un texto.

Para que esta lectura diaria cumpla con su propósito debe ser variada; de temas, tonos, atmósferas y climas diferentes; provocar risa un día, y al siguiente nostalgia, o curiosidad, o reflexión, o asombro, de manera que despierte en los niños el deseo de seguir leyendo y la convicción de que en los libros puede encontrarse la sorprendente variedad del universo y la vida.

Con la publicación de esta antología se pretende que el maestro cuente con un texto para leer a sus alumnos cada día del ciclo escolar. Los textos reunidos se caracterizan por su variedad de temas y géneros, así como por su atención a los valores – la educación no se constriñe a la información que reciban los alumnos; requiere trabajar en la formación de su carácter y sus actitudes.

La mayoría de los textos seleccionados proceden de los libros que se hallan en las bibliotecas escolares y de aula. La intención es que sea más fácil que los alumnos –y los maestros– respondan a la invitación a la lectura que es cada uno de los textos que día tras día lea el maestro. Los fragmentos que se leen al comenzar el día deben propiciar que los

alumnos –y los maestros– busquen el libro, lo lean completo y luego... pasen a otro... o vuelvan a leer el primero.

La extensión de los textos está calculada para que su lectura, más los comentarios del maestro para iniciar y para concluir la actividad, no lleven más de tres o cuatro minutos, y que la lectura que se haga sea eso: una manera amable, interesante, intrigante, conmovedora de comenzar el día; una lectura en voz alta que abra la jornada escolar.

Algunos de los textos llevan, *en cursivas*, comentarios o informaciones para abrir y cerrar la lectura. La intención es que sirvan de modelo a los maestros, no que sean seguidos al pie de la letra. Lo importante es recordar que conviene decir unas cuantas palabras antes de comenzar a leer: para preparar el ambiente, decir lo que significa alguna palabra rara, informar dónde se encuentra una ciudad o quién es un personaje, o cualquier otra cosa que permita a los alumnos entender bien el texto –no entender lo que se lee es la razón más frecuente para aborrecerlo; la comprensión es la meta más importante de la lectura.

Igualmente, hace falta, al terminar la lectura, plantear alguna cuestión que guíe la curiosidad o la capacidad de reflexión de los alumnos, que les permita vincular lo que han escuchado con lo que viven dentro y fuera de la escuela.

La mayor parte de los textos han sido retocados: para aclimatar el léxico y la sintaxis a los usos del español de México y para ajustar su extensión al tiempo previsto para la actividad.

Algunas lecturas son breves, el propósito es que en ellas haya más tiempo para interactuar con los alumnos. Si se están leyendo adivinanzas o trabalenguas, hará falta que los alumnos intenten adivinar las respuestas o repetir los trabalenguas.

La aspiración es que todos los días, maestros y alumnos del Distrito Federal compartan y disfruten este momento de lectura, que favorezca la creación de un ambiente de lectura y de complicidad alrededor de los textos.

Un equipo de docentes de las diferentes direcciones operativas del Distrito Federal se formó para elegir los textos. Su experiencia como maestros, su conocimiento de los alumnos en las diversas etapas de su desarrollo, su sensibilidad como lectores se ha

aprovechado para integrar las lecturas. La coordinación de este trabajo estuvo a cargo del maestro Felipe Garrido, quien con su larga trayectoria y experiencia como formador de lectores ha brindado acompañamiento y asesoría a este equipo en la tarea de selección y en la preparación de los materiales.

Ahora que esta antología llega a manos de los maestros, tenemos la oportunidad de que todos los que quieran participen: pueden solicitar el cambio de una lectura por otra; pedir que alguna sea suprimida; resaltar las virtudes o las ventajas de algunas; solicitar la inclusión de ilustraciones y materiales que no están en el libro que se ha tomado, como mapas, cuadros, fotos... Entre todos, iremos haciendo de esta antología un acompañante irremplazable de cada uno de nuestros días de clases.

La intención de la antología es facilitar las lecturas. Pero los docentes pueden sustituir algunos de estos textos por otros que ellos prefieran.

Lo importante es entender y disfrutar cada lectura. Conviene leer, y hasta ensayar, cada día lo que se leerá al día siguiente. Conviene leer los libros de donde se han tomado los fragmentos. Conviene leer otros libros, por lo que aprendamos en ellos y por el interés, por el gusto de leerlos.

I. El cedacero

Vamos a leer, para comenzar el día, algo cortito, divertido e interesante. Hoy será uno de esos cuentos que van pasando de generación en generación. Capaz que algunos de ustedes ya lo conocen.

Este cuento que les voy a contar me lo contaron mis grandes ¡y a ellos ya se los habían contado!

Trata de un hortelano que tenía tres hijos y una huerta muy grande donde cultivaba toda clase de árboles frutales... todo lo que puede caber en una huerta.

Los tres niños llevaban a vender la fruta cada semana al mercado del pueblo y con lo que ganaban vivían todos felices.

Pero ahí tienen ustedes que un día, camino del mercado, se encontró el niño mayor a un viejecito que luego que lo vio le dijo: –Buen niño, dime, ¿qué llevas en tu costal?

Y el niño de malcriado le contestó: –¡Piedras!

–¡Pues piedras se te volverán! –le dijo el viejecito.

Y como les voy diciendo, pasó el segundo de los hijos del hortelano y como al primero, el viejecito le preguntó: –¿Qué llevas en tu costal, buen niño?

–¿Qué he de llevar? ¡Piedras! –le contestó el niño.

–¡Pues piedras se te volverán! –le dijo el viejecito.

Pasó luego el niño menor y al preguntarle el viejecito que era lo que llevaba, el niño le contestó:

–¡Naranjas!

–¡Pues oro se te volverán! –le dijo el viejecito– así fue, pues cuando los niños llegaron al mercado y quisieron poner su puestecito, el niño mayor no encontró más que piedras en su costal; lo mismo le pasó al segundo; en cambio, cuando el niño menor abrió su costal encontró en vez de naranjas puras onzas de oro.

Entonces, ¡que cierra el costal! y coge camino para su casa.



Cuando llegaron del mercado los dos hermanos mayores, el hortelano les pidió los centavos de la venta y los niños tuvieron que contarle el castigo que habían recibido del viejito, por mentirosos.

Estando en esas llegó el niño menor.

El costal que traía sonaba que parecía música y al abrirlo, para entregarle a su padre el dinero, rodaron tantas onzas de oro que no pudieron contarlas.

Por lo que desde entonces los dos hermanos mayores quedaron muy resentidos.

Y ahí los dejamos con su sentimiento.

Una historia donde al bueno le va bien, y a los majaderos les va como en feria.

Teresa Castelló Yturbide, "El cedacero" en *Cuentos de Pascuala*. México, SEP-FCE, 1997.

2. Maravillas

En este cuento, la lectura es un boleto para llegar a otros mundos. ¿Dónde quieren ir? La lectura puede llegar a cualquier lado; todo depende de que escojamos el libro indicado.

Había una vez un reino que brillaba cada vez que los adultos les contaban a sus hijos las historias que habían aprendido cuando ellos eran niños, y cada vez que los niños recordaban o repetían esas historias. Éste era, y es, un hermoso lugar. Cuando la gente deja de leer, sin embargo, se vuelve el país más gris y triste del mundo.

Una vez esta región, que se llama Maravillas, estaba viviendo una época de melancolía porque había aparecido por ahí una maquina que se llama televisión, la cual no permitía que los niños cruzaran la frontera para entrar a Maravillas. Eso hacía el país más pequeño y a los niños empezaba a teñirlos de un extraño color gris. Así pasó por algún tiempo, pero parece que ahora las cosas empiezan a cambiar porque cada vez hay más niños que cada vez que pueden, y eso es todos los días, cruzan la frontera a Maravillas. Como ustedes lo saben, el pase para entrar al reino de Maravillas se llama lectura.

Siempre he pensado que los unicornios sí existen. Que esos seres de prodigioso cuerno todavía buscan lugares aislados para abreviar, alimentarse y descansar. Los veo

aproximándose, paso a paso a los lagos escondidos en medio de los bosques, levantando cautelosos la punta de su cuerno.

Es probable que yo haya leído, cuando niña, alguna historia donde aparecía este animal fantástico. O quizás algún pariente o amigo de la familia nos haya mostrado un libro con ilustraciones en donde yo vi por primera vez a los unicornios. El caso es que me apasioné por esa maravilla y ahora, muchos años después, tengo confianza en que los unicornios existen en algún lugar de este planeta.

Tú, ¿qué piensas?

Marín Medero, "Maravillas" en *De maravillas y encantamientos*. México, SEP. 2000.

3. Jorge y Gloria

“Jorge y Gloria eran novios. N-o-v-i-o-s. ¡De veras! Eran novios tan secretos –tan completamente en secreto– que después de un tiempo TODOS lo sabían.”

Las historias de amor casi siempre son muy interesantes. Quizás porque tienen algo de misterio que se antoja descubrir: las emociones de los demás. Más aun si se trata de niños. ¿Qué sienten los novios? ¿Cómo es el amor entre niñas y niños? ¿Entre ellos, siempre se aman igual?

La primera mirada, el primer contacto, son una aventura. El encanto con el cabello y la mirada de ella, el arrobamiento con las palabras de él. Y... lo más emocionante, entre otras cosas, ¡el primer beso!

“La primera vez que se besaron fue detrás de unos arbustos en el parque. Encima de ellos colgaba la luna en un árbol. Los ángeles cantaban a lo lejos. Parecía que...”

Aunque al principio todo parece felicidad, algo inesperado sucede, sin lugar a dudas:

“Gloria miró: el perro se levantó y puso las patas delanteras en los hombros de Jorge y movió la cola como un huracán. El perro lamió a Jorge en la cara. El perro lo lamió y

borró los besos de Gloria, y Jorge se lo permitió. Gloria sintió frío en su mano, aunque la había cerrado sobre la mano ausente de Jorge.”

En este libro como en muchas historias de amor, a pesar de los pesares, el final puede ser ¡muy, muy interesante! Tanto que en la cabeza ronda una pregunta de pocas palabras y mucha adrenalina ¿qué hacen unos novios, Jorge y Gloria, solos en el parque?

Tormod Haugen, “Jorge y Gloria” en *Amor y dolor*. México, SEP-Fundación Juan Rulfo, 1999.

4. Trabajar en el espacio

Podemos leer cuentos, o poemas, o libros de historia, o textos sobre ciencia, sobre tecnología, como éste que ahora les voy a leer.

El 4 de octubre de 1957 la Unión Soviética lanzó el Sputnik, el primer satélite artificial. En los cincuenta años que han pasado desde entonces, son muchos los pasos que se han dado en el espacio. La tecnología ha avanzado mucho y hoy nos parece normal que haya miles de satélites artificiales, sondas planetarias y astronautas de paseo.

Las personas que trabajan en el espacio tienen que entrenarse para estar en buena forma. Para ellas lo más difícil es adaptarse a flotar en el espacio. Cuando salen de las naves tienen que protegerse del calor y de la falta de oxígeno.

Un trabajo arriesgado

En el espacio todo es diferente; la falta de gravedad hace que las cosas floten. Los objetos pequeños hay que sujetarlos con velcro o con cinta adhesiva y no se puede comer pan porque las migajas estarían por todos lados.

Algunos viajes al espacio han fracasado por fallos técnicos en las naves espaciales. Ese es el caso de las primeras misiones Apolo y Soyuz, que en 1967 les costaron la vida a cuatro astronautas.

Yuri Gagarin fue el primer ser humano que viajó por el espacio; el 12 de abril de 1961, en la nave *Vostok*, fue puesto en órbita alrededor de la Tierra.

La preparación física para la falta de gravedad es muy importante para los astronautas. Dicen que lo más parecido a la falta de gravedad es estar buceando en el fondo de una alberca.

Además de hacer experimentos científicos, los astronautas arreglan satélites y construyen las estaciones espaciales.

No crean que a mí me dan muchas ganas de andar por el espacio. Me gusta apoyar los pies en la tierra. Pero mucha gente quisiera ir a otros planetas. ¿Y a ustedes? ¿De veras les gustaría ir a la Luna?

Ofelia Ortega, "Trabajar en el espacio" en *El universo*. México, SEP-Parramón, 2006.

5. Robots

Hoy en día nos asombramos de los adelantos tecnológicos que conocemos por diversos medios ¿quién podría imaginar que puede haber máquinas diminutas que realizan distintas tareas? Vamos a ver de qué se trata.

Los robots son asombrosas máquinas que pueden programarse para que funcionen solas. Pueden ir a muchos lugares peligrosos, desde el espacio exterior hasta lo profundo del mar.

Los robots tienen ojos, oídos y boca; reciben información externa por medio de sensores.

El robot Sony tiene sensores que registran el sonido y cámaras que capturan imágenes.

Los robots que son trabajadores manuales suelen realizar diversas tareas. Sus manos les permiten sujetar y usar diversos tipos de objetos y herramientas.

Se mueven mediante ruedas, bandas de oruga (como los tanques) o piernas. Los robots tienen piernas como los humanos. Los controladores son el cerebro del robot: les permiten tomar decisiones y accionar sus partes. Los controladores suelen ser computadoras.



El robot Deep Junior es un veloz pensador, porque puede pensar tres millones de jugadas de ajedrez por segundo. Jugó una partida con el excampeón mundial de ajedrez Garry Kasparov.

Otro robot, llamado Emuu, tiene sentimientos: interactúa con las personas y puede expresar muchos estados anímicos, como la felicidad, el enojo y la tristeza.

Algunos robots son controlados directamente por personas; otros son autónomos. Por ejemplo un robot japonés que aprende a caminar solo.

Los robots con brazos son los más comunes. Su brazo articulado puede moverse en varias direcciones, como el humano. Los brazos de muchos robots tienen manos, llamados sujetadores. Éstas cuentan con sensores de presión que les permite calcular la fuerza necesaria para agarrar un objeto. Algunos robots tienen forma de animales.

A veces es así porque son modelos animatrónicos para una película.

Las serpientes robot S5 pueden deslizarse a lo largo de tubos y otros espacios estrechos.

El modelo de la mariposa monarca aletea usando músculos de alambre que se acortan cuando se les aplica electricidad.

El robot Afghan Explorer, algún día podrá visitar zonas de guerra. Como reportero, enviaría fotos y entrevistas a un estudio ubicado en un lugar seguro.

Los seres humanos han soñado siempre con que alguien haga lo que a ellos no les gusta hacer. Yo también quisiera un robot... para que fuera al mercado en mi lugar. ¿Y ustedes? ¿Para qué quisieran tener un robot?

Gifford Clive, *Robots*. México, SEP-Altea, 2005.

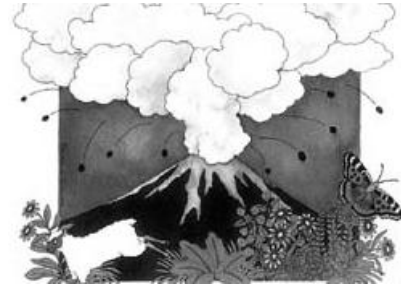
6. Los volcanes



En una mañana soleada de febrero de 1943, un campesino que araba su tierra vio salir del suelo una pequeña columna de humo. Un poco desconcertado y molesto, cubrió el orificio y continuó trabajando.

Pero al ver que no había servido de mucho, pues el humo seguía saliendo cada vez con mayor fuerza, corrió por ayuda. Ante los asombrados habitantes de un poblado vecino, cada vez emergían de la tierra mayor cantidad de humo y de vapores.

Tres horas después el humo se había convertido en una espesa nube negra y la pequeña grieta se había agrandado enormemente. Esa noche violentas explosiones comenzaron a lanzar rocas a través de la grieta y a la mañana siguiente, en ese lugar se había formado un montículo en forma de cono de cerca de cincuenta metros de altura: ¡de la noche a la mañana había nacido un volcán! Lo llamaron Paricutín, por su cercanía al pueblo de ese nombre en el estado de Michoacán.



Un año después el Paricutín había alcanzado 450 metros de altura; había arrasado numerosos campos agrícolas, decenas de construcciones y provocado la movilización de los habitantes de todos los pueblos cercanos. También había atraído a cientos de investigadores y estudiosos de los volcanes, de México y de todo el mundo.

El nacimiento del Paricutín había permitido a estos expertos aprender un poco más acerca de los secretos del mundo subterráneo; de cómo se forma y hace erupción un volcán.

Belleza y utilidad de los volcanes

Los volcanes son la parte más visible de lo que ocurre en el interior de la Tierra. Sus conos nevados, sus lagos interiores y su imponente personalidad forman parte de la esencia de nuestro planeta.

Han sido objetos de hermosas leyendas y de otras manifestaciones artísticas, y testigos de innumerables hechos históricos: el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl –cuya silueta tiene la forma de una mujer recostada boca arriba– son los protagonistas de una bella historia de amor.

El Paso de Cortés, en las laderas del Popocatépetl, fue el punto por el cual el conquistador de México admiró por vez primera la inigualable belleza de Tenochtitlán y sus lagos.

Las erupciones también enriquecen a largo plazo las tierras de cultivo, pues contienen elementos que las plantas necesitan para crecer. Islas como Hawaii e Islandia deben su existencia a la actividad volcánica.

La actividad volcánica permite cierta estabilidad en el interior de la Tierra; sin embargo, pese a su belleza y majestuosidad, los volcanes constituyen un riesgo para quienes habitan en sus cercanías.

Gloria Valek, *Los volcanes*. México. SEP-ADN, 199.

7. La nutria



Algo que no se dice es que en el tiempo del gran diluvio los animales que subieron al arca eran todos casi bebés. Tanto tiempo pasaron a bordo que cuando las aguas se fueron y ellos pudieron salir, hubo que hacer la puerta más grande. Cierto, habían crecido y ya no cabían, pero el problema no era el tamaño sino la nutria, que los tenía hartos.

El tigrillo se hizo tigre; el lobezno se volvió lobo; el potro se convirtió en caballo. La nutria siguió siendo niña, y como buena niña, todo lo que quiere es jugar.

Nunca entendió cómo se le hace para crecer, y como siempre ha estado ocupada en mil travesuras, no ha querido perder el tiempo tomando un curso de adultez.

“Ya madura”, la regañaron de repente los que envidian su capacidad de divertirse. Y a veces la nutria lo intenta: flotando de muertito en el agua; con la panza brillando al sol, cierra los ojos y se imagina... que puede dejarlo para otro día.

Con su linda sonrisa peluda, su inocente cara de yo-no-fui y sus grandes ojos como canicas de vidrio oscuro, ella misma parece juguete. Sería de lo más normal encontrársela entre ositos de peluche y muñecas en el escaparate de una juguetería.

Jamás tiene flojera si se trata de hacer piruetas, patinar, trepar o dar vueltas. Hasta comer es una aventura: erizos, bichitos, ranas y sapos, todo le gusta, todo quiere probar.

Si hubiera un jardín de niños para animales, la única que jamás se graduaría sería la nutria. Se pasaría allí la vida, enterneciendo a las maestras, deslizándose incansablemente por la resbaladilla, llenándose el pelo de pegotes de plastilina.

Cuando se acalora de tanto jugar, toma un respiro para acicalarse. En su posición favorita –flotando de muertito, con la panza brillando al sol–; se peina con tanta maña que queda igual: con el pelo revuelto y lleno de burbujas, se siente lista para volver a empezar.

Escurridiza, cirquera, ondulante, la nutria puede aprender cualquier juego, pero jamás ha entendido cómo se le hace para crecer.

¿Qué te parece, conocías cómo era la nutria?

Roxanna Erdman, “La Nutria” en *Zorrillo el último*. México, SEP-Santillana, 2005.

8. Francisca y la muerte

Duro y fatigoso era el camino. Además, ahora tenía que hacerlo sobre un nuevo terreno arado, sin trillo, y ya se sabe cómo es de incómodo sentar el pie sobre el suelo irregular y tan esponjoso de frescura, que se pierde la mitad del esfuerzo. Así por tanto, llegó la muerte hecha una lástima a casa de los Noriega:

–Con Francisca, a ver si me hace el favor.

–Ya se marchó.

–¡Pero, cómo! ¿Así, tan de pronto?

–¿Por qué tan de pronto? –le respondieron–. Sólo vino a ayudarnos con el niño y ya lo hizo. ¿De qué extrañarse?

–Bueno... verá –dijo la muerte turbada–, es que siempre una hace la sobremesa en todo, digo yo.

–Entonces usted no conoce a Francisca.

–Tengo sus señas –dijo burocrática la impía.

– A ver; dígalas –esperó la madre. Y la muerte dijo:

– Pues... con arrugas; desde luego ya son sesenta años...

–¿Y qué más?

–Verá... el pelo blanco... casi ningún diente propio... la nariz, digamos...

–¿Digamos qué?

–Filosa.



–¿Eso es todo?

–Bueno... además de nombre y dos apellidos.

–Pero usted no ha hablado de sus ojos.

–Bien; nublados... sí, nublados han de ser... ahumados por los años.

–No, no la conoce –dijo la mujer–. Todo lo dicho está bien, pero no los ojos. Tiene menos tiempo en la mirada. Ésa, a quien usted busca, no es Francisca.

Y salió la muerte otra vez al camino. Iba ahora indignada sin preocuparse mucho por la mano y la trenza, que medio se le asomaba bajo el ala del sombrero.

Anduvo y anduvo. En casa de los González le dijeron que estaba Francisca a un tiro de ojo de allí, cortando pastura para la vaca de los nietos. Mas sólo vio la muerte la pastura recién cortada y nada de Francisca, ni siquiera la huella menuda de su paso.

Entonces la muerte, quien ya tenía los pies hinchados dentro de los botines enlodados, y la camisa negra, más que sudada, sacó su reloj y consultó la hora:

"¡Dios! ¡Las cuatro y media! ¡Imposible! ¡Se me va el tren!"

Y echó la muerte de regreso, maldiciendo.

Mientras, a dos kilómetros de allí, Francisca escardaba de malas hierbas el jardincito de la escuela. Un viejo conocido pasó a caballo y, sonriéndole, le echó a su manera el saludo cariñoso:

–Francisca, ¿cuándo te vas a morir?

Ella se incorporó asomando medio cuerpo sobre las rosas y le devolvió el saludo alegre:

–Nunca –dijo–, siempre hay algo que hacer.

Eraclio Zepeda, *Francisca y la muerte y otros cuentos*, Gerardo Cantú, ilus. México, SEP-CONAFE, 1987.

9. El pez de la felicidad

El señor feudal Wu vivía con su pueblo en una aldea en las montañas del sur del Japón. Cuando la primera de sus dos esposas murió, él sintió tanta pena que al poco tiempo también abandonó este mundo. Al quedar huérfana su hermosa hija, Ye Xian, fue criada

por su madrastra, la segunda esposa de Wu. Pero como ésta amaba solamente a su propia hija, era muy cruel con Ye Xian; la obligaba a ir a un bosque para recoger agua del lago. La niña debía hacer esta extenuante travesía todos los días, a pesar de la lluvia o el frío.

Un día, estando Ye Xian arrodillada junto al lago, vio a un hermoso pez de colores, no más largo que su dedo meñique, que brillaba a la luz del sol como un arcoíris. “¡Que hermoso!” exclamó la niña. Maravillada lo tomó suavemente con sus manos ahuecadas, y lo puso con mucho cuidado en su cubo de madera, para llevárselo a casa.

Una vez allí lo escondió en un viejo tonel que estaba en un lugar poco frecuentado, donde su madrastra no pudiera encontrarlo. Seguramente, el pez le brindaría algo de alegría a su triste vida.

Diariamente, Ye Xian apartaba una pequeña porción de su escasa comida para alimentar al pez. Con el tiempo, éste fue creciendo más y más, y se volvió cada vez más hermoso. Su aleta dorsal adquirió un brillante color naranja, sus ojos se volvieron verdes como esmeraldas, su cuerpo se tornó de un color dorado intenso, y su cola se llenó de pequeñas manchas de color blanco que parecían formar un delicado lazo. Finalmente creció tanto que ya no cabía en el tonel.



Ye Xian sacó sigilosamente al pez de la casa y lo llevó a una laguna cercana, donde continuó creciendo. Cada vez que ella lo visitaba, el pez saltaba y jugueteaba como si disfrutara de su compañía.

El buen humor de Ye Xian despertó sospechas en su madrastra, que la siguió secretamente hasta la laguna. Allí observó cómo la niña jugaba con el vistoso pez, y se puso furiosa al ver cómo ella se inclinaba para acariciar su cabeza.

“¡Ye Xian está descuidando su trabajo por jugar con ese pez!

Bueno, me encargaré de eso”, pensó la madrastra.

Pobre niña. ¿Qué hará su madrastra para destruir su felicidad? ¿Podrá hacerlo? Para saber eso hay que buscar el libro, y leerlo.

Duan Cheng Shi, *El pez de la felicidad*. México, SEP-International Becan, 2006.

10. La más bruja de todas

Una gran noticia se derramó por el mundo, el submundo y el inmundo a la velocidad de un rayo y en pocas horas ya estaba en boca de todas las brujas.

Unas y otras, se sentían convocadas a participar de la lección y no hacían otra cosa que prepararse para el gran día.

Algunas se preocupaban de arreglar su aspecto: se engrasaban las mechas, retorcían sus mejores harapos, tomaban ajo crudo en jarabe cada dos horas y se hacían picar por avispa.

Otras se dedicaban a afilar sus varitas o a poner a punto sus mascotas. (En estos casos, fregaban con chapopote los gatos viejos, bañaban en agua hirviendo a sus cuervos o atosigaban de caramelos ácidos a sus lechuzas.)

La mayor parte, sin embargo, ponía todo su empeño en disparar maleficios contra las otras brujas para dejarlas fuera de competencia: se robaban sus escobas, idiotizaban a sus mascotas, les transformaban el jarabe de ajo crudo en yogures de vainilla, etcétera.

La cuestión es que el día previsto para la prueba, Tarántula Producciones Q.E.P.D. abrió sus puertas chirriantes y en un subsuelo solitario y frío las brujas más poderosas desfilaron ante El Gran Jurado.

Los miembros del Gran Jurado eran insípidos, incoloros e invisibles pero hacían oír sus voces con total autoridad. Y eso fue lo que dijeron para el comienzo a la contienda:

–Bruja número 1, adelante. Descienda de su escoba. Vomite sus nombres y enumere sus poderes.

–Me llamo Buseca, y me especializo en brebajes para transformar estatuas.

–Recite un embrujo.

–Pajarón pajarolado: Que se haga sapo el jurado.

–¡Maldición, nos ha ensapado! ¡Bruja número 2, al estrado! Descienda de su escoba, vomite su nombre, presente a sus mascotas y deshaga el hechizo de su antecesora.



Me llamo Zultana y soy peor que una pesadilla. Me agradan los niños envueltos y los gusanos horneados. Mi amuleto es un canario ahorcado con tela de...

Está reñida la competencia. ¿Quién ganará y será la actriz? Eso no podremos saberlo si no leemos el libro.

Silvia Schujer, *La más bruja de todas*. México, SEP-Atlántida, 2007.

II. Animales mexicanos

En México hay muchos animales, tantos que, en este momento podrías mencionar con facilidad cinco o diez de los que habitan cerca de tu comunidad.

Es así porque en nuestro país hay una gran variedad de bosques, selvas, montañas y costas.

Si conoces bien la región donde vives, debes saber que cada sitio tiene sus plantas, su clima y sus animales. Estas tres cosas juntas forman un ambiente.

Todos los animales son importantes. Por eso, si cambian algunas de las cosas que forman un ambiente, las demás sufren las consecuencias.



Cuando se cortan los árboles, se quema el monte, se ensucia el agua, se caza demasiado o se cambia de cualquier manera un ambiente, muchos animales ya no pueden vivir ahí. Algunos son más resistentes y se acostumbran a los cambios, pero van desapareciendo poco a poco.

¿Sabes quién vive en lo más profundo de la selva tropical? Pues nada más ni nada menos que el águila arpía, que vive en lo alto de los árboles de algunas selvas de Veracruz y Chiapas.

Es fuerte y rápida. Se alimenta de animales que viven en los árboles, como monos y ardillas, pero también de aves y serpientes.

Cuando empolla, pone cuatro huevos manchados de amarillo. Los padres dan de comer a las crías hasta los diez meses. Después los aguiluchos aprenden a volar y se alimentan por sí mismos.

Como muchos otros animales, al águila arpía le afecta la destrucción de su ambiente: la selva. Por eso ya son pocas las que vuelan por los cielos de México.

Otro de los animales es el berrendo, pariente de las cabras.

Tiene las orejas pequeñas, los ojos grandes, la cola corta y es muy ágil.

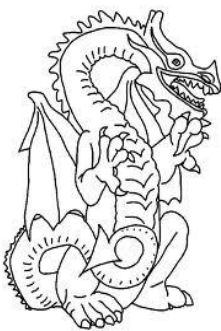
Los berrendos viven en grupos. Antes, cuando había muchos, formaban manadas de más de cien animales.

Si algo asusta a los berrendos, echan a correr a gran velocidad, pero se cansan fácilmente.

Son tranquilos y se alimentan sobre todo de zacate. Sus enemigos son los lobos, los coyotes, los pumas, y las águilas, cuando todavía son pequeños. En la actualidad, sólo quedan algunos berrendos en Sonora Y Baja California, y se hallan en peligro de desaparecer debido a que el hombre los ha cazado demasiado. ¿Te gustaría saber más sobre los animales de tu país.

Arturo Cuenca, *Animales mexicanos*, Fabricio Vanden Broeck, ilus. México, SEP-CONAFE, 2002.

12. Los dragones en la historia



Ayer leímos sobre el águila arpía, que está en peligro de desaparecer. Hoy vamos a leer sobre otros animales, que nunca, nunca podrán desaparecer.

Cuando piensas en un dragón, ¿qué te imaginas? Tal vez una piel verde, cubierta de escamas, unas patas rematadas en garras y unas alas de murciélago. Quizás también pienses en una pequeña cabeza de aspecto malvado colocada al final de un cuello largo y retorcido. ¡Y no hablemos de su ardiente aliento, que puede convertirte en una rebanada de pan tostado si te acercas! Ésa es una de las clases de dragones que hay pero, créeme, los dragones

también pueden ser amables. Por eso tienen tanto poder las varitas mágicas y las pociones hechas con fibras de corazón de dragón.

Los dragones se diferencian mucho entre sí según el lugar del que procedan. Los dragones asiáticos, por ejemplo, no tienen alas ni echan fuego por la boca, y dan la sensación de estar hechos con partes de animales diferentes: tienen cuerpo de serpiente cubierto de escamas de pescado, cabeza de camello, bigotes de bagre, cuernos de ciervo y ¡melena! Además, son corteses e inteligentes, protegen los ríos y traen buena suerte. Recuerdo haber conocido a Chieng-Tang, el *dragón de los ríos*, en China. Medía nada menos que 270 metros, y era de piel rojiza.

En la antigua China sólo el emperador podía llevar en sus túnicas un dragón con patas terminadas en cinco dedos.

¡Cuántas veces me habrán contado la historia de Sigfrido y el dragón Fafnir mis amigos vikingos! Sigfrido era un guerrero apuesto y valiente, pero... no muy espabilado. Un enano malvado lo convenció de que atacara a Fafnir, un dragón que tenía una piel tan dura que ninguna espada podía atravesarla. Casualmente, el padre del enano poseía enormes montones de oro y joyas custodiadas por Fafnir. Pero el perverso enano guardaba otro gran secreto: en realidad él y Fafnir eran hermanos. Fafnir había matado a su padre y a continuación se había convertido en dragón para custodiar el tesoro. El enano reconstruyó la espada de Sigfrido, haciéndola mucho más poderosa que nunca (porque los enanos son los mejores herreros del mundo). Un buen día Sigfrido y el enano se ocultaron por las inmediaciones de la cueva del dragón. En cuanto Fafnir salió a tomar el fresco, Sigfrido le clavó la espada en la panza y lo mató.

El héroe sacó el corazón del dragón y lo puso a asar en unas brasas, pero se quemó los dedos.

¿Por qué dije que los dragones no podrán desaparecer nunca?

Janice Eaton Kilby, "Los dragones en la historia" en *El libro de juegos del aprendiz de mago*. México, SEP-Océano, 2003.

13. Monedas de oro

Dos compadres habían ido a trabajar y se hizo de noche. Iban caminando por el monte y uno le dijo al otro:

–Mira, compadre, esa lumbrita que se ve allá ha de ser dinero.

–¡Qué dinero ni qué nada! Ya estás borracho compadre.

–Tú ven y verás.

Se pusieron a escarbar donde se vio la llamarada. Como a medio metro se toparon con una olla.

–¿No que no, compadre?

–Ahora veremos qué tiene.

El compadre que no creía metió la mano por la boca de la olla. Más tardó en meterla que en sacarla, porque estaba llena de estiércol.

–Es que usted no cree en esto, compadre –le dijo el otro–. Y a lo mejor ese dinero estaba destinado a mí.

Cada quien se fue para su casa. El compadre incrédulo se quedó pensando en lo que había pasado. “Mi compadre se cree todo lo que le dicen –pensó–. Ahora voy a darle una lección para que se le quite lo creído.”



El compadre incrédulo regresó a donde habían escarbado. Ahí estaba la olla llena de estiércol. El hombre la agarró y se fue a la casa de su compadre. Se trepó al techo e hizo un hoyo en su tejado, justo encima de donde estaba la cama de su compadre. Por ahí echó todo el estiércol que había en la olla.

Al otro día, cuando despertó, el compadre creído sintió muy rara la cama.

–Ay, vieja– dijo–, ¿por qué están tan pesadas estas cobijas?

Entonces que alza la cara y va viendo que las cobijas estaban llenas de dinero. Eran puras monedas de oro, de esas de las que había antes.

14. Un mundo sin sol

Los océanos esconden paisajes asombrosos. Lejos, bajo las olas, hay enormes cordilleras y volcanes activos. La roca fundida del centro de la Tierra sale por algunas grietas de la corteza terrestre. Esas grietas se llaman fallas.



Hasta hace muy poco, los científicos sólo podían adivinar cómo era el fondo del mar. Creían que era una región fría y oscura que no tenía vida, o que la tenía muy poca. La luz del Sol no llega hasta las profundidades del océano, a muchos kilómetros de la superficie. Que en esas regiones hubiera muy poca luz y un frío extremo hacía

creer a la gente que allí no podían existir seres vivos.

Entonces, en 1977 los geólogos a bordo del *Alvin*, un pequeño submarino diseñado para sumersión profunda, hicieron un gran descubrimiento. Descendieron 2,591 metros, para alcanzar la Falla de las Galápagos, una grieta en el suelo del Océano Pacífico oriental. Allí las luces del *Alvin* revelaron un oasis lleno de vida. Había agua caliente que brotaba de las grietas del suelo. Algo en el agua proporcionaba el alimento necesario para mantener vivos a una gran variedad de raros animales.

Había lombrices de un rojo sangre que se retorcían, algunas de cuatro metros de largo. Había cientos de almejas y ostras de conchas lisas largas como reglas. Unos cangrejos, que parecían langostas, barrenaban el suelo marino.

Criaturas como flores de diente de león, ancladas con hilos delicados, se mecían en el agua. Peces largos de color rosa estaban cabeza abajo sobre las fuentes del agua caliente.

En 1979, los científicos encontraron nubes oscuras de agua muy caliente que salían de formaciones rocosas parecidas a chimeneas de fábricas submarinas.

La mayoría de las criaturas de la Tierra dependen para vivir de un proceso llamado fotosíntesis. Mediante este mecanismo, las plantas producen su propia comida con la ayuda de la luz del sol, y los animales se comen las plantas. Pero en las profundidades del océano, donde la oscuridad nunca es rota por los rayos del sol, lo que mantiene vivas las

minúsculas bacterias es la quimiosíntesis, un proceso diferente, que produce alimento con ayuda de la energía química...

Catherine O'Neill, "Un mundo sin sol" en *Grandes misterios de nuestro mundo*. México, SEP, 2002.

15. El imperio encantado de Ixtlahuacan

Las leyendas son relatos tradicionales; pasan de padres a hijos, y cuentan algún suceso sobrenatural, extraordinario, maravilloso. Hoy vamos a leer una leyenda.

Un día muy soleado, un joven fue a pastorear sus chivas. Como a las once de la mañana se le ocurrió subir a una loma para vigilar desde la altura a sus animales. Desde allí arriba se podía observar el pueblo de Ixtlahuacan y el joven se distrajo. "¿Dónde está mi casa? – pensó—. Ah, sí, es aquella azul."

En eso estaba cuando oyó un ruido. Volteó a su derecha. Era una muchacha muy bonita, de ojos azules y pelo rubio, tan bonita que daba la impresión de ser una reina. Mudo de asombro, el joven no pudo moverse. Entonces la muchacha habló con voz que parecía una mezcla del canto de una sirena con el silbido de una serpiente.

–No tengas miedo –dijo ella–. No te voy a hacer nada, sólo quiero que me ayudes.

–¿Cómo puedo hacerlo? –contestó el joven.



–De manera muy sencilla. Mira yo soy la reina del imperio de Ixtlahuacan, pero mi imperio ha sido encantado. El encanto se rompe si me llevas sobre tus hombros hasta la puerta de la iglesia. Si haces eso, tú serás mi esposo y el rey del imperio—. El joven se puso a pensar un rato y finalmente aceptó.

–¡Qué bueno! –exclamó la muchacha–, pero antes debo advertirte una cosa: no debes voltear a verme en todo el camino, hasta llegar a la puerta de la iglesia. No prestes atención a nada de lo que te diga la gente.

El joven subió a la muchacha en sus hombros y tomó el camino que llevaba al pueblo. Al llegar a las primeras casas, las personas que se cruzaban con él se alejaban y se

quedaban viéndolo con cara de susto. –¿A dónde vas con esa víbora enredada en el pescuezo? –le gritó un niño.

El joven pensó que se trataba de una broma y siguió su camino. Sin embargo, otras personas le dijeron lo mismo más adelante. El joven empezó a sentir miedo y curiosidad... sobre todo curiosidad.

Cuando le faltaban pocos metros para llegar a la iglesia no pudo resistir la tentación y volteó a ver. Vio una gigantesca serpiente que lanzaba silbidos agudos mientras sacaba la lengua amenazadoramente. Con un rápido movimiento el joven la desprendió de su cuello y la arrojó lo más lejos que pudo. Al caer, el animal desapareció.

Por eso el imperio de Ixtlahuacan no se desencantó.

“El imperio encantado de Ixtlahuacan” en Mireya Cueto, *Cuéntanos lo que se cuenta*, Claudia de Teresa, illus. México, SEP-CONAFE, 2006.

16. Azul cielo

Pongan mucha atención. Van a descubrir algo en verdad fascinante: en la Tierra el cielo se ve azul, en la Luna se ve negro, en Marte se ve rojo... ¿Por qué? La respuesta está en esta lectura. Si ustedes se fijan, van a asombrar a sus padres y amigos.

Todos sabemos que desde la Tierra el cielo se ve azul. Pero en la Luna se ve negro y en Marte se ve rojo. ¿Por qué? Hace aproximadamente 300 años, el físico inglés Isaac Newton hizo un descubrimiento asombroso. Newton observó que cuando la luz del Sol pasaba a través de un prisma de vidrio, salía luz de todos colores. Esto lo hizo descubrir que la luz del Sol es una mezcla de rayos de luz de todos colores, aunque la veamos blanca.

Cuando un haz de luz atraviesa un medio cualquiera, los rayos luminosos chocan contra las partículas del medio. Pero resulta que los rayos rojos, anaranjados y amarillos sólo chocan con partículas relativamente grandes. A las partículas pequeñas ¡ni las ven! En cambio los rayos verdes y azules chocan con partículas de cualquier tamaño.

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el color del cielo? En la Tierra, la atmósfera está formada sólo por partículas muy pequeñas llamadas moléculas. Cuando la luz del Sol

la atraviesa, los rayos rojos, anaranjados y amarillos no sufren choques. En cambio, los rayos azules chocan con las moléculas y se dispersan, esto es, son enviados en todas direcciones al chocar con ellas. Por eso nos parece que el cielo es azul, pero lo que estamos viendo es tan sólo la luz azul del Sol, distribuida por toda la atmósfera.

¿Qué pasa en la Luna? Allí no hay atmósfera, no hay partículas, así que la luz no choca contra nada y no se dispersa en todas direcciones. La luz del Sol no ilumina todo el cielo. Por eso ahí el cielo se ve negro y las estrellas son visibles de día y de noche.

En Marte, el suelo está cubierto por un polvo muy fino de color rojo. Con mucha frecuencia hay vientos muy fuertes que levantan el polvo y lo dejan suspendido en la atmósfera. Por eso, desde Marte el cielo se ve rojo.

Miguel Ángel Herrera y Julieta Fierro, "Azul cielo" en *La Tierra*. México, SEP-SITESA, 1991.

17. El desierto

Uno de los ecosistemas más importantes de México y que cubre la mayor extensión de su territorio son los desiertos. Las zonas áridas, como también se les conoce, no son sólo una gran extensión de arena, como muchos imaginan, sino ambientes con una gran diversidad de formas de vida.

Los animales del desierto han evolucionado para aprovechar la poca humedad que existe, tienen que arreglárselas con la poca agua que pueden encontrar y muchas veces solamente con la de las plantas.

Durante el día los desiertos permanecen casi sin actividad. Los animales generalmente esperan que la temperatura baje para salir de sus refugios.



En las primeras horas de la mañana, los desiertos cobran vida. El canto característico de la codorniz de Gambel parece despertar a toda la fauna. Así, mientras la tortuga del desierto busca alimento en las nopaleras, el borrego cimarrón trepa por los altos peñascos, la víbora de cascabel se mueve lentamente buscando algún conejo del desierto

recién salido de su madriguera y uno de los grandes felinos de México, el puma, vigila a una hembra de jabalí de collar con sus jabatos, que es como se llaman sus crías.

En algún lugar cercano una gran aura cabeza roja se posa en el sahuaro para calentar sus alas antes de echarse a volar.

Después de las breves lluvias las plantas florecen con muchos colores y la fauna parece celebrar la temporada de lluvia en el desierto, que muchas veces cae en un solo chubasco al año.

Eugenia Pallares, "El desierto" en *Jaguares, tucanes y otros animales de la fauna mexicana*. México, SEP-Sierra Madre, 1994.

18. Dinosaurios y aves

Un colibrí de solo unos pocos centímetros parecería estar tan lejos de un dinosaurio como una abeja lo está de una ballena. Sin embargo, las aves ciertamente evolucionaron de los dinosaurios...

Los dinosaurios

La Era Mesozoica a menudo se denomina "Era de los dinosaurios" porque durante más de 150 millones de años un solo grupo extremadamente diverso de reptiles dominó la vida terrestre. Los primeros dinosaurios fueron probablemente cazadores bípedos no más grandes que un perro, pero pronto evolucionaron en una enorme cantidad de formas y tamaños y se diseminaron por todo el mundo.

Con el tiempo llegaron a ser desde gigantes tan pesados como una ballena hasta pequeñas bestias aladas del tamaño de una gallina. Ninguna especie de dinosaurios duró más que unos pocos millones de años, pero siempre surgieron nuevas especies que los reemplazaban. Algunos científicos enumeran 900 géneros de dinosaurios que vivieron en algún momento entre 230 y 65 millones de años atrás.

¿Qué diferencia a los dinosaurios?

Los paleontólogos pueden distinguir a los dinosaurios de otros animales fósiles por ciertos detalles de sus cráneos, hombros, vértebras, manos, caderas y miembros posteriores. Estos muestran que los dinosaurios caminaban con las patas erectas y sobre los dedos de los pies, no con toda la planta, como los osos. Al no contar con

especímenes vivos para estudiar, no podemos saber con seguridad cómo funcionaban exactamente sus cuerpos, pero es casi seguro que animales tan activos tuvieran sangre caliente. Las especies pequeñas probablemente generaban calor interno tal y como hacen aves y mamíferos. Los más grandes eran simplemente demasiado enormes para enfriarse por la noche. Ninguna de ambas clases se volvía inactiva con el frío, como los reptiles comunes, por lo que los dinosaurios estaban siempre listos para cazar alimentos o encontrar pareja.

Una de las claves del éxito de los dinosaurios fue su postura erecta. La mayoría de los reptiles se arrastran con las patas a los lados del cuerpo, pero los dinosaurios tenían las extremidades justo debajo de su cuerpo, como los mamíferos modernos, por lo que su peso era cargado hacia abajo. Como no tenían que usar grandes cantidades de energía para mantener su cuerpo de pie, los dinosaurios podían desarrollar estilos de vida más activos.

Fósiles encontrados en Argentina y Brasil muestran que algunos de los primeros dinosaurios eran cazadores bípedos (con dos patas) y una cadera parecida a la de los lagartos, contaban además con garras y dientes afilados. Tres dinosaurios vivieron en América del Sur hace aproximadamente 288 millones de años... En 1991 se descubrió —en Argentina— un esqueleto casi completo, que reveló que el *Eoraptor* medía sólo 1 m de largo y llegaba a pesar 11 kg. Cazador de piernas largas, pequeño pero feroz, tenía el hocico más bajo y las manos más cortas que el *Herrerasaurus*, cuyos restos muestran que tenía dientes afilados y aserrados en su cabeza larga y baja, con mandíbulas de articulación doble que le permitían tener un buen agarre de sus presas. Sus brazos eran cortos, pero las manos largas y los tres dedos más extensos terminaban en unas garras fuertes, curvas y cortantes.

El *Staurikosaurus* fue un pequeño dinosaurio primitivo de Brasil... medía alrededor de 2 m de largo, pero no pesaba más de 30 kg,... tenía un cuello delgado y curvo, y piernas largas y estilizadas. Probablemente también tenía cuatro dedos en cada mano, y quizá cinco en cada pie.

19. Soy purépecha

Los purépechas son una etnia indígena que vive desde hace muchos siglos en una parte del estado de Michoacán. Vamos a ver cómo vive la mujer que habla en esta lectura.

Desde mi casa se alcanza a ver el lago de Pátzcuaro, con sus islas: Yunuén, Tecuén, La Pacanda, Janitzio... A mí la que más me gusta es Yunuén, por limpia y alargadita.

El cielo de mi tierra es muy azul y a mí me gusta quedarme mirándolo, sobre todo cuando ando tendiendo la ropa en la mañana. Me gusta verlo porque algunas veces se alcanzan a divisar algunas águilas por encima de los pinos. También lo quedo viendo por si me toca ver alguna garza de las que, aunque pocas, todavía quedan alrededor del lago.

Esas garzas son las mismas de la leyenda de Hapunda, la princesa de Yunuén que estaba enamorada del lago. Dicen que un día, unos guerreros de otro pueblo llegaron hasta la isla porque querían llevarse a Hapunda para casarla con su rey, que no tenía mujer. Hapunda se puso muy triste y fue a consultar al lago. El lago le dijo:

–Vístete de blanco y, cuando salga la Luna, rema hasta el centro y ahí salta al agua. Yo te voy a recibir para que ya nadie te lleve jamás.

Y así lo hizo Hapunda. Cayó al lago, llegó hasta el fondo y volvió a salir blanca, emplumadita, bonita, convertida en garza.

Por eso me gusta mirar el cielo, porque dice la leyenda que cuando se acaben las garzas el lago de Pátzcuaro se va a quedar sin su novia, se va a morir de tristeza, se va a secar.

Mi casa se llama *troje* y está hecha con tablones de árboles grandísimos y tiene su techo de tejamanil. Está levantadita del suelo con pilotes de madera y tiene sus escalones para subir a lo seco. Adentro se tiene su tapanco bien alto para guardar el maíz y abajo dormimos todos nosotros (y hasta los perros cuando hace mucho frío).



María de la Luz Mendoza, *Soy purépecha*. México, SEP, 1989.

20. El oso que no lo era

Érase una vez –para ser precisos, un martes– un oso que estaba parado en el lindero de un gran bosque mirando hacia el cielo. Allá, muy alto, vio una bandada de gansos salvajes que volaban hacia el sur.

Se volvió y miró los árboles. Todas sus hojas se habían vuelto amarillas y café y caían de las ramas una a una.

Sabía que cuando los gansos volaban hacia el sur, cuando las hojas caían de los árboles, el invierno no tardaba en llegar. Pronto la nieve cubriría el bosque y ya era hora de buscar una cueva para invernar.



Y eso fue, precisamente, lo que hizo.

Poco tiempo después –para ser precisos, un miércoles– llegaron unos hombres... muchos hombres que traían planos, mapas e instrumentos de medición.

Trazaron, proyectaron, midieron de un lado a otro.

A continuación llegaron más hombres con excavadoras, sierras y tractores. Excavaron, serraron, apisonaron y lo arrasaron todo. Trabajaron, trabajaron y trabajaron hasta construir una gran, inmensa, colosal fábrica *justo encima* de la cueva donde dormía el oso.

La fábrica funcionó durante el largo y frío invierno. Y entonces volvió la primavera.

Allá, muy hondo, debajo de la fábrica, el oso se despertó. Parpadeó y bostezó.

Aún medio dormido, se puso de pie y miró a su alrededor. Estaba muy oscuro. Apenas sí podía ver.

A lo lejos vio una luz. “¡Ah!– se dijo–, allí debe estar la entrada de la cueva.”

Subió las escaleras y salió fuera, donde brillaba un sol primaveral. Tenía los ojos medio abiertos y seguía con sueño.

Pero poco tiempo iba a estar con los ojos a medio abrir. De repente... ¡Pafff!... se le abrieron de par en par. Miró lo que tenía delante.

¿Dónde estaba el bosque?

¿Dónde estaba la hierba?

¿Dónde estaban los árboles?

¿Dónde estaban las flores?

¿Dónde estaba?

Todo le parecía raro. No sabía dónde estaba.

Pero nosotros sí, ¿no es verdad? Sabemos que está justo en medio de una fábrica que está trabajando.

“Seguro que estoy soñando –se dijo–. Claro que sí. Eso es –y volvió a cerrar los ojos. Muy despacito los abrió otra vez y miró a su alrededor. Ahí seguían los inmensos edificios.

No, no era un sueño. Era todo de verdad.

En ese mismo instante salió un hombre por una puerta.

–¡Eh, tú, ponte a trabajar! –le gritó–. Soy el capataz y como no me hagas caso te voy a denunciar.

–Yo no trabajo aquí –dijo el oso–. Yo soy un oso.

¡Fantástico! El pobre oso convertido en obrero. Tengo que leer el libro completo, para saber qué más le pasó.

Frank Tashlin, *El oso que no lo era*. México, SEP-Altea, 1987.

21. El mundo de Mariana

Fijense en estas palabras, porque van a aparecer en la lectura de hoy: una boya es una esfera de cristal que flota en el mar para sostener unas redes o para avisar que ahí es demasiado hondo; un torno es una máquina que da vueltas y que se usa en los talleres para fabricar ciertas piezas. ¿Y un merolico? ¿Quién sabe lo que es un merolico? Cintilando quiere decir parpadeando. La maestra de Mariana es severa, muy seria, como a veces somos las maestras. Fijense también en que a veces habla Mariana, y a veces hablan otras personas.

Imagínense si me pusiera a pintar esos cuadros locos que hay en el museo. Además, esa es la gran discusión: mis dibujos y la opinión de mis compañeros. Se ríen de la luna que dibujo: les parece inmensa. Pero así de enorme la veo yo, sin sombras en forma de conejo ni cráteres: ellos dicen que ven la luna del tamaño de un plato. Mi luna parece una enorme boya iluminada. Bueno, depende del punto de vista, como dice mi abuelo.

–¡Ah!, ¿ya vieron a Mariana? Parece que le dan miedo la pelota y el gallito. Se agacha cuando viene la bola. Siempre pierde su equipo.

–¡Qué chistosa! La letra de Mariana es muy extraña, pero cuando copia de mi cuaderno le sale bien.

–En casa a Mariana le dicen que es tonta, que nunca presta atención –dice mi hermano.

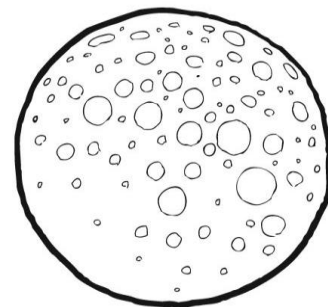
–Cuiden a esa niña, siempre se está machucando –recomienda mi abuela.

–Esta niña vive raspada, se tropieza con todo –suspira mi mamá.

–Mariana nunca le atina a los cuadritos del avión –agrega mi hermana.

Mi papá no dice nada. Sólo se ríe un poco y menea la cabeza, divertido.

Para olvidarme de tanta gente toco el piano. Toco con gusto, toco con rabia, toco con indignación. Entonces, allá en la calle, el ruido del taller se detiene un momento; el mecánico para el torno; el merolico deja de gritar; los niños se callan; un radio de pilas se apaga. Todo se detiene. El mundo es mío, viajo en las notas musicales y cruzo el espacio.



La música sube por mis árboles manchados de verde y amarillo y le hace un anillo a mi enorme luna. Los faroles se encienden llenos de rayos de todos colores, se acercan a la pintura y suben y bajan por el pentagrama cintilando... hasta que siento a la maestra de piano severa a mi lado. (¿A qué hora llegó que no la vi?)

Mariana parece distraída, porque siempre está pensando en lo que lleva por dentro: sus dibujos, su música... Todos, a veces, somos como Mariana. Parece que no nos fijamos en lo que sucede, pero es que estamos pensando en otras cosas, ¿o no?

22. Un vuelo por la ciudad

Los seres humanos siempre quisieron volar. Y antes de que hubiera aviones, inventaron los globos (dibujo en el pizarrón). Al principio los llenaron de aire caliente y después de gases como el helio. El aire caliente y esos gases pesan menos que el aire normal, y por eso los globos subían –y suben, porque todavía se usan, en investigaciones y como deporte–. Éste es un viaje en globo.

–Esto es Chapultepec –dice mi abuelo–, viejo bosque de ahuehuetes milenarios que han sido testigos de la historia. ¡Mira, el castillo!

–El globo se dirige hacia la construcción. Observo los carruajes, las guardias de soldados, las terrazas y los amplios jardines.

–Oye abuelo, ¿Aquí siempre han vivido los presidentes?

–No, este castillo fue mandado construir por el virrey Matías de Gálvez. Años después fue el Colegio Militar, cuyos maestros y alumnos tuvieron un desempeño importante en 1847, durante la invasión norteamericana. Maximiliano suprimió el colegio y lo reconstruyó para adaptarlo como vivienda. Tu bisabuelo me contó como sufrió la ciudad durante la invasión norteamericana. Desde días antes de la llegada del ejército yanqui a la ciudad, todos los habitantes comenzaron a organizarse fortificando algunos puntos para afrontar al enemigo.

–¿Por dónde llegaron los gringos?

–Llegaron por el rumbo de Chalco y comenzaron a desplegarse por el sur hasta Padierna, en donde hubo un combate muy fuerte. De ahí avanzaron hasta Chapultepec, donde resistieron valientemente los alumnos del Colegio Militar. Con la toma de Chapultepec los invasores entraron a la ciudad, pero el pueblo comenzó a presentarles resistencia: casa por casa entraban los soldados norteamericanos, revisando las habitaciones y golpeando a la gente. Tu bisabuelo, como médico que era, estuvo atendiendo a muchos heridos, y por eso fue detenido varios días. Durante el tiempo que duró la invasión, todos los días aparecían en las calles, en las afueras de la ciudad y en las zanjas, cadáveres de soldados gringos que la gente asesinaba aprovechando la oscuridad.

–Abuelo, ahí está el acueducto. ¿Es el que llega hasta el Salto del Agua?

–Efectivamente; éste ha sido el principal surtidor de agua de la capital, al igual que el de San Cosme.

La guerra con los Estados Unidos fue un episodio triste de nuestra historia, que le costó a México la mitad de su territorio. Pero eso sucedió hace mucho tiempo. Nuestro país sigue siendo grande y nosotros debemos preocuparnos porque sea más fuerte, más rico, más justo. Y para lograrlo ustedes están estudiando.

Regina Hernández Franyuti, *Un vuelo por la ciudad*. México, SEP, 1997.

23. Las tres palomitas

–Abuelo, ¿cantamos?

El abuelo se animó y fue por su bajo quinto, lo afinó y empezó a cantar un corrido. Sabía muchos: de amores, de batallas, de bandidos generosos, y algunos que contaban la vida de gentes muy queridas o muy temidas en el pueblo.

Cantando todos, les llegó la noche, y cuando la luna hizo bailar las sombras de los árboles como si fueran chinelos sin colores, el niño más pequeño recargó la cabeza en las rodillas del abuelo y se quedó dormido. Él dejó a un lado su hermosa guitarra y cargó al niño:

–Vamos a dormir –dijo–. Mañana tenemos mucho que hacer...

Al día siguiente, desde antes de que saliera el sol, las señoras ya llenaban sus canastos de tortillas olorosas y guisaban el arroz y el mole en grandes cazuelas de barro. Para esa fiesta ahorraban durante muchos meses, y ese día el pueblo olía a ajonjolí, a canela, a chocolate y a ramas de pino.



En el jardín del pueblo empezaron a juntarse las bandas de música, las cuadrillas de danzantes, las niñas de las pastorelas; y cuando llegaron los coheteros, empezó el convite. Marchaban bailando por las calles, seguidos por los curiosos. Así, la columna fue creciendo, haciéndose más ancha y más larga, como un gran río. Los perros ladraban de puro gusto desde las puertas de las casas.

A las once de la noche se prendió el castillo y todos vieron encandilados cómo los rehiletes lanzaban chorros de luces y se convertían después en peces de colores que más arriba volvían a ser rehiletes. Una cascada de luz cayó desde lo alto y la torre del castillo se desprendió girando a enorme velocidad: subió tan alto, tan alto, que sus luces desparramadas se confundieron con las peregrinas estrellas de diciembre.

Susana Mendoza, “Las tres palomitas” en *La Vendedora de Nubes y otros Cuentos*, Andrea Gómez, ilus. México, SEP-CONAFE, 2000.

24. El ciempiés cojo

El ciempiés era cojo de nacimiento. Su cojera se extendía a 24 patas exactamente. Lo malo es que las 24 patas que faltaban estaban todas situadas en el mismo sitio: por eso andaba rengueando.

Caminaba muy despacio con las antenas gachas, porque con 76 patas no se puede mantener ese orgulloso aire gallardo y marcial.

Balanceaba su cuerpo de un lado a otro como una embarcación. Además, suspiraba constantemente y se enjugaba el sudor con un fino pétalo de rosa.

Nunca llegaba a tiempo a ningún sitio. Pero podía describir con todo lujo de detalles los difíciles entramados de la red de una telaraña, la marca que dejaba el viento en la hierba durante los días en que el aire jugaba al escondite con los árboles, el trazado irregular del vuelo de la libélula.



Para todo eso hace falta fijarse mucho y, sobre todo, tener tiempo para hacerlo. Y el ciempiés cojo lo tenía.

También le gustaba charlar largo y tendido. En la hora que antecede a la aurora, cuando el cielo está todavía oscuro y la tierra débilmente alumbrada por el último cuarto de la luna, el ciempiés conversaba con la musaraña sobre los temas más diversos. Unas veces hablaban de las fiestas nocturnas de las madreselvas cuando se abren fragantes en las

primeras horas de la noche; otras, de la aparición de una nueva estrella que chapoteaba risueña en el agua de la charca...

En las tardes veraniegas el ciempiés se quedaba mucho rato en el mismo lugar y se tomaba su tiempo para probar el polen traído por la brisa dorada.

Nunca tenía prisa por llegar a ningún sitio. Al principio esto motivado por su cojera. Evidentemente no podía competir con los otros ciempiés en velocidad ni participar en las carreras que organizaban entre ellos.

Pero, poco a poco, tener tiempo para detenerse en las cosas pequeñas le fue gustando cada vez más. Se planteaba el llegar, no como una meta de rapidez, sino como un camino de contemplación de los detalles que circundaban su vida en el bosque.

Paloma Orozco Amorós, "El ciempiés cojo" en *Historias de la otra tierra*. México, SEP, Anaya, 2002.

25. Cien años de soledad

Estaban obstinados en que su padre los llevara a conocer la portentosa novedad de los sabios de Memphis, anunciada a la entrada de una tienda que, según decían, perteneció al rey Salomón. Tanto insistieron, que José Arcadio Buendía pagó los treinta reales y los condujo hasta el centro de la carpa, donde había un gigante de torso peludo y cabeza rapada, con un anillo de cobre en la nariz y una pesada cadena de hierro en el tobillo, custodiando un cofre de pirata. Al ser destapado por el gigante, el cofre dejó escapar un aliento glacial. Dentro sólo había un enorme bloque transparente, con infinitas agujas internas en las cuales se despedazaba en estrellas de colores la claridad del crepúsculo. Desconcertado, sabiendo que los niños esperaban una explicación inmediata, José Arcadio Buendía se atrevió a murmurar:

—Es el diamante más grande del mundo.

—No —corrigió el gitano—. Es hielo.



José Arcadio Buendía, sin entender, extendió la mano hacia el témpano, pero el gigante se la apartó. “Cinco reales más para tocarlo”, dijo. José Arcadio Buendía los pagó, y la mantuvo puesta por varios minutos, mientras el corazón se le hinchaba de temor y de júbilo al contacto del misterio. Sin saber decir, pagó otros diez reales para que sus hijos vivieran la prodigiosa experiencia. El pequeño José Arcadio se negó a tocarlo... Aureliano, en cambio, dio un paso hacia adelante, puso la mano y la retiró en el acto. “Está hirviendo”, exclamó asustando. Pero su padre no le prestó atención. Embriagado por la evidencia del prodigio, en aquel momento se olvidó de la frustración de sus empresas delirantes y del cuerpo de Melquíades abandonado al apetito de los calamares. Pagó otros cinco reales, y con la mano puesta en el témpano, como expresando un testimonio sobre el texto sagrado, exclamó:

–Este es el gran invento de nuestro tiempo.

Francisco Hinojosa (selección), “Cien años de soledad” en *Carrito de paletas*. México, SEP, 1993.

26. Caramelos cuadrados que se vuelven redondos

Todo el mundo se detuvo y se agolpó junto a la puerta. La mitad de la puerta estaba hecha de cristal. El abuelo Joe levantó al pequeño Charlie para que éste pudiera ver mejor. Charlie vio un larga mesa, y sobre la mesa, filas y filas de pequeños caramelos blancos de forma cuadrada. Los caramelos se asemejaban mucho a terrones de azúcar cuadrados, excepto que cada uno de ellos tenía una graciosa carita rosada pintada en uno de sus lados. En un extremo de la mesa, un grupo de oompa-loompas pintaba afanosamente nuevas caritas en más caramelos.



–¡Allí los tienen! –gritó el señor Wonka– ¡Caramelos cuadrados que se vuelven redondos!

–No veo cómo pueden volverse redondos si son cuadrados –dijo Mike Tevé.

–Son cuadrados –dijo Veruca Salt–. Son completamente cuadrados.

–Claro que son cuadrados –dijo el señor Wonka–. Yo nunca he dicho que no lo fueran.

–¡Usted dijo que se volvían redondos! –dijo Veruca Salt.

–Yo nunca dije eso –dijo el señor Wonka–. Dije que eran unos caramelos cuadrados que se volvían redondos.

–¡Pero no se vuelven redondos! –dijo Veruca Salt–. ¡Siguen siendo cuadrados!

–Se vuelven redondos –insistió el señor Wonka.

–¡Claro que no se vuelven redondos! –gritó Veruca Salt.

–Veruca, cariño –dijo la señora Salt–, no le hagas caso al señor Wonka. Te está mintiendo.

–Mi querida merluza –dijo el señor Wonka–, vaya a que le frían la cabeza.

–¡Cómo se atreve a hablarme así! –gritó la señora Salt.

–¡Oh, cálese! –dijo el señor Wonka–. ¡Y ahora miren esto! –sacó una llave de su bolsillo, abrió la puerta, la empujó... y de pronto, al ruido de la puerta que se abría, todas las filas y filas de pequeños caramelos cuadrados se volvieron rápidamente redondos para ver quién entraba. Las diminutas caritas se volvieron realmente hacia la puerta y miraron al señor Wonka.

–¡Allí los tienen! –gritó triunfalmente–. ¡Se han vuelto redondos! ¡No hay discusión alguna! ¡Son caramelos cuadrados que se vuelven redondos!

–¡Caramba, tiene razón! –dijo el abuelo Joe.

Roald Dahl, "Caramelos cuadrados que se vuelven redondos" en *Charlie y la fábrica de chocolate*, Faith Jacques, ilustr. México, SEP-Santillana, 2004.

27. La vida de un niño en tiempos de la Independencia

–No se peleen por este asunto. Debemos permanecer unidos porque se rumora que Hidalgo y sus huestes se acercan a Guanajuato. De Dolores pasaron a Atotonilco, donde tomaron el estandarte de la Virgen de Guadalupe y la nombraron su protectora.

–Y a nosotros –pregunté yo–, ¿quién nos protegerá? Tengo mucho miedo...

–La Virgen de los Remedios –respondió secamente papá.

–Sí –dijo Antonio–, pero nosotros debemos hacer algo para defendernos. No nos vaya a pasar como a los españoles de San Miguel el Grande y Celaya, a donde se dirigió Hidalgo después de Atotonilco. Entraron a las casas y robaron, metieron presos a los europeos y varios perdieron la vida. Papá bajó la cabeza abrumado y asintió:

–Tienes razón, sobre todo ahora que Hidalgo viene a Guanajuato con la multitud que se les unió en Atotonilco, San Miguel y Celaya. Además, ya ha sido nombrado capitán general de ese ejército y de la rebelión.

Yo tengo que confesarte, querido diario, que tengo mucho miedo. ¿Qué nos sucederá cuando Hidalgo entre a Guanajuato? ¡No quiero ni pensarlo!

Viernes 18 de septiembre de 1810

Hoy amaneció un día gris. Como siempre, asistí al colegio, donde estudio latín. En medio de la clase, oímos que la corneta tocaba generala, como una señal de alerta.

En los primeros momentos sentí alegría de que se suspendiera la lección y se nos ordenara salir del colegio con uno de nuestros instructores. Pero ya en la calle tuve miedo al darme cuenta de que los comercios estaban cerrando en pleno día, y de que sirvientes y esclavos cerraban las puertas de las mansiones con doble cerradura.

¿Qué pasaba? Arreциamos el paso, el instructor me dejó en la puerta de mi casa, donde entré sofocado y sudando. En el corredor encontré a mamá que, con los nervios de punta, iba de un lado a otro. Al verme exclamó:

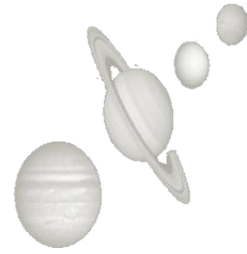
–¡Bendita sea la virgen que llegaste! Estaba preocupadísima por ti. Hidalgo se acerca a Guanajuato con sus insurgentes.

Victoria Lerner S. *La vida de un niño en tiempos de la Independencia*. México, SEP-Instituto Mora, 1997.

28 Los nombres de los astros

Todos los pueblos de la antigüedad le dieron nombres a los astros más brillantes, que son visibles a simple vista. Estos nombres provenían, por lo general, de sus leyendas o su religión. Pero la mayor parte de ellos ya se ha olvidado. En nuestros días, conservamos tan sólo nombres árabes y versiones latinizadas, que nos legaron los romanos, de los nombres griegos originales.

Así, por ejemplo, a un planeta que se caracterizaba por ser tan rojo como el color de la sangre, los griegos le pusieron el nombre del dios de la guerra: Ares, y al planeta más brillante de todos lo llamaron Afrodita, su diosa de la belleza y el amor. Pero, para los romanos, el dios de la guerra era Marte y la diosa de la belleza y el amor era Venus, así que fueron estos nombres los que se conservaron.



Los nombres árabes se conservan sobre todo en las estrellas. Son muy famosas Algol en la constelación de Perseo y Deneb en la del Cisne. Algol quiere decir *demonio* en árabe, y le pusieron así porque su brillo cambia con el tiempo. Deneb significa *cola*, también en árabe y se llamó así porque es la estrella que está en la punta de la cola del cisne.

Hoy día hay una comisión internacional que se encarga de ponerle nombre a cualquier objeto nuevo que se descubra, ya sea un cometa, un asteroide, un satélite o algún objeto desconocido. Cualquier persona puede sugerir un nombre. Por ejemplo, cuando en 1977 se descubrió un satélite del planeta Plutón, a una inglesa se le ocurrió llamarlo Caronte porque, en la mitología griega, Plutón era el dios del reino de los muertos y Caronte era el barquero que transportaba a los muertos al reino de Plutón. La sugerencia se aceptó y el satélite de Plutón se llama Caronte.

Miguel Ángel Herrera y Julieta Fierro, "Los nombres de los astros" en *Las estrellas*. México, SEP-Sitesa, 1990.

29. Perdidos en un planeta llamado Tierra

La nave era plata.

Un destello, apenas un suspiro, un dardo atravesando la negra oscuridad celestial, más allá de todo.

Y también era silencio, fascinación, misterio.

Tenía forma de menhir (como una piedra larga), con cuatro aletas posteriores que se graduaban de acuerdo a la velocidad, el despegue o el aterrizaje. Era pequeña, apenas siete metros de altura, pero su diámetro era grande, resultando la nave oronda, como si fuera barrigona.

En su interior, a través del amplio ventanal que dominaba su morro (extremo

delantero), podían verse a sus dos ocupantes.

Uno era alto y delgado, completamente blanco, sin pelo, ojos grandes y oscuros, boca pequeña, apenas nariz y tres dedos largos en cada mano. El otro era bajo, redondo... ¡y metálico! Tenía una esfera grande por cuerpo y una media esfera pequeña por cabeza. En ella le habían insertado los puntos focales, que emitían luz, y una boca flexible para que no pareciera inanimado. De la esfera mayor surgían dos pinzas a modo de extremidades superiores.

En aquel momento los dos estaban hablando.

–¡No es posible, Tobor! –decía el humanoide.

–Me temo que sí lo es, Rebas –respondió el robot.

–¡Es tu trabajo cuidar que los generadores estén cargados!

–¡Y el tuyo no desviarte de las rutas autorizadas!

–Pues la hemos fastidiado –suspiró Rebas.

–¡Y que lo digas! –se llenó de luces rojas Tobor.

–Sin energía no hay forma de que podamos regresar. Y tampoco podemos comunicarnos de ninguna forma con nadie. Hemos agotado hasta las reservas...

–Y en este rumbo nadie nos localizará. ¡Estamos perdidos!

Rebas parpadeó un par de veces. Sus pestañas eran laterales. Se estremeció y miró a través del ventanal. El espacio era hermoso, pero también solitario e infinito. Sobre todo cuando se está a miles de años luz de casa.

–¿Dónde estamos exactamente? –preguntó el humanoide...

–Es un sistema primario de clase C –informó el robot–. Un sol, nueve planetas... Eso es todo.

–¿Hay vida en alguno de esos planetas?

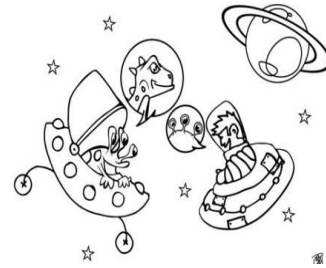
–Veamos... –Tobor leyó los datos–. Se detectan formas de vida animada, de naturaleza orgánica, en el tercero de ellos.

–¿Podemos llegar a él aprovechando su gravedad?

–Creo que sí.

–Entonces vayamos –dijo Rebas–. Es nuestra única...

Y se calló el resto porque era evidente.



30. Sola y Sincola

Durante la mañana, llené el depósito a uno, dos y tres coches, y le eché gasóleo a un camión.

Regresé a la tienda y, cuando me disponía a echarle un vistazo al periódico, escuché un ruido en las estanterías de regalos.

Me acerqué y me llevé una gran sorpresa: ¡allí estaba una de las niñas de la camioneta de antes!

Estaba mirando una mochila con sus ojos de oliva.

Salí pitando al exterior, pero no había ni rastro de la camioneta. Volví a entrar, y la niña continuaba sin quitar ojo a la mochila.

No sabía qué hacer y le pregunté su nombre, pero creo que no me entendió.

–Te llamaré Sola. Porque se han olvidado de ti y te han dejado más sola que la luna – dije bajito.

“A lo mejor podría tomar algunos minutos e ir con la niña tras la camioneta”, pensé después.

Pero yo también estaba solo en la gasolinera y no la podía abandonar.

–No te preocupes, Sola, tu familia se ha ido, pero pronto volverán a buscarte –le dije mientras acariciaba su pelo rizado.

Esta mañana llegó otro de tantos y, mientras yo llenaba el tanque, se bajó un conductor tripón y fue al baño.

Dentro del coche vi dos niños, la madre y la abuela: todos dormidos.

En cuanto se marcharon, sentí que un gato se arremolinaba en mis pies.

Entonces, lo entendí todo: el muy desalmado llevaba un gato escondido bajo la ropa y ¡cababa de abandonarlo en nuestra gasolinera!

De repente, un camión de los grandes pasó a toda velocidad, como un huracán.

El gato, asustado, salió. Inmediatamente se escuchó el claxon de un coche y un largo gemido. Luego vi a Sola, tapándose los ojos con las manos...

¿Qué pasaría? ¿Apachurraron al pobre gato, o nada más le arrancaron la cola?



31. El higo más dulce

Monsier Bibot era dentista, y era un hombre muy exigente. Una mañana, al llegar a su consultorio vio a una ancianita que lo esperaba frente a la puerta. Tenía dolor de muelas y le rogó que la ayudara.

–¡Pero si no tiene cita! –dijo él.

La mujer dejó escapar un gemido. Bibot consultó su reloj. Tal vez tenía tiempo de ganarse unos cuantos billetes extra. La hizo pasar y le revisó la boca.

–Tendremos que sacarle la muela–dijo con una sonrisa y, una vez que hubo terminado, añadió–: Le daré unas píldoras para el dolor.

La anciana estaba muy agradecida:

–No puedo pagarle con dinero –dijo–, pero tengo algo mucho mejor–. Sacó un par de higos de su bolsa y se los tendió a Bibot.

–¿Higos? –dijo él, molesto.

–Estos higos son muy especiales –susurró la mujer–. Pueden hacer que sus sueños se hagan realidad –le guiño un ojo y se llevó un dedo a los labios.

Antes de irse a la cama, el dentista decidió tomar un bocadillo. Se sentó en la mesa del comedor y se comió uno de los higos que le había dado la anciana. Estaba delicioso.

Era tal vez el mejor higo, el más dulce, que se había comido jamás.

A la mañana siguiente al llevar a su perro a pasear notó que la gente se le quedaba mirando.

“Admiran mi traje, pensó.”

Pero cuando se vio reflejado en el ventanal de un café, se detuvo horrorizado. Sólo tenía puesta la ropa interior.

Bibot se metió en un callejón y trató de recordar lo que había soñado la noche anterior y justamente fue que estaba frente a ese café desnudo; recordó el resto del sueño y vio cómo la Torre Eiffel se iba inclinando hacia abajo lentamente como si fuera de goma.



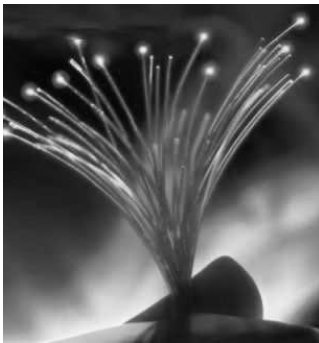
Fue entonces cuando comprendió que la anciana de los higos le había dicho la verdad así que no iba a desperdiciar el segundo higo...

La Torre Eiffel yo creo que casi todos la hemos visto, porque es muy famosa. Está en París, la capital de Francia.

Chris Van Allsburg, *El higo más dulce*. México, SEP-FCE, 2006.

32. Maravilla de vidrio: Fibra óptica

La investigación moderna en el campo del vidrio ha dado origen a muchos productos nuevos y maravillosos; uno de los avances más notables es un material prácticamente invisible.



Este producto consiste en hebras de vidrio puro del grosor de un cabello. Se conocen como fibras ópticas y ya han sustituido a muchas líneas telefónicas antiguas. Un manojo de fibras de vidrio puede transmitir miles de conversaciones telefónicas al mismo tiempo y varios cientos de mensajes, más que un cable de cobre de las mismas dimensiones.

Los cables de fibras ópticas han facilitado la comunicación de un lado a otro del mundo. Las comunicaciones por fibras ópticas a través del océano Atlántico empezaron en 1988 y al año siguiente se iniciaron las comunicaciones a través del océano Pacífico.

Las fibras ópticas sirven también para establecer interfaces de computadora y los médicos las emplean para ver el interior del organismo (vasos sanguíneos, intestinos, etcétera) sin necesidad de cirugía. La endoscopia, que es el reconocimiento del interior del cuerpo mediante visión directa, utiliza finos tubos con fibras ópticas y una lente en uno de los extremos.

Actividad

Para que observes cómo se refleja la luz de los delgados hilos de vidrio de una fibra óptica, necesitas una botella grande de plástico con un agujero en uno de sus lados.

- Llénala de agua y ciérrala.

- Apaga la luz y con una linterna ilumina la botella.
- Pon el dedo en el chorro de agua que sale por el orificio.

¿Qué ves en el extremo de tu dedo?

Glinda Irazoque, “Maravilla de vidrio: Fibra óptica” en *La ciencia y sus laberintos*. México, SEP-Santillana, 2004.

33. La dama del abanico

Era una dama de kimono que vivía en la plegada superficie de un abanico de papel. No vivía sola. Posada atrás de ella, una garza hundía su larga pata de coral en el agua de un lago. Mientras en el rincón de la izquierda, volaba otra garza.

Sin lluvia o nieve que viniesen a alterar el paisaje, sin frutos que sustituyesen a las flores del durazno, la dama y sus garzas parecían detenidas en el tiempo. Pero no lo estaban. El tiempo pasaba en el abanico, aunque a su modo. Pues cada vez que su dueño, un viejo mandarín, lo cerraba con un golpe seco, anochecía entre los dobleces. La dama entonces se dormía.



Sin embargo, bastaba que el mandarín abriera otra vez el abanico para que todos despertasen ¡Qué acalorado era aquel mandarín! Cada instante, ¡rraac!, abría el abanico, abriendo con él los ojos de la dama y sus garzas.

¡Y qué nervioso! Apenas se había abanicado, cuando ya lo cerraba nuevamente.

Abre y despierta, cierra y duerme, la vida en el abanico se hacía en rápidas noches y brevísimos días. Y no sobraba tiempo para el aburrimiento.

La esposa tenía modales muy diferentes. Todo, en ella era despacio. Del abanico, más que la brisa, disfrutaba el pausado gesto con que lo movía, acariciando el aire y su cuello. Casi no lo cerraba. Por encima, su mirada era lanzada con disimulo. Tras él, murmuraba secretos, escondía sonrisas y besos.

Con ella, los días se volvieron largos, a veces larguísimos para la dama del kimono. Tocaba su instrumento, miraba a sus aladas compañeras, y así se distraía. Sin embargo, las garzas, sin nada que hacer, comenzaron a encontrar el cielo de papel cada vez más limitado, y el horizonte de más allá, cada vez más tentador.

Y llegó un día en que la garza del rincón de la izquierda, aquella que desde siempre mantenía sus alas abiertas, las movió levemente, después con más fuerza, y aleteando libre, al fin, voló fuera del abanico.

Ahora sola, la garza del lago ya no tenía motivo para continuar ahí, con la pata sumergida en el agua. Estiró al fin la otra pata, irguió el cuello, desdoblado las alas que desde siempre habían permanecido cerradas y abrió su vuelo, abandonando el abanico.

Sin un gesto, la dama vio partir a su última amiga. No lloró, porque las lágrimas no se permiten en los abanicos de papel. Pero las pálidas manos dejaron de tañer las cuerdas. Y en su regazo, enmudeció el instrumento.

Marina Colasanti, "La dama del abanico" en *Entre la espada y la rosa*. México, SEP-Salamandra, 1992.

34. Los temblores



¿Por qué tiembla?

Ocurre un temblor cuando se acomodan esas enormes placas que existen en la corteza terrestre, en los lugares donde hay un gran rompimiento de las rocas que los sismólogos denominan fallas. Una de las fallas más conocidas es la de San Andrés, que pasa cerca de San Francisco, en los Estados Unidos y llega hasta Baja California.

El movimiento de las placas se debe a que las cadenas montañosas que nacen del interior de la Tierra las empujan. Esto ocurre, por ejemplo, a la mitad del Océano Atlántico, donde ha nacido una cadena montañosa que se denomina Dorsal del Atlántico.

En las placas se acumula energía debido a la fuerza que ejercen las cadenas montañosas jóvenes sobre las viejas.

Al igual que ocurre cuando se comprime un resorte, después de cierto tiempo, que incluso pueden ser varios años, el "resorte" se suelta, un pedazo de corteza se rompe, y

se liberan enormes cantidades de energía. Esta energía viaja en todas direcciones, en forma de ondas, como las que se producen cuando arrojamamos una piedra en el agua.

En ese momento se libera la energía de las placas o piezas de la corteza terrestre, se mueve el suelo que pisamos, como lo haría un resorte de un lado a otro, una y otra vez. Este movimiento se conoce como temblor o sismo. Y cuando es muy fuerte se le llama terremoto.

Debajo del mar, un terremoto puede producir gigantescas olas que se llaman tsunamis.

Cómo se miden los temblores

Para medir la magnitud de los temblores se emplean los sismógrafos. El primer sismógrafo lo construyó el científico chino Chang Heng, que vivió entre el año 79 y 139 de nuestra era. El primer sismógrafo moderno, que aprovechaba los beneficios de la electricidad, lo inventó el médico y príncipe ruso Boris Golitsyn, en 1905.



El sismógrafo consiste en un resorte del que cuelga un objeto muy pesado. Unido a dicho objeto se coloca una pluma que marca en un papel las vibraciones que se generan cuando se produce un temblor.

Si se analizan esas vibraciones que se dibujan en el papel se puede calcular la magnitud de un sismo y dónde se produjo.

En muchos lugares de la Tierra se instalan estaciones con varios sismógrafos que registran día y noche cualquier temblor, por pequeño que sea.

Hay que aclarar que la corteza terrestre siempre se está moviendo. Es decir, a todas horas se producen temblores. La mayoría de los temblores son de baja magnitud, y por eso no los sentimos, ni causan ningún daño.

Juan Tonda, *Los temblores*. México, SEP-ADN Editores, 1997.

35. Queridos monstruos

Provistos de linternas y faroles salimos rumbo al chalet del fondo, con las perritas al frente del grupo, ya que se escaparon aprovechando el alboroto que reinaba en la sala.

Metros atrás de nosotros y cobijadas de la lluvia con un grandísimo mantel de hule, iban la mamá y las tías de Elián, las tres ya con tanta ansiedad como los chicos.

–No pasó nada –nos decía el padre– ¿Qué broma de mal gusto habrá inventado ahora mi hijo? Es como para darle un coscorrón a ese loquito. Miren que asustar así a todos...

–¡Elián! ¡Elián! –lo llamábamos a gritos mientras nos dirigíamos hacia el chalet de los caseros.

No respondía.

El silencio sólo era quebrado por los sonidos de lluvia, truenos y relámpagos.

–¡Elián! ¡Elián! ¿Por qué no nos contesta este desgraciado? Lo encontramos desvanecido, de rodillas junto a la puerta del chalet y como pegado a ésta por su brazo derecho. A su lado, la grabadora se había parado y la cinta, agotada su banda A, indicaba que algo se había grabado allí.

Una manga de la túnica de Elián estaba traspasada por la manija de la puerta, impidiéndole cualquier movimiento del brazo. En tanto, uno de los extremos inferiores de la parte de atrás de la larga vestidura se encontraba sujeto al piso de tierra, con una cuchilla clavada.

Difícil de olvidar el gesto de terror que desfiguró la cara de Elián cuando...

¿Cuándo qué? ¿Por qué nos cortan esta lectura en este preciso momento? Ahora vamos a tener que encontrar el libro para saber qué pasó.

Elsa Bornemann, *Queridos monstruos*. México. SEP-Santillana, 2004.

36. Adivinanzas populares

La adivinanza popular es parte del folclor porque participa de todos sus atributos: tradicionalismo, popularidad, plasticidad, anonimato, valor estético y un contenido “sustancioso”. Dilo si no al conocer (o recordar) los ejemplos que te presentamos.

Tómalos como amistosos retos que te hacemos y sabe que es nuestro deseo sincero que disfrutes de su desentrañamiento.

Se cierran todas las noches
y se abren al despertar
sin resortes y sin broches
los dos marchan a la par.

Los ojos

Un minuto tiene una,
un momento tiene dos,
pero un segundo, ninguna.

La letra m

Campo blanco,
flores negras
y un arado
con cinco yeguas.

La hoja, las letras, el lápiz

Una dama muy brillante
va marchando a compás,
con las piernas por delante
y los ojos por detrás.

Las tijeras

Ana me llaman de nombre
y por apellido Fre;
aquel que esto no acertase
es un borriquito en pie.

El anafre

Soy liso y llano en extremo
y, aunque me falte la voz,
respondo al que me consulta
sin agravio ni favor.

El espejo

Blanco fue mi nacimiento,
pintándome de colores,
he causado muchas muertes
y empobrecido a señores.

Los naipes

Soy señora con corona
doscientos hijitos tengo
todos son coloraditos,
con mi tallo los mantengo.

La granada

Una pálida señora
blanca, larga, flaca y seca,
en las noches, encendida,
llora manteca.

La vela

Soy el rey e impero en toda nación,
tengo doce hijos de mi corazón,
de cada uno de ellos,
tengo treinta nietos
que son mitad blancos
y son mitad negros.
Muy chiquito, chiquito,
pone fin a todo escrito.

El punto

En el cielo soy de agua,
en la tierra soy de polvo,
en la iglesia soy de humo
y una telita en los ojos.

La nube



Dos arquitas de cristal,
se abren y cierran sin rechinar.

Los ojos

Una arquita blanca
como la cal
que todos saben abrir
y nadie sabe cerrar.

El huevo

Valentín Rincón y Cuca Serratos. *Adivinancero*. México, SEP-Nostra, 2004.

37. Migración

Cada año, muchos animales inician muchas jornadas para encontrar comida o sitios de crianza. Sus viajes se conocen como migraciones. En América del Norte, los caribúes, una especie de renos, recorren miles de kilómetros hacia el norte, cada primavera, para alimentarse en el Ártico. En otoño vuelven a dirigirse al sur para escapar del crudo invierno del norte. Las aves recorren distancias aún mayores; en un solo año la gaviota del Ártico puede volar hasta 20,000 kilómetros. Los dinosaurios tal vez emigraban por las mismas razones. Las pistas más fuertes que nos llevan a pensar esto son los fósiles de algunos dinosaurios que se han encontrado en el norte de Alaska y a miles de kilómetros de ahí, más al sur.

La búsqueda del Polo

Los dinosaurios del Ártico en América del Norte pueden haber emigrado desde las llanuras costeras que alguna vez estuvieron entre las Montañas Rocallosas y la orilla occidental de un mar llamado de Niobrara. En el cretáceo tardío este mar poco profundo iba desde el océano Ártico hasta el Golfo de México, dividiendo el continente en dos islas, una al este y otra al oeste. Una de las especies que emigraban pudo haber sido el dinosaurio con cuernos, *Pachyrhinosaurus*, cuyos fósiles se han encontrado tanto en Alberta, en Canadá, como en la costa del norte de Alaska, en los Estados Unidos, a 3,500 kilómetros de distancia.

David Lambert, "Migración" en *Guía de los Dinosaurios*. México, SEP-Publicaciones CITEM, 2002.

38. El diablo de la botella

Hubo una vez un hombre de la isla de Hawai, a quien llamaré Keawe; su verdadero nombre debe mantenerse en secreto, porque la verdad es que todavía vive, pero diré que el lugar de su nacimiento no quedaba muy lejos de Honaunau, donde los huesos de Keawe el Grande yacen escondidos en una cueva. Este hombre, Keawe, era pobre, valiente y activo; podía leer y escribir como un maestro de escuela; era además un marinero de primera que había navegado durante algún tiempo en los vapores de las islas, y había sido timonel de un ballenero en la costa de Hamakua. Con el tiempo se le ocurrió a Keawe la idea de ver el gran mundo con sus ciudades, y se embarcó con rumbo a San Francisco.

San Francisco es una gran ciudad; tiene un gran puerto, y hay muchísimas personas ricas; y en particular, hay una colina cubierta de palacios. Por esta colina precisamente se paseaba Keawe, con el bolsillo lleno de dinero, mirando con placer las grandes casas de lado y lado. “¡Cuántas casas hermosas!”, pensaba “¡y qué feliz debe de ser la gente que vive en ellas, sin preocuparse por el mañana!” Este pensamiento rondaba en su mente cuando pasó al lado de una casa más pequeña que las otras pero toda adornada como un juguete; los escalones de esa casa brillaban como si fuesen de plata, y los bordes del jardín florecían como guirnaldas y las ventanas eran luminosas como brillantes; y Keawe se detuvo, maravillado de la excelencia de todo lo que veía. Al detenerse notó que un hombre lo estaba observando desde una ventana tan transparente que Keawe podía verlo como se ve un pez desde un arrecife. El hombre era de cierta edad, calvo y de barba negra; su rostro tenía una expresión sombría de dolor, y suspiraba amargamente. Y la verdad del asunto es que, al mirar Keawe al hombre allí adentro, y al mirar el hombre a Keawe allá afuera cada cual envidiaba al otro.

De repente, el hombre sonrió, asintió con la cabeza y le hizo señas a que Keawe para que entrara en la casa.

Ese hombre le va a vender a Keawe una botella que encierra a un diablo que le podrá cumplir todos sus deseos... pero antes de que Keawe muera debe deshacerse de ella; debe vendérsela a otra persona, en menos de lo que le ha costado a él. Les recomiendo este libro de manera muy especial. Van a divertirse leyéndolo más de lo que se imaginan.

Robert Louis Stevenson, *El diablo de la botella*, México, SEP-Norma, 2002.

39. Asesinato en el Canadian Express

Dentro del paquete, algo hacia tic-tac.

Una bomba. Sí, Tom estaba seguro de que se trataba de una bomba. Observó el envoltorio de papel en el que no había nada escrito, y acercó su cabeza.

Tic-tac, tic-tac.

Asustado, Tom dirigió su vista a la abarrotada estación de ferrocarril. ¿Qué hacer? Si gritaba “¡una bomba!”, podía cundir el pánico y la gente saldría corriendo hacia las puertas, donde las mujeres y los niños morirían pisoteados y aplastados.

Tom observó de nuevo el paquete que había aparecido misteriosamente junto a su maleta, unos minutos antes, cuando fue al baño. Su aspecto era inofensivo, pero aquel tic-tac indicaba que podría ser mortal.

Tom vio un hombre, con uniforme de inspector, que cruzaba la estación. Corrió hacia él, abriéndose paso entre la gente que aguardaba para subir al tren, y lo sujetó por el brazo.

–¡Por favor, señor –dijo jadeando–, venga enseguida!

El hombre miró a Tom con unos grandes ojos azules, aumentados por el grosor de los anteojos.

–¿Qué? –dijo, llevándose una mano al oído.

–¡Que me ayude! –dijo Tom, temeroso de gritar que se trataba de una bomba.

El hombre movió la cabeza.

–No te oigo, hijo. La estación es demasiado ruidosa.

El inspector pareció perder todo interés por Tom y se puso a escribir en una libreta de notas. Durante un segundo, Tom pensó marcharse y ponerse a salvo pero, de repente, le arrebató la libreta y salió corriendo.

–¡Eh! ¡Tú! ¡Diablos! –gritó el hombre.

Muchas caras se volvieron al verlos pasar como una flecha. Tom con su pelo rojo, y el inspector tras él. Aquel hombre era buen corredor, y casi había dado alcance a Tom cuando éste llegó junto a su maleta.

El paquete había desaparecido.

¡Imposible! Tom levantó la maleta, buscando la bomba perdida, y en aquel momento llegó el inspector y agarró a Tom.

–¡Mocoso!

Y ¿qué pasó con el paquete? Y ¿si de veras es una bomba y estalla? Eso es lo que hace una lectura emocionante. Que haya cosas que nos intrigan, que queremos descubrir. Por lo pronto, aquí hay otro libro que yo quiero leer.

Eric Wilson, *Asesinato en el Canadian Express*. México, SEP-SM, 2003.

40. Cartas a un gnomo

Desde que mis papás se separaron, en casa somos tres. Al principio nos quedaba grande, pero desde que mi hermano dejó de ser un bebé la llenó de gritos y pelotazos.

Yo tengo siete años y ya sé comportarme como la gente.

Fue una verdadera sorpresa volver a ser cuatro.

Todo empezó una noche. Mamá nos trajo un chocolate a cada uno para el postre. Yo me lo comí enseguida, pero mi hermano espero a que me lo terminara.

Entonces empezó a saborear el suyo muy despacio.

Traté de ignorarlo, pero al ratito caí en su trampa y le dije:

–¿Me das un pedacito?

–No, ya te comiste el tuyo.

No le bastó con hacerme sufrir de noche, sino que decidió dejar el último pedazo para el día siguiente.

“Mejor –pensé–, quizás medio dormido pueda convencerlo de que el que come y no convida tiene un sapo en la barriga.

Por la mañana el chocolate ya no estaba.

Nos miramos con desconfianza durante el desayuno. Mamá, muy seria me preguntó:

–Clarisa, ¿fuiste tú?

Aunque le juré que no había sido, no me creyó.



Al otro día la azucarera amaneció volcada sobre la mesa de la cocina y la noche siguiente desapareció sin rastro un bombón de fruta que me guardé para el desayuno.

Mamá, convencida de que ninguno de sus pequeños era capaz de hacer algo así sin confesarlo, comenzó a investigar.

Un viernes por la noche, mamá dejó, como señuelo, un pedacito de chocolate blanco sobre la mesa y después nos escondimos para esperar al ladrón.

Después de un buen rato mi mamá estaba adormecida y el chocolate seguía sobre la mesa.

–No hay ladrones –dijo–, y entre rezongos nos fuimos a dormir.

A la mañana siguiente el pedacito de chocolate había desaparecido y mamá no sabía que pensar.

Entonces recordé algo que vi en una película. Había que poner talco o harina para que el ladrón sin darse cuenta dejara sus huellas.

¿Saben qué pasó después? ¿Ustedes creen que atraparon al ladrón? Yo creo que algo tuvo que ver ese gnomo del que se habla en el título de la lectura. ¿Qué creen ustedes?

Margarita Mainé, “Cartas a un gnomo”, *Español cuarto grado lecturas*. México, SEP, 2008.

41. Los buenos vecinos

Al final de una calle había dos casitas colindantes. En una vivía una bruja y en la otra un mago. A decir verdad, nunca se habían llevado bien; bueno, para ser más exactos, siempre estaban peleando. La bruja estaba todo el tiempo preparando pociones que producían un olor pestilente que, de alguna manera, siempre terminaba por llegar a la casa del mago.

Una mañana, el mago notó un olor más desagradable que de costumbre. Salió y vio a la bruja, que estaba en su jardín recogiendo un montón de porquerías. “Seguramente con ellas está preparando uno de sus horribles brebajes”, pensó el mago. Se asomó por encima de la cerca y gritó:

–¡Mira! Hay un pequeño caracol ahí, y un gusano muy jugoso y, ¡madre mía!, ¡que no se te olvide llevarte esa estupenda rana!



–Guárdate los comentarios para ti, viejo tonto –se defendió la bruja ofendida.

–En ese caso, guárdate los malos olores para ti –respondió el mago.

–¡Viejo murciélago! –contestó a su vez la bruja.

–¿Viejo me has dicho? Por lo menos yo no tengo a la gente en vela toda la noche, como tú, proclamando hechizos a los cuatro vientos y bailando como gusano en comal caliente.

–De todas formas, eres un mago inútil, para que lo sepas, y no serías capaz de salvar tu propia vida con uno de tus conjuros.

–Eso ya lo veremos –dijo el mago enojado–. Eso ya lo veremos.

El mago estuvo estudiando sus libros de hechizos toda la noche, pues hacía muchísimo tiempo que no encantaba a nadie. En realidad se ganaba la vida quitándole a la gente verrugas de la punta de la nariz y cosas por el estilo. Pero ahora estaba buscando algo de veras sorprendente, algo muy especial, hasta que al final lo encontró.

¿Qué creen que encontró el mago para deshacerse de la bruja? ¿Quién ganará? Ya saben dónde hay muchas respuestas a las preguntas que nos hacemos después de cada lectura: en el libro... Hay que ir a buscarlo.

John Patience, “Los buenos vecinos” en *Español cuarto grado. Lecturas*. México, SEP, 2008.

42. Focas

Por lo general, las crías de foca son muy parecidas a sus padres, aunque algunas tienen el pelo más espeso, para estar más abrigadas mientras desarrollan la capa de grasa que tienen las focas. Los cachorros reciben nombres como *capa blanca* o *lomo azul*. Su piel es muy apreciada, y cada año mueren muchos cachorros a manos de brutales cazadores.

Los cachorros maman la leche de su madre como los bebés humanos. La leche es muy nutritiva, y el peso del cachorro se duplica a las pocas semanas de nacer. Algunas hembras amamantan a sus crías con mucha frecuencia, mientras que otras sólo lo hacen

cada varios días. Cuando las hembras vuelven a aparecer, los cachorros corren peligro de ser aplastados.

En unas especies, los cachorros nadan y se mueven por tierra firme a las pocas horas de nacer, pero en otras no pueden valerse por sí mismos hasta que han pasado varios días y se les han desarrollado los músculos. Los cachorros de foca gris tardan unas tres semanas en empezar a nadar; antes tiene que crecerles todo el pelo.

Cuando todos los criaderos se deshacen y los adultos regresan al mar, los cachorros tienen que aprender a valerse por sí mismos.

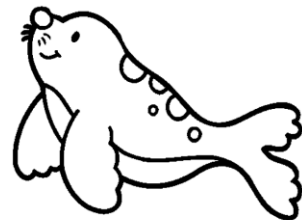
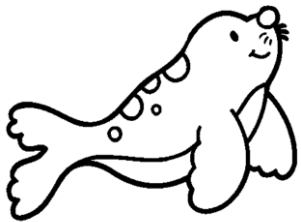
Poco a poco se van haciendo expertos nadadores y aprenden a capturar pescado. Pero esta es una época muy peligrosa para los cachorros, sobre todo si han nacido en costas rocosas y tienen que aprender a nadar en aguas turbulentas.

Durante las primeras semanas de vida, los cachorros de foca común nadan en compañía de sus madres. Pero en cuanto dejan de mamar se alejan de ellas y van en busca de nuevos territorios.

Las focas pueden llegar a vivir unos cuarenta años. Por lo general las hembras se aparean por primera vez a los seis años de edad, y tiene una cría cada año hasta que cumplen veinte.

¿Cómo ven, les gustó?

Lucy Baker, *Focas*. México, SEP-AEM, 2002.



43. El corrido de la pulga

Ay, yo vi una pulga arando
uncida con un novillo
y en esto llegó un zorrillo,
con la semilla sembrando.

El tlacuache iba tapando
con un arado deforme,
y el zancudo que era un conde,
llegó y le dijo... malajo:
Amigos en el trabajo,
yo vide llorar un hombre.

Viajando, cual pasajero,
encontré una casa sola,
y apenas me había acostado
me brincó la pulga a un lado:
a poquito oí un estruendo,
miré la pulga bragada
que brincó hasta el caballete,
y me molestó hasta las siete;
pulga tan aguantadora,
aguantó siete balazos.

Ya la pulga está muriendo,
ya la hicieron mil pedazos.
Para vida de destrozarla
ocho hachas se partieron;
los colmillos eran chicos
los corté con todo y jeta
saqué de cada colmillo.
un peine para tía Cleta.

Las pestañas eran chicas
se las voy a describir;
saqué de cada pestaña
diez cabestros del azar.

El menudo lo guisaron
En la Plaza de San Juan,
y con él se alimentaron
ciento cincuenta a la par.
El cuerpo era chiquitito,
se lo voy a describir,
para vida de destazarlo
tapó las islas del mar...

Ay, yo vi una pulga arando
y no la puedo olvidar.

“El corrido de la pulga” en Mario Arturo Ramos (recopilación), *Cien corridos, Alma de la canción mexicana*. México, SEP-Océano, 2003.

44. Desde la cima

Desde la cima de aquel cerro el dios y su nahual habían visto los collados: colinas, valles, barrancas no muy hondas. ¿Depresiones? También, y una tras otra. Arriba se veían nubes sospechosamente blancas, que caminaban lentamente, luego se detenían, y volvían a caminar. Abajo la vista se perdía en un paisaje igual, donde el cielo parecía haberse adelantado a los viajeros para unirse, siglos antes que ellos, con la tierra.

Allá, o más allá, deberían llegar. Ellos también, los viajeros incansables en que parecían haberse convertido el dios y su nahual. ¿Cuándo? Quién sabe. Tan igual era el paisaje que nadie, ni el propio Quetzalcóatl, podía calcular si era corta o muy larga la distancia.

Los amigos se quitaron las máscaras y se miraron, sonrientes y contentos, a los ojos. ¿Seguirían de inmediato su camino? ¿O tomarían algún descanso?

El primero en hablar fue el nahual de Quetzalcóatl, y dijo:

–Si la distancia es corta, llegaremos muy pronto; si la distancia es larga, será mejor que empecemos de inmediato; si lo hacemos así, siempre llegaremos antes.



Y dejando al dios sin posibilidad de negarse, a buen paso de viajero se adelantó a su amo.

Cerca aún del brillo caliente del Itztépetl, no se habían dado cuenta de que ahora caminaban por un terreno helado.

–¡Brrr...! –dijo el nahual.

–¡Brrr...! –le contestó, entelerido, Quetzalcóatl.

Ya reanudaban el dificultoso viaje, cuando comenzó a nevar.

45. El cuerpo humano, la piel y los huesos

Nuestra piel es como una gran bolsa. Ayuda a proteger todos los órganos del cuerpo. También es el órgano más grande de nuestro cuerpo. La piel parece lisa pero tiene muchas arruguitas. En la punta de los dedos hay infinidad de pequeñas arrugas que forman nuestras huellas digitales. Todos tenemos huellas digitales diferentes.

Las huellas de los labios son tan individuales como las huellas digitales. Pide un lápiz labial y pinta tu boca. Luego mancha un pañuelo desechable apretándolo ligeramente entre tus labios. Obtendrás la huella de tu boca.

Nuestra bolsa de piel estaría floja si no tuviéramos esqueleto. Nuestro almacén de huesos nos permite pararnos derechos.

Si pudiéramos colocar un esqueleto humano junto al de un mono, podríamos notar enseguida el gran parecido. Pero no tendrás muchas oportunidades de examinar huesos verdaderos a menos que estudies medicina o biología cuando seas grande.

La forma y la posición de nuestros huesos son parte de su función misma. Las costillas constituyen una caja fuerte y flexible que protege el corazón y los pulmones. Estos órganos son muy vulnerables y están demasiado ocupados como para protegerse a sí mismos. ¿Por qué crees que tu cráneo es una cúpula tan gruesa y sólida?

¿Sabías que los huesos de tu columna, las vértebras, están huecos? Esto es porque sirven como almacén para la médula espinal. Este nervio tan importante corre a lo largo de las vértebras. ¿Por qué tienes varias vértebras en lugar de tener una sola columna? ¿Qué pasaría con tus movimientos si la columna fuera rígida como un palo de escoba?

Los dedos de tus manos y pies no podrían funcionar bien sin sus articulaciones. Estas articulaciones o coyunturas permiten que te muevas. ¿En qué otra parte del cuerpo son importantes las articulaciones?

¿Sabías que?

La jirafa es el único animal cuyas rodillas se doblan hacia adentro, es decir en forma opuesta a como lo hacen las nuestras. Además, sólo tiene siete huesos en su enorme cuello, igual que nosotros.

Bárbara Newman, "La piel y los huesos" en *El cuerpo humano*. México, SEP, 1991.

46. El pizarrón encantado

Adrián estaba de vacaciones y jugaba a la pelota con sus amigos en el callejón. A veces metían gol, a veces rompían una ventana, así como ahora que se asomó a gritarles un profesor barbudo y Adrián llegó a su casa muy aprisa, sin aire, porque subió cuatro pisos corriendo.

–Ya llegué –gritó, como siempre.

Nadie le contestó. Su mamá no vino de la cocina y de las otras piezas tampoco vino nadie. Adrián prendió la luz, pues empezaba a oscurecer. En la mesa del comedor encontró un papel que decía:

Adrián:

Tu papá está enfermo y tengo que irme con él enseguida. Por más que te busqué, quién sabe dónde andabas. Hijito, pórtate bien. Te dejo cinco pesos para que te vayas a casa de tu tío Austero. Le das la carta que aquí verás. Hijo, pórtate de veras bien, lávate los dientes y acuérdate de decir buenos días.

Muchos besos de tu mamá.

Adrián se quedó leyendo la carta varias veces. Apagó las luces, tomó una maletita que le había preparado su mamá y cerró el departamento con llave.

La casa de los tíos era muy grande, con un portón medio desvencijado. Adrián no alcanzaba el timbre; tocó el aldabón y lo oyó retumbar. El aldabón era una cabeza de perro que se le quedó viendo de mal modo, como diciendo: toca más quedito.

La casa estaba llena de roperos con espejos; tenía más escaleras de lo que parecía necesario y un sótano enorme. También muchos rincones, tinas de baño con patas de animal, selva de plantas en los corredores y un loro malhumorado, el cual gustaba de recitar poesía, pero no lo hacía muy bien y se le revolvían los poemas.

Vivían allí, además, tres gatos amistosos: Pitirifas, Fadrique y Numa. Aceptaban a veces jugar con Adrián y dormían con él por turnos, pues en la noche tenían muchas obligaciones.

Y sucedió así, y aquí viene ya lo más importante y digno de contar: que los gatos jugaban al escondite con Adrián. Y bajaron corriendo al sótano, y se escondieron dentro...

¡De pronto Adrián se fue de boca!... El sótano estaba lleno de cosas curiosísimas: retratos y cuadros, un espejo muy empañado, un ángel manco y sin nariz, varios baúles, sillas cojas, un ropero chueco donde había bastantes frascos raros y retorcidos, con líquidos de colores, y un cucurucho de seda negra, muy viejo, con bordados en oro, de estrellas y lunas; y *un pizarrón* muy terso, con marco azul, que mientras lo miraba fue poniéndose rojo y luego cambió a morado y a verde. Esto era muy bonito y asombroso. Adrián tomó un gis y pensó escribir algo. ¡Ah! ya sé qué...

El pizarrón encantado es un cuento delicioso. Adrián va a escribir GATOS y después va a borrar la G, va a escribir P, y... los tres pobres gatos quedarán convertidos en patos y así descubrirá el niño que el pizarrón tiene poderes y luego... luego ya no les cuento nada, para que busquen el libro y lo lean. Ya después lo comentamos.

Emilio Carballido, *El pizarrón encantado*. México, SEP, 1988.

47. Un pequeño problema

Camila tenía un pequeño problema. "Si me siento debajo de la escalera y pienso, lo puedo resolver en un ratito". Se acomodó debajo de la escalera que daba al jardín y pensó un ratito y otro más. Entonces se dio cuenta de que entre más pensaba, más grande se hacía el problema.

Se trataba de hacerle un regalo de cumpleaños a su mamá. Quería hacerle un regalo bonito y muy alegre, que la pusiera contentírrima. Eso no era problema porque a su mamá le encantaban las cosas locas que a Camila se le ocurrían y, además, ya sabía que si se usaba un poco de pintura amarilla y otro poco de rojo y de verde, su mamá diría: "¡Qué alegre es!"

A lo mejor necesitaba comprar algunas cosas, pero eso tampoco era el problema porque había ahorrado sus domingos durante tres semanas.

Pensó en los últimos regalos que le había hecho a su mamá:



Por Navidad le tejó una bufanda larga, larga, larga con rayas de todos colores que su mamá no se quitó en dos semanas, pero una mañana en que salió el sol, se la quitó y la perdió.

El día de su santo le hizo un llavero rojo de resina. Fernanda, su mejor amiga, le enseñó a hacer los moldes. Hizo una "A" muy grande (el nombre de su mamá empieza con A). A su mamá le encantó. "Así ya no voy a perder las llaves", dijo, y las puso en el llavero nuevo. Se fueron al parque a andar en bicicleta y cuando regresaron tuvieron que llamar al cerrajero para abrir la puerta porque se habían perdido las llaves, con llavero y todo.

Y es que éste era el problema, su mamá perdía todo:

Perdía las llaves, perdía la canasta del mandado cuando iba al mercado, perdía aretes, papeles importantes y papeles insignificantes, la tapa de la pasta de dientes, su anillo de bodas, las hombreras de su suéter favorito y, una vez, hasta perdió una cebolla cuando estaba cocinando.

Lo peor de todo era que cuando su mamá perdía esas cosas, también perdía otras más importantes: el tiempo, la paciencia y el buen humor.

El problema de Camila era encontrar un regalo bonito, alegre, divertido, barato y que **NO SE PUDIERA PERDER.**

Alicia Molina, "Un pequeño problema" en *El agujero negro*, Enrique Martínez, ilus. México, SEP-FCE, 1995.

48. Tesoros del campo en Milpa Alta

Los primeros en descubrir el gran lago rodeado de montañas fueron los animales. Por el aire llegaron las águilas, los patos, los colibríes y las abejas. Por la tierra, los venados, las ardillas, las víboras, y los coyotes persiguiendo a los tlacuaches. Y por el agua, por los ríos, llegaron los peces y los ajolotes. Y como el clima era tan agradable, el agua tan cristalina, los cielos tan transparentes y todo el valle rebosaba de árboles y flores, los animales se quedaron a vivir allí.

Hasta que un día vinieron los hombres. Al principio eran muy poquitos y los únicos que se dieron cuenta de su llegada fueron los mosquitos que se dieron un atracón. Pero

de pronto, empezaron a venir de todas partes, secaron el lago, cortaron los árboles y oscurecieron el cielo. Los animales que pudieron se marcharon, y los demás se fueron acabando.

Sólo las personas que se establecieron cerca de un volcancito apagado que se llama Teuhtli, en las orillas del valle eran diferentes. Les gustaban los animales y las plantas. Y mientras los demás hombres acababan con todo, ellos aprendieron a trabajar el campo, a cuidar los bosques y los lagos, y a respetar a los animales que se quedaron a vivir con ellos. Y como aún conviven con la naturaleza los que viven en ese lugar que hoy se llama Milpa Alta, saben muchos relatos maravillosos que los habitantes de la ciudad ya han olvidado.

El canto de las ardillas

Antes en Milpa Alta no se cultivaba el nopal. El maíz, el frijol y el haba eran los principales cultivos. Los campesinos cuentan que tenían un problema con las ardillas porque se comían los elotes, y aunque mandaban a sus hijos a espantarlas ellas no se iban. Entonces ellos decidieron hacer una canción para pedirles a las ardillas que no se comieran los elotes:

*Ardilla, ardillita no vayas a comer
el maicito que acabo de sembrar.
No lo vayas a comer, no lo vayas a comer.
Ya va a llover, ya truena el cielo.
No lo vayas a comer.*

Desde entonces, los campesinos de Milpa Alta protegen su milpa de las ardillas cantando esta canción.

Jaime Beltrán Romero, *Tesoros del campo de Milpa Alta*. México, SEP-Etnobiología para la conservación, 2006.

49. La última vida de un gato

Aquel sábado de luna llena, al joven gato llamado Toñete se le antojó que era una noche ideal para echar relajo. Fue a visitar a su amigo de juergas, el viejo gato llamado Chilaquil. Lo encontró tirado en el tapete persa de la tibia sala donde vivía con sus amos. Lo despertó de un mordisco en la cola. Chilaquil saltó de susto, creyendo que era un perro, pero al ver a Toñete muerto de la risa, lo correteó por debajo de las sillas hasta atraparlo entre sus garras.

–¡Menso! –lo zarandé–. ¿No comprendes que me pudo haber dado un paro cardiaco?

–Volverías a nacer –dijo Toñete. ¿Ya no te acuerdas que los gatos tenemos siete vidas?

–Yo ya no –le soltó Chilaquil y se trepó en el respaldo de un sofá, sumamente agobiado.

–A mí nada más me queda una.

Al Chilaquil le gustaba mucho ver las telenovelas, por lo que Toñete creyó que estaba actuando. De un brinco se sentó a su lado, en el cojín del sofá.

–¿Qué tal te caerían unas sabrosas tripas de gallina? –le preguntó lamiéndose los bigotes. Ayer que andaba de vago, descubrí una pollería con un agujero en el techo. Nomás es cosa de hacernos flaquitos para caber. Vamos, no te vas a arrepentir. Queda a unas cuantas azoteas de aquí.

– No, gracias, si algo me sobra es comida. –respondió el veterano gato. Se dirigió al refrigerador y lo abrió con el hocico. Había todo lo que hay en el mercado.

– Lo sé –gruñó Toñete–; pero el chiste no es llenar la buchaca, sino correr una aventura. A lo mejor nos topamos con unos ratones y los perseguimos, como si fuéramos judiciales y ellos ladrones. ¿A poco a no te gustan las emociones fuertes?

– Ya no, desde que hoy me puse a hacer cuentas y resultó que sólo me queda una vida.

– ¿No habrás sumado mal?

– ¡Ni que fuera burro, soy gato! –afirmó con orgullo Chilaquil. Luego, la cara se le alargó–. Si llegaré a perder esta vida que tengo, moriré para siempre.

Así como sus amos les invitaban a sus visitas una taza de café cuando platicaban de temas importantes, Chilaquil le invitó a Toñete la leche que él no había probado.

–Ahora que estás muchacho y no has perdido ninguna vida, deberías recapacitar –le dijo–

...

–Tú hablas así porque ya estás ruco –replicó Toñete–; pero yo soy un gato jovenazo y con cierto pegue con las gatas chavas. Si hubiera perdido ya alguna vida a lo mejor te hacía caso pero tengo mis siete vidorrias bien enteritas...

A Chilaquil le dio lástima que se expresará de esa manera. No lo contradijo por no discutir. Sólo le hizo una invitación.

–Mañana voy a ir con mis amos de día de campo. Ellos ya te conocen y se sentirían felices de llevarte. Vamos, así ya tendría con quien ir maullando.

–Se te agradece... pero yo soy un gato de grandes aventuras –presumió Toñete encaminándose a la ventana abierta...

Al día siguiente, Chilaquil despertó con el ir y venir de botas y tenis que pasaban a su lado... En el cielo blanquecino brillaba un sol dominguero.

Chilaquil se disponía a ocupar su lugar en la cajuela, cuando sus japoneses ojos se toparon con la maltrecha estampa de Toñete. Apenas sí podía cruzar la calle, todo revolcado, con el pelambre tieso de sangre seca.

–¿Qué te pasó? –se adelantó Chilaquil a saludarlo– ¿No me digas que te explotó el boiler?

Fidencio González Montes, “La última vida de un gato” en *La última vida de un gato y otros cuentos*. México, SEP-Castillo, 2003.

50. Ida y vuelta del pueblo sin nombre

¿De verdad su nombre será tan feo que no quiere decirlo?

Les voy a contar algunas cosas que pasaron en mi pueblo. Son cosas que a mí me pasaron y otras que mi abuela me cuenta.

Pero antes que todo, me presento, aunque me resulta difícil, pues a mí casi no me gusta decir mi nombre.

Sí y no. Lo que pasa que mi nombre es un poco raro, porque se parece al lugar donde vivo. Cuando digo mi nombre, digo también mi tierra, con sus montes y sus perros, unos bravos y otros mansos.

Pero no es por los perros por lo que no me gusta decir mi nombre.



Con los perros uno se divierte mucho. También con los renacuajos, los tlacuaches y las lagartijas coliflojas.

Hay otros animales con los que uno se divierte tanto, como el coyotenejos, animales feos y malazos al mismo tiempo.

El coyotenejos se esconde en el monte. Cuando baja al pueblo, aprovecha su cuerpo de conejo para acercarse manso a los corrales de las gallinas, y luego, con su cabeza de coyote se almuerza una o dos. A veces se las come tan rápido, que las gallinas ni cuenta se dan. Andan buscando granos de maíz y no ven el peligro. Picotean un maicito, y cuando quieren picotear otro, ya no pueden, porque ya se las comió el coyotenejo y ni pío pudieron decir.

Aunque a veces las gallinas descubren a tiempo al coyotenejo, empezando porque ni siquiera existe; son sólo cosas que me pongo a inventar cuando no tengo qué hacer.

Mi abuela me dice que sí hay coyotenejos; “los más peligrosos andan en dos patas”, me previene, “dan vueltas y vueltas, marean a la gente con habladas, y cuando está descuidada... la despluman o las desloman”.

Pero a todo esto, yo estaba diciendo por qué no me gusta decir mi nombre. Y es que no es fácil cuando alguien se llama como yo...

Y por cierto ¿qué nombre será? Porque nunca lo dijo.

Gabriel Quiroz, “Ida y vuelta del pueblo sin nombre” en *Un, Dos, Tres por Mí y por todos mis compañeros* México, SEP, 2006.

51. Cómo los animales huyeron del leopardo

En los lejanos días en que comenzaban todos a vivir, el Leopardo, hijo mío, tenía por morada un lugar llamado Alto Desierto. Acuérdate de que no era el Bajo Desierto, ni el Desierto Frágoso, sino el Alto Desierto, enteramente yermo [sin vegetación], cálido y reluciente, dónde sólo había arena y unas rocas de color idéntico al de los arenales, y unos hierbajos amarillentos y grises como la arena misma. Allí vivían la Jirafa y la Cebra, el Eland, el Kudú y el Búfalo,



todos ellos de un color arenoso, pardusco y amarillento; pero el Leopardo era el más pardusco y amarillento de todos aquellos animales, y el que tenía la piel más parecida a la arena. Era una especie de enorme gato, grisáceo y amarillo: su color imitaba de modo asombroso la mezcla amarillenta, parda y gris del Alto Desierto.



Esto resultaba muy perjudicial para la Jirafa, la Cebra y los demás cuadrúpedos, pues el Leopardo acostumbraba echarse junto a una piedra o matojo de su mismo color, y cuando pasaban por allí la Jirafa, la Cebra, el Eland, el Kudú, el Antílope de la maleza o el Búfalo rojizo, con gran sorpresa suya les arrebatava su vida saltarina. ¡Y con qué gusto lo hacía!

Vivía también con el Leopardo, en el Alto Desierto, un etíope que llevaba siempre arco y flechas –por cierto, el color de aquel hombre era entre grisáceo, pardo y amarillento–, y ambos cazaban juntos: el etíope con su arco y sus flechas, y el Leopardo con sus dientes y garras, hasta que al fin, hijo mío, la Jirafa, el Eland, el Kudú y la Cebra no sabían para donde brincar. De verás que no lo sabían.

Pasado largo tiempo (pues las cosas, en aquellos días, duraban mucho) aprendieron, poco a poco, a evitar todo lo que se pareciera a un Leopardo o un etíope; y finalmente huyeron del Alto Desierto, precedidos por la Jirafa, que fue la primera, por ser la que tenía las patas más largas.

Corrieron, días y más días, hasta llegar a una gran selva virgen, donde no había más que árboles y maleza y unas sombras veteadas, jaspeadas e irregulares.



¿Qué es un eland, qué es un kudú? [Hay que escribir las palabras en el pizarrón] A ver quién lo averigua para mañana.

Rudyard Kipling, *Cómo logró el leopardo las manchas de su piel*. México, SEP, 1999.

52. Los tres pelos de oro del diablo

Lo criaron con mucho cuidado y el muchacho creció adornado de todas las virtudes.

Sucedió una vez, durante una tempestad, que el rey buscó refugio en el molino y preguntó al matrimonio si el muchacho era hijo suyo.

–No, es un expósito [*niño abandonado*] que vino flotando en una caja que se enredó en la presa hace catorce años.

De este modo el rey se dio cuenta de que el muchacho era el niño que él había arrojado al agua, porque según una profecía se quedaría con su reino, y dijo:

–Buenas gentes, ¿no podría el muchacho llevar una carta a la reina? Les daré por ello dos monedas de oro.

–Será como el rey ordene –dijo el molinero y ordenó al joven que se preparara.

Entonces el rey escribió una carta a la reina, en la que decía: *Tan pronto llegue el muchacho con esta carta, ha de ser muerto y sepultado, y todo antes de mi regreso.*

El muchacho se puso en camino con la carta, pero se extravió y ya de noche se encontró en un gran bosque. Viendo una pequeña luz en la oscuridad, se encaminó hacia ella y llegó a una casita. Al entrar vio a una anciana sentada junto al fuego. Asustada al ver al muchacho, dijo:

–¡Pobre muchacho! Has llegado a una guarida de ladrones, y cuando lleguen te matarán.

–Venga quien venga yo no tengo miedo sino tanto sueño que no aguanto ya de pie.

Y echándose sobre un banco se durmió.

Poco después llegaron los ladrones y preguntaron quién era el muchacho que yacía allí.

–¡Pobre! Es un inocente muchacho que se ha extraviado en el bosque, yo lo acogí por compasión. Tiene que entregar una carta a la reina.

Los ladrones abrieron la carta y se dieron cuenta de lo que decía. Entonces sus duros corazones se compadecieron y el jefe, haciendo pedazos la carta del rey, escribió otra en su lugar. Esa carta decía que, inmediatamente después de la llegada del joven, debía ser casado con la hija del rey.

Marín Medero, “Los tres pelos de oro del diablo”, en *De maravillas y encantamientos*. México, SEP, 1993.



53. Pablo Neruda para niños

La poesía describe la belleza de la vida, la naturaleza y las cosas; ella hace surgir las ideas y emociones del corazón de mujeres y hombres. En la poesía, a través de las palabras se enaltecen las personas, como sucedió al escritor chileno Pablo Neruda (1904-1973).

Y fue a esa edad...

Llegó la poesía a buscarme.

No sé, no sé de dónde salió,
de invierno o río.

No sé cómo ni cuándo,

no, no eran voces,

no eran palabras, ni silencio,



pero desde una calle me llamaba,
desde las ramas de la noche,
de pronto entre los otros,
entre fuegos violentos
o regresando solo,
allí estaba sin rostro
y me tocaba.

Tan hermosamente tejen las palabras los poetas, que su obra es para todos... para niñas y niños. Cada verso es como una joya, quizás como una perla, si no me creen escuchen este:

Quítame el pan, si quieres,
quítame el aire, pero
no me quites tu risa.

Tan sensibles son los poetas, que bien vale su tiempo para cantar a los objetos comunes, como a las tijeras, los calcetines o la cuchara, por ejemplo:

Cuchara,
cuenca de
la más antigua
mano del hombre,
aún



se ve en tu forma
de metal o madera
el molde
de la palma
primitiva...

Y si creemos que los poetas sólo escriben sobre el amor, Pablo Neruda nos saca del error; sus versos interrogan también al mundo: “¿Por qué se suicidan las hojas cuando se sienten amarillas?” Tal vez por esto, sea maravilloso ser poeta.

José Morán (selección y prólogo) *Pablo Neruda para niños*, México, SEP- EuroMéxico, 2007.

54. Suministro de sangre

Suministro de sangre

Todo el mundo ha visto sangre pero ¿sabes cuál es su función? El cuerpo está constituido por millones y millones de células y cada una demanda un suministro constante de nutrientes y oxígeno. A fin de proporcionar ese servicio, el corazón bombea sangre por el cuerpo –a través de vasos sanguíneos– por el sistema circulatorio.

Líquido carmesí

Gruesa, roja y aguada, la sangre consiste en millones y millones de células que flotan en un líquido llamado plasma. La mayoría de estas células son las células rojas que le dan su color a la sangre. El resto son células blancas que persiguen y matan gérmenes antes de que causen problemas o plaquetas que proporcionan un servicio de reparación las 24 horas. Si te cortas y dañas un vaso sanguíneo, las plaquetas se unen para tapar la gotera. Luego ves una costra sobre ese tapón, que contribuye a curar la herida.

Servicio de suministro

La sangre trabaja como un servicio de entrega: abastece de oxígeno, nutrientes y otros bienes a las células del cuerpo y elimina los desechos, como el dióxido de carbono, antes de que envenenen todo el cuerpo. La sangre difunde el calor para que las partes de tu cuerpo se mantengan templadas, a unos 37°C. Las células sanguíneas son transportadas por el plasma. Éste es principalmente agua pero contiene más de cien sustancias químicas disueltas, incluyendo diferentes tipos de nutrientes. Una tarea realmente importante –la entrega de oxígeno– es responsabilidad de las células rojas. Estos repartidores con hoyitos contienen una sustancia anaranjada llamada hemoglobina. Cuando las células rojas circulan por los pulmones, su hemoglobina se carga con el oxígeno que respiras. Luego, cuando la sangre llega a cada parte del cuerpo que requiere oxígeno, la hemoglobina se descarga para la demanda.

Richard Walker, “Suministro de sangre” en *El cuerpo, huesos, músculos, sangre y mucho más*. México, SEP-Planeta Mexicana, 2003.

55. Mi abuelita huele feo

Los abuelos saben un montón de cosas, y conocen muchos remedios caseros, como sucede en esta lectura.

Después de interrogar a mi mamá, como todo buen detective, mientras mi abuelita dormía su siesta, le pregunté:

–¿Mamá, a mi abuelita le gusta mucho el ajo, verdad?

–¡Uy sí! –me dijo ella– Tu abuelita insiste en poner doble ración de ajo a la comida. Por eso, yo ya no le pongo, así la comida se cocina sólo con el ajo que ella le pone. Pero no se lo digo para que no sepa y no le ponga más.

–¡Ah! ¿Y por qué quiere mi abuelita que comamos tanto ajo? –ahí podía estar la clave, pensé.

–Pues ella dice que hace mucho bien. Que lo necesitamos para nuestro organismo.

Bien, entonces fui al club de la tercera edad; no me van a creer esto. Hoy me acerque a las amigas de mi abuelita y las salude con un beso y ¡claro!, las olí. Nunca hago eso, pero un detective debe hacer de todo para encontrar la verdad. Y descubrí que, ¡ellas también huelen a ajo! ¿Pero qué está pasando aquí!?

Ellas huelen a ajo y, lo más seguro es que todas estén poniendo más ajo en todas las comidas en sus casas. ¿Y si todas las abuelas de la ciudad olieran a ajo e hicieran lo que la mía...? ¡Oh, no! ¡Estamos siendo invadidos por una ola de viejitas comeajos! Una olorosa ola.

–Oigan, ¿a ustedes también les gusta mucho el ajo, como a mi abuelita? –les pregunté.

Se miraron entre ellas. Sin darse cuenta de que yo la veía, mi abuelita les guiño un ojo. Eso me pareció sospechoso, porque además todas siguieron haciendo sus cosas como si no me hubieran oído. Así que directamente le pregunte a una de ellas:

–Usted, ¿qué piensa del ajo?

–¡Ah! –dijo–, es muy bueno para activar la circulación y fortalecer tu aparato circulatorio; lo puedes tomar con alcohol o tomarlo crudo...

–¿Crudo? –no podía creerlo

–Uy, sí, como si fueran pastillas, con jugo de naranja. Lo tomo todos los días –me dijo– porque...

–No alcanzó a decir otra cosa, debido a los ojos de pistola con que mi abuelita la miró.

¿Qué podría hacer la abuela para no oler tan feo? ¿De veras es tan bueno el ajo para muchas cosas? Deberíamos investigarlo.

Mónica González y Ramón Tamayo, *Mi abuelita huele feo*. México, SEP-SM, 2004.

56. Jade precioso pluma de Quetzal

Vamos a echar un vistazo a la antigua Tenochtitlan, la capital del imperio mexicana.

Muchas canoas cruzan los canales de la gran México-Tenochtitlán. Las chinampas, donde se cultivan verduras y flores, son pequeñas islas construidas por lo hombres. Ellos ponen estacas entretejidas con ramas, formando paredes que contienen el fértil lodo del fondo del Lago de Tezcoco.

Los agricultores emplean la coa para hacer hoyos en la tierra y depositar en ellos las semillas. Los pescadores usan redes, anzuelos y arpones para pescar. ¡Qué sabroso comer pato silvestre, hueva fresca de mosco y pescado de agua dulce de los lagos!

Eres ya muy importante: ¡Por fin tienes edad para estudiar! Todos los niños, pobres y ricos, van a la escuela, ya sea al Calmecac o al Telpochcalli.

Al Calmecac asisten quienes van a ser sacerdotes y gobernantes. Allí se estudian la lectura y escritura, las matemáticas y el movimiento de los astros. Dejarás de jugar y escucharás con cuidado los consejos de tu padre: "Todos los días tendrás que hacer penitencia, bañarte con agua fría, ayunar y aprender a obedecer, para que seas capaz de enfrentarte a la disciplina de la vida azteca y de ser útil a tu patria."



trabajos de interés público.

El Telpochcalli es la escuela donde los guerreros veteranos preparan a los jóvenes para la guerra. Los alumnos reparan canales, cultivan en común las tierras y hacen

En cambio las niñas viven en la escuela, junto a los templos, hasta que se casan. Allí aprenden las costumbres religiosas bajo la dirección de las sacerdotisas.

Por las tardes, los muchachos se reúnen con las muchachas en el patio de la escuela de danza para divertirse y aprender el baile y el canto.

Cualquier pretexto es bueno para pasar por el mercado, que parece una feria llena de movimiento y color. A pesar de ser tan grande está ordenado y limpio. En una parte hay frutas y verduras; en otra ropa y alhajas.

“Jade precioso pluma de Quetzal” en Doris Heyden, Mariana Yampolsky, *Mayas y Aztecas*, Alberto Beltrán, illus. México, SEP-CONAFE, 2000.

57. La caverna encantada

No te muevas de aquí. Sólo voy a comprar unos zapatos y enseguida vuelvo—. Manolo vio alejarse a su madre por el espejo retrovisor con una mezcla de tristeza y coraje. Nada le gustaba más en el mundo que ir de compras con ella, y sin embargo tenía que esperarla en el coche... Ya iba a entrar a cuarto de primaria, se sabía de memoria todas las capitales de los estados, andaba en bicicleta sin coger el manubrio, pero ella lo seguía tratando como un bebé. Y cuando la señora andaba de prisa, ni siquiera lo dejaba bajarse del coche, porque sabía que en el barullo del centro comercial él se soltaría de su brazo para ver sus tiendas favoritas —especialmente la de artículos deportivos— y ella tendría que corretearlo de aquí para allá, temerosa de perderlo entre la multitud...

En la bolsa del pantalón encontró el billete de cincuenta pesos que su papá le había regalado por sacarse buenas notas. ¿Qué diablos hacía encerrado en esa caverna si tenía dinero para divertirse allá arriba? Miró su reloj: eran las 5 y 20. Su madre tardaría cuando menos 15 minutos en elegir sus tacones. Tiempo de sobra para dar una vuelta por el centro comercial y regresar al coche antes de que ella terminara de probarse toda la zapatería.

Al bajar del auto dejó el seguro levantado para poder abrir cuando volviera. Corrió hacia el centro del estacionamiento y tomó el elevador transparente que desembocaba en

una plaza... Se detuvo en la nevería y compró su helado favorito: un sundae de yogurt salpicado con nueces y chispas de chocolate. No tenía tiempo para sentarse a saborearlo. Con el helado escurriéndole por la boca se mezcló entre el gentío de mirones y compradores. Recorrió el largo pabellón donde había tiendas de alta costura, dio vuelta a la derecha en el conjunto de cines... y se detuvo en el magnífico aparador de su tienda favorita, La Deportiva, donde había una lancha amarilla de cuatro plazas, como las que competían en el maratón del Río Balsas... Ya que no podía aspirar a aventuras reales, se resignó a las aventuras mecánicas... Cambió veinte pesos por fichas en la sala de videojuegos, atestada de niños que gritaban y se disputaban las máquinas a empujones. Aturdido por las cifras del marcador, por los ruidos hipnóticos y por la obligación de dar en el blanco cada vez que disparaba contra su objetivo, olvidó que le quedaba muy poco tiempo para volver al coche. Cuando se le ocurrió mirar su reloj ya eran las 8:45. En la torre, pensó, mi madre me va a matar...

Enrique Serna, *La caverna encantada*. México, SEP-CIDCLI, 2002.

58. De la Tierra a la Luna. Capítulo XVIII: El vagón proyectil

Julio Verne, el autor de esta lectura, fue un escritor francés que se especializó en la ciencia-ficción. En su novela De la Tierra a la Luna se anticipó un siglo a los cohetes espaciales.

Concluido el monstruoso cañón, el interés público se concentró en ese proyectil que transportaría, atravesando el espacio, a los tres atrevidos aventureros.

El presidente Barbicane pensaba entonces muy justamente que la forma del proyectil importaba poco, porque, después de haber atravesado la atmósfera en algunos segundos, su trayecto debía efectuarse en un absoluto vacío. La Comisión había adoptado la forma redonda para que la bala pudiese girar sobre sí misma y conducirse a su arbitrio.

Una compañía de Albany tuvo el encargo de ejecutarla sin demora. El proyectil, con las modificaciones requeridas, fue fundido el 2 de noviembre y enviado inmediatamente a Stone's Hill por el ferrocarril del este.

El 10 llegó sin accidente al lugar de su destino. Miguel Ardan, Barbicane y Nicholl aguardaban con la mayor impaciencia aquel *vagón-proyectil*, en que debían tomar asiento para volar al descubrimiento de un nuevo mundo.

Fuerza es convenir en que el tal proyectil era una magnífica pieza de metal. Al verlo con sus formas imponentes y con su sombrero cónico encasquetado, cualquiera la hubiera tomado por una de aquellas macizas torrecillas, a manera de garitas, que los arquitectos de la Edad Media colocaban en el ángulo de las fortalezas. No le faltaban más que saeteras y una veleta.

Miguel Ardan pidió que se le permitiera ocuparse de su alhajamiento, para amueblarlo a su gusto, con todo el lujo que convenía a los embajadores de la Tierra que lo iban a tripular.

La petición le fue concedida porque Barbicane tenía otras preocupaciones.

Antes de pasar a lo agradable, el presidente del Gun-club había pensado en lo útil, y el procedimiento inventado por él para amortiguar los efectos de la repercusión fue aplicado con una inteligencia perfecta.

Barbicane se había dicho, no sin razón, que no habría ningún resorte bastante poderoso para amortiguar el choque, y durante su famoso paseo en el bosque de Skersnaw logró al cabo resolver esta gran dificultad de una manera ingeniosa.

El proyectil debía llenarse de agua hasta la altura de tres pies. Esta capa de agua estaba destinada a sostener un disco de madera perfectamente ajustado, que se deslizase rozando por las paredes interiores del proyectil, y constituía una verdadera almadía [*balsa*] en que se colocaban los pasajeros. La masa líquida estaba dividida por tabiques horizontales que, al partir el proyectil, el choque debía romper sucesivamente.

Julio Verne, *De la Tierra a la Luna*, Chile. México, SEP-Andrés Bello, 2006.

59. Las abejas

Hay varios tipos de abejas, pero sólo las que se llaman *meliferas* producen uno de los alimentos naturales más sabrosos: la miel. Para ello deben chupar el néctar de las flores, además de preparar los panales donde viven y almacenan la miel.

Las abejas recolectan la resina que está en la corteza de algunos árboles; la chupan con la trompa la guardan en ocho bolsitas que forman parte de su abdomen.

Cuando las bolsitas están llenas llevan la resina a su boca y la mastican hasta que cuaja y se forma la cera. Con ésta van levantando pequeñas celdas hexagonales, una tras otra. Así, poco a poco construyen el panal.

Para recoger el néctar de las flores, las abejas también usan la trompa, pero no la guardan en el abdomen sino en un recipiente que tienen en el estómago. Cuando regresan al panal, ponen el néctar en celdas de cera, donde se va espesando hasta convertirse en miel. Entonces las abejas cierran las celdas herméticamente con cera, y así la miel no se contamina.

En cada panal viven entre 40,000 y 50,000 abejas. Las que producen la miel son las *abejas obreras* y constituyen la población más grande del panal. Junto con ellas viven los *zánganos* y la *abeja reina*.

La *abeja reina* es más grande que las otras y sólo ella puede poner huevos para lo cual también usa las celdas del panal. Únicamente puede vivir una reina en cada panal. Cuando nace otra debe irse junto con un grupo de abejas a formar un panal nuevo.

Los *zánganos* no producen cera ni miel; su único trabajo consiste en fertilizar a la *abeja reina*. Por cada 100 obreras hay de cinco a 10 *zánganos*. Si la población de *zánganos* rebasa este límite, las obreras los echan del panal o los dejan morir de hambre.

Otra de las tareas de las abejas obreras es buscar y avisar a sus compañeras si hay algún campo florido de donde puedan extraer el néctar. Cuando lo encuentran, regresan al panal, vuelan en círculos y arrojan parte del néctar que chuparon, así las otras abejas saben que deben volar en círculos cada vez más grandes hasta dar con el campo de flores que las *exploradoras* le señalaron.

60. El cordoncito

Anda que andarás, anda que andarás. Paquito encontró a Lupe la Greñuda. Estaba arrancando los brazos a su muñeca de trapo.

–Pérate, pérate –la atajó Paquito.

Lupe la Greñuda lo miró muy chistoso ya que tenía los ojos bizcos.

–¿Por qué estás rompiendo tu muñeca? –le preguntó Paquito.

–Porque ya no la quiero –le respondió Lupe la Greñuda.

–Pues te la cambio por mi bolsa de corcholatas –le dijo Paquito.

–¿Y yo para que quiero una bolsa de corcholatas? –repeló Lupe la Greñuda.

–Son ¡cuarenta y dos corcholatas! –explicó Paquito.

–Bueno, está bien –dijo Lupe la Greñuda.



Anda que andarás, anda que andarás, Paquito se encontró con Matildita, la niña de trenzas que vivía en el cinco. Salía de la vecindad con el patín del diablo de su hermano Cuco y casi atropelló a Paquito.

–¿A dónde vas, Matildita?

–Voy a tirar a la barranca el patín de Cuco. Para que se le quite.

–¿Para que se le quite qué? –preguntó Paquito.

–Para que se le quite lo sangrón –explicó Matildita–. Estoy furiosa.

–Mejor te lo cambio por esta muñeca –dijo Paquito–. Se llama Constelación.

–¿Me cambias qué?

–Tu patín del diablo. El patín del diablo de Cuco... te lo cambio por Constelación.

Matildita la del cinco cogió la muñeca de trapo. Le gustaron sus ojos verdes, como de hierbabuena.

–¡Sale! –exclamó.

Anda que andarás, anda que andarás. Paquito divisó a Toño Bárcenas el presumido. Toño pedaleaba duro en su triciclo, pero Paquito, con su patín del diablo lo alcanzó a la mitad de la cuadra.

–Te echo una carrera –le propuso Paquito–. A ver quién llega primero a la panadería.

–Tú ganas –dijo Toño Bárcenas el presumido–. Así no tiene chiste. En patín del diablo se corre más aprisa, por eso se llama así.

–Pues te lo cambio por tu triciclo.

–No –dijo Toño Bárcenas el presumido–. Mi triciclo es marca Alianza. Es de una fábrica de triciclos muy importante, de Monterrey.

–Pero es muy lento.

–Eso sí –dijo Toño Bárcenas el presumido.

–Con el patín del diablo no te alcanzará nadie.

–Eso sí –volvió a decir Toño Bárcenas el presumido. Y después de pensarlo un poquito, acepto el cambalache.

Anda que andarás, anda que andarás...

¿Qué creen que vaya a cambiar ahora Paquito?

Vicente Leñero, *El cordoncito*, Humberto García, ilus. México, SEP-CIDCLI, 2001.

61. ¿Por qué tiene la ballena tan singular garganta?

Hace ya mucho tiempo, hijo mío, hubo en el mar una Ballena que se alimentaba de peces. Comía estrellas de mar, cangrejos, pargos, huachinangos, dorados y calamares, sin olvidar la onduladísima anguila. A cuantos peces encontraba en el mar los devoraba con la boca abierta... ¡Así! Hasta que, al fin, sólo quedó en los mares un pececillo solitario, el cual era astuto de veras, y empezó a nadar detrás de la oreja derecha de la Ballena, de modo que no corría ningún riesgo.

Hasta que un día se irguió la Ballena sobre su cola y exclamó:

–¡Tengo hambre!

Y el pez pequeño y astuto dijo, con una vocecita astuta de verdad:

–¡Oh noble y generoso cetáceo! ¿No has probado nunca el hombre?

–No –contestó la ballena– ¿A qué sabe?

–Está muy rico –dijo el pececillo astuto–. Es muy sabroso, aunque algo duro.

–Siendo así, tráeme algunos –dijo la Ballena. Y dando un coletazo, levantó un penacho de espuma.

–Basta con uno cada vez –dijo el pez astuto–. Si vas nadando hasta la latitud de 50° Norte y la longitud 40° Oeste (esto es cosa de magia), encontrarás a un marinero náufrago, sentado en una balsa, en medio del mar. Sólo lleva unos pantalones de lona azul, unos tirantes (no olvides esto de los tirantes, hijo mío) y una navaja marinera. He de prevenirte que es hombre de infinitos recursos y de extraordinaria sagacidad.

Así pues, la Ballena se fue nadando, nadando, hasta alcanzar la latitud 50 grados Norte y la longitud 40 grados Oeste y en efecto, sentado en una balsa, en medio del mar, llevando sólo unos pantalones de lona azul, unos tirantes (acuérdate especialmente de los tirantes hijo mío) y una navaja marinera, vio a un marinero náufrago que se refrescaba en el agua la punta del pie. (Había pedido permiso a su madre para mojarse los pies un poquito; de lo contrario no se habría atrevido a hacerlo, pues era en extremo avisado y sagaz).

¿Se imaginan, un marinero que tiene que pedirle permiso a su mamá para mojarse los pies? Qué locura. Y no supimos por qué la ballena tiene la garganta como la tiene... ¿Ustedes piensan quedarse con la curiosidad? Yo no. Así que voy a tener que conseguir el libro.

Rudyard Kipling, “¿Por qué tiene la ballena tan singular garganta?” en *Precisamente Así*. México, SEP-Juventud, 2002.

62. Muy antiguos

Los llamados fósiles vivientes son especies de animales que no han cambiando su apariencia en millones de años, como los tiburones y los cocodrilos. Ya existían cuando los dinosaurios eran los amos y señores del planeta y entonces eran casi idénticos a los animales que conocemos ahora. Esto lo sabemos por los estudios que se han hecho de los fósiles de estas especies.

Los artrópodos son el grupo de animales al que pertenecen langostas, cangrejos, insectos, arañas y escorpiones. Hace más de 250 millones de años existían cientos de especies parecidas al cangrejo cacerola actual, también llamado “cacerolita”, y de sus parientes cercanos, los escorpiones marinos. Actualmente, todos los escorpiones marinos

están extintos y sólo existen cuatro especies “cacerolitas”: tres habitan en las costas de Japón a Vietnam y una en el Atlántico, desde Nueva Escocia hasta el sur de Yucatán.

Las “cacerolitas” han cambiado muy poco en 250 millones de años. Poseen una cubierta dura que protege sus cuerpos suaves y frágiles. Pueden vivir un año entero sin comer y sobreviven a temperaturas muy extremas y en aguas con grandes concentraciones de sal.

Los celacantos aparecieron hace 410 millones de años, pero de 120 especies que existieron entonces, sólo una sobrevivió hasta la época actual. Son peces grandes de 1.25 metros de longitud, de color gris azulado, llegan a pesar 68 kilogramos. Viven en aguas profundas y en la noche suben a buscar alimento, que consiste en peces pequeños, calamares y tiburones chicos. Existen poblaciones de celacantos en varios lugares del Océano Indico.

Las cucarachas son los insectos alados más primitivos y antiguos. Se calcula que surgieron hace 350 millones de años y en ese tiempo casi no han cambiando nada. Están distribuidas en todo el planeta, en todos los climas, y se alimentan de lo que encuentra, es decir, son animales extremadamente adaptables al medio donde viven. La especie más grande vive en las selvas de América del Sur y puede medir hasta 10 centímetros.

El tuátara es un animalito que es pariente de un grupo de reptiles que vivió en la época de los dinosaurios. Pertenece a la especie más antigua de reptiles y actualmente sólo vive en Nueva Zelanda. Mide hasta 60 centímetros el macho siempre es más grande que la hembra. Es uno de los animales más longevos, ya que puede vivir hasta 120 años. Las hembras ponen huevos cada tres o cuatro años y las crías tardan de 12 a 15 meses en salir del huevo.

Estrella Burgos Ruíz, “Muy antiguos” en *Animales asombrosos*. México, SEP-Santillana, 2003.



63. Micolás, Boruca y Marango

Dicen por ahí que el mejor amigo del hombre es el perro. Esto puede ser verdad para mucha gente, pero para Pepe Vampiro no lo es, su mejor amigo es Micolás.

Micolás, para quien aún no lo sabe, es un chango. Un chango que de tan listo se parece a la gente. Aunque eso de decir que Micolás se parece a las personas molesta a su amigo Pepe Vampiro.

Pepe Vampiro es tan amigo del chango que hasta se le ocurrió llevarlo a la escuela. Y como siempre hay una primera vez, pues allá se fueron los dos a clases con todo y uniforme.

¡Qué locura!

La maestra no quería saber nada del chango, pero nadita. Se desgredó, dio tres grititos roncocos, golpeó con la suela del zapato el piso de la clase y gritó, haciendo una rabieta:

–¡Desaparece de aquí con ese animal!

–¡Micolás no es ningún animal, maestra América!

–¡Fuera de aquí con ese mamífero peludo y horroroso!

Pepe Vampiro casi se volvió loco cuando la maestra llamó horroroso al changuito, se puso azul de la rabia, pero sus compañeros lo consolaron.

–¡Calma, Pepe! Nosotros vamos a arreglar todo esto.

Y realmente lo arreglaron.

Dos días después, a la hora de hacer las filas (esas dizque filas para entrar a clase más retorcidas que una lombriz), los niños de cuarto B, amigos de Pepe Vampiro, comenzaron a gritar a coro:

–¡Queremos a Micolás! ¡Queremos a Micolás!

Al mismo tiempo que gritaban, levantaban cartelones y mantas con protestas pidiendo el regreso del chango.

Medio minuto después, la escandalera ya había empezado. Era un relajo tremendo, todo mundo gritaba. No había fila que no hiciera ruido.



La maestra Angélica, directora de la escuela, salió corriendo de su oficina para ver lo que pasaba.

–Ave María, llena eres de gracia, ojalá que no sea ningún terremoto, Padre nuestro que estás en los cielos, ojalá que no sea ningún incendio...

Cuando llegó al patio saltó de gusto porque no había sucedido ninguna desgracia, pero no entendió ni pizca de lo que estaba pasando.

–¡Dios mío! ¿Pero quién es Micolás?

En medio de ese patatín y patatán, la maestra de cuarto B intentó explicar:

–Maestra Angélica, Micolás es un chango...

Edson Gabriel García, *Micolás, Boruca y Marango*, Eva Furnari, ilus. México, SEP-Nova Fronteira, 1992.

64. José Guadalupe Posada, La Catrina

¿Ya conocen a esta señora tan elegante? Yo creo que sí, que muchos de ustedes la han visto, así al natural, o en alguna de sus muchas reproducciones. Porque es muy famosa. Ésta es la Calavera Catrina que nos va a hablar en esta lectura.

Pasen, pasen, no se asusten, pues aunque calavera soy, no vengo por ustedes, ni me da por espantar. Soy dama elegante con fama universal, conocida por todos como la Catrina. El tiempo ya no existe para mí: por acá el pasado; por este lado el futuro. Del pasado al futuro viajamos en el gran Tren del Progreso.

Pero veamos que trae aquí... ¿A quiénes reconocemos a punto de abordar el gran Ferrocarril Nacional, donde todos pueden subir? Aquí viene corriendo un señor muy agitado. Es don Joaquín de la Cantolla.

–¡Me lleva el tren, me lleva el tren! –clama don Joaquín desesperado.

–¿Qué le pasa?, ¿cuál es la prisa? –me apresuro a decirle.

–Tengo que alcanzar a Efrén Aguirre Malpica –responde don Joaquín.

–¿Y quién es ese señor?



–El falso aviador Efrén Aguirre Malpica –contesta furioso–, que se elevó en los llanos de Balbuena acompañado de una cabra; el criminal loco, el alpinista y orador. El que se las da de mago, mi odiado rival que se llevó en el ferrocarril a mi Ignacia, la niña de mis ojos.

–¿Aviador? –pregunto–, perdóneme, pero ¿es usted el temerario don Joaquín de la Cantolla y Rico, el que osadamente se atreve a viajar en globo para admiración de todos?

–El mismo que viste y calza –responde apresurado don Joaquín.

–Le pido que se calme, sobre todo si la Ignacia consistió por su propia voluntad en partir con Aguirre Malpica.

–No consintió en nada –aclara don Joaquín muy enojado. ¿Me entiende?, en nada. Aguirre Malpica se la llevó hipnotizada. El delincuente hipnotizador me la robó y la trae sonámbula. Se la llevó en el tren de Colima.

–¿El “tren del progreso” que se inauguró y viaja a Colima?

–¿En él viajan Efrén Aguirre Malpica y su Ignacia hipnotizada y sonámbula? –pregunto.

Él asiente y tengo que decirle:

–Pues ese tren acaba de partir.

–¡Maldición, mil rayos y centellas! Yo lo alcanzo en mi moderna bicicleta... No, mejor lo alcanzo en mi modernísimo automóvil. Y si no, lo alcanzo en globo, que para eso soy aviador. Me voy... Efrén Aguirre Malpica... Ignacia... allá voy... allá voy...

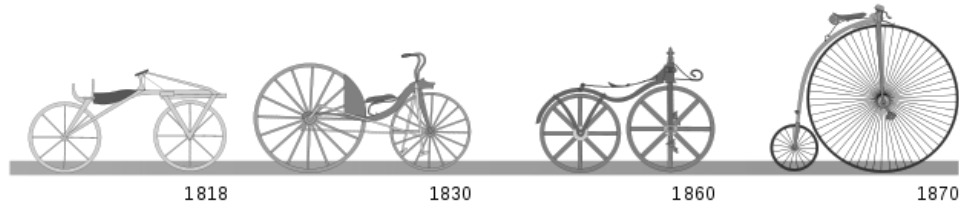
Y aquí es donde principia nuestro viaje en ferrocarril, vaaaaá...monos, vaaaaá...monos, se va el tren, se va...

Hugo Hiriart, “La Catrina” en José Guadalupe Posada. México, SEP-FCE. 2005.



65. Los inventos. La bicicleta

Hoy vámonos de inventores. Vamos a ver cómo nacieron las bicicletas.



La bicicleta es un buen ejemplo de un invento hecho por un grupo de personas que poco a poco lo perfeccionaron, a lo largo de muchos años. Lo mismo ocurre con el avance de la ciencia.

La bicicleta –de *bi*, dos– se debe al barón Von Drais quien, entre 1816 y 1818, construyó la llamada draisiene, que eran dos ruedas unidas por un armazón de madera. Este artefacto obligaba al usuario a empujarse con los pies como en una andadera.

A Kirkpatrick Macmillan se le deben los pedales y una estructura de acero, mejoras introducidas en 1839.

Los hermanos Pierre y Ernest Michaux, en 1861, crearon la “sacude-huesos” o velocípedo, y colocaron los pedales en una rueda delantera de gran tamaño con respecto a la trasera (éstas fueron las primeras bicicletas que llegaron a México).

A James K. Starley, entre 1870 y 1885, se deben los rayos en las ruedas y la fabricación a gran escala de la grandbi, la pennyfarthing o la rover.

En 1874, H.J. Lawson creó la bicicleta segura, con cadena de transmisión y llantas de hule macizo.

En 1888, John Body, veterinario de Belfast, introdujo el neumático inflable, y con ello surgió la bicicleta como hoy la conocemos.

En 1880, cuando llegaron las primeras bicicletas a México, los transeúntes de la Alameda pidieron que se prohibieran, porque representaban un serio peligro para la integridad física de las personas que paseaban.

¿Cómo funciona?

Si se colocan dos engranes unidos por una cadena, uno del doble de diámetro que el otro, sucede lo siguiente:

Por cada vuelta completa del engrane grande, el pequeño da dos vueltas, pues toda la velocidad del engrane de mayor diámetro se transmite a través de la cadena de la bicicleta al engrane pequeño.

Mientras una persona se esfuerza en dar una vuelta completa con los pedales, la cadena de la bicicleta hace que el engrane más pequeño (estrella) de la rueda trasera avance dos veces la circunferencia de la llanta. Si la bicicleta tiene una llanta de 70 centímetros de diámetro, la bicicleta avanzará 2.2 metros por cada pedaleada completa.

El chiste es que con pocas pedaleadas avancemos mucho.

Con las bicicletas comunes podemos alcanzar velocidades de 30 kilómetros por hora. Sin embargo, con los diseños modernos se pueden alcanzar velocidades de hasta 95 kilómetros por hora —en terreno plano: subidas y bajadas son otra cosa.

Lo bueno de usar las bicicletas es que no contaminan, pues no requieren más combustible que la energía de nuestro cuerpo.

¿Están listos para andar en bicicleta?

Juan Tonda Mazón, “La bicicleta” en *Los inventos*. México, SEP-Santillana, 2003.

66. La maravillosa medicina de Jorge

—Me voy de compras —le dijo a Jorge su madre—. Sé bueno; no hagas travesuras.

Decirle eso a un niño es una tontería. De inmediato, Jorge pensó qué travesuras podría hacer.

—Y no te olvides de darle la medicina a la abuela —dijo la madre, y salió.

La abuela, que estaba dormitando en su sillón, abrió un ojillo y dijo:

—Ya oíste, Jorge. No olvides mi medicina.



–No, abuela –dijo Jorge.

–Y trata de portarte bien.

–Sí, abuela –dijo Jorge.

–Puedes prepararme una taza de té, para empezar –le dijo la abuela a Jorge–. Eso te impedirá hacer barbaridades durante unos minutos.

–Sí, abuela –dijo Jorge.

Jorge no podía evitar que le desagradara su abuela. Era una vieja egoísta y regañona. Tenía los dientes café claro y una boca pequeña y fruncida, como el trasero de un perro.

–¿Cuánta azúcar quieres, abuela? –le preguntó Jorge.

–Una cucharada –dijo ella–.

La mayoría de las abuelas son señoras encantadoras, amables y serviciales, pero ésta no. Al parecer, no le importaba nadie más que ella misma. Era una miserable protestona.

Jorge fue a la cocina e hizo una taza de té con una bolsita. Puso una cucharada de azúcar, lo revolvió bien y llevó la taza al cuarto.

La abuela dio un sorbito.

–No está lo bastante dulce. Ponle más azúcar.

Jorge volvió a la cocina, añadió otra cucharada, removió otra vez y se la llevó a la abuela.

–¿Dónde está el platito? –dijo ella–.

Jorge se lo trajo.

–¿Y qué pasa con la cucharilla, se puede saber?

–Ya lo revolví, abuela.

–Prefiero revolverlo yo –dijo ella–.

Jorge le trajo una cucharita.

Cuando los padres de Jorge estaban en casa, la abuela nunca le daba órdenes de esa manera. Sólo cuando lo tenía a solas empezaba a tratarlo mal.

–¿Sabes lo que te pasa? –dijo la vieja, mirando fijamente a Jorge, por encima del borde de la taza, con sus ojillos maliciosos–. Estás creciendo mucho. Los niños que crecen demasiado rápidamente se vuelven estúpidos y perezosos.

–Pero yo no puedo remediarlo –dijo Jorge.

–Claro que puedes –dijo ella–. Crecer es una fea costumbre infantil.

–Pero tenemos que crecer, abuela. Si no creciésemos, nunca seríamos mayores.

–Bobadas, chiquillo –dijo ella–. Mírame. ¿Estoy creciendo? Naturalmente que no.

–Pero tú ya creciste, abuela.

–Muy poquito –contestó la vieja–. Dejé de crecer cuando era extremadamente pequeña, al mismo tiempo que abandoné otras feas costumbres infantiles como la desobediencia, la pereza, la voracidad, la suciedad, el desorden y la estupidez. Tú no has dejado nada de eso, ¿verdad?

–Yo soy un niño pequeño, abuela.

–Tienes ocho años –resopló ella–. Es edad suficiente para saber lo que haces. Si no dejas de crecer, pronto será demasiado tarde.

–¿Demasiado tarde para qué, abuela?...

Roald Dahl, *La maravillosa medicina de Jorge*, Quentin Blake, ilus. México, SEP-Alfaguara, 1987.

67. Tengo un monstruo en el bolsillo

Voy a empezar por acá porque la señorita de español dice que cuando una se pone a contar algo siempre tiene que empezar por el principio. Será cierto, no digo que no, pero tengo ganas de escribir una cosa, una sola cosita, antes de empezar por el principio y,



como últimamente me da por hacer las cosas que tengo ganas de hacer, voy a decirla: *Tengo un monstruo en el bolsillo*. Bueno, ya está, ahora estoy más tranquila y puedo empezar, como dice la señorita de español, por el principio.

El principio de todo esto fue un principio así nomás, de un día de broncas, y fue por eso que al principio yo no me di cuenta de que ése era el principio. Ahora sí que me doy cuenta de que ése fue el principio. Me doy cuenta porque

después me pasaron muchas cosas de esas que no son cosas así nomás, cosas de los días de broncas, sino cosas de esas que yo llamo Maravillosas, Terribles y Extraordinarias.

Muchas veces en los once años que tengo, me dije que lo que más quería yo en el mundo era que me pasasen cosas Maravillosas, Terribles y Extraordinarias. Pero a una chica de once, más bien chaparrita, más bien flaquita, un poco dientuda y con un pelo que siempre se le anda escapando por los costados, casi nunca le pasan cosas Maravillosas, Terribles y Extraordinarias.

Esta historia empezó un lunes. A mí los lunes no me gustan y, además, ese lunes me fui para la escuela con un poco más de bronca que otros lunes porque mi mamá quiso a toda costa que me pusiera el suéter amarillo y las dos cosas que a mí menos me gustan son los suéteres y cómo me queda el amarillo. Así que la mañana empezó con:

–¿No me puedo poner por lo menos el azul?

–Lo voy a lavar.

–¿Y si me pongo sólo la blusa?

–¡Claro, así te resfrías y tienes que faltar una semana a la escuela!

–¡Uf!

Cuando yo digo "uf" es porque mi mamá ya ganó (mi mamá gana casi siempre).

Así que me fui a la escuela con cuatro broncas: la del lunes, la del suéter, la del amarillo y la de que mi mamá, una vez más, me había ganado la pelea.

En fin. Lo único bueno de esa mañana fue que Paula me estaba esperando en la esquina para que entrásemos juntas.

Yo siempre dije que Paula es una gran amiga (siempre y cuando no se deje engañar por las chocantes del salón).

–¡Qué raro, tú de amarillo! –dijo Paula.

Y con eso me terminó de estropear la mañana.

68. Alimentándose de estrellas

Somos polvo de estrellas, han dicho muchos astrónomos en momentos de reflexión y misticismo... Y es que resulta espectacular descubrir que todo, absolutamente todo en nuestro universo está hecho del mismo tipo de partículas, que dichas partículas se asocian siempre de la misma manera para dar lugar a los elementos de que esta hecha la materia orgánica, ya sabes: carbono, oxígeno, hidrógeno, nitrógeno; que tú y yo (y claro, los demás también) estamos hechos en buena parte de agua, y si la quitamos, más de cincuenta por ciento de lo que queda es carbono. ¿Y las estrellas qué?, preguntarás. Pues que ahí estuvieron alguna vez todas esas partículas que hoy forman los elementos, después de aquel famoso big-bang que dio origen al Universo.

Todo el Universo está hecho del mismo tipo de partículas.

Así que, al igual que las células de canguros, de ballenas, de tortuga, de gusano, de huitlacoche, de flor de calabaza, de levadura, de bacteria, de cerdo, de lo que tú quieras, nosotros estamos hechos de carbono, oxígeno, hidrógeno y nitrógeno principalmente y, en menor proporción, de otros elementos como el azufre, el potasio, el calcio, el magnesio, etcétera.

¿Y a qué viene todo eso? A que para vivir hay que comer diariamente todas esas partículas, es decir, todos esos elementos que en su estado natural deben de saber a rayos, pero que afortunadamente los humanos los ingerimos por medio de deliciosos platillos. Porque vaya que hay diferencias entre adquirir el carbono de un filete de res y obtenerlo mordiendo el pedazo de carbono que utilizamos para asarlo...

De la misma manera en que podemos seguir el paso del carbono en nuestro ambiente y encontrarlo ya sea en el azúcar, en la madera, en la estructura de nuestras células o viajando entre las nubes como dióxido de carbono, también podemos seguirle los pasos al nitrógeno, otro elemento clave en la nutrición y en la vida. Cuando en casa te insisten en que hay que comer proteínas, puedes llevar la imaginación (la vista no te alcanzaría) hacia el interior de la tortilla, encontrar las proteínas y comprender que ahí hay más o menos seis por ciento de nitrógeno. Muchas especies vivas en el planeta competimos por las proteínas en nuestra alimentación. La mayoría de la gente prefiere las proteínas de origen

animal (las del filete de res, las del huevo de gallina o las de pescado, por ejemplo); sin embargo, son las más caras. En cambio, las del maíz, del trigo, del frijol, de la soya o del amaranto, son más baratas...

Agustín López Munguía Canales, "Alimentándose de estrellas" en *Alimentos*. México, SEP-Santillana, 2007.

69. Pagar y cobrar

Dinero, el de antes y el de ahora. ¿Desde cuándo existe? ¿De qué está hecho? ¿Cómo se fabrica? ¿Siempre ha sido igual? El dinero tiene una historia tan antigua, casi tanto como la historia de la humanidad. Su origen está en la necesidad de los seres humanos de obtener los objetos, la ropa, los alimentos y muchas otras cosas más para vivir.

En los primeros grupos humanos que conocemos, formados por cazadores que vivían de los animales que cazaban y los frutos silvestres que recolectaban, ya se practicaban algunos intercambios. Había tribus que fabricaban mejores armas de piedra porque sabían dónde conseguir piedras más adecuadas o porque eran más hábiles al tallarlas. Otros cazadores querían aquellas armas, más afiladas y eficaces; para conseguirlas ofrecían a cambio pieles o alimentos. De esta manera se intercambiaban los objetos entre unos grupos y otros. Así surgió el trueque, que a pesar de ser muy útil tenía sus limitaciones; la principal es el acuerdo que se requiere sobre el valor de los objetos que se intercambian: ¿qué vale más?, ¿una hacha o un conejo?, ¿una lanza o una piel de oso?

Conchas, piedras preciosas, cacao, ganado, lingotes de té, maíz, algodón, oro, plata; muchos materiales han servido como dinero. Cuando todo el grupo se pone de acuerdo en que algún objeto es útil para todos, y todos le otorgan el mismo valor, entonces han creado el dinero. El fabricante de armas de piedra ya no tiene que aceptar a cambio pieles, que tal vez no necesita en ese momento, sino dinero, que puede acumular, llevar consigo y usar en otro lugar y en otro momento.

Con el dinero, los intercambios y el comercio se multiplican. Se pueden conseguir cosas de lugares lejanos hechos por personas con las que nunca nos hemos encontrado;

se pueden vender las cosas que tenemos y guardar el dinero para comprar otras cosas en otro momento; o se puede acumular el dinero. El dinero puede ser cualquier cosa que el grupo considere valiosa y que se transportable e intercambiable. Aunque ahora usamos sobre todo monedas y billetes, hay muchas cosas distintas y asombrosas que se han usado como dinero a lo largo del tiempo.

María Antonia García Fuertes, *Pagar y cobrar*. México, SEP-Nuevo México, 2007.

70. Un rey poeta

Lo que vamos a leer hoy es un drama provocado por la ambición: el cruel Tezozómoc mata a Ixtlixóchitl para quitarle su reino, Texcoco, y persigue al heredero, Nezahualcóyotl... Vamos a ver qué sucede.

Al enterarse Tezozómoc de la muerte de Ixtlixóchitl, recompensó a sus asesinos y se hizo proclamar monarca de Texcoco. Decidido a borrar el recuerdo del legítimo rey asesinado y, sobre todo la amenaza que representaba Nezahualcóyotl, comenzó a perseguirlo. Ofreció premios y recompensas a quien lo llevara a su presencia vivo o muerto, y amenazó con castigar a los que lo ayudaran. Varios vasallos leales al príncipe lo ocultaron y llevaron con gran sigilo a la corte de México, donde gobernaba Chimalpopoca, tercer tlatoani mexica y tío materno de Nezahualcóyotl.

Desplazándose continuamente de uno a otro de los señoríos vecinos, “huyendo de día y velando de noche”, como dice uno de sus biógrafos, con paciencia y astucia, Nezahualcóyotl empezó a preparar la reconquista de su reino. Un tiempo se refugió en Tlaxcala. Luego, para estar más cerca de su patria, disfrazado de soldado se trasladó a Chalco. Un día le pidió agua a una mujer que comenzó a gritar para delatarlo. Sin opciones, Nezahualcóyotl la golpeó con su maza para evitar que sus enemigos lo atraparan.

Los chalcas, sin embargo, lo apresaron, lo encerraron en una jaula y lo condenaron a muerte. Pero un hermano del señor chalca, llamado Quetzalmacatzin, se apiadó de él y

cuando llegaron los soldados a ejecutarlo, lo ayudó a huir; cambió sus ropas con el príncipe y se quedó en su lugar en la jaula.

Quetzalmacatzin fue ajusticiado, pero Nezahualcóyotl escapó y pudo ocultarse en Huejotzingo y finalmente de nuevo en Tlaxcala. Allí planeó cómo recuperar su reino.

Vamos a dejar aquí la historia y vamos a leer dos poemas de Nezahualcóyotl, quien fue no sólo un rey sabio, sino un poeta excepcional.

Si yo nunca muriera
Me siento confundido,
me aflijo, pienso digo:
¡Si yo nunca muriera,
si nunca desapareciera!
Que allá donde no hay muerte,
a donde es derrotada,
consiga yo llegar.

¡Si yo nunca muriera,
Si nunca desapareciera!

Compondré una obra de arte
Compondré una obra de arte:
soy poeta y mi canto
perdurará en la tierra.
Por mis cantos voy a ser recordado.



Nezahualcótl tenía razón. Todavía lo recordamos, y seguimos repitiendo sus poemas.

71. El álbum de recuerdos de Fernando María Rubio. Un niño mexicano del siglo XIX

A veces las personas tienen recuerdos maravillosos y los guardan en álbumes como ¡un gran tesoro!



Mis padres, Emilia Acevedo y José Ignacio Rubio, se casaron en 1861, estableciendo su domicilio en la calle de Factor número siete de la ciudad de México. Soy el primogénito de cinco hermanos: Guillermo, Clementina, Andelia y Emilia.

Mi papá trabajaba como comerciante en su pequeño almacén, en donde vendía artículos y artefactos de lujo, nacionales e importados.

Su negocio se llamaba El Correo del Comercio, y tenía un rico surtido de cristalería de bohemia, enormes relojes suizos, vitrinas italianas, espejos alemanes, bellos marcos de madera tallados en México y sillones a la última moda de París.

Algunas veces mamá lo apoyaba por las mañanas en el almacén, realizando las cuentas del negocio; por las tardes nos atendía a mis hermanos y a mí.

Mi nombre es Fernando María Rubio Acevedo. Nací el 12 de junio de 1864, en la ciudad de México. Ese día será siempre recordado por los mexicanos, porque llegaron a la capital dos príncipes europeos para gobernar nuestro país, los archiduques Carlota y Maximiliano de Habsburgo.

Desde 1862, los franceses habían intervenido militarmente a México, e imponiéndose por la fuerza desconocieron al presidente Benito Juárez.

Este es el primer relato que mis padres me mandaron hacer, cuando tenía tres meses de edad, y que conservo en este álbum de recuerdos.

El presidente Juárez

Yo tendría poco más de tres años de edad cuando el breve imperio mexicano terminó.

Las tropas invasoras francesas que habían sometido al país se retiraron y el archiduque Maximiliano fue fusilado en el Cerro de las Campanas, en Querétaro.

En julio de 1867, el presidente Benito Juárez regresó a gobernar, después de un largo periodo de exilio por el norte del país. Cuando Juárez llegó a la capital mexicana, el pueblo lo recibió con un arco triunfal, entre aplausos y vítores: ¡Viva la República! ¡Viva México! ¡Viva el presidente Juárez! Mis padres me llevaron a esa fiesta popular, donde emocionado agité una banderita tricolor.

Gustavo Amézaga Heiras. *El álbum de recuerdos de Fernando María Rubio. Un niño Mexicano del siglo XIX.* México, SEP-Gustavo Amézaga Heiras, 2006.

72. El león y el perrito



En Londres hubo alguna vez una exposición de fieras salvajes. A cambio de cada visita se recibían dinero o perros y gatos, para alimentar a los animales.

Un día, un hombre quiso ver las fieras. Entonces, atrapó un perrito callejero y lo llevó a La Casa de las Fieras. Lo dejaron entrar, recibieron en pago al perrito y lo soltaron dentro de la jaula del león, para que se lo comiera.

Apenas estuvo adentro, el perrito metió el rabo entre las piernas y se hizo un ovillo en la esquina de la jaula. El león se le acercó despacio y lo olfateó.

En seguida, el perrito se volteó, levantó las patitas y empezó a batir la cola.

El león lo tocó con la garra y le dio la vuelta.

Después, el perrito se levantó de un salto y se sentó sobre las patas traseras, mirando al león.

El león le hizo una caricia, movió la cabeza de un lado para otro y lo dejó sin hacerle daño.

Cuando el amo le dio carne a la fiera, el león la compartió con el perrito. Más tarde se acostaron a dormir, el perrito puso la cabeza sobre la garra del león y se quedó enroscado.

Desde entonces, el perrito vivió en la misma jaula del león. El león no le hacía daño y compartía con él sus alimentos, dormía a su lado y a veces, jugaba con él.

Pero un día el señor regresó a La Casa de las Fieras y reconoció a su perrito. Alegó

que se trataba de un perro de su propiedad, y le pidió al dueño de La Casa de las Fieras que se lo devolviera. El dueño quería devolvérselo, pero, apenas se acercaba para tomar al perrito y sacarlo de la jaula, el león se erizaba y gruñía.

¿Crees que el perrito regresará a su casa?

León Tolstoi, *El león y el perrito y otros cuentos*. México, SEP-Panamericana, 2002.

73. Vida de un piojo llamado Matías

¡A poco los piojos tienen nombre! En esta lectura, sí.

Mis primeros pasos fueron en la nuca de un maquinista, porque yo nací ahí.

Los primeros once días de mi vida, que es lo mismo que decir mi infancia entera, los pasé montado en la cabeza del gigante que, a su vez, iba montado en un tren de mercancías y de vez en cuando atravesábamos alguna ciudad.

Aquel gigante se llamaba Matías. Como yo no tenía nombre, me pareció bien tomar el suyo. De esta manera, cuando alguien le preguntaba:

–Hola, Matías. ¿Cómo va eso?

Yo sentía con agrado que también me llamaban a mí. Y cuando él respondía:

–Pues aquí estoy tan tranquilo, rascándome como de costumbre la cabeza.

A mí me daba por pensar que era yo el que pronunciaba aquellas palabras.

Fuera de unos pocos remansos de tranquilidad, no he tenido una vida fácil. He viajado bastante, eso sí, y he visto lo que he visto.

La gente cree que los piojos sólo sabemos picar y tirarnos a la bartola entre una y otra picadura, pero no es verdad.

¡Cómo si no tuviéramos nuestros propios sentimientos!

Una espina he llevado siempre clavada en el corazón. Me refiero a la pena de no haber conocido padre ni madre.

La verdad es que extrañaba a mis padres, pero la verdad es que sólo aprendí que tenía que chupar un poco de sangre y la gente se queja de eso, cuando ellos lo que comen son gallinas, peces, cerdos enteros ¡hasta caracoles cocidos en salsa de tomate! Yo creo que, si nos comieran les sabríamos riquísimos porque a nuestro huevo le llaman liendres. La gente práctica esa forma rara de ponerle a las cosas nombres.

Mi liendre está pegada a la base de un pelo, cerca de la piel de la cabeza, porque claro, no estaría bien que uno, al nacer, corriese el peligro de darse un trancazo contra el suelo. Si vamos a eso, tampoco los seres humanos nacen en las copas de los árboles.

En la cabeza del maquinista predominaba el clima seco. Rara vez soplaba el viento.

El calor apretaba sobre todo cuando el gigante, encerrado en la locomotora del tren, se calaba su gorra de pana.

¿Se imaginan a los piojos pensando en lo que hacen los seres humanos? Mejor no traerlos en la cabeza.

Fernando Arámburu, *Vida de un piojo llamado Matías*. México, SEP-Tusquets, 2005.

74. El zonzo



A veces, cuando mamá nos ordena realizar algún mandado, nos da flojera y hacemos las cosas tan de mala gana que todo sale mal.

Este era un muchacho muy flojo que vivía durmiendo o subido en el tapanco meneando las piernas.

Su pobre madre, aburrida de ver que su hijo era tan bueno para nada, pensó en mandarlo a la iglesia a ver si los santos lo componían. Así que lo mando a misa; el muchacho fue y pasó en la parroquia toda la mañana.

Viendo su madre que no aparecía, se entusiasmó pensando que a lo mejor había encontrado algo que llamará la atención en la vida y que quizá le gustaría aprender para padrecito.

En esas estaba, cuando vio llegar al muchacho tan cansado como se había ido, y, al preguntarle qué tanto había estado haciendo en la parroquia, el muchacho sólo pudo decirle:

–Pues allí tienes que el padrecito salió buscando algo; lo buscaba en la mesita, entre las servilletas y hasta en las hojas de los libros y de cuando en cuando se volteaba y nos decía: “No lo encuentro, no lo encuentro.” Y así siguió, hasta que se puso de rodillas y se fue, yo creo que aburrido de no hallar nada. Después salió otro y después otro y cada uno distinto; pero ninguno encontró lo que había perdido.

La mamá se dio cuenta de que su hijo no estaba llamado para el sacerdocio, y decidió habilitarle un cajoncito de hilos, agujas, botones, encajes de bolillo y listones de colores. Le colgó el cajón del cuello y lo mandó a la ciudad.

El muchacho se fue muy contento a la ciudad. La recorrió toda y por más que pregonaba y pregonaba “¡¡Encaje de bolillo!!¡¡encaje de bolillo!!”, no le compraron y, como el muy zonzo de todo se cansaba, se cansó también de andar en la ciudad y pensó en irse mejor a recorrer caminos, y quizás allí encontraría marchante.

En el camino encontró un nicho donde estaba un santo con su cepo para las limosnas. Y como estaba muy en despoblado y el aire soplaba muy fuerte, le meneaba al santo la cabeza. Al ver eso el Zonzo, le dijo al santo:

–¿Quieres comprarme el encaje?

Y como el aire le daba en la cara parecía decir que sí. El muchacho alborotado comenzó a sacar encajes y le ensañaba uno tras otro, y entusiasmado de haber encontrado tan buen comprador se los dejó todos.

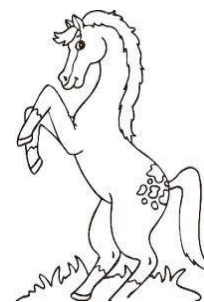
Pascuala Corona, “El zonzo” en *El pozo de los ratones y otros cuentos al calor del fogón*. México, SEP-FCE, 2003.

75. El hombre que no podía crecer

Había una vez un hombre que vivía cerca de un pantano y que medía sólo cuarenta y cinco centímetros. Confiaba en que iba a crecer, pero no crecía nunca. Cuando se cansó de esperar, decidió pedir consejo a seres vivos más altos que él y habló primero con el caballo:

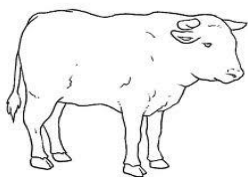
–Amigo caballo–le dijo–, ¿cómo puedo hacer para volverme tan grande como tú?

–Es fácil. Debes comer muchos cereales, sobre todo avena, y correr todo el día. Verás como en menos de una semana, crecerás tanto como yo.



El hombrecito de cuarenta y cinco centímetros de altura volvió a casa y, durante un mes, siguió con la receta que le había dado el caballo. Sólo comía cereales, sobre todo avena, y no hacía más que correr durante todo el día. Pero no crecía.

Los cereales le pesaban mucho en el estómago y le dolían las piernas de tanto correr. Entonces pensó en pedirle consejo a otro y fue a ver al buey.



–Amigo –le dijo–, ¿qué debo hacer para volverme tan grande como tú?

–Es fácil. Debes comer mucho heno y mucha hierba y quedarte todo el día echado de lado, rumiando. Verás cómo, en menos de una semana, crecerás tanto como yo.

El hombrecito de cuarenta y cinco centímetros de altura volvió a casa y, durante un mes, siguió la dieta que le había dado el buey. Sólo comía hierba y heno y se pasaba todo el día echado de lado rumiando. Pero crecer, no crecía. Toda aquella hierba le pesaba mucho en el estómago y, de tanto tiempo que pasaba tumbado, tenía el lado derecho o, según los casos, el izquierdo, muy adolorido. Entonces pensó pedirle consejo a algún otro y fue a hablar con el búho, famoso sabio.

–Amigo, tú que eres tan sabio...

Si les pidiera consejo a ustedes, ¿qué le dirían a este hombrecito?

76. La bella Mérida

Al llegar al puerto, Valeria y Pascal tomaron el autobús rumbo a Mérida. La estadía en la capital yucateca y el exotismo del México maya les hicieron darse cuenta de que, a partir de ese momento, penetraban en un universo apasionante, aunque lleno de incógnitas. El capitán Pothel les había dado una carta dirigida a Jorge Sánchez Ruíz, colega de sus padres, quien debía cuidarlos y ayudarlos en su búsqueda. Arqueólogo especialista en la cultura maya. Jorge conocía bien la historia y las leyendas de ese pueblo.

Era la tercera vez que los mellizos visitaban esa ciudad, por eso ahora se sentían seguros en ella. Durante los dos viajes anteriores, Pascal y Victoria habían aprendido algo de español.

Los jóvenes estaban decididos a encontrar a sus padres. No importaba lo que tuvieran que enfrentar, ni el tiempo que tuviera que pasar, pero no regresarían a Quebec sin ellos.

El éxito de la búsqueda dependería de su voluntad, y la suya era inquebrantable. Desde que tenían nueve años se habían esforzado por llegar a ser los mejores acróbatas de la escuela del Cirque du Soleil, y sin duda lo habían conseguido. La fórmula siempre había sido la misma: decisión y trabajo, y se proponían seguir esta receta para encontrar a sus padres. Los mellizos cumplirían trece años a finales de agosto; sin embargo, a tan corta edad, su madurez era sorprendente. La acrobacia les había enseñado a tomar decisiones rápidas a cada momento. Y es que, en este trabajo, la vida dependía de la inmediatez del movimiento, de un juicio a toda prueba y de un estado de ánimo positivo y siempre alerta.

Su madre. Dominique, había prometido volver antes del fin de curso. Sin embargo, desde hacía cuatro meses Denis y Dominique Ollassa no daban señales de vida. Los jóvenes estaban seguros de que pronto los volverían a ver, costara lo que costara. Llevaban los recursos suficientes, porque su tío Arnold les había dado el dinero necesario para que no se detuvieran en su búsqueda.

La última carta que habían recibido de sus padres provenía de Mérida. En ella, su madre confesaba su impaciencia por asistir a un congreso de arqueólogos en esa ciudad, para luego visitar los sitios arqueológicos de Uxmal, Kabah y Sayil, y finalmente el centro ceremonial de Kúl Ahau, el asentamiento maya recién descubierto cerca de Chichén Itzá;

después, ambos se proponían pasar algunos días en las playas de Cancún y de Cozumel. El último contacto que tuvieron con ellos fue una llamada telefónica, desde Sayil, la noche del 20 de marzo. Jorge Sánchez era un hombre de mediana edad, yucateco, pero más alto que el promedio de sus paisanos. Junto con los gemelos recorrería el itinerario de Dominique y Denis y, desde el principio, se mostró como digno de confianza...

Viater Lefrancois, "La bella Mérida" en *El misterio de la máscara de serpiente*. México, SEP-Artes de México, 2003.

77. El Quinto Sol

Según los mexicas, antes de que existiera este mundo hubo otros cuatro, cada uno iluminado por su propio Sol. Así existieron el Sol de los gigantes, el Sol del viento, el Sol de la lluvia y el Sol del agua, bajo cuyo gobierno una gran inundación destruyó la Tierra. Después de esto, los dioses volvieron a llenar la Tierra de personas, animales y plantas.



Los dioses se reunieron en la oscuridad para decidir cómo crear un Sol definitivo. Decidieron que uno de ellos debía sacrificarse para convertirse en el Sol, y pidieron voluntarios. Dos de los muchos dioses que asistieron a la reunión se ofrecieron para ello. Uno era el orgulloso y fanfarrón Tecuciztécatl y el otro, el humilde Nanahuatzin, que estaba enfermo.

Cuando llegó el momento del sacrificio, Tecuciztécatl iba espléndidamente ataviado, con ropa de oro y collares de jade y coral. Nanahuatzin vestía una toga de papel. El resto de los dioses se reunieron en torno a un gran fuego que llevaba cuatro días ardiendo y pidieron a Tecuciztécatl que saltara dentro. Sin embargo, el vanidoso dios hablaba mucho pero no hacía nada. Cuatro veces corrió hasta las llamas y cuatro veces se detuvo justo en el borde de la hoguera.

Entonces los dioses se enfadaron y llamaron a Nanahuatzin. Él no lo dudó ni un segundo y se lanzó directamente al centro de las llamas. Inmediatamente fue consumido

por el fuego. Avergonzado por el valor de su rival, Tecuciztécatl se enfrentó finalmente al fuego. Y también murió.

Todos los dioses alzaron la mirada al cielo, que se tornó de un rojo magnífico. En lo alto, al este del horizonte, flotaba Nanahuatzin, que ya no era una figura pobre y enferma, sino el espléndido Sol, que emitía rayos de deslumbrante luz sobre la Tierra. Los dioses lo llamaron Tonatiuh, y fue el Quinto Sol.

De pronto, otra luz apareció por el este. Era Tecuciztécatl, el dios orgulloso pero cobarde. Los dioses consideraron que dos soles darían demasiada luz a la Tierra, así que uno de ellos lanzó un conejo a la cara de Tecuciztécatl, que así se convirtió en la Luna. Cuando hay luna llena aún se puede ver el conejo en su cara.

Había pues un Sol y una Luna, pero no tenían movimiento. Tuvieron que morir uno a uno todos los dioses para que el Sol pudiera moverse por el cielo; así es como el Quinto Sol se convirtió en el único que aún vemos hoy en día.

Mary Hoffman, “El quinto Sol” en *Cuentos del Sol, la Luna y las estrellas. Mitos, leyendas y tradiciones de todas las culturas*. México, SEP-Distribuidora Marín, 2007.

78. Copo de nieve

Hace muchos años, en una aldea eslava, vivía una pareja sin hijos, María e Iván. Se amaban mucho el uno al otro, pero su felicidad era incompleta porque no tenían hijos. Cuando se hicieron mayores, se dieron cuenta que el placer que siempre habían sentido al ver jugar a los niños de otras personas se había convertido en tristeza. “Ojalá tuviéramos nuestros propios hijos”, se decían el uno al otro. Pero, con el transcurso de los años, abandonaron la esperanza de ver cumplido su deseo.

Un frío invierno –el más frío que nadie podía recordar– estuvo nevando durante días y se acumularon enormes montones de nieve alrededor de las casas. Una mañana clara María e Iván permanecían sentados ante su ventana mirando



a los niños hacer un muñeco y una muñeca de nieve y escuchando sus gritos alegres, cuando una gran resolución emergió del corazón de Iván y exclamó: “¡María, salgamos a construir nuestra propia muñeca de nieve!”.

A su esposa le gustó la idea. “Sí, así pasaremos una mañana agradable –dijo–. Pero en vez de hacer una muñeca de nieve, vamos a hacer una niña de nieve. Así podremos cuidar de ella como si fuera real. No podemos tener niños ¡pero nadie puede impedir que hagamos nuestra propia hija de nieve!” Y, bien abrigados, con botas, sombrero y bufanda, salieron al jardín.

María e Iván estaban tan emocionados con su plan que pronto se olvidaron del frío. Trabajaron con toda la fuerza de sus viejos brazos hasta que reunieron nieve suficiente para formar a la criatura. Finalmente, le pusieron la cabeza de nieve. Sus vecinos estaban bastante sorprendidos al ver la pareja de ancianos tan ajetreada y riendo con la nieve. “¿Qué están haciendo?”, se preguntaban unos a otros.

María e Iván se sentían cada vez más felices a medida que modelaban con cuidado los ojos, las orejas, la nariz y la boca. Finalmente, la niña de nieve quedó terminada. Dejando sus huellas sobre el suelo helado, la pareja se alejó unos pasos para admirar el resultado de su trabajo.

María no pudo resistir acercarse más a la criatura de nieve. Con suavidad, colocó su mano sobre la mejilla de la niña de nieve y empezó a llorar. Sintió una brisa fresca en su rostro. Con asombro, se dio cuenta que era aliento humano, procedente de la boca de la niña. Al acercarse, se encontró a sí misma mirándose en un par de profundos ojos azules.

¡Qué lindo principio de cuento! ¿Cómo seguirá? Podemos pasarnos un buen rato imaginando qué sigue. O podemos buscar el libro y saber qué dice.

Josephine Evetts-Secker, “Copo de nieve” en *Cuentos de madres e hijas*. México, SEP-Omega, 2007.

79. El fin de los dinosaurios

Y para que nos sigamos asustando... 99.9 por ciento de las especies que han existido se han extinguido. A los dinosaurios les tocó hace sesenta y cinco millones de años. Los científicos piensan que la Tierra recibió el impacto de un asteroide de varios kilómetros de diámetro, y que causó trastornos tan graves que los dinosaurios se acabaron.

Eso tuvo beneficios para otras especies. Después de lo que el asteroide hizo con los dinosaurios, los mamíferos salieron de sus madrigueras y se apoderaron de la Tierra.



Tras los dinosaurios, surgió todo un abanico de criaturas:

1. El *Titanis* era un pájaro carnívoro de dos metros y medio de alto, que vivió hace 50 millones de años. Su aspecto era lo bastante desagradable como para crear problemas de personalidad a tu gato.

2. Imagina un conejillo de indias tan grande como un búfalo mosqueado. En 2002, los científicos encontraron los restos de una criatura así en Venezuela. Da gracias de que no tienes que limpiarle la jaula.

3. El *Paraceratherium* de hace 35 millones de años era una especie de rinoceronte del tamaño de una casa. Con sus ocho metros de altura es el mamífero más grande del que se tiene noticia.

4 El *Procoptodon australiano* era un canguro asesino de tres metros de altura. Si te pescaba en el salto, te mandaba bien lejos...

Y así, al final...

Hace siete millones de años, en África, un oscuro primate se puso de pie sobre las patas traseras y aprendió a hacer herramientas. Poco a poco se fue volviendo más listo. Evolucionó en una nueva especie que aprendió a encender fuego, a vestirse, a cultivar y a leer libros de ciencia para convertirse en *ti*. ¡A esto se le llama progresar!

En 2001, el científico africano Ahounta Djimdoumbaye descubrió los restos de un primate prehistórico que vivió en el este de África hace más de seis millones de años. Podría ser uno de nuestros antepasados más antiguos.

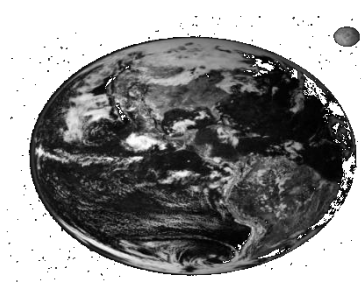
Y aquí estamos. Ahora dominamos el planeta y nos va bastante bien. Pero ¿nos puede pasar como a los dinosaurios? A largo plazo las cosas no pintan demasiado bien. Recuerda que nuestro bonito planeta azul tiene un montón de horribles secretos escondidos. Hemos enviado a uno de los científicos encogidos al corazón ardiente de la Tierra para que descubra más cosas...

Nick Arnold, "El fin de los dinosaurios" en *La sorprendente ciencia de todas las cosas*. México, SEP-Océano, 2007.

80. La Tierra es redonda

La Tierra parece una gigantesca pelota. Tiene un precioso color azul porque está cubierta de agua. Está rodeada de una capa de aire. Gracias al agua y al aire podemos vivir en la Tierra.

Una gran pelota azul



La Tierra es demasiado grande para que nos podamos dar cuenta de que tiene forma de pelota. Por eso, durante mucho tiempo se creyó que era como un gran plato plano. En realidad, la tierra se parece más a una naranja, achatada por encima y por debajo.

Está rodeada de aire

Una capa de aire, llamada atmósfera, rodea la Tierra. Es una mezcla de gas que contiene oxígeno y un poco de gas carbónico. El oxígeno permite a los seres vivos respirar. El gas carbónico sirve de alimento para las plantas.

¿Cómo nos sostenemos en la Tierra?

Nos sostenemos en la Tierra porque existe una fuerza que nos atrae hacia su centro y nos sujeta al suelo. La Tierra atrae todos los objetos: si lanzamos una piedra hacia arriba, vuelve a caer al suelo.

Las personas que viven del otro lado de la Tierra, ¿tienen la cabeza hacia abajo?

La Tierra es como una pelota: no tiene parte de arriba ni parte de abajo. Creemos que tiene una parte encima y otra debajo porque la vemos así en un dibujo, pero la podríamos dibujar en cualquier sentido.

Cubierta de agua

A menudo se llama “el planeta azul”, porque el agua de sus océanos cubre dos terceras partes de superficie. Entre los océanos, enormes bloques de tierra forman los cinco continentes en los que viven las personas. En los continentes también hay agua: ríos, arroyos, lagos y fuentes subterráneas que proporcionan agua dulce.

Un planeta en el Universo

En un rincón del Universo, la Tierra gira sin detenerse nunca. Da vueltas alrededor del Sol y sobre ella misma. Es un planeta.

La Tierra y el Sol

Durante mucho tiempo, se pensó que la Tierra era inmóvil y estaba en el centro del Universo, en medio de un cielo estrellado; además, que el Sol daba vueltas a su alrededor. Hace poco más de 500 años, Nicolás Copérnico demostró que la Tierra no estaba en el centro del Universo, sino que daba vueltas alrededor del Sol junto con otros planetas del Sistema Solar, pero al principio casi nadie le creyó.

Anna Alter, “La Tierra es redonda” en *El Universo*. México, SEP-Larousse, 2002.

81. Los amorosos

Los amorosos callan.
El amor es el silencio más fino,
el más tembloroso, el más insoportable.

Los amorosos buscan,
los amorosos son los que abandonan,
son los que cambian, los que olvidan.

Su corazón les dice que nunca han de encontrar, no encuentran, buscan.

Los amorosos andan como locos
porque están solos, solos, solos,
entregándose, dándose a cada rato,
llorando porque no salvan al amor.

Les preocupa el amor. Los amorosos
viven al día, no pueden hacer más, no
saben.

Siempre se están yendo,
siempre, hacia alguna parte.
Esperan, no esperan nada, pero esperan.
Saben que nunca han de encontrar.

El amor es la prórroga perpetua,
siempre el paso siguiente, el otro, el
otro.

Los amorosos son los insaciables,
los que siempre –¡qué bueno!– han de
estar solos.

Los amorosos son la hidra del
cuento.

Tienen serpientes en lugar de brazos.
Las venas del cuello se les hinchan
también como serpientes para asfixiarlos.

Los amorosos no pueden dormir
porque si se duermen se los comen los
gusanos.

En la obscuridad abren los ojos
y les cae en ellos el espanto.

Encuentran alacranes bajo la sábana
y su cama flota
como sobre un lago.

Los amorosos son locos, sólo locos,
sin Dios y sin diablo.

Los amorosos salen de sus cuevas
temblorosos, hambrientos,
a cazar fantasmas.

Se ríen de las gentes que lo saben
todo,
de las que aman a perpetuidad,
verídicamente,
de las que creen en el amor como en una
lámpara de inagotable aceite.

Los amorosos juegan a coger el agua,
a tatuar el humo, a no irse.

Juegan el largo, el triste juego del
amor.

Nadie ha de resignarse.

Los amorosos se avergüenzan de
toda conformación.

Vacíos, pero vacíos de una a otra
costilla,

la muerte les fermenta detrás de los ojos,
y ellos caminan, lloran hasta la madrugada
en que trenes y gallos se despiden
dolorosamente...

82. El unicornio

En la Edad Media el unicornio era uno de los animales más populares: los pintores se inspiraban en él, se labraba su esbelta figura en las puertas de los castillos, adornaba copas, tapices y vitrales. El unicornio era un pequeño caballo blanco, ágil a veces recubierto por un pelaje suave y abundante, y de su frente sobresalía un cuerno en espiral del más puro marfil.

No cualquier cazador podía atraparlo. Era necesario que una doncella se sentase, tranquila y en silencio, en la espesura del bosque. El unicornio quedaba cautivado y se acercaba a recibir las dulces caricias de la dama.

Si un joven se vestía como una muchacha y en todo se comportaba igual que una doncella, el unicornio se aproximaba mansamente. El chiste era tratarlo con delicadeza.

Bueno, ¿y para qué quería nadie atrapar un unicornio? Pues resulta que su afilado cuerno tenía mágicos poderes y servía de antídoto contra los peores venenos.

“El unicornio” en *Animales fantásticos y más leyendas*, México, SEP, Colibrí, 1995

83. Entre periódicos y zapatos

Ya hace más de un año que ando metido en esto de vender periódicos en las calles. Apenas cumplí los diez años mis papás me dijeron “adiós a la escuela” y me llevaron derecho a una bodega muy grande, atestada de periódicos y revistas. Me pusieron en las manos un montón de periódicos que apenas podía sostener, me enseñaron una tonadita y me dijeron:

–Ahora vas a leer lo que dicen las letras y lo vas a gritar, como te enseñamos, por las calles del Centro. La gente te los va a ir comprando: cada periódico cuesta cinco centavos. Sólo cuando hayas acabado de venderlos todos puedes volver a casa.



–En esta bolsa de tela –añadió mi mamá– mete las monedas. Ten mucho cuidado con ellas, no las vayas a perder ni dejes que te las roben.

Al principio me daba mucha vergüenza andar pegando de gritos por las banquetas. Sentía que todos se volvían a mirarme y decían: “Luego luego se nota que este niño es un principiante”. Pero en cuanto vendí mi primer periódico me dio tanto gusto que se me acabó la vergüenza. Poco a poco me fui acostumbrando a gritar las noticias y a ir cobrando de cinco en cinco centavos.

Aunque mis papás me dijeron que no me alejara mucho de la esquina de avenida Madero e Isabel la Católica, muy pronto me dio por callejear más allá. Al poco tiempo ya conocía todas las esquinas y callejones del rumbo. También empecé a tener amigos: Chucho, que iba y venía con su cajón para bolear zapatos; don Justo, que vendía cachitos de lotería; Samuel, que tenía un puesto de tacos y que a veces, cuando estaba de buen humor, me regalaba uno; Aniceto, el organillero, y muchos más, todos los mendigos de Catedral y todos los vendedores del Centro.

Según qué tal ande de suerte o que tan buena sea la noticia, a veces vendo los periódicos muy pronto, como la semana antepasada, cuando la final de fútbol, o como hace algunos meses, cuando le dieron un balazo a don Pascual justo el día en que empezaba a ser presidente de México. La gente, en vez de ir a la Cruz Roja a esperar noticias sobre su salud, compraba el periódico y así se enteraba de todo lo que pasaba.

El dinero que saco de las ventas se lo paso toditito a mi mamá, y de ese dinero ella me da quince centavos cada domingo.

84. Fantasmas de día

Hay gente que ha tratado de imaginar que al morir, una persona puede seguir sintiendo y razonando como cuando estaba viva. Eso es lo que sucede en esta lectura.

Su voz sonaba diferente a la de todos los días, como si estuviera muy asustado.

–No puede estar muerto. Este barranco no tiene mucha profundidad, al menos no tanta como para matarse..., a nosotros no nos ha pasado nada.

–No le late el corazón. Y cuando el corazón deja de latir, uno se muere.

Me encantó sentir que incluso Seve parecía asustado. Además, me emocioné al ver lo preocupados que estaban con mi muerte.

Era estupendo notar que me querían, como también yo los quería, aunque jamás me había dado cuenta de ello hasta ese momento. Levanté una mano para quitarles la preocupación, porque me daba pena verlos sufrir.

Pues bien, ellos, en lugar de agradecermelo, dieron un paso atrás y se pusieron a gritar como conejos.

–¡Se movió!

Entonces, para que volvieran a quererme otra vez, volví a quedarme quieto y con los ojos cerrados. Hasta oí cómo se acercaban de nuevo, primero Seve, luego Rodríguez, y al final José Ignacio.

Me dieron ganas de asustarlos otra vez; pero, como estaban tan callados, empecé a preocuparme, así que decidí dar un golpe de efecto. Me puse de pie de un salto, y grité:

–¡Estoy vivo! Pero no puede ser... –dije.

Y quise ser valiente, no asustarme demasiado, aunque tenía muchas ganas de llorar, porque de repente recordé que faltaban pocos días para mi cumpleaños. Y mi abuelo había dicho que a lo mejor, si me portaba bien, me regalaban una bicicleta de carreras, y es una lata morirse precisamente cuando hay posibilidades de tener una bicicleta, porque yo creo que me estaba portando bien.

–No puede ser –repetí, porque quería convencerme a mí mismo de que morirse no es tan fácil–. Si estuviera muerto de verdad, no podría hablar ni andar, y además los veo.

–Eso no importa. A lo mejor los muertos ven a los otros.

Empecé a sentir mucho miedo, porque ellos me miraban asustados, sin decir nada. Al fin, Seve se llevó la mano al pecho, se puso pálido, y empezó a tartamudear:

—A mí tamp... taaampoco me la... la... laaate... —gritó.

¿Qué le pasó a Seve?

Lucía Baquedano, *Fantasmas de día*. México, SEP- SM, 2002.

85. El truco del tío Teo

El tío Teo resultó simpático. Patinaba bastante bien sobre ruedas. Nos gustaban los mismos programas de televisión, la misma marca de chocolate y los mismos grupos musicales. ¿Dibujar? dibuja peor que yo, pero en cambio presta sus cosas, y no le importa que uses su caleidoscopio un rato o le pierdas un calcetín. Él también me perdió la camiseta rosa y yo no dije nada.

La corbata le gustó mucho. Unas veces se la pone de turbante y otras, de cinturón. Los domingos la usa como si fuera una corbata, y mi padre lo mira de reojo, muy asombrado, pero sin decirle nada. Desde que llegó el tío Teo todos estamos bastante asombrados.

Yo tuve que volver a pensar en las cosas que se pueden hacer con un tío, porque ya no me servía nada de lo que había pensado antes. Le dije que tenía que conocer a Sonia, y él preguntó enseguida:

—¿Cuántos años tiene?

También quiso saber cómo se llamaban los hermanos de Sonia, cuántos años tenían y si yo los quería mucho. Y yo le conté el sueño en que ella se convertía en la Pequeña Esquimal. Eso le hizo gracia y dijo que quería ir a verla, porque en su pueblo no hay esquimales ni osos. Seguro piensa que aquí encuentras a los osos haciendo cola en la parada del autobús. El tío Teo hizo un globo enorme con el chicle —no se le revientan—, y me contó que una vez guardó en una caja la nieve que mi padre le mandó por correo,

porque en su pueblo no nieva; pero cuando fue a buscarla se la habían robado. Yo no sabía si hablaba en serio o en broma, y estaba muy asombrada mirándolo.

El día que vino Sonia a conocerlo, el tío Teo había salido con mi madre. Nos quedamos las dos esperándolo en la puerta y nos pusimos a cambiar estampitas. Un montón de hermanos de Sonia vinieron a molestarnos.

–¿Me das una?

–No; son de mi tío Teo.

Ellos se volvieron a mirar a los señores que estaban en la cafetería de la esquina jugando con las máquinas tragamonedas y haciendo los crucigramas del periódico, y preguntaron muy sorprendidos.

–¿A tu tío le gustan las estampitas?

Pilar Mateos, *Mi Tío Teo*. México, SEP-Anaya, 2002.

86. Los mayas

¿Cómo le habría gustado estar con sus amigos trabajando en el juego de pelota!

Todas las mañanas, camino a las obras, se detenía un momento a contemplar el trabajo de los escultores que tallaban en piedra relieves y jeroglíficos que narraban las historias de los gobernantes.

Cuando el palacio quedó terminado entraron los muralistas y empezaron a decorarlo hasta el techo con escenas religiosas y de la vida diaria.

De regreso a su casa, le daba gran gusto ver tantas construcciones bellamente adornadas. Era la obra de todos. Era suya y sería de sus hijos.

Él y todos los que con sus manos habían creado el esplendor y la belleza del centro ceremonial, veían a lo lejos a los dirigentes ataviados con grandes penachos de plumas, joyas y flores, que infundían respeto y admiración a su paso.

Después del trabajo en la construcción, regresó cansado a su choza.

Mientras comía con su mujer, platicaron de los manjares que estarían comiendo los sacerdotes y los gobernantes.

Contempló a su hijito dormido y lo imaginó crecido, campesino como él.

Él no conocía otra cosa que su pueblo. Tal vez el pequeño llegara a ser cargador de mercaderías de algún comerciante y le tocara conocer tierras lejanas.



Los comerciantes, al igual que los gobernantes y los sacerdotes, formaban parte de la nobleza. Iban de una comunidad a otra llevando productos para cambiarlos por otros.

–Te cambio la carga de frijoles por dos mantas –decía alguien.

El vendedor calculaba: "Cada manta representa un mes de trabajo, por lo que vale tres puñados de granos de cacao. Entonces me cambia los frijoles por seis puñados de granos de cacao".

–Sí –decía el vendedor–, acepto.

Mercedes de la Garza, *Mayas y Aztecas*. México, SEP- CONAFE, 2000.

87. Cielos Míticos

Desde la Antigüedad, cada grupo de seres humanos elaboró historias y leyendas –unas más fascinantes, maravillosas y atractivas que otras– de entre las cuales destacan las de los antiguos griegos.

A estas leyendas las llamaron: mythos vocablo griego que significa “relato” o “narración” y que actualmente empleamos para designar un relato acerca de hechos sobrenaturales o fantásticos que pretenden explicar la naturaleza, o bien, uno que hace referencia a dioses y monstruos inventados por el hombre primitivo.

Durante más de mil años, aquellos antiguos griegos consideraron que sus dioses controlaban las fuerzas naturales y que, por tanto, debían sacrificar animales, erigir bellos templos o entonar solemnes cánticos en su honor.

De esta manera, su religión fue modelándose sobre la creencia en seres fantásticos, dioses y monstruos diversos, es decir, en torno a los mitos. También su grandiosa y extensa producción literaria está repleta de ellos, pues entre otros propósitos, tuvieron la finalidad de mostrar una gran variedad de virtudes y defectos, humanos y divinos.

Además de haber observado y estudiado la naturaleza humana, los antiguos griegos también fijaron su atención en el firmamento: su fantasía les permitió ver ciertas figuras en grupos de estrellas del cielo nocturno unidas con líneas imaginarias, a las que llamaron “constelaciones”.

De acuerdo con su forma, ya fuese de animales, objetos o personas, le fueron confiriendo nombres, sobre todo relacionados con sus mitos. En un principio, el conocimiento de la trayectoria de los astros y la posición de las constelaciones en la bóveda celeste aseguró a los navegantes la llegada a sus destinos.

Al paso de los años, éstas fueron trazadas en forma de mapas para medir el tiempo y explicar los mitos mismos.

Con el advenimiento del cristianismo, la antigua religión politeísta desapareció y los pueblos dejaron de creer en los viejos dioses griegos y romanos.

SEP. UNAM. *Un año mirando al cielo. México*, Boletín informativo de la Coordinación de la Investigación Científica. Ciudad Universitaria, 5 de noviembre de 2009, año IX, No. 104 Pag. 10

88. Kincah

¿Qué fiestas hay en su barrio o colonia? ¿Cuáles les gustan más?

Kincah es como decir día del pueblo, fiesta del pueblo. Aquí en Xohuayán la celebramos en mayo.

El 15 es el bueno, día de san Isidro Labrador, “pon el agua, quita el sol”. Este santo es nuestro patrón, por eso en la celebración procuramos llevarle matas de maíz como ofrenda, para que él conteste bendiciendo las milpas.



Todas las familias se preparan para la fiesta con algo de dinero y ropa nueva. Si se tiene ganado, vendes un animal y ya tienes unos centavos para gastar. Si no, tienes que irte de jornalero varios días y guardar para que no te quedes atrás; así le hace mi papá.

La fiesta la organizan los que quieren entrar de interesados, siempre y cuando sean de nosotros. Si alguien de otro pueblito gusta entrar, lo dejan sólo si es muy conocido y muy amigo de los xohuamilos. Los interesados juntan el dinero, contratan a los músicos, a los toreros y cada uno arma su palco en el circo; además prestan sus animales para la corrida. Ellos cobran las entradas; para los toros y el baile no es mucho, y dicen que no es negocio sino pura devoción y gusto. A lo mejor en la corrida no es negocio porque pagan nada más los hombres y las mujeres que ya no son niños, y a lo mejor en el baile tampoco porque dan su dinero solamente los muchachos que entran al salón; pero en donde sí es negocio es en la cerveza porque venden mucha y dice mi papá que la dan dos veces más cara de lo que se consigue en Oxkutzcab o en Tekax.

La fiesta se inicia de preferencia un jueves, para terminar el domingo con baile o el lunes con una charlotada o corrida de diversión o vacile. Esto se hace para que el sábado y domingo vengan más gentes de otros pueblos ya que no hay pendientes de trabajo. El primer día en la noche es vaquería, con orquesta de jarana, y que dicen los muchachos es un baile para matar hormigas. Los días siguientes en la mañana salen los gremios a la iglesia, y en la noche se baila para abrazar muchachas. La cerveza es todo el tiempo.

La madrugada del 15 se dan mañanitas a san Isidro, luego viene la misa como a las diez y en la corrida se saca al santo en procesión adentro del circo para que la gente dé su limosna. Aquí es cuando el sacerdote se pone contento, aunque no entienda maya. En la noche viene otro baile y así nos la pasamos hasta cumplir los cuatro o cinco días de fiesta.

En las fiestas podemos conocer los rostros y corazones de muchas personas; quizás por eso algunas fiestas perduran a través de los años. ¿Qué fiestas celebran con su familia? ¿Seguirán celebrándose cuando ustedes sean mayores?

89. Al otro lado de la puerta

Parada frente a la enorme puerta de madera, Ana suspiró.

Aquella puerta la hacía sentirse muy pequeña, débil e impotente.

Porque era la puerta inaccesible, la puerta inalcanzable, la puerta por donde entran los adultos, la puerta por donde entra papá.

–Es su estudio –explicó la abuela una vez–. Tú sabes que tu padre es curioso e inquieto y estudia esas cosas tan chistosas en lugar de ocuparse de los negocios.

Y la abuela le hace una leve caricia a Ana en los cabellos.

–Es ahí donde trabajo –contesta papá, evasivamente.

–Donde pierde el tiempo con sus amigotes –dice mamá–. Pretenden cambiar el mundo –añade con gesto de desprecio.

–Conspiran –musitó alguien, y la palabra desconocida flota misteriosamente y le da vueltas en la cabeza a Ana cuando, parada ante la enorme puerta, se muere de ganas de entrar.

Ana Patricia de los Ángeles Villagómez y Díaz es Pati para su hermano, Ana para su padres, Ana Patricia de todos los Demonios para su mamá cuando se enoja –como en este mismísimo momento, que ha castigado a su hija, poniéndola de rodillas, por haber hecho tropezar y caer a su hermano Paquito. Pero Ana no se arrepiente ni tantito de su travesura –de su espantosa iniquidad la ha calificado la madre– porque su hermano se lo merecía, por tonto y por presumido.

–¡Chin! –pensó Ana –y se reía para sus adentros al pensar en la cara que habría puesto la madre si supiera cuántas groserías se sabía por habérselas oído a los criados en la cocina, palabras que no comprendía, por otra parte, y que no se atrevía a formular más que en su mente porque si su madre la oyera, no iba ponerla de rodillas, capaz sería de enviarla ante el Santo Tribunal de la Inquisición.

Pero estar de rodillas es bastante incómodo. Ana apoya primero la rodilla derecha, luego la izquierda, la derecha, la izquierda. ¡Nada! Se le cansan las dos. Trataba de distraerse pensando cosas bonitas, pero cuando uno está de rodillas es muy difícil pensar en cosas bonitas. Y pensando en pensar cosas bonitas termina pensando en su papá, que es inteligente y bueno y guapo y consentidor. Pensando en su padre Ana es capaz de

olvidar que está en esta miserable posición en la esquina del zaguán, que la odiosa criada Matilde establece sobre ella una cuidadosa vigilancia para que cumpla su castigo, de olvidar que mamá ha ido a la costurera, quien acaba de recibir no sé cuántos encajes y telas de la misma Francia. Y lo peor es que el castigo va a durar hasta que mamá regrese.

Marinés Medero, *Al otro lado de la puerta*. México, SEP, 1986.

90. Los colibríes

Los colibríes zumban cuando vuelan porque agitan las alas al igual que lo hacen las abejas y las libélulas.

Vuelan como helicópteros multicolores: hacia adelante, hacia atrás o de lado, sin cambiar la posición de su cuerpo. En cámara lenta, pues ya se ha podido filmar su vuelo, se aprecia su vertiginoso movimiento de hasta 75 aletazos por segundo.

Se llama también chupamirto, chuparroza o chupaflor porque con el pico cerrado, a manera de popote, liba el néctar de las flores, sin necesidad de posarse.

Con su lengua, larga y delgada, puede alcanzar a sus presas a una distancia hasta el doble de pico.

En la punta de la lengua tiene espinitas con las que ensarta a los insectos y arañitas que le sirven de alimento. El colibrí habita solamente en el continente americano. De las 500 especies que existen, en México viven más de 50.

Los machos tienen brillantes colores metálicos en la frente, la garganta y el pecho.

Las hembras construyen preciosos nidos en forma de copa con pelusa de algodón y telarañas. Depositán dos huevecitos, los incuban, y luego alimentan con insectos a sus polluelos.

Algunos colibríes son tan pequeños que pesan menos 2 gramos. 500 colibríes no llegan a pesar un kilo.

“Los colibríes” en *Animales mexicanos, aves y mariposas*. México, SEP, 1995

91. Mundo TV

Descubran, con el personaje de esta historia, que en la TV no todo es como parece...

Piensen en algo que los haya hecho muy felices. ¿Listos? Ahora multiplíquelo por cien, aumentenle seis ceros y triplíquelo. Así fue exactamente como me sentí cuando llegué a Mundo TV. Era el lugar más dichoso y bonito que había conocido en mi vida.

Con decirles que hasta los pájaros estaban peinados y maquillados; las palmeras eran de plástico, así que jamás perdían las hojas; en la arena de la playa no había ningún bicho; el agua del mar era tibia, teñida de azul, y sólo llegaba hasta las rodillas. Y el sol no quemaba (porque no había, pues en realidad eran reflectores).

Caminé un tramo por la playa hasta que apareció una chica muy guapa: se llamaba Wendy y era una de las detectives de la serie.

–¡Oh! Un nuevo personaje. Bienvenido –dijo mostrándome una sonrisa que me deslumbró–. Tú debes ser un nuevo Tim.

Originalmente, los chicos de la serie se llamaban Tim, Tom y Ted, y las chicas eran Cindy, Sandy, Mandy y Wendy.

Me explicó que había por lo menos unos treinta de cada uno, así que, si no quería ser Tim, podía elegir a otro o inventar un nuevo personaje.

Me llevó hasta la mansión. Ahí estaban todos los habitantes de San Bartolo Chico que habían entrado en la serie.

Estaban vestidos de acuerdo con sus personajes y la mayoría dormitaba en unas sillas o en la alfombra.

–¿Y por qué están ustedes aquí? –pregunté, algo confundido.

–Porque en este momento la serie no está al aire –explicó Wendy.

–No entiendo...

–Claro, ¿crees que hacemos nuestro papel entre comerciales o mientras llega la hora del programa?

–No lo había pensado.

–Como ves, no hacemos nada. Sería tonto actuar si nadie nos va a ver.

–¿Dónde está lo demás? –pregunté asustado–. ¿Y los yates, las otras mansiones, los casinos, los países exóticos?

–Ya te dije: mientras no comience el capítulo, eso no existe.

De todos modos, decidí explorar y descubrí algunas cosas bastante peculiares: casi todas las paredes eran de madera pintada, los cuartos no tenían techo (porque casi nunca se ven). Me sorprendió descubrir que no había baños.

–Claro, no hay –rio Wendy–. ¿Cuándo has visto en la tele que un personaje use el escusado?

Tenía razón. Además, me di cuenta de otras cosas: nadie tenía los dientes chuecos, ni barros; cuando mirabas a alguien que te gustaba, sonaba una musiquita romántica de la nada, y para ir a un sitio, sólo tenías que decirlo y ya estabas allá, nada de subir escaleras o recorrer pasillos. Si pronunciabas una mala palabra, se escuchaba un pitido que cubría la grosería. Si querías correr o dar un salto, empezabas a moverte en cámara lenta, para darle dramatismo. Todos usábamos ropa nueva, limpia, y los personajes maduros tenían las canas y las arrugas pintadas.

También me di cuenta de que nadie sudaba ni olía feo, y todos teníamos las pestañas rizadas y chapas en las mejillas.

Jaime Alfonso Sandoval, "Mundo TV" en *Confidencias de un superhéroe*. México, SEP-Castillo, 2008.

92. El Sol y el Viento

El Viento y el Sol se encontraron. El viento lucía una larga capa, un saco de lana muy gruesa y un sombrero muy grande. El Sol lo veía con sus ojos amarillos, grandes y brillantes, asomados bajo un sombrero de paja ardiente.

Era el día de la contienda en que medirían sus fuerzas. Querían saber cuál de los dos era el más poderoso.

El Viento dijo:



–Es mucho, Hermano Sol, lo que yo puedo hacer... Yo hago volar por los aires sus sombreros, dejo sin abrigo a sus wawas (bebés) y sin techo a sus casas. Sin mí no podrían despajar en las trillas.

El Sol respondió:

–Con mi calor consigo lo que quiero, los hago correr buscando abrigo y sombra bajo los montes y refresco en el río. Los hago sudar y quitar sus ponchos, desnudos tienen que trabajar por mi calor. Y a ti también, Hermano Viento, puedo quitarte el sombrero, la capa y el saco.

El Viento y el Sol compitieron. El Viento empezó a soplar con fuerza pero no consiguió quitarle el sombrero al Sol, ni mover uno sólo de sus rayos, ni apagar la chispa de sus ojos.

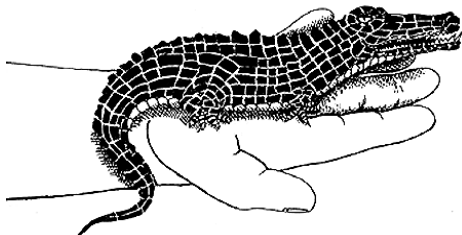
Cuando llegó su turno, el Sol comenzó a calentar más y más.

Tan grande era el calor que el Viento, sofocado y sudoroso, se quitó el sombrero de alas. Después se quitó la capa y el saco.

Desde entonces reina el Sol y al Viento se le ve vagando desnudo por los caminos, silbando su derrota.

“El sol y el viento” en Federico Navarrete Linares (coord.), *Hijos de la primavera: vida y palabras de los indios de América*, Andrés Sánchez de Tagle, ilus. México, SEP-FCE, 2001.

93. La historia de Sputnik y David



Ésta es la historia de un caimán, que también se les dice yacaré, lagarto y hasta cocodrilo. Se trata en realidad de diversas especies, pero quitando las diferencias que los conocedores señalan, ésta es, decíamos, la historia de un caimán.

Ésta es la historia, que me contó mi sobrino Juan, del caimán Sputnik y su amigo David.

Pues muy recién salido del cascarón, y tan pequeño que cabía aun en la palma de la mano, le regalaron este caimán a David, que también era un niño muy pequeño. Él le puso ese nombre, tan sonoro, que al caimán le gustó bastante.

"Sputnik –pensó–, es un buen nombre de caimán."

Los dos crecieron, Sputnik y David. Su familia educaba a David. David educaba a Sputnik.

David aprendió a comer con cuchara, tenedor y cuchillo, a multiplicar, sumar y restar. A escribir. ¡Hasta a dividir aprendió! También supo muchas cosas del padre Hidalgo y de los campanazos y el grito de Dolores; nada más no estaba claro si de veras algo le dolía o nada más así se llamaba el pueblo.

Sputnik aprendió a beber sidral deteniendo la botella en la boca. Fue varias veces a jugar futbol y daba colazos al balón y metía gol; corría muy aprisa en línea recta, pero tardaba mucho en dar la vuelta, y se tragó el balón dos veces; así ya no se podía jugar con él (ni con nadie, ¿con cuál pelota?). Como ven, Sputnik había crecido bastante.

Él y David se acompañaban y paseaban juntos. Juntos fueron un día a nadar a la alberca y la gente gritó y se salió, protestó además: no querían bañarse con ese animal en la misma agua. Una señora gorda abrazaba a sus hijos, lloraba y se quejaba:

–¡Ese monstruo se los va a comer!

–Ya parece, guácala –dijo David...

Antes de ponerse el sol, las palomas de la iglesia revoloteaban mucho y daban vueltas y vueltas encima de la gente. No siempre eran pulcras y lanzaban feas plastas de caca sobre los pelos de las señoras mejor peinadas o en la solapa de los novios mejor vestidos de dril blanco, o sobre sus guayaberas bordadas.

David y Sputnik se reían mucho de esto, se reían tanto y con tan grandes bocas que en una carcajada Sputnik se tragó cinco palomas distraídas.

Su familia había prohibido que David llevara a Sputnik a la escuela. "No quieren que me eduque", pensaba el caimán...

94. Los porqués de nuestro mundo

¿Por qué pueden los perros oír sonidos que no oyen los seres humanos?



Cuando un niño toca el silbato silencioso, o silbato de Galtón, su perro levanta las orejas y corre hacia él; el perro lo oye y el niño no.

Los sonidos silenciosos, los que no se pueden oír, te rodean todo el tiempo. Los perros pueden oír más sonidos que las personas. Pueden percibir sonidos que son demasiado altos para que los detecten tus oídos. También pueden oír sonidos más débiles que los que las personas oyen.

Cuando un objeto se mueve perturba el aire, emite vibraciones. Estas vibraciones se llaman ondas sonoras. Las ondas sonoras viajan a distintas velocidades. Cuantas más vibraciones haya por segundo, más alto es el tono del sonido. El canto de un pájaro, por ejemplo, produce más vibraciones que las que emite un violonchelo.

El oído es un receptor de sonidos. Cuando las ondas vibran chocan contra tu oído o el de tu perro, y empiezan a vibrar unos huesecillos. Uno de ellos hace vibrar un líquido en la parte del oído llamado cóclea.

Ahí las células transforman las vibraciones en impulsos nerviosos que van al Cerebro. El oído humano puede percibir sonidos que vibran entre 20 y 20,000 veces por segundo. Los perros tienen una cóclea más sensitiva, que detecta hasta 50,000 vibraciones.

Además de poder oír sonidos más altos y bajos que los que tú oyes, tu perro puede distinguir entre sonidos muy parecidos. Si has entrenado a tu perro a acercarse cuando tocas un silbato silencioso, o un silbato que tú puedas oír, no lo cambies. Tu mascota no le hará caso a un sonido nuevo.

Pedro Larios Aznar, *Los porqués de nuestro mundo*. México, SEP-Promociones Don d' Escrito, 2002.

95. Más animales de México

¿Has perdido alguna vez una pieza de un rompecabezas? El hueco se ve desastroso y la escena no está completa. La falta de esa pieza minúscula hace que el conjunto carezca de sentido. Lo mismo sucede cuando una especie animal se extingue. Cada animal que te mira con ojos cautelosos, que levanta las orejas o aletea, es una pieza clave dentro de la naturaleza. Si alguno falta, el entorno sufre su ausencia.

México es uno de los países con mayor número de especies animales y vegetales en el mundo. Y es que nuestro país está rodeado de mares y costas, y en él existe una variedad de ecosistemas, desde humedales hasta desiertos. Sin embargo, muchas especies se encuentran en peligro de extinción y en la mayoría de los casos el hombre es el responsable.



Tras un prolongado esfuerzo la tortuga laúd emergió del mar. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y por eso la gaviota imaginó que sufría penas de amor. Pesada y lenta, la hembra caminó con su caparazón de cuero para depositar sus huevos dentro de la arena.

De pronto un hombre se acercó e intentó robarle su carga. Ante la amenaza, la tortuga laúd permaneció inmóvil, indefensa. Por fortuna un vigilante costero acudió a su ayuda y después de una fatigosa persecución capturó al depredador.

A salvo, dando pasos breves, la tortuga laúd seleccionó el lugar donde construiría su nido. Cavó un agujero en forma de cántaro, se acomodó sobre él y puso decenas de huevos. Eran de color blanco y de figura casi esférica. Cubrió el nido con arena y regresó al mar sobre sus propias huellas.

Sesenta días y sesenta noches tardarían en nacer las pequeñas. Frágiles, con caparazón blando y un sin fin de escamas, abandonarían el nido y se internarían en el mar para iniciar una nueva vida...

96. Ni era un mar, ni era de plata

Juan Díaz de Solís fue un explorador español que navegó hacia América del Sur, buscando un paso que uniera los océanos Atlántico y Pacífico.

Nunca encontró esa ruta, pero en 1516 dio, en cambio, con algo original: un mar cuyas aguas no eran saladas, al cual llamó Mar Dulce. En realidad no había arribado a un mar sino al río más ancho del mundo.

Años después, otro explorador, Sebastián Caboto, remontó este río para llegar a la Sierra de la Plata, sitio en el que, según contaba la leyenda, había muchísimos metales preciosos. Tampoco lo halló, a pesar de que las aguas parecían teñidas a veces de oro, a veces de plata. Tal vez las pintaba la ilusión de los viajeros, pero el Mar Dulce cambió de nombre; hoy se le conoce como Río de la Plata.

El Río de la Plata separa Uruguay de Argentina, tiene una anchura de 225 kilómetros y abarca una superficie de 35 000 kilómetros cuadrados, en la que emergen numerosos islotes e islas.

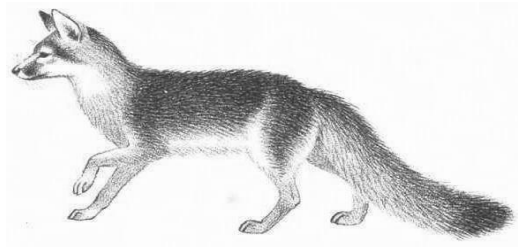
Cristina Carbó y otros, "Ni era mar, ni era de plata" en *501 maravillas del Viejo Nuevo Mundo II*. México, SEP, 1994

97. Un cambio de piel

El cazador se levantó temprano, no obstante haber pasado toda la noche poniendo trampas para cazar zorros.

Una tenue luz se colaba entre los árboles y las hojas que cubrían el camino parecían gemir bajo el peso de sus botas.

Tres de sus trampas estaban vacías, pero en la cuarta encontró un hermoso zorro rojo. Su piel era excelente. El pelo largo y abundante, con luz de la aurora despedía reflejos de distintos tonos rojizos que lo hacían parecer aún más bellos.



El cazador no cabía en sí de gozo. En su mente calculaba la suma que podría pedir por la piel de ese estupendo ejemplar.

Iba a matarlo, pero de pronto reparó por primera vez en el animal. En sus ojos se dibujaba un pánico infinito. Su aspecto era de gran cansancio: se notaba claramente que había luchado durante muchas horas para desprender su pata de la trampa.

Lo contempló un momento con atención y sintió pena por él.

Dudó un instante y, cuando por segunda vez intentaba matarlo, escucho una tímida voz que decía:

–¿Por qué vas a matarme? ¿Tienes hambre?

El cazador, desconcertado y con un poco de vergüenza, contestó:

–No, lo que me interesa de ti es únicamente tu piel.

–Entonces, ¿tienes frío? –volvió a preguntar el zorro.

–Bueno, no exactamente. En realidad no es para mí, sino para venderla. Con ella harán una hermosa estola.

–Que le quitará el frío a alguien –agregó el zorro.

El cazador no contestó y sintió por primera vez un malestar enorme.

Te propongo un trato –dijo el zorro–. Como tú lo que quieres de mí es sólo piel, no me mates y yo iré a entregártela.

–¿De verdad? –preguntó el cazador incrédulo, pensando que el zorro quería engañarlo.

–Palabra de zorro –dijo aquel mirándolo a los ojos.

–Está bien –dijo el cazador, que en ese momento se sentía incapaz de hacerle daño–, aunque te confieso que no sé como lo harás...

¿Cómo le hará el zorro para quitarse la piel?

Tere Remolina, *Un cambio de piel*. México, SEP-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.



98. El pequeño planeta Rabicún

No sé si ustedes habrán visto alguna vez en el cielo, lejos, muy lejos de la Tierra, un planeta que gira constantemente alrededor del Sol; se llamaba Rabicún y es un planeta tan flojo que tarda nada menos que mil años en dar la vuelta completa al Sol.

Rabicún es muy pequeño y sólo tiene dos pueblos; el primero está en una montaña que hay, por eso se llama Pueblo Alto; el otro está en una llanura y se llama Pueblo Bajo. Un río atraviesa el planeta de lado a lado, y separa la llanura de la montaña.

Junto al río hay un bosque de pinos y, al lado, un castillo estrecho, muy estrecho y altísimo. Como Rabicún es tan pequeño, cuando construyeron el castillo no pudieron hacerlo muy ancho, porque si no, no hubiera cabido en el planeta; por eso lo tuvieron que construir hacia arriba, hacía esas nubes que acarician a las cigüeñas que viven en la torre más alta del castillo. El rey que vivía en el castillo siempre se quejaba por la cantidad de escaleras que tenía que subir durante el día. Tardaba cuatro horas en subir hasta la torre y, mientras iba subiendo, siempre protestaba:

—¡Qué lata de escaleras! ¡Seguro que soy el rey que más escaleras tiene que subir y bajar para caminar por su casa!

Pero lo cierto es que el castillo era precioso y tenía en cada piso un balcón muy grande del que colgaban flores de mil colores distintos.

Desde hacía muchos años, la gente que vivía en el Pueblo Alto estaba peleando con los que vivían en el pueblo Bajo. Ya nadie se acordaba de por qué estaban enojados; solamente sabían que si al pasar por el bosque llegaban a cruzarse con algún habitante del otro pueblo, debían poner cara de mal humor.

En cambio, los niños de los dos pueblos como habían nacido después de aquel famoso pleito, eran muy amigos y cruzaban el río por las tardes, en una lancha, para jugar todos juntos...

Imaginar un planeta, un país, una ciudad, una escuela, una casa... ¿Quién quiere hacerlo? Tomen una hoja de papel o un cuaderno, escriban cómo es lo que se imaginan y también, todos los que quieran, dibújenlo.

Patricia Barbadillo, *Rabicún*. México, SEP-SM, 2002.

99. La hormiga Gertrudis

Fábula de la esforzada hormiga Gertrudis, de cómo tomó las armas contra el antojadizo elefante Mandamás y de los increíbles hechos que entonces ocurrieron.

Capítulo II

Del singular combate que sostienen los ejércitos hormiguescos y el paquidermo, con todo lo tocante a la aparición de nuestra heroína.

El sonido del tambor
a las tropas desanimaba:
¡el enorme destructor
por la selva se aproxima!
Luego mueve la criatura
Su panzota y su cabeza,
y los bichos, de esa altura,
van a dar a la maleza.
Y se lanzan todas ellas
contra el bruto, de tal suerte,
que unas quedan viendo estrellas,
y otras topan con la muerte.
Son en balde sus esfuerzos
—dice riendo el criminal—,

y aunque vuelvan con refuerzos
triunfaré de modo igual.

Sólo algunos soldadillos
han montado por la trompa,
Y le pican los carrillos,
las orejas y la trompa.

Algo ocurre, sin embargo,
en la nuca del bobote.

¡Una hormiga va a lo largo
de la arruga del cogote!

Y lo tachan de tarugo,
de diabólico y de feo,
más no siente aquel verdugo
ni siquiera un hormiguo.

Y le gritan a la chica
los insectos del lugar:
—¡Estrangúlalo, primica!
¡No lo dejes respirar!



Guisopete de Paropillo, *La hormiga Gertrudis*. México, SEP, 2002.

100. Rafles

- ¡Mamá!
- No grites, Natacha, ¿qué quieres?
- Que vengas.
- Ya te oí, pero estoy trabajando, ¿qué quieres?
- Veen.
- ¡¿No me puedes decir qué quieres y desde acá te contesto?!
- No, quiero que veas.
- ¿Qué vea qué?
- ...que te quiero hacer una pregunta.
- Si es una pregunta no hace falta que vea.
- ¡Sí... ven, te digo!
- La puedo oír, Natacha; dime y deja de gritar, que nos van a correr del edificio.
- ¡¡¡Veeennn!!!
- ... (no, del edificio no, nos van a correr de la ciudad).
- Ya, mami... por fas, ven.
- Ya te dije que no.
- ...
- ... (Silencio que presta atención al otro silencio).
- ... (Silencio muy sospechoso).
- Natacha, ¿qué estás haciendo?
- ... (ruidos, risa)
- ¡Natacha! ¡Me quieres decir qué estás haciendo? ¡Mira que voy!
- ¡No, no vengas!
- ¡¿Cómo que no vaya!?! ¡Claro que voy!
- ¡No, mamá! ¡En serio, por favor no vengas!
- Faltaba más, ahorita mismo voy a ver qué estás haciendo.
- ... Natacha, abre la puerta.
- No puedo.
- ¡¿Quieres abrirla, por favor?!



–No, ma, no hace falta.
–¿Qué no hace falta?!
–Ya está, ma.
–¿Qué cosa ya está?!
–Lo que te decía que vengas, ya no importa.
–¿Qué rompiste, Natacha?!
–Ots, nada mami.
–¿Y ese ruido? ¿No habrás roto la cajita de música?!
–¿Cuál?
–La que te regaló la abuela, no la habrás roto, ¿no?!
–Al fin que ni estaba tan bonita.
–¿Cómo estaba!? ¿La rompiste? Te mato, Natacha, abre la puerta.
–No fui yo, mami, fue Rafles.
– ¿¿Quién es Rafles?!
–...(Ay).
–¡Natacha! ¿Quién es Rafles?
–... (ay, ay, ay).
–¿Qué son esos ruidos? ¡¡¡Nooo!!! ¡Natacha! ¡¡¡Tienes un perro ahí!!!
–...te dije, mamá, que ya no importaba (abre la puerta).
–¿De dónde sacaste ese perro?!
–No te preocupes, mami, lo encontré en la calle.
–¿En la calle!? ¡Ahorita mismo lo sacas de la casa, ya!
–¡No!, si el se va, yo también me...

¿Cómo seguirá esa conversación? ¿Se la imaginan? A veces así hablamos las mamás y los hijos, ¿o no?

101. Cuatro Fábulas del siglo XX

Vamos a leer cuatro fábulas cortitas, cortitas, de un escritor guatemalteco que vivió en México gran parte de su vida, Augusto Monterroso.

La mosca que soñaba que era un águila

Había una vez una mosca que todas las noches soñaba que era un águila y que se encontraba volando por los Alpes y por los Andes.

En los primeros momentos esto la volvía loca de felicidad: pero pasado un tiempo le causaba la sensación de angustia, pues hallaba las alas demasiado grandes, el cuerpo demasiado pesado, el pico demasiado duro y las garras demasiado fuertes; bueno, que todo ese gran aparato le impedía posarse a gusto sobre los ricos pasteles o sobre las inmundicias humanas, así como sufrir a conciencia dándose topes contra los vidrios de su cuarto.



En realidad no quería andar en las grandes alturas, o en los espacios libres, ni mucho menos.

Pero cuando volvía en sí [*cuando despertaba*] lamentaba con toda el alma no ser un águila para remontar montañas, y se sentía tristísima de ser una mosca, y por eso volaba tanto, hasta que lentamente, por la noche, volvía a poner las sienes en la almohada...

El espejo que no podía dormir

Había una vez un espejo de mano que cuando se quedaba solo y nadie se veía en él se sentía de lo peor, como que no existía y quizá tenía razón; pero los otros espejos se burlaban de él, cuando por las noches los guardaban en el mismo cajón del tocador dormían a pierna suelta satisfechos, ajenos a la preocupación del neurótico.

La rana que quería ser una rana auténtica

Había una vez una rana que quería ser una rana auténtica, y todos los días se esforzaba en ello.

Al principio se compró un espejo en el que se miraba largamente buscando su ansiada autenticidad. Unas veces parecía encontrarla y otras no, según el humor de ese día o de la hora, hasta que se cansó de esto y guardó el espejo en el baúl.

Por fin pensó que la única forma de conocer su propio valor estaba en la opinión de la gente. Comenzó a peinarse y a vestirse y a desvestirse (cuando no le quedaba otro recurso) para saber si los demás la aprobaban y reconocían que era una rana auténtica.

Un día observó que lo que más admiraban de ella era su cuerpo, especialmente sus piernas, de manera que se dedicó a hacer sentadillas y a saltar para tener unas ancas cada vez mejores, y sentía que todos la aplaudían.

Y así seguía haciendo esfuerzos hasta que, dispuesta a cualquier cosa para lograr que la consideraran una rana auténtica, se dejaba arrancar las ancas, y los otros se las comían, y ella todavía alcanzaba a oír con amargura cuando decían que qué buena rana, que sabía a pollo.

La cucaracha soñadora

Era una vez una cucaracha llamada Gregorio Samsa que soñaba que era una cucaracha llamada Franz Kafka que soñaba que era un escritor que escribía acerca de un empleado llamado Gregorio Samsa que soñaba que era una cucaracha.

Esta última fábula tiene que ver con un libro famosísimo, La metamorfosis, escrito por Franz Kafka. Uno de estos días algunos de ustedes –ojalá que todos– lo van a leer. Cuando eso suceda, acuérdense de esta lectura de hoy y recuerden a sus compañeros, su escuela, sus maestros.

Augusto Monterroso, “Cuatro fábulas del siglo XX” en *La oveja negra y demás fábulas*. México, SEP-FCE, 2001.

102. Los insectos

En el reino de los insectos, su conducta varía bastante de unos a otros. Muchos son ladrones diminutos, merodeadores nocturnos, tramperos, imitadores o incluso, caníbales. Otros son cariñosos y se sacrifican, viven en colonias y trabajan en equipo para asegurar la supervivencia de su comunidad.

Por ejemplo, ¿sabías que algunos tipos de mosquitos machos ejecutan una danza especial para atraer a la hembra antes de copular?; ¿qué muchos insectos son excelentes jugando a las escondidillas?; ¿que algunos rocían veneno?; ¿que unos cuantos parecen comer sin cesar y que otros son sumamente agresivos?

Los insectos fueron los primeros habitantes de la tierra y evolucionan desde hace más de 400 millones de años, mucho antes de que aparecieran los primeros seres humanos. Casi todos sus patrones de conducta –como formar enjambres, tratar de estar limpios, salir a cazar o migrar– son innatos. Sin embargo, algunos insectos parecen capaces de aprender cosas nuevas. Entre ellos tenemos a los merodeadores nocturnos.

Una noche, al sur de la India, atraída por la luz de una linterna, una pequeña polilla café entra volando por una ventana abierta. Silenciosamente aterriza en la mano de un niño dormido. Desenredando su corta probóscide, su trompa, en forma de daga, la clava en la piel de un dedo. Casi siempre se alimenta del ganado, pero hoy encuentra sangre humana. Cuando se siente satisfecha, sale volando. Mientras tanto el niño sigue durmiendo profundamente. Esa polilla ha aprendido que también los seres humanos tienen sangre, y en las noches siguientes regresará a buscarla.

Un insecto puede ser muy pequeño, pero si tiene antenas sensoriales, un atacante difícilmente podrá acercársele sin ser notado.

Las moscas y los mosquitos, por ejemplo, si bien son atraídos por las fuentes de luz, se las arreglan muy bien en la oscuridad total.

Tamara Green, *Los insectos bajo el microscopio. La conducta. Cazar, alimentarse y encontrar pareja*. México, SEP-Urbe y Ferrari, 2002.

103. ¿Cómo reconocer a una bruja?

La noche siguiente, después de bañarme, mi abuela me llevó otra vez a la sala para contarme otra historia.

–Esta noche –me dijo– voy a decirte cómo reconocer a una bruja cuando la veas.

–¿Se puede estar siempre seguro de reconocerla? –pregunté.

–No –me dijo–, no se puede. Ése es el problema. Pero puedes acertar muchas veces.



Mi abuela dejaba caer ceniza de su puro sobre la falda y yo confié en que no empezara a arder antes de que me contara cómo reconocer a una bruja.

–En primer lugar –dijo– una bruja de verdad siempre llevará guantes cuando la veas.

–Seguramente no siempre –dije– ¿También cuando hace calor?

–Aunque haga calor –contestó–. No tiene más remedio. Porque no tiene uñas. En vez de uñas tiene unas garras finas y curvas, como las de los gatos, y lleva los

guantes para ocultarlas. Lo que pasa es que también muchas señoras respetables llevan guantes, sobre todo en invierno, así que eso no sirve de mucho.

–Mamá llevaba guantes.

–En casa, no –dijo la abuela–. Las brujas llevan guantes hasta en casa. Sólo se los quitan para acostarse.

–¿Cómo sabes todo eso, abuelita?

–No me interrumpas –dijo–. Entérate bien de todo. La segunda cosa que debes recordar es que las brujas de verdad son siempre calvas.

–¿Calvas? –dije.

–Calvas como un huevo –dijo la abuela.

Yo me quedé horrorizado. Había algo indecente en una mujer calva.

–¿Por qué son calvas, abuela?

–No me preguntes por qué –dijo ella– cortante–. Pero puedes creerme, en la cabeza de una bruja no crece ni un solo pelo.

–¡Qué horror!

–Asqueroso –dijo mi abuela.

–Si es calva, será fácil distinguirla.

–Nada de eso –dijo ella–. Una bruja de verdad lleva siempre peluca. Lleva peluca de primera calidad. Y resulta casi imposible diferenciar una peluca verdaderamente buena del pelo natural, a menos que le des un tirón para ver si te quedas con ella en la mano.

–Entonces eso es lo que tengo que hacer –dije.

–No seas tonto –dijo mi abuela–; no puedes andar jalándole el pelo a cada señora que encuentres, ni aunque lleve guantes. Tú inténtalo y ya verás lo que te sucede.

–Así que eso tampoco ayuda mucho –dije.

–Ninguna de estas cosas sirve de nada por sí misma dijo ella–. Sólo cuando están todas juntas empiezan a tener algo de sentido. Sin embargo –continuó–, estas pelucas les causan un problema bastante serio a las brujas...

Si alguno de ustedes ya leyó este libro, ya sabe cuál es ese problema. Y si no lo han leído, hay que buscarlo.

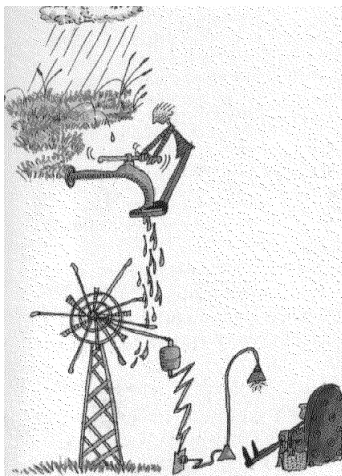
Roald Dahl, “¿Cómo reconocer a una bruja?” en *Las brujas*. México, SEP-Alfaguara, 2002.

104. Breve historia de la energía

El hombre prehistórico vivía exclusivamente de la caza y la recolección. No cocía sus alimentos y, como todos los animales, no utilizaba más energía que la contenida en su comida o en los benéficos rayos del Sol.

Hace poco más de 500 000 años que el ser humano descubrió y dominó el fuego. Aprendió a mantenerlo encendido y a usarlo para calentarse, alumbrarse y cocer los alimentos. La madera se convirtió así en la primera fuente de energía en la historia de la humanidad.

Con el inicio de la agricultura, hace aproximadamente 8 000 o 10 000 años, el hombre comenzó a domesticar animales y a utilizar su fuerza. Los animales se convirtieron en una fuente de energía útil para arrastrar los arados, transportar materiales o sacar agua



de los pozos. En esa misma época se fabricaron las primeras vasijas de barro aprovechando el calor del fuego alimentado con madera, se cocía la arcilla para transformarla en terracota.

Las civilizaciones de la antigüedad aprendieron progresivamente a utilizar otras formas de energía como el viento, en los primeros barcos de vela y los molinos de viento. Aprovecharon también la fuerza del agua para mover ruedas con paletas (¡y no de las que se comen!) mediante las cuales se hacía girar los molinos, o ruedas con recipientes

que, a su vez, llevaban el agua a lugares altos en donde la utilizaban para el riego.

Esta necesidad de energía fue el origen de la esclavitud. Muchas personas fueron llevadas lejos de su país para que trabajasen como esclavas en grandes obras de construcción o realizaran trabajos pesados.

Muy pronto, se supo utilizar la fuerza del agua para hacer que los troncos de los árboles flotaran, y transportarlos desde las regiones montañosas hasta las llanuras y las desembocaduras de los ríos, donde se empleaban en diversas obras y la construcción de navíos.

La invención de la rueda y la utilización de la palanca permitieron ahorrar energía. “Denme un punto de apoyo y moveré al mundo”, afirmaba Arquímedes, aproximadamente en el año 250 a. C.

Francois Michel, “Breve historia de la energía” en *La energía paso a paso*. México, SEP-Calandria, 2005.

I 05. Pita inventa una palabra

Una mañana Tomás y Anita entraron en la cocina de Pita y la saludaron, pero Pita no contestó. Sonreía con expresión soñadora.

–Perdonen que no conteste; estoy pensando en lo que acabo de descubrir –dijo Pita–.
¡Una palabra nueva!

–¿Qué clase de palabra? –indagó Tomás.

–Una de las mejores que he oído en mi vida.

–Anda, dínosla, Pita –dijeron los niños.

–¡Palitroche! –dijo Pita triunfante.

–¿Palitroche? ¿y qué quiere decir?

–¡Ojalá lo supiera!

–Si no sabes lo que significa, no sirve –dijo Anita.

–Eso es lo que me preocupa –contestó Pita mordisqueándose el pulgar de la mano derecha.

–¿Quién dice lo que significan las palabras? –preguntó Tomás.

–Yo creo que algunos viejitos se reúnen –dijo Pita–, inventan algunas palabras y luego dicen: “Esta palabra quiere decir esto...”



–Pero a nadie –dijo Pita– se le ocurrió una palabra tan bonita como *palitroche*. ¡Y les apuesto que descubriré lo que significa! Quizá se le pueda llamar así al ruido que hacemos cuando andamos en el lodo: "Cuando Anita anda en el lodo puede oírse un palitroche..." No, no suena bien. Quizá es algo que puede comprarse. ¡Vamos a averiguarlo!

Ya puestos de acuerdo, los tres fueron a una pastelería.

–Quisiera comprar algunos palitroches –dijo muy seria Pita.

–¿Palitroches? –preguntó la señorita que despachaba –creo que no tenemos.

Entraron a una ferretería.

–Quiero comprar un palitroche –dijo Pita.

–¿Palitroche? –dijo el dependiente y sacó un cepillo.

–¡Esto es un cepillo! –exclamó Pita muy enojada–, yo quiero un palitroche.

–Pues no tenemos lo que necesitas, niña, lo siento mucho.

–¡Ya sé! –dijo Pita– Lo más probable es que se trate de una enfermedad. Vamos con el médico.

Como se trataba de un caso grave, la enfermera los hizo pasar inmediatamente.

–¿Qué te pasa? –le preguntó el médico.

–Creo que estoy enferma de un palitroche –dijo Pita.

–Tú tienes más salud que todos nosotros juntos –le dijo el médico–. No te preocupes.

–Pero ¿existe una enfermedad con ese nombre? –preguntó Pita.

–No; pero aunque existiera tú no la tendrías jamás.

Pita, Tomás y Anita salieron desconsolados. Iban con la cabeza baja, pensando que nunca encontrarían un palitroche. De pronto Pita gritó:

–¡Ten cuidado, Tomás, no pises ese animalito!

Los tres miraron hacia el suelo. El animalito tenía un par de alas verdes que brillaban como si fueran de metal.

–No es chapulín, ni grillo –dijo Tomás.

La cara de Pita se iluminó:

–¡Ya sé! ¡Es un palitroche! –gritó triunfante.

–¿Estás segura? –preguntó Tomás.

–¿Crees que no voy a reconocer a un palitroche? ¡Mi querido palitroche! Ya sabía yo que al fin iba a encontrarte.

“Pita inventa una palabra”. *Español Tercer grado. Lecturas*. SEP, México, 1984.

106. El esqueleto

Si no tuviéramos huesos, el cuerpo sería blando y no nos podríamos sostener. Los huesos le dan forma al cuerpo y lo sostienen. El conjunto de los huesos forma el esqueleto.

El esqueleto está formado por 206 huesos.

Los bebés tienen unos 300 huesos. En el interior de los huesos de los bebés hay una materia flexible y blanda. A lo largo de la infancia, esta materia se va transformando en hueso duro, y algunos huesos se sueldan con otros. Los adultos sólo tienen 206 huesos de tamaños y formas muy distintas.

Las articulaciones

Los huesos no se pueden doblar. Sólo se pueden mover unos respecto a otros. El mecanismo que mantiene unidos los huesos entre sí y que permite el movimiento se llama articulación. El codo, la rodilla y la cadera son articulaciones.

Los huesos están formados por una materia dura. Pero si observamos el interior de algunos constatamos que están huecos. De hecho, sólo la parte exterior del hueso es dura. Si fueran en su totalidad de materia dura. El cuerpo pesaría demasiado.



Los músculos

Los músculos son responsables de todos los movimientos del cuerpo. Nos permiten correr, hacer muecas o parpadear, pero también respirar o hacer la digestión.

Los músculos permiten el movimiento. Para doblar un brazo es necesario que las articulaciones permitan el movimiento de los huesos, pero también es necesaria una fuerza que los mueva. Esta fuerza la proporcionan los músculos.

Tenemos dos tipos de músculos. Unos son los que están unidos a un hueso, como el bíceps. Estos músculos tiran de los huesos para que se muevan. Se contraen cuando nosotros queremos.

Los otros músculos se encuentran en la pared de algunos órganos, como el estómago o los intestinos. Se contraen lentamente sin que nos demos cuenta de ello; trabajan sin parar, incluso cuando dormimos.

El corazón también es un músculo

Si ponemos la oreja en el pecho de alguien, oiremos unos latidos que son las contracciones de un músculo: el corazón.

Estos movimientos son regulares y no podemos acelerarlos ni frenarlos a nuestra voluntad. Jamás se paran.

El Cuerpo. México, SEP-Larousse, 2004.

107. Arquitecto del paisaje

Como tú sabes, al igual que el viento, el agua posee una enorme capacidad de modelar la estructura del suelo y de cualquier otro elemento que se halle sobre la superficie terrestre. Si observas el relieve de la localidad en la que vives, comprobarás fácilmente cómo el movimiento del agua, provocado por los desniveles del terreno, lo ha marcado profundamente. Cumpliendo con la ley de gravedad, el agua corre desde los sitios elevados hacia los más bajos. A su paso, por fricción, arrastra materiales. Al cabo de muchísimos años, estas marcas sobre el terreno llegan a ser enormes, como sucede en el famoso Cañón del río Colorado en los Estados Unidos, o simplemente formar el cauce de ríos y arroyos.



Pero el agua también interacciona con el suelo de formas menos evidentes para el ojo humano. Pensemos en la lluvia.

Cuando las gotas de agua caen sobre suelos desprotegidos, sin vegetación, suceden varias cosas. Todo comienza con la llegada de las primeras gotas. Éstas mojan la capa superficial de la tierra, pero se quedan en el mismo sitio en el cual cayeron.

En cambio, las gotas siguientes hallan el suelo con una cierta impermeabilización provocada por la presencia de las primeras y su tensión superficial. Por esto, al no poder ser absorbidas por la tierra escurren pendiente abajo, respetando el desnivel del terreno. En tiempo de lluvias, si observamos este fenómeno en un sector con una pendiente pronunciada, comprobaremos que la cantidad de agua presente en las zonas altas es pequeña.

Pero a medida que centramos nuestra atención a las zonas más bajas, advertimos que el volumen de agua aumenta considerablemente. En su recorrido hacia abajo, va dejando marcas como resultado de las partículas de suelo que arrastra, ante la ausencia de vegetación que fije la tierra. Cuando la lluvia se detiene, es posible confirmar todo lo ocurrido en el lugar mediante un simple recorrido.

Esas huellas desaparecerán si las próximas precipitaciones demoran lo suficiente como para permitirle al viento realizar su trabajo de distribución de partículas presentes en la capa más superficial del suelo. Recuerda lo obvio que es este fenómeno en la playa; el viento borra fácilmente las huellas. Pero si continúa la caída de agua, aumentará el proceso erosivo del suelo, provocando daños para esos terrenos. Como vemos, la acción mecánica del agua forma parte importante del permanente rediseño del paisaje.

Hernán Sorhuet, "Arquitecto del paisaje" en *El agua nuestra de cada día*. México, SEP-Club Promocional del Libro, 2006.

I 08. La camella bailarina

La camella no pensaba en otra cosa que en ser bailarina de ballet.

–Para que todos mis movimientos sean un ejemplo de gracia y belleza –decía la camella–. Ése es mi único deseo.

Practicaba una vez y otra sus piruetas, sus relevés y sus arabescos. Repetía las cinco posiciones básicas cien veces al día. Ensayó muchos meses bajo el sol abrasador del desierto. Tenía los pies destrozados y el cuerpo dolorido por la fatiga, pero ni una sola vez pensó en desistir.

Por fin, se dijo: «Ahora soy bailarina.» Anunció un recital y bailó ante un grupo de camellos amigos y de críticos. Cuando terminó su actuación, se deshizo en una reverencia. No hubo aplausos.

–Debo decirle con toda franqueza –dijo un miembro del público–, como crítico y como portavoz de este grupo, que es usted cachetuda y jorobada, grandota y desmañada. No es

usted, como el resto de nosotros, otra cosa que un camello. Nunca ha sido ni será una bailarina de ballet.

Entre risitas y burlas, la concurrencia se disolvió por las arenas del desierto.

¡Qué equivocados están! –se dijo la camella–. He trabajado duro. No cabe duda de que soy una magnífica bailarina. Bailaré y bailaré, sólo para mí.

Así lo hizo, y disfrutó muchos años.

Quien se quiere a sí mismo es feliz.

Arnold Lobel, “La camella bailarina” en *Fábulas*. México, SEP-Celística, 2006.

109. Un millón de insectos

En la lectura de hoy vamos a enterarnos de una serie de datos muy, muy curiosos sobre los insectos.

* Los insectos son muy anteriores a los dinosaurios, pues aparecieron casi al mismo tiempo que las plantas terrestres.

* Ciertas especies de insectos viven en lugares donde no hay luz, desde hace tanto tiempo que han perdido los ojos y los colores.

* El ala de una mariposa está formada por una membrana transparente cubierta por escamas coloreadas.

* Cuanto menor es un insecto, más de prisa baten sus alas, las de un mosquito baten 600 veces por segundo haciendo vibrar su tórax, que zumba.

* Los insectos ven con dos ojos compuestos por multitud de botoncillos que les dan un gran campo de visión, pero probablemente no una imagen única del mundo.

* Los insectos oyen con tímpanos que no están en su cabeza, sino en el abdomen, el tórax o las patas.

* La boca de los insectos está formada por un conjunto de piezas que incluyen los labios, las mandíbulas y las maxilas.



* Las piezas bucales muy afiladas del mosquito atraviesan la piel humana, para aspirar la sangre por un tubito.

* La mosca, tras pararse sobre la comida, aspira los líquidos.

* El chapulín tiene un aparato bucal de tipo masticador, lo mismo que los gorgojos del arroz y de los frijoles, que son grandes devoradores de granos.

Viviendas extrañas

* Los insectos realizan construcciones increíbles sin usar ninguna herramienta. Las celdillas hexagonales perfectas de las abejas o las avispas son muy atractivas.

* Algunos nidos de termitas albergan hasta cinco millones de habitantes. En ellos reina una sola pareja real. En una cámara especial, alimentada por sus obreras, la reina pone un huevo cada tres segundos.

* Las sociedades de abejas, de avispas y de hormigas siempre han fascinado a los hombres; son familias extensas en que la reina es la única hembra fértil y las obreras son sus hermanas o sus hijas estériles.

Un millón de insectos. México, SEP-Yolihue, 2003.

110. La vida en los palacios novohispanos

La ciudad de México es conocida como la “Ciudad de los Palacios”. Este sobrenombre está bien justificado, basta con un breve paseo por el Centro Histórico, o por los centros de otras ciudades coloniales, para encontrarnos frente a edificios de gran tamaño, con aspecto novohispano que, en efecto, son palacios.

Los palacios o casas señoriales, como también se les llama, son edificios grandes y lujosos construidos para ser habitados por personajes nobles o de estrato social alto; una parte de los palacios de la ciudad ahora son museos, oficinas gubernamentales o bancarias, pero aún pueden visitarse.

Tras un breve recorrido por el interior de estas construcciones surgen algunas interrogantes: ¿qué uso tenían las numerosas habitaciones? ¿Cómo una sola familia podía llenar todos esos espacios? Y, más aún, ¿cómo era la vida cotidiana de sus habitantes?

¿Cómo eran las casas señoriales?

Las casas señoriales se construyeron durante la Colonia. Estaban basadas en una misma idea; aunque había variantes en la edificación, resultado de los deseos de sus dueños o de los arquitectos. Las casas del siglo XVI sólo tenían dos plantas por recelo a los temblores y a la fragilidad del suelo. No hay que olvidar que la ciudad se encuentra sobre el lecho de un lago.

El número de personas que las habitaba era grande, porque no solo incluía a la familia del dueño, sino también a los ahijados, entenados (hijastros, o dependientes económicos del dueño), y sirvientes. Estos últimos eran indígenas y negros, entre ellos estaba la cocinera, la recamarera, la nodriza, la lavandera, así como lacayos, mozos, cocheros, recaderos y pajes.

Todas estas construcciones contaban en su planta baja con un zaguán, dos patios y diversos cuartos, mientras que la planta alta estaba destinada a los aposentos de la familia.

El zaguán era un espacio entre la puerta principal de la casa y el primer piso. Generalmente, se podía transitar de un área a otra sin obstáculo alguno; pero algunas veces se colocaba una puerta entre ambos espacios, con la finalidad de impedir la entrada al patio a personas no deseadas.

Algunas casas señoriales

Un ejemplo de casa señorial del siglo XVI, que aún podemos admirar en el número 4 de la calle Moneda, es el antiguo Palacio del Arzobispado –hoy Museo de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, SHCP–, el cual data de 1530. Antes de ser la majestuosa vivienda de fray Juan de Zumárraga, el primer arzobispo de México, era no una, sino dos viviendas que pertenecían a los conquistadores don Andrés Núñez y Martín López, quienes a su vez, habían edificado sus construcciones sobre el templo de Tezcatlipoca, deidad azteca conocida como “Espejo humeante”, señor y protector de los guerreros.

Otra joya histórica es el Museo de la Ciudad de México –ubicado en el número 30 de la avenida Pino Suárez–, construido en 1536, en un lote originalmente Hernán Cortés le regaló a su primo Juan Gutiérrez Altamirano.

Otra residencia, considerada obra maestra de la arquitectura novohispana, pero que data del siglo XVIII, es el Palacio de Iturbide que hoy se encuentra en la avenida Madero. Al consumarse la independencia fue ocupada por Agustín de Iturbide –de allí el nombre del edificio–, quien estaba a la cabeza del victorioso Ejército Trigarante. El 18 de mayo de 1822, Iturbide salió al balcón para escuchar cómo el pueblo lo proclamaba emperador, aunque poco le duró el gusto, ya que tuvo que abdicar en 1823 y exiliarse en Europa.

Araceli Cortez Ocampo, “La vida en los palacios novohispanos” en *El libro de todo como en botica I*, México, Lectorum, 2009 [Algarabía]

III. Los cometas



Los cometas son cuerpos celestes pertenecientes a nuestro Sistema Solar que, por su espectacularidad, han llamado la atención de los hombres a lo largo de la historia. Muchas veces los cometas han causado miedo a la gente que los observa.

Actualmente se sabe que los cometas se formaron al mismo tiempo que nuestro Sistema Solar y que se encuentran en grandes cantidades mucho más allá de la órbita de Plutón, el más alejado de los planetas que giran alrededor del Sol.

De vez en cuando, algún cometa deja aquellos remotísimos lugares y comienza a viajar hacia el centro del Sistema Solar. Conforme se acerca al Sol, el centro o núcleo del cometa –formado de materia congelada– se empieza a evaporar por el calor. Así, el gas evaporado forma una cola o estela luminosa en el cometa. La cola apunta siempre en dirección opuesta al Sol. En algunos cometas llega a medir miles de millones de kilómetros, por lo que desde la Tierra los vemos cubriendo una gran parte del cielo.

El cometa Halley es ejemplo de un cometa grande y brillante. Pasa por la Tierra cada 75 años. La última vez que pasó por la Tierra fue en el año 1985.

Si quieres saber cuándo pasará nuevamente, haz la cuenta tú mismo.

Deborah Dultzin, et al, “Los cometas” en *De la Tierra al Cosmos. Astronomía para niños*. México, SEP-CIDCLI, 1992.

112. Anableps anableps... cuatrojos

El Anableps es un pez como pocos y todo se debe a sus dos ojos que funcionan como si fueran cuatro.

Vive en ríos pequeños de aguas lentas, en México y América Central, y como nada en la superficie, la mitad superior de sus ojos globosos se encuentran fuera del agua.

Claro que éstos no son unos ojos cualquiera; sucede que cada uno está dividido en dos por una membrana y además cada parte tiene su retina para recibir las imágenes aéreas y la otra, las acuáticas.

A todas estas cualidades se le agrega otra más prodigiosa: como el cristalino tiene forma de huevo, cuando el Anableps anableps mira por debajo del agua, ve a semejanza de los otros peces, en tanto que, cuando mira por encima, la luz pasa por la parte más angosta del cristalino y la vista se alarga.

Zoraida Vázquez, "Anableps anableps... cuatrojos" en *501 maravillas del viejo Nuevo Mundo 2*. México, SEP, 1994.

113. Descubrimiento de la primera vacuna

Gracias a un médico rural inglés, Eduardo Jenner (1749-1823), tenemos la primera vacuna, que debe su nombre a su relación con una enfermedad de las vacas. Esta primera vacuna se usó precisamente contra la viruela...

En 1775 Jenner inició su labor de médico rural. Desde el momento en que comenzó sus estudios le atraía aclarar algo que había observado entre quienes ordeñaban las vacas.

Con frecuencia las vacas presentaban pequeñas ampollas en las ubres y los pezones, erupciones parecidas a las provocadas por la viruela en los seres humanos; por lo que se le conocía como "viruela de las vacas".

Era común que los hombres y las mujeres que ordeñaban las vacas se contagiaron con dicha infección, por lo que presentaban vesículas y ampollas en las manos, sin embargo, la enfermedad jamás afectaba otras partes del cuerpo ni provocaba fiebre o alguna otra molestia y, al cabo de un tiempo, desaparecía.

Lo que llamó la atención de Jenner era que quienes habían padecido la viruela de las vacas no se contagiaban cuando había un brote de viruela humana en su comunidad.

Una de las motivaciones de Jenner para convertirse en médico rural fue, precisamente, aprender lo suficiente para aclarar por qué quienes habían sufrido la infección de las vacas eran inmunes a la infección de la viruela.

Horacio García, "Descubrimiento de la primera vacuna" en *Tú y las vacunas*. México, SEP-Santillana, 2003.

114. El túnel que lee los sentimientos

Me introduje en un gran cilindro tumbado en el suelo. Era algo así como un largo trozo de esas tuberías gigantes en las que cabe perfectamente una persona de pie. Estaba vacío, nadie podía ocultarse ahí. En cuanto estuve dentro, advertí que una niebla inundaba el tubo. Parecía una nube blanca que hubiese entrada en el túnel.

Tan pronto como aquel extraño vapor llegó a rozarme, pasó del blanco al amarillo. Esto me sorprendió bastante y, como si fuese una reacción automática, el gas se puso de color naranja. Aunque la visibilidad no era muy buena, pude darme cuenta de que allí no existían proyectores ni trucos de ninguna clase que produjesen las variaciones de color. La única iluminación del conducto era la luz natural que entraba por unas claraboyas. Creo que me asusté un poco. Al ocurrir esto, el vapor que me envolvía cambió al rojo oscuro.

Podía respirar perfectamente, no me faltaba oxígeno ni experimentaba ninguna molestia. Eso me tranquilizó mucho.



La atmósfera del tubo pasó al verde suave. Entonces, no sé por qué, me vino a la memoria la delicada situación provocada por Buenaventura Mestres. Instantáneamente, el gas cobró unos tintes morados muy desagradables.

Ya estaba claro. Aquella materia gaseosa traducía los colores en estados de ánimo y los sentimientos de la persona que entrara en contacto con ella. Para ver hasta

dónde llegaba la capacidad cromática del túnel, me concentré para provocarme sentimientos diversos: amor, soledad, odio, alegría, tristeza, y muchos otros. Y, cada vez, el gas respondió con un color distinto. Cuando le ofrecí sentimientos mezclados daba una combinación de colores; cuando los cambios anímicos eran leves, variaba la matización del color. Era sensible a la más mínima mudanza de la emoción o el pensamiento.

Joan Manuel Gisbert, “El túnel que lee los sentimientos” en *Escenarios fantásticos*. México, SEP-SM, 2003.

I 15. Consejos o dinero

Rosendo y Leonardo pasaron frente a una casa que tenía un letrero que decía: “Consejos o dinero para los caminantes”. Alegres con aquel anuncio, entraron y se encontraron con un ancianito de semblante benévolo.

–Buenos días, señor –dijeron ambos.

–Dios los acompañe –contestó el anciano–. ¿Qué hacen por aquí? Supongo que ya vieron el rótulo que está colgado con vista a la calle.

–Sí, señor –respondió Rosendo–, yo quiero monedas.

–¿Y tú? –dijo el viejo dirigiéndose a Leonardo.

–Yo, consejos, porque he oído decir que el que no toma consejo no llega a viejo.

–Espérenme un momento, buenos muchachos –dijo el anciano al entrar en su choza.

–¡Tonto! –le dijo Rosendo a Leonardo– ¿Para qué quieres consejos, eso vas a comer?

–No, Rosendo, los consejos valen más que el dinero, yo sé lo que te digo.

El anciano salió con una talega de monedas de oro, y se la entregó a Rosendo.

–Adiós y gracias –dijo Rosendo, y sin despedirse de su hermano, echó andar.

–Ahora tú, que eres más cuerdo –continuó el viejo– escucha atento:

El primer consejo es que nunca tomes un atajo.



El segundo es que jamás preguntes lo que no te importa.

Y el tercero, que pienses las cosas antes de dejarte llevar por la violencia.

Leonardo anotó los consejos y, al salir de la choza vio dos sendas que había para ir a su pueblo; tomó la más corta, y pronto vio que era un camino horrible, lleno de barrancos. Se acordó del primer consejo y regresó al otro sendero.

Serían las ocho de la noche cuando vio a lo lejos una luz que indicaba hospedaje. Hacia allá se dirigió.

–Dios guarde esta casa –dijo

–Adelante –gruñó una voz áspera desde adentro–. ¿Quieres posada, verdad?

–Sí, señor, pero no tengo dinero.

–Entra, no te costará nada –le dijo aquel hombre–; voy a enseñarte el lugar donde has de pasar la noche.

No es posible describir el terror que experimentó aquel joven al ver que allí había infinidad de cadáveres momificados, y unos aparatos de tortura, semejantes a los de la Inquisición. Iba a preguntar qué era aquello, pero se acordó del segundo consejo.

–¿Qué te parece? –preguntó el hombre.

–Bien –respondió Leonardo.

–Vamos a la otra sala.

Lo condujo a donde había esqueletos colgados y pirámides de calaveras.

–¿Y esto? –preguntó el viejo.

–Lo mismo, señor.

–Vamos a la galera que te destinaré para pasar esta noche.

Leonardo iba de terror en terror. Entraron en el último departamento; allí se encontraban muchos hombres y mujeres ahorcados y guillotizados.

Qué espanto, ¿no es cierto? Yo tengo que saber qué sucede en este cuento. Voy a buscar el libro. A ver si no me lo gana alguno de ustedes.

116. Acoitrapa y Chuquillanto

Un día, las dos hijas del Sol pasaron cerca del rebaño de un pastor de llamas que se llamaba Acoitrapa. Era joven y hermoso. Tocaba la quena tan dulcemente, que hasta las flores más tímidas se abrían para asomarse entre las ramas de los árboles y escucharlo. Embelesadas por la música se acercaron para averiguar quién tocaba así. El pastor se deslumbró al verlas. Los tres conversaron y rieron despreocupados del paso del tiempo. Cuando se ocultó el Sol, las jóvenes, apenadas, tuvieron que despedirse: su padre, el Sol, les daba permiso para pasear en el valle, pero ¡ay de ellas si no llegaban a casa antes del anochecer! Chuquillanto, la mayor, se sintió más triste que su hermana; se había enamorado de Acoitrapa.

Llegando al palacio, Chuquillanto no quiso comer; corrió a su habitación para estar a solas, se echó, cerró los ojos, y recordando a su dulce pastor se quedó dormida. En sueños, vio un hermoso ruiseñor que cantaba suave y armoniosamente y ella le habló de su amor por el pastor y del miedo que tenía de que su padre pensara que un cuidador de llamas era poca cosa para una hija del Sol. El ruiseñor, conmovido por la pena de la joven le recordó que en palacio había cuatro fuentes de agua cristalina; si se sentaba en medio de ellas y cantaba lo que sentía en su corazón y las fuentes le respondían con la misma melodía, significaba que podría hacer su voluntad y que sus deseos serían cumplidos.

Cuando Chuquillanto se despertó, rápidamente se vistió y fue a los jardines del palacio. Allí estaban las fuentes, dando de beber a la mañana.

Chuquillanto, siguió las instrucciones del pajarillo: se sentó y comenzó a cantar una triste melodía. Las fuentes entendieron su pena y lo manifestaron cantando al unísono, consintiendo en ayudarla. Llamaron a la lluvia y le ordenaron que le transmitiera al pastor el cariño que Chuquillanto sentía por él.

La lluvia salió a raudales del palacio hacia la choza de Acoitrapa. Al encontrarlo, le bañó el corazón con la imagen de la joven. El pastor, con el pecho atravesado por el recuerdo de la muchacha, se puso a tocar su quena con tanta tristeza que hasta las frías piedras se conmovieron. Desalentado, comprendió que el Sol nunca permitiría que su hija

se casara con un pobre cuidador de llamas. ¡Qué cansada su alma de extrañar a Chuquillanto! Así, se quedó dormido con la quena apretada entre los dedos.

No puede ser. Estos dos enamorados merecen mejor suerte. El primero que encuentre el libro y lea esta historia nos tiene que contar a los demás qué es lo que pasa.

“Acoitrapa y Chuquillanto” en *Cuentos y Leyendas de Amor para niños*. México, SEP-CIDCLI-, 2004.

117. Caperucita Roja y el lobo

Vamos a leer una versión diferente de un cuento que todos conocemos.

Estando una mañana haciendo el bobo le entró hambre espantosa al señor Lobo, así que, para echarse algo a la muela, se fue corriendo a casa de la Abuela. “¿Puedo pasar señora?”, preguntó. La pobre anciana, al verlo, se asustó pensando: “¡Este me come de un bocado!” Y, claro, no se había equivocado: se convirtió la Abuela en alimento en menos tiempo del que aquí te cuento. Lo malo es que era flaca y tan huesuda que al Lobo no le fue de gran ayuda: “Sigo teniendo un hambre aterradora... ¡Tendré que merendarme otra señora!” Y al no encontrar ninguna en la nevera, gruñó con impaciencia aquella fiera: “¡Esperaré sentado hasta que vuelva Caperucita Roja de la selva!”

—que así llamaba al bosque aquella fiera, aunque entre los pinos estuviera—. Y porque no se viera su fiereza, se disfrazó de abuela con presteza, se dio laca en las uñas y en el pelo, se puso la gran falda gris de vuelo, zapatos, sombrerito, una chaqueta y se sentó en espera de la nieta. Llegó Caperucita a mediodía y dijo: “¿Cómo estás abuela mía? Por cierto, ¡me impresionan tus orejas!” “Para mejor oírte, que las viejas somos un poco sordas”. “¡Abuelita, qué ojos tan grandes tienes!”. “Claro, hijita, son los nuevos lentes que me ha puesto para que pueda verte Don Ernesto el oculista”, dijo el animal mirándola con gesto angelical,

mientras se le ocurría que la chica iba a saberle mil veces más rica que el rancho precedente. De repente Caperucita dijo:” ¡Qué imponente abrigo de piel llevas este invierno!” El Lobo, estupefacto, dijo:” ¡Un cuerno!” O no sabes el cuento o tú me mientes: ¡Ahora te toca hablarme de mis dientes! ¡Me estás tomando el pelo...? Oye, mocosa, te comeré ahora mismo y a otra cosa”. Pero ella se sentó en una silla y se sacó un revólver de la capa,

con calma apuntó bien a la cabeza Y –¡pam!– allí cayó la buena pieza. ... Al poco tiempo vi a Caperucita cruzando por el bosque... ¡Pobrecita! ¡Sabes lo que lleva la infeliz? pues nada menos que un velis que a mí me pareció de piel de un lobo que estuvo una mañana haciendo el bobo.



Roald Dahl, “Caperucita Roja y el lobo” en *Cuentos en verso para niños perversos*, Quentin Blake, ilus. México, SEP-Altea, 2002.

118. Tres enamorados miedosos (cuento maya)

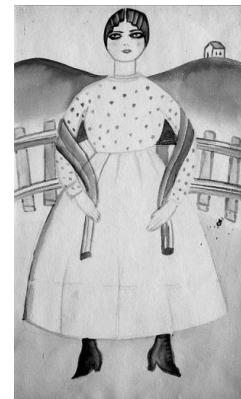
Vivía en un pueblo una muchacha muy bonita; tan bonita, que tres hermanos comenzaron a enamorarla. Ella los oyó a los tres y no sabía cómo decirles que no sin que se pelearan.

Esto es lo que se le ocurrió al fin:

Llegó el mayor a declararle su amor.

–Ay niña. Tanto te quiero, tanto, que haría cualquier cosa que pidieras.

–Bueno—. ¡Irías a cuidar a un muerto en el cementerio?



–Sí

–Ven en la noche, el muerto estará listo, lo llevarás al camposanto.

–Bueno.

Al rato llegó a declararse el segundo hermano.

–Haría lo que me pidieras, para que supieras cuánto me gustas.

–¿De veras?

–Claro.

–Pues esta noche harás como si fueras muerto.

Aceptó y le tomaron las medidas para hacerle su caja.

El tercer hermano llegó más tarde.

–Ay niña eres mi amor. Haría por ti lo que me ordenaras.

–¿Harías de diablito?

–De lo que me pidas y mandes.

–Lo citó para la noche.

Cuando llegó el que iba a hacer de muerto, la muchacha lo amortajó y lo metió al ataúd.

Al rato llegó el que debía cuidarlo: le dio cuatro cirios y lo mandó al panteón con el difunto a velarlo.

Al más chico lo vistió con un traje cubierto de latas agujeradas. Cada lata llevaba una vela encendida dentro. Le puso cuernos y salió lanzando destellos y chipas; tintineaba al caminar.

–¿Y qué debo hacer? –preguntó.

–Ve al panteón y ponte a dar de brincos.

Llegó al panteón y, aunque con miedo, comenzó a saltar.

–¡Ave María Santísima, qué es eso! –gritó el que estaba velando. Se echó a correr.

–¡Jam, un diablo! –gritó el muerto y se escapó.

–¡Un muerto que corre! –gritaba el diablito al emprender la huida.

El primero volteaba y veían que lo perseguían. No paró hasta llegar a su casa. Se aventó a su hamaca.

El segundo, para escapar del diablo, se escondió en la misma hamaca.

El diablo, con el susto, ni vio que el muerto venía delante de él se fue a encontrarlo en su mismísima hamaca.

Cuando se dieron cuenta de la broma y de su miedo, dejaron en paz a la muchacha: ni la volvieron a ver; ni adiós le dijeron.

Elisa Ramírez y María Ángela Rodríguez (comp), *Tres enamorados miedosos*. México, SEP, 1987.

119. El principio de los armadillos

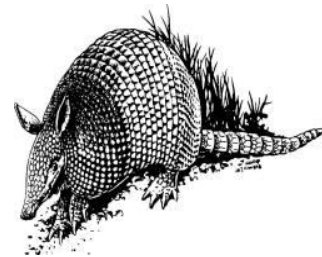
Ésta, hijo mío, es otra historia de los remotísimos tiempos en que el mundo estaba todavía en sus albores. En aquella época, en las márgenes del turbio Río Amazonas, vivía un puercoespín cubierto de púas, que se alimentaba con caracoles y otros animalejos parecidos. Tenía una amiga, una maciza y despaciosa tortuga, que también residía en las riberas del turbio Río Amazonas y comía lechugas tiernas y otras verduras.

Hasta aquí, según puedes ver, hijo mío, todo andaba bien. Pero en aquellos remotísimos tiempos en que alboreaba el mundo vivía, asimismo en las orillas del turbio Río Amazonas, un jaguar de piel muy pintada, que devoraba cuanto podía cazar. Cuando no podía atrapar ciervos o monos, comía ranas y escarabajos, y si no lograba cazar ranas ni escarabajos, iba a contárselo a mamá Jaguar, quien le enseñaba a cazar puercoespines y tortugas.

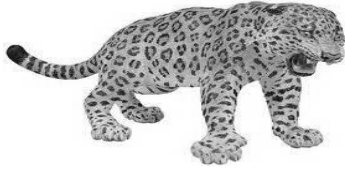
Cuando encuentres un puercoespín, hijo mío, tíralo al agua, y entonces dejará de estar enrollado; y cuando cojas una tortuga, sácala de su concha con la garra.

Y hasta aquí todo iba bien, hijo mío.

Cierta estrellada noche, el jaguar pintarrajeado encontró al puercoespín lleno de púas y a la maciza y despaciosa tortuga en las riberas del turbio Río Amazonas, sentados en un tronco caído. Como no podía echar a correr, el de las púas se hizo un ovillo, pues por eso era puercoespín, y la maciza y despaciosa tortuga escondió a toda prisa la cabeza y las patas en su concha, pues por eso era tortuga; y todo seguía bien, hijo mío, ¿no es así?



–Fíjense en lo que les digo –dijo el pintado jaguar–, pues es muy importante. Me dijo mi madre que cuando encuentre un puercoespín debo echarlo al agua, para que deje de estar encogido; y que cuando encuentre una tortuga tengo que sacarla de su concha con la



garra. Pero, díganme, por favor, ¿quién de ustedes es el puercoespín, y quién la tortuga? Porque, ¡por las manchas de mi piel!, les juro que no sé quién es quién.

¿Qué pasará? ¿Qué va a sucederle al jaguar cuando quiera meterle la garra al puercoespín? Y, cuándo la eche al agua la fiera, ¿qué hará la tortuga?

Rudyard Kipling, “El principio de los armadillos” en *Precisamente Así*. México, SEP-Juventud, 2002.

I 20. La Luna y el Sol

La Luna

La Luna es redonda, como la Tierra, y da vueltas alrededor de nuestro planeta. En cada vuelta se tarda un mes.

A veces vemos la Luna muy redonda y otras parece una sonrisa.

Lo que sucede es que también en la Luna hay días y noches.

La parte brillante de la Luna es la que está iluminada por el Sol y allí es de día. En cambio, en la parte oscura es de noche.



Si viajas en automóvil o caminas y observas la Luna, parece que te sigue. Lo que pasa es que está tan lejos que parece que no se mueve.

La Luna es mucho más pequeña que nuestro planeta. Su diámetro mide apenas el triple que la península de Baja California.

En náhuatl, México quiere decir “en el ombligo de la Luna”.

El Sol

El Sol es una gigantesca bola de fuego.

El Sol es necesario para la vida porque las plantas y los animales necesitan su luz y su calor, pero no debes mirarlo directamente porque te puede dañar los ojos.

La familia del Sol

La Tierra y la Luna no son los únicos cuerpos celestes.

Existen otros planetas y satélites que giran en torno al Sol. Todos son redondos, de diferentes tamaños y colores.

Algunos tienen anillos; los anillos de mayor tamaño son los de Saturno. Júpiter es el planeta más grande de todos; tiene varias lunas de colores.

Mercurio es el planeta más cercano al Sol. Su superficie es muy rugosa porque le han caído muchos meteoritos encima.

En Venus siempre está nublado y Marte es un desierto.

Julieta Fierro, "La Luna y el Sol" en *El Día y la Noche*, México, SEP-Santillana, 2003.

121. Lo increíble de los deportes

En la actualidad, los mejores atletas son conocidos por miles de personas en el mundo. Tienen seguidores que admiran su fuerza física y su destreza. Algunas estrellas como Pelé o el Chicharito Hernández han realizado actuaciones increíbles durante sus carreras. Además de tener dotes importantes para un deporte, tras sus éxitos hay mucho trabajo, muchas prácticas, muchos entrenamientos.

Pero tú no tienes que ser una estrella para disfrutar un deporte. Como cualquier atleta sobresaliente, tú puedes proponerte metas, entrenar, practicar y triunfar en tu deporte.

La gente practica los deportes con el fin de divertirse y hacer ejercicio, así como para competir y alcanzar metas. El entrenamiento y la práctica nos ayudan a alcanzar el éxito en los deportes –como en cualquier otra actividad.



¿Qué significa ser “profesional”?

A los atletas profesionales se les paga por entrenar, practicar y jugar. Los atletas aficionados, también llamados *amateurs*, no reciben sueldo, aunque sí, muchas veces, los gastos de alojamiento, entrenamiento y viajes. Antes, sólo los jugadores *amateurs* participaban en los juegos Olímpicos y Paraolímpicos. Hoy en día, en muchos deportes los atletas reciben dinero para sus gastos y por participar en comerciales y otras formas de publicidad.

Al practicar un deporte hay cosas más importantes que ganar o anotar un gol o una canasta. Aunque pierdas o ganes, es más importante seguir intentándolo. Aprende de tus errores, establece nuevas metas y entrena. Lo más importante: ¡diviértete! Si disfrutas lo que haces, será más fácil que sobresalgas en esa actividad.

Ser parte de un equipo, alcanzar tus metas y hacer nuevos amigos son sólo algunas de las ventajas de practicar un deporte. También es importante ser un “buen deportista”, lo que significa que uno aprenda a aceptar sus derrotas.

Sandy Roydhouse, *Lo increíble de los deportes*. México, SEP-McGraw-Hill, 2005.

I 22. Una viuda y el diablo (cuento huave)

Cuentan que una vez, el diablo se enamoró de una viuda. Llegaba a su casa y le platicaba. A la señora no le gustaba y además, tenía miedo de que se enojara. Tanto y tanto le ofrecía el diablo que por fin la señora le dijo:

–Bueno, seré tu mujer si me construyen una casa bonita. El diablo se la hizo. La viuda fue a buscar al cura para que le echara agua bendita: así, el pobre no podría entrar a la casa que él mismo había hecho.

El cura le advirtió:

–Si no encuentras el modo de acabar con él, él acabará contigo.

La mujer pensó bien el asunto y esto hizo: buscó dos montones de botellas, uno blanco y otro oscuro, y se sentó en la enramada. A la hora en que llegó el diablo la halló muy atareada.

–¿Qué haces?

–Aquí, lavando botellas. ¿No me ayudas? Lava ese montón de botellas –le dijo señalando las oscuras–, hasta que queden limpias, como ésas –y señaló el otro montón.

–¿Y cómo crees que voy a hacer claro lo oscuro? No se puede.

–Claro que sí, mira ya todas las que llevo.

–¿Y cómo le hiciste?

–Ah, es que se tienen que lavar por dentro. Si eres poderoso, ¿por qué no te metes?

El diablo entró en la botella y la mujer luego la tapo. Ya que tuvo encerrado al diablo, fue al monte y, con todo y botella, lo enterró.

Y por eso dicen que solo las mujeres son más listas que el diablo.

Elisa Ramírez y María Ángela Rodríguez (comp), “Una viuda y el diablo (cuento huave)” en *Tres enamorados miedosos*. México, SEP, 1987.

123. El zar Saltán y la princesa cisne

Había una vez tres hermanas que hilaban junto a la ventana.

–Si yo fuera zarina –dijo la primera–, prepararía un banquete para el mundo entero.

–Si yo fuera zarina –dijo la segunda–, hilaría tanto lino que sería suficiente para el mundo entero.

– Si yo fuera zarina –dijo la tercera–, le daría al zar un hijo fuerte y valeroso que sería su orgullo.

Entonces se abrió de repente la puerta y el zar Saltán, dueño y señor del país entero, entró en la habitación. Había oído la conversación de las tres muchachas y las palabras de la más joven lo habían conmovido profundamente.

–¡Tú serás mi esposa y me darás un hijo fuerte y valeroso! –exclamó–. Pero tendrás que separarte de tus hermanas. En mi corte, una será cocinera y la otra hilandera.

Aquello no les gustó nada a las dos hermanas, pero, muertas de envidia, siguieron al zar y a su hermana pequeña hasta el palacio.

La boda se celebró la misma tarde de su llegada. Acudieron muchos invitados a la fiesta, y comieron y bebieron y acompañaron al zar y a su mujer hasta el lecho nupcial de marfil. Y se cumplió el deseo de la hermana menor, que concibió un hijo.

Poco después estalló una guerra. El zar Saltán tuvo que separarse de su joven esposa y le suplicó, por su amor, que se cuidara mucho. Ella le prometió que así lo haría, y él montó en su caballo y partió con sus hombres.

Permaneció largo tiempo ausente, y la hilandera y la cocinera tuvieron mucho tiempo para alimentar su envidia y tramar planes terribles con la malvada Babarija, prima del zar.

Raudos transcurrieron los meses y la zarina dio a luz a un niño fuerte y hermoso. Llena de alegría, envió un mensajero al zar con la buena nueva. Pero la hilandera y la cocinera, con ayuda de la malvada Babarija, le dieron alcance, quemaron el mensaje y lo sustituyeron por otro que decía: “Hoy la zarina ha dado a luz a un monstruo”.

Cuando el zar recibió esta noticia en su tienda de campaña, se puso muy triste, y envió de regreso al mensajero con una orden que decía: “Quiero que se mantenga todo en secreto hasta que yo vuelva y tome una decisión”.

Pero las envidiosas hermanas y la malvada Babarija interceptaron de nuevo al mensajero, lo emborracharon y cambiaron esta orden por otra que tenían preparada y que decía: “Ordeno a mis caballeros que ahoguen a la zarina y a su hijo en lo más profundo del mar”.

¿Qué pasará con la zarina y su hijo? Si quieren saberlo tendrán que buscar el libro y leer la historia completa.

Alexander Pushkin, “El zar Saltán y la princesa cisne” en *Cuentos de la vieja Rusia*. México, SEP-Lumen, 2003.



124. El mono y el cocodrilo

Había un mono que tenía ganas de comer plátanos, pero estaban al otro lado del río, que era muy ancho, y no podía cruzarlo, pues no sabía nadar. De pronto, vio acercarse un gran lagarto, y le dijo:

-Ay, señor cocodrilo, tengo mucha hambre y quiero comerme unos plátanos que están al otro lado del río, pero no sé nadar pues mi madre nunca me enseñó. ¿Me llevarías en tu lomo a la orilla?

-Bueno -le dijo el cocodrilo.

El mono se subió de un salto a la espalda del cocodrilo y éste lo llevó al otro lado, donde estaban los plátanos. Al llegar, el mono le dijo:

-Gran cocodrilo, espérame un momento y enseguida vuelvo. Comeré rápido para que me lleves de regreso.

-Está bien -respondió el lagarto.

El mono comió rápidamente y se trajo un plátano para comer en el camino de regreso.

Muy contento, saltó al lomo del cocodrilo, y le dijo:

-Llévame rápido al otro lado del río.

El caimán partió, pero no hacia donde le dijo el mono, sino en sentido contrario.

-Señor cocodrilo, ¿a dónde me llevas? Este no es el camino a mi casa.

-Te llevo a la mía -le dijo el cocodrilo- porque mi esposa está enferma y el curandero le dijo que para sanar necesitaba comer sesos de mono.

-Ay, señor lagarto, ¿por qué no me lo dijiste antes de que subiera? Dejé mis sesos asoleándose al otro lado del río.

Vamos rápidamente a recogerlos para llevárselos a tu esposa antes de que se muera.

-Regresemos pues- dijo el lagarto.

Cuando llegaron al lugar de donde habían salido, el mono dijo:

-Ahí están mis sesos asoleándose, voy por ellos y regreso.

Y un instante después, agregó:



-Ay, el día que mis sesos se salgan de donde estén, ese día ya no te podré engañar.
Así se salvó de morir el mono.

Elisa Ramírez y María Ángela Rodríguez (comp), "El mono y el cocodrilo (cuento maya)" en *Tres enamorados miedosos*. México, SEP, 1987.

125. Un señor muy viejo con unas alas enormes

Al tercer día de lluvia habían matado tantos cangrejos dentro de la casa, que Pelayo tuvo que atravesar su patio anegado para tirarlos en el mar, pues el niño recién nacido había pasado la noche con calenturas y se pensaba que era a causa de la pestilencia. El mundo estaba triste desde el martes. El cielo y el mar eran una misma cosa de ceniza, y las arenas de la playa, que en marzo fulguraban como polvo de lumbre, se habían convertido en un caldo de lodo y mariscos podridos. La luz era tan mansa al mediodía, que cuando Pelayo regresaba a la casa después de haber tirado los cangrejos, le costó trabajo ver qué era lo que se movía y se quejaba en el fondo del patio. Tuvo que acercarse mucho para descubrir que era un hombre viejo, que estaba tumbado boca abajo en el lodazal, y a pesar de sus grandes esfuerzos no podía levantarse, porque se lo impedían sus enormes alas.

Asustado por aquella pesadilla. Pelayo corrió en busca de Elisenda, su mujer, que estaba poniéndole compresas al niño enfermo, y la llevó al fondo del patio. Ambos observaron el cuerpo caído con un callado estupor. Estaba vestido como un trapero. Le quedaban apenas unas hilachas descoloridas en el cráneo pelado y muy pocos dientes en la boca, y su lastimosa condición de bisabuelo ensopado lo había desprovisto de toda grandeza. Sus alas de gallinazo grande, sucias y medio desplumadas, estaban encalladas para siempre en el lodazal. Tanto lo observaron, y con tanta atención, que Pelayo y Elisenda se sobrepusieron muy pronto del asombro y acabaron por encontrarlo familiar. Entonces se atrevieron a hablarle, y él les contestó en un dialecto incomprensible pero con una voz de navegante. Fue así como pasaron por alto el inconveniente de las alas, y concluyeron con muy buen juicio que era un náufrago solitario de alguna nave extranjera abatida por el temporal. Sin

embargo, llamaron para que lo viera a una vecina que sabía todas las cosas de la vida y la muerte, y a ella le bastó con una mirada para sacarlos del error.

—Es un ángel —les dijo—. Seguro que venía por el niño, pero el pobre es tan viejo que lo ha tumbado la lluvia.

Al día siguiente todo el mundo sabía que en la casa de Pelayo tenían cautivo un ángel de carne y hueso. Contra todo criterio de la vecina sabia, para quien los ángeles de estos tiempos eran sobrevivientes fugitivos de una conspiración celestial, no habían tenido corazón para matarlo a palos. Pelayo estuvo vigilándolo toda la tarde desde la cocina, armado con su garrote de alguacil, y antes de acostarse lo sacó a rastras del lodazal y lo encerró con las gallinas en el gallinero alambrado. A media noche, cuando terminó la lluvia, Pelayo y Elisenda seguían matando cangrejos. Poco después el niño despertó sin fiebre y con deseos de comer...

Gabriel García Márquez, *Un señor muy viejo con unas alas enormes*. México, SEP-Norma, 2002.

126. El rododendro y el pequeño aliso

Arriba, muy arriba, las montañas se encuentran con el cielo. La vida surge de una capa de tierra muy fina y depende de muy poco aire. El único árbol capaz de florecer orgulloso en un entorno así es el rododendro.

Pero cuentan que, en una ocasión, el rododendro deseó intensamente tener compañía. Envuelto en los vientos del invierno, se dirigió hacia abajo, mucho más abajo, al lugar en el que el pequeño aliso luchaba por aferrarse a la ladera.

—Buen aliso —bramó—, soy tu señor. Quiero honrar tu humildad. Nos uniremos. Yo te ayudaré a escalar la montaña. Basta que digas que serás mío, y te conduciré hasta mis alturas.

El aliso miró a su alrededor. No vio más que un arbusto sin flores y con las hojas rizadas por el frío.

Orgulloso, estiró sus ramas y se giró hacia el arbusto.

–Mi savia contiene sangre real. ¡Tú no eres suficientemente bueno para mí! –espetó.

Pero cuando llegó el calor del verano, el rododendro, que estaba en las altas cumbres, floreció y se llenó de carmesí, púrpura y blanco. Impresionado por la belleza de las flores, el pequeño aliso se enamoró del arbusto. El árbol hizo todo lo posible por llamar su atención, su corteza y sus hojas relucían, pero sus esfuerzos eran en vano. El rododendro seguía ofendido y no miraba siquiera al árbol.

Al final, el aliso, con el corazón destrozado, arrancó sus raíces y rodó montaña abajo. En su caída, sus ramas arrastraron rocas que provocaron avalanchas.

Así, en nuestros días, cuando se produce una gran avalancha, los nepaleses culpan al pequeño aliso. Y si te fijas, observarás que los alisos siempre están entre las rocas, mientras que, en lo más alto, un rododendro mira en otra dirección.

Helen East, “El rododendro y el pequeño aliso” en *Espíritu del Bosque: cuentos sobre árboles de todo el mundo*. México, SEP-Ramón Llaca, 2003.

127. El Tombuctú

La noche era oscura y el viento silbaba lúgubre. Las aguas de la laguna, en crecida, se agitaban formando olas enormes. Desde hacía rato, además del ruido provocado por la tormenta, en la casa se escuchaba el rítmico golpeteo de unos tambores. De pronto, un grito interrumpió el sonido. En ese preciso momento un trueno cimbró la casa.

Diego y Juan Luis se abrazaron atemorizados.

–¿Qué sucede? –musitó Juan Luis, el menor de los hermanos.

–No lo sé –respondió Diego–, parece que afuera arrecia la lluvia y en la casa se desató otra tormenta.

Los hermanos escucharon el sonido de unos chanclos en el corredor. Una sombra enorme se dibujó en el vano de la puerta y con voz grave preguntó:

–Diego... Juan Luis, sé que no están durmiendo. Díganme dónde esconde esa negra los tambores. Ya se los dije, esta hechicera invoca a los dioses de sus antepasados.

Los niños reconocieron la voz de su tío materno, un hombre hosco y taciturno que disfrutaba de pasear por la casa a las horas más desusadas, pero fingieron dormir. Ellos no iban a traicionar a Melchora. El tío Artemio, al no recibir respuesta, se alejó arrastrando los pies, mientras mascullaba: “Ustedes son sus cómplices”.

Poco después Melchora, la esclava negra de la casa, entró llevando dos pocillos humeantes de espumoso chocolate.

–Diego... Juanico, no teman que aquí está la negra que más los quiere y con un regalito para bajarles el susto. Anda, Diego, prende una candela que no miro nada. Ya sé que están despiertos.

La débil luz de la vela alumbró los rostros infantiles.

–Si no estamos asustados, Melchora –respondió Juan Luis.

–Bueno, bueno– dijo la nana, a su vez atemorizada–, ahora beban.

Un nuevo relámpago iluminó la noche con el fulgor plateado. Instantes después la casa se estremeció. Y de nuevo apareció el tío.

Hay muchos misterios en esta lectura. ¿En qué época sucede esto? ¿En qué lugar? ¿Qué seguirá? Como todos lo sabemos, en estos casos lo mejor es buscar el libro.

Edna María Orozco, *El Tombuctú*. México, SEP-FCE, 2001.

128. Las aventuras de Pinocho

Pinocho es un cuento que, más o menos, todos conocemos. Aquí vamos a ver cómo comienza la historia.

La casa de Gepeto era de una planta, y recibía luz por una claraboya. El mobiliario no podía ser más sencillo: una mala silla, una mala cama y una mesita maltrecha. En la pared del fondo se veía una chimenea con el fuego encendido; pero el fuego estaba pintado, y junto al fuego había pintada también una olla que hervía alegremente y despedía una nube de humo que parecía de verdad.

Apenas entró a su casa, sin perder un instante, Gepeto tomó sus herramientas y se puso a fabricar su muñeco.

–¡Qué nombre le pondré! –se preguntó–. Lo llamaré Pinocho. Este nombre le traerá fortuna. Conocí una familia de Pinochos. Pinocho el padre. Pinocha la madre y Pinocho los chiquillos, y todos lo pasaban muy bien. El más rico pedía limosna.

Una vez elegido el nombre de su títere, comenzó a trabajar en serio; hizo primero los cabellos, después la frente y luego los ojos.

Figúrense su sorpresa cuando, hechos los ojos, advirtió que se movían y lo miraban fijamente.

Al verse observado por aquel par de ojos de madera, Gepeto se sintió casi molesto y dijo con acento resentido:

–Ojitos de madera, ¿por qué me miran?

Nadie contestó.

Entonces, después de los ojos, le hizo la nariz; así que estuvo lista, empezó a crecer; y crece que crece en pocos minutos se convirtió en una narizota que no se acababa nunca.

El pobre Gepeto se esforzaba en recortársela, pero cuando más la acortaba y recortaba más larga era la impertinente nariz.

Después de la nariz hizo la boca.

No había terminado de tallar la boca cuando de súbito ésta empezó a reírse y a burlarse de él.

–¡Deja de reír! –dijo Gepeto, enfadado; pero fue como si se lo hubiera dicho a la pared.

–¡Deja de reír, te repito!– gritó con amenazadora voz.

Entonces la boca dejó de reír, pero le sacó la lengua.

129. Mi vida con la ola

Cuando dejé aquel mar, una ola se adelantó entre todas.

Era esbelta y ligera. A pesar de los gritos de las otras, que la detenían por el vestido flotante, se colgó de mi brazo y se fue conmigo, saltando.

Cuando llegamos al pueblo le expliqué que no podía ser, que la vida en la ciudad no era lo que ella pensaba en su ingenuidad de ola que nunca ha salido del mar. Ella lloró, gritó, acarició, amenazó.

Al día siguiente empezaron mis penas. ¿Cómo subir al tren sin que nos vieran el conductor, los pasajeros, la policía? Tras de mucho cavilar, me presenté en la estación una hora antes de la salida, ocupé mi asiento y, cuando nadie me veía, vacié el depósito de agua para los pasajeros y allí vertí cuidadosamente a mi amiga.

Una señora tomó un vasito de papel, se acercó al depósito y abrió la llave. Apenas estaba a medio llenar el vaso cuando la empujé para que lo tirara, La señora me miró con asombro. Mientras yo pedía disculpas, un niño abrió la llave del depósito. La cerré con violencia. La señora se llevó el vaso a los labios:

—Ay, el agua está salada.

El niño le hizo eco. Varios pasajeros se levantaron. El marido llamó al conductor:

—Este individuo echó sal al agua.

El conductor llamó al Inspector:

—¿Con que usted echó sustancias en el agua?

El Inspector llamó al policía de turno:

—¿Con que usted echó veneno al agua?

El policía de turno llamó al capitán:

—¿Con que usted es el envenenador?

El capitán llamó a tres agentes. Los agentes me llevaron a un vagón solitario, entre las miradas y los cuchicheos de los pasajeros. En la primera estación me bajaron y arrastraron a la cárcel. Durante días nadie me habló, excepto durante los largos interrogatorios. Cuando contaba mi caso nadie me creía, ni siquiera el carcelero, que movía la cabeza, diciendo: "El asunto es grave, verdaderamente grave".

Me consignaron al juez penal. Al fin me juzgaron. Como no hubo víctimas, mi condena fue ligera. Llegó el día de la libertad y esa misma tarde tomé el tren, luego un taxi y llegué a mi casa.

En la puerta de mi departamento oí risas y cantos. Sentí un dolor en el pecho como el golpe de la ola de la sorpresa cuando la sorpresa nos golpea en pleno pecho.

La ola estaba allí, cantando y riendo como siempre:

–Ola, ¿cómo regresaste?

–Muy fácil, en el tren.

Alguien, después de cerciorarse de que sólo era agua salada, me arrojó en la locomotora.

Fue un viaje agitado: de pronto era un penacho blanco de vapor, de pronto caía en lluvia fina sobre la máquina. Adelgacé mucho. Perdí muchas gotas.

Su presencia cambió mi vida. La casa de pasillos oscuros y muebles empolvados se llenó de aire, de sol, de rumores y reflejos verdes y azules, pueblo numeroso y feliz de reverberaciones y ecos.

Todo se puso a sonreír y por todas partes brillaban dientes blancos. El sol entraba con gusto en las viejas habitaciones y se quedaba en casa por horas, cuando ya hacía tiempo que había abandonado las otras casas, el barrio, la ciudad, el país.

Y varias noches, ya tarde, las escandalizadas estrellas lo vieron salir de mi casa a escondidas...

“Mi Vida con la Ola”, Octavio Paz, Elena Poniatowska (adaptación) en *Francisca y la Muerte y otros Cuentos*. México, SEP-CONAFE, 2000.



I 30. El cuento de la cosa-cosa misteriosa

Cierta vez que una hormiga iba por su camino se encontró una cosa-cosa muy misteriosa. Y la hormiga, que era emprendedora y practica, iba a seguir su camino. Pero, como tenía muy buena cabeza para los negocios, se le ocurrió una gran idea; arrastró la cosa-cosa tan misteriosa hasta su casa, la puso con muchísimo esfuerzo encima, de una mesa, frente a una ventana, y colgó en la puerta un cartel que decía:

Venga a ver una cosa-cosa misteriosa

Diez centavos la entrada

En aquella época diez centavos eran diez centavos; pero como la gente suele ser muy curiosa, ¡habían de ver las colas que se hacían frente a la casa de doña hormiga para contemplar el objeto misterioso! Y ya doña hormiga no tuvo que volver a salir a trabajar porque ahora atendía un próspero negocio dentro de su misma casa.

Ocurrió que un día llegó una hormiga muy excéntrica y algo malintencionada. Le encantaba la literatura y versificaba que era un horror. Y frente a la cosa-cosa tan misteriosa pronunció con aire doctoral y despreciativo:

– ¡Pero si esto no es más que un daracol! ¡No es más que un daracolito!

Observen que había dicho daracol con d de dedo y no con c de Carlos.

Por supuesto que ella no tenía la menor idea sobre la naturaleza del objeto o la cosa que se exhibía, y dijo daracol con d de dedo y no con c de Carlos porque fue la primera palabra que se le ocurrió. ¡Daracol, daracolito, daracol!...

La palabra corrió como reguero de pólvora entre la multitud de hormiguitas que se agolpaban para contemplar la cosa-cosa tan misteriosa.: “pero si esto no es más que un daracol!”, repetían... Nadie tenía la menor idea de qué era un daracol o un daracolito; pero como se mencionaba el nombre con cierto aire de seguridad y certeza, nadie quiso pagar para contemplar un objeto que había dejado de ser un misterio.

Y se acabó el negocio de doña hormiga, que, como era emprendedora y práctica, llevó el daracol o lo que fuera a un recodo del camino y allí lo abandonó.

La encontró o lo encontró, porque no sabemos, la señora ruiseñor, que era madre amantísima y celosísima. Y ésta la trasladó o lo trasladó, porque no sabemos, con menor

esfuerzo que doña hormiga; y como viera que brillaba y que era muy bonita o bonito, se la llevó o lo llevó de regalo a sus pichones recién nacidos.

Tremendo susto se llevó cuando uno de ellos, al querérselo comer, por poco se atraganta. Y doña ruseñor, que ante todo buscaba la seguridad de sus hijuelos, decidió deshacerse de objeto tan peligrosísimo y lo dejó caer sobre el pastito.

Allí le encontró el teniente coronel don Segundo Avispón que era militar de carrera. Como arma le pareció magnífica. Ya no tendría que usar su agujón; lo dejaría de reserva para el momento definitivo.

El teniente coronel hizo circular entre sus enemigos la noticia de que estaba en posesión de un arma secreta poderosísima y un día hizo una demostración pública de su fuerza.

Mas ocurrió que el teniente coronel don Segundo Avispón, que era militar de carrera, se convirtió en un personaje tan amenazador que le temían, no se diga ya sus enemigos, sino hasta sus amigos.

Y como era hombre sociable que gustaba de jugar al dominó todos los viernes (a veces hasta el amanecer del sábado) y ya nadie quería visitarlo, decidió que lo mejor sería deshacerse de arma tan temible.

Y con bombos y platillos hizo saber a todos que se deshacía de su arma mortal, y la cosa-cosa tan misteriosa volvió a quedar abandonada a su suerte.

Allí la encontró o lo encontró, porque no sabemos, un niño que iba muy endomingado y que la vio o lo vio brillar sobre el pastito.

¡Justamente lo que me hacía falta!", dijo, y se la prendió o lo prendió en su única corbata azul de los domingos.

131. La puerca pinta

En el campo, las labores que realizan los niños como parte del trabajo familiar son muy importantes. Por eso, los padres los llevan a la siembra. Y de esta manera, poco a poco, van conociendo los secretos del trabajo. Para aligerarles la jornada, los adultos les cantan canciones como ésta:

Yo tenía una puerca pinta
que un amigo me vendió,
tan amigo que era mi amigo
que en dos reales me la dio;

 ucha y ucha, puerca pinta, cui,
cui, cui.

Las tripitas de mi puerca
se las vendí a doña Luisa,
me dijo que habían salido
cien varas de longaniza;

 ucha y ucha, puerca pinta, cui,
cui, cui.

La carnita de mi puerca
yo lo hice chicharrones,
del tamaño de esta casa
salieron nueve montones;

 ucha y ucha, puerca pinta, cui,
cui, cui.

Los ojitos de mi puerca
ya se le estaban secando,
desde lejos se le veían,
parecían lunas llenando;

 ucha y ucha, puerca pinta, cui,
cui, cui.

Las costillas de mi puerca
se las vendí a don Ramón,
me dijo que las quería
para arcos de su mesón;

 ucha y ucha, puerca pinta, cui,
cui, cui.

El cuerito de mi puerca
yo lo mandé encorrellar,
salieron treinta barzones
y cien cuartas de arrastrar;

 ucha y ucha, puerca pinta, cui,
cui, cui ..

Las patitas de mi puerca
las vendí para escabeche,
también por ellas me dieron
treinta vacas dando leche;

 ucha y ucha, puerca pinta, cui,
cui, cui.

Las orejas de mi puerca
las mandé para San Juan,
un amigo las compró
para hacer un tejaban;

 ucha y ucha, puerca pinta cui,
cui, cui.

Yo con esta ai me despido
por las hojas de un nogal,
pues 'ora si, señoritas,
ya reciban su animal;
ucha y ucha, puerca pinta,
cui, cui, cui.
ucha y ucha, puerca pinta, cui
cui, cui.

“La puerca pinta” en Isabel Galaor (comp.), *Así cuentan y juegan en los altos de Jalisco*. México, SEP-CONAFE, 2005.

132. ¿Y cómo hicieron esa máquina?

En estas vacaciones fui con mis primos de visita a México. Nuestro viaje lo hicimos en tren.

Era la primera vez que nos subíamos a un ferrocarril. Cuando éramos niños lo veíamos pasar desde las afueras de la ciudad, donde hoy está el mercado. Nos parecía que no se detendría nunca. Contábamos cuántos carros había; a veces eran trenes muy largos, unos eran de pasajeros, otros de carga y todos seguían siempre el mismo camino.

El tío Sebastián nos explicó que es la mejor manera de viajar. “Podrán moverse –dijo– y descansarán mejor que si nos vamos en autobús”. Natalia mi prima sospechaba que eso no era cierto, ya que para ir rápido había que viajar en avión.

Pero él precisó: “Es cierto que es importante la velocidad, pero también hay que tomar en cuenta la seguridad y la comodidad.”

–Entiendan niños –dijo papá–, sólo un ferrocarril puede llevar a la vez a mucha gente y toneladas de carga. Esa carga no la podrías llevar en un avión, por muy grande que fuera.

Eso es cierto, nunca lo había pensado. Ahora sé que al elegir un transporte para ir de viaje, o llevar mercancías, hay que pensar en varias cosas, como el tiempo y el precio, la comodidad y la seguridad.

Dos días antes de salir, fui con mi tío a la estación, donde esperamos un camión que traía la máquina y las cajas con herramientas y materiales que había comprado para el taller que tiene con mi papá. Las trasladaron a la oficina de fletes, donde el tío me explicó que el embarque por ferrocarril era más barato que si hubiera contratado el servicio de un camión o de un tráiler.

Por eso creo que el viaje fue una muy buena idea de mi papá y del tío Sebastián, quienes también pensaron que nos divertiríamos mucho en el trayecto. Y tenían razón, porque aprendimos muchas cosas sobre los ferrocarriles, entre otras, cómo se construyeron las líneas férreas de México.

Bueno, en la actualidad los trenes prácticamente han desaparecido de nuestro país, y los relatos sobre trenes, como el que acabamos de leer, empiezan a parecerse a las historias de diligencias y carretas, tan nostálgicas.

Leonor Ludlow, “¿Y cómo hicieron esa máquina?” en *Cómo se hicieron esas máquinas*. México, SEP, 1997.

133. El diablo con un solo cuerno

En un país de África, cerca de un gran río, había un lugar donde nadie quería vivir, porque todos tenían miedo. Alrededor de ese lugar vivían muchas personas que plantaban mandioca y plátanos. Pero en aquel lugar no había nadie: ni plátanos, ni mandioca, ni negros, ni nada. Todos tenían miedo de aquel lugar, porque allí vivía un animal enorme que rompía las plantas y mataba a todos los negros que encontraba. Los negros, a su vez, habían querido matar al terrible animal, pero no tenían sino flechas y las flechas no entraban en el lomo ni en los costados de esa bestia, porque allí el cuero es sumamente grueso y duro. En la barriga, sí, entraban las flechas, pero era muy difícil apuntar bien.

Una vez, un negro muy inteligente fue hasta cerca del mar y compró una escopeta que le costó cinco colmillos de elefante. Con esa escopeta quiso matar al animal, pero las balas de plomo se achataban contra la piel y entonces la fiera mató al negro con escopeta y todo, aplastándole la cabeza como si fuera un coco.

¿Pero qué animal era ése, tan malo y con tanta fuerza?

¿Ya se dieron cuenta? Claro, era un rinoceronte, que es el animal más rabioso del mundo y tiene casi tanta fuerza como un elefante. Por este motivo nadie quería ni acercarse al lugar donde vivía el rinoceronte.

Pero he aquí que una vez llegaron al país tres viajeros, tres hombres blancos, y quisieron vivir allí, para estudiar los animales, las plantas y las piedras del país, porque eran naturalistas. Estos tres hombres eran jóvenes y muy amigos, y se fueron a hacer una casa en el lugar donde vivía el rinoceronte. Pero los negros les rogaron que no fueran allá. Lloraban, asegurando a los tres amigos que el “diablo-con-un-cuerno” los iba a matar. Los hombres se echaron a reír, mostrándoles los fusiles que llevaban y las balas, que tenían en la punta como una camisa de acero durísimo y que tienen tanta fuerza que atraviesan el mismo fierro como si fuera queso. Pero los negros lloriqueaban y decían:

–No hace nada... Bala... no entra... No entra ninguna bala en su cuero... “diablo-con-un-solo-cuerno” no puede morir...

La tecnología cambia casi todo. Y sabemos que las balas de los europeos han cambiado el mundo... más de una vez.

Horacio Quiroga, “El diablo con un solo cuerno” en *Los cuentos de mis hijos*. México, SEP-Alfaguara Infantil, 1992.

I 34. El Periquillo Sarniento

Periquillo va de una escuela a otra

Llegado el día, hizo sus pucheritos mi madre, yo un montón de berrinches, pero nada valió para que mi padre cambiara su decisión; aunque no me gustara, me mandaron a la escuela.

El maestro era buena gente, pero no sabía dar clases. No podía mantener la disciplina. En esos días yo vestía saquito verde y pantalón amarillo. Esos colores, y el que mi maestro me llamara Pedrillo, hicieron que mis amigos me apodaran Periquillo. Pero como había otro Perico, una vez que me dio sarna, jugando con mi apellido me completaron el apodo y quedé convertido en el Periquillo Sarniento.

Un día llegó un clérigo para inscribir a un niño en la escuela pero, cuando vio la mala ortografía de mi maestro, le dijo:

–Me llevo a mi sobrino. Usted tiene buen corazón, pero para ser un buen maestro hacen falta conocimientos, virtud y vocación. Y lo único que usted tiene es la virtud.

Después de eso, mi maestro decidió cerrar la escuela y cada quien en su casa, todos contamos lo que había pasado. Mi padre tuvo que buscarme un nuevo maestro. Cinco días después me llevó a una escuela y me dejó bajo su espantosa tiranía. Mi nuevo maestro era alto, seco, medio canoso y muy bilioso. Estaba convencido de que la letra con sangre entra, y raro era el día en que no nos azotara.

¡Qué no hizo mi madre, movida por mis quejas, para convencer a mi padre de que me cambiara de escuela! Pero él se mostró inflexible, convencido de que todo se debía a lo consentido que yo estaba. Hasta que un día fue a la casa, de visita, un religioso que ya sabía cómo se las gastaba el famoso maestro, y contó tales cosas que mi padre terminó por convencerse y decidió ponerme en otra escuela.

¡Cuál fue mi sorpresa cuando la vi! Era muy amplia y limpia, llena de luz y bien ventilada. Dos años estuve allí, al cabo de los cuales medio sabía leer, escribir y contar.

Cuando terminé la escuela, mis padres me dejaron descansar unos días, y luego comenzaron a ver qué sería de mi vida. Mi padre se sentía viejo y pobre y quería que yo tuviera un oficio; decía que más valía que yo fuera un mal oficial que un buen vagabundo.

José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarniento. Sus extraordinarias venturas y desventuras contadas por Felipe Garrido*. México, SEP, 2006.

135. El enano adivino de Uxmal

Unos 60 kilómetros al sur de Mérida, en la península de Yucatán, se alzan las ruinas de lo que un día fue una esplendorosa ciudad maya, la mágica Uxmal. Por encima de todas sus construcciones sobresale, con 26 metros de alto, el Templo del enano o del Adivino: una soberbia pirámide coronada por un pequeño aposento, dos empinadas escalinatas, de las cuales sólo una está reconstruida, llevan a la cúspide. Los escalones tienen 30 centímetros de alto y sólo 11 de ancho. Parecen hechos para pies muy pequeños; tal vez los del prodigioso enano de la leyenda. Desde lo alto, la escalera parece un gran muro vertical y

el visitante se siente de pie ante un abismo. El arqueólogo Eric. S. Thompson, uno de los mayores estudiosos de la cultura maya, recomendaba, sencillamente, subir y bajar a gatas.

Al igual que los demás monumentos de Uxmal quedó terminado en el siglo IX o en el X, pero el lugar estuvo habitado mucho desde mucho tiempo antes. Por supuesto esta pirámide no fue erigida en una noche, como dice la leyenda, pero es tan bella y majestuosa que no cuesta trabajo entender por qué se atribuyó a la magia su construcción.

En general, las fachadas de Uxmal están muy adornadas. En la más antigua descripción de la ciudad que conservamos (1588), Antonio de Ciudad Real dice que los edificios están cubiertos con “numerosas figuras de serpientes, deidades, y escudos, muchas rejas y otros magníficos, hermosos ornamentos, que vistos desde lejos parecen flamencos, todos trabajados de la misma piedra”.

Al parecer el primero que recogió por escrito la leyenda del enano adivino de Uxmal, conservaba antes por tradición oral fue John L. Stephenns, quien a mediados del siglo pasado recorrió gran parte de Yucatán junto con sus amigos, el dibujante Catherwood y el doctor Cabot.



En nuestro siglo, Antonio Mendiz Bolio volvió a relatarla en su libro *La tierra del faisán y del venado* (1922), y ahora lo hace Carmen Cook de Leonard, arqueóloga y psicóloga, estudiosa de nuestra antigüedad por largos años y con largo amor.

Carmen Cook de Leonard, *El enano adivino de Uxmal*. México, SEP-Solar, 1990.

I 36. Tragasueños

En Dormilandia, lo principal para todo el mundo es dormir. Por eso se llama así el país. Y lo más importante no es cuántas horas pueda uno dormir, sino lo bien que las duerma. Porque existe una diferencia entre dormir y *dormir bien*. En opinión de los dormilandeses, quien duerme bien es de carácter amable y tiene la cabeza clara. Por eso nombran rey a quien más profundamente logre dormir.

Hubo allí una vez un rey y una reina que tenían una hija llamada Dormilina. Es un nombre bonito, ¿no? Y la princesita era una niña muy bonita. Todo el que la veía tenía que

reconocerlo. Dormilina vivía con sus padres en el Palacio de los Sueños y dormía entre sábanas blanquísimas en un gigantesco lecho con dosel.

Sin embargo, Dormilina nunca quería acostarse, cuando llegaba la noche, y cada vez encontraba nuevas excusas para permanecer levantada un ratito más. La verdad es que tenía miedo de la noche.

¿Y por qué? Pues porque con frecuencia tenía sueños muy feos. Eso ya es malo para las personas mayores, y peor aún para los niños, pero para una princesita llamada Dormilina y que vive en Dormilandia es terrible.

–¡Parece mentira! –decía la gente, y movía preocupada la cabeza.

El rey y la reina estaban cada día más intranquilos, y por eso no dormían tan bien como hubiesen debido. Y la pequeña princesa se veía cada vez más pálida y delgada.

–¿Qué podemos hacer? –suspiraba la reina–. Sólo nos queda confiar en que esos malos sueños no se repitan.

Pero las pesadillas se repetían una y otra vez.

Entonces, el rey mandó llamar a todos los médicos y profesores del país, que rodearon la gran cama de la princesita, conversaron en latín y acabaron por recetar un montón de medicamentos.

Mas nada aliviaba a la pobre niña. En vista de ello, el rey envió mensajeros a todos los demás países, para que allí preguntasen a ...

¡Terrible! Ustedes, ¿qué le recomendarían a la princesa?

Michael Ende y Annegert Fuchshuber, *Tragasueños*. México, SEP-Juventud, 2004.

137. Las quince letras

El título de este cuento tiene, efectivamente, quince letras.

Cuéntalas y verás.

Es el nombre que suelen ponerle a algunas tienditas o pequeños comercios. Tal vez tú lo hayas visto. Se ven así:

LAS QUINCE LETRAS

Es un nombre bastante largo. A veces la tiendita es más pequeña que el nombre, pero el letrero se ve muy bonito y uno puede contar las quince letras.

Pues bien, estas quince letras se sentían muy ufanas de estar en esos letreros y de que todo mundo las viera y las comentara. Se fueron poniendo muy orgullosas y altivas.

Se encerraron en su letrero y se volvieron muy pesadas. Tan pesadas que a veces se caían:

Solo la *i* se mantenía delgada y en su sitio.

Claro, cada vez que se caían, los dueños de la tiendita o comercio las volvían a poner en su lugar y ellas se ponían más orgullosas que nunca. Volvían a sentirse únicas, se llenaban de soberbia... ¡y se volvían a caer! Pero ni así aprendían a ser humildes. Se negaban a mezclarse con otras letras y se fueron quedando solas, encerradas en su letrero. No hacían más que pensar en cómo hacerse aún más famosas.

–Yo quiero el premio Nobel –decía la *ene*.

–Yo quiero ser “MISS” Universo –exclamaba la *i*, que era la más esbelta.

La *e* quería ser emperatriz, la *erre*, reina y las *eses* sultanas.

Todas seguían y discutían.

La *a* que, como primera letra del alfabeto, se sentía la más importante, impuso el orden:

–¡Un momento! No perdamos la cabeza. Somos las QUINCE LETRAS. Ya conocidas así y debemos ser famosas *todas juntas*.

Todas estuvieron de acuerdo y, juntas, se fueron por el mundo en busca de la fama.

Primero probaron fortuna en la televisión, cantando y meneándose como locas, pero les faltaba la *g* de guitarra.

Al fin lograron triunfar con una sola canción.

138. Celestino ha desaparecido

Toda esa noche llovió, pero como yo estaba tan cansado, no me detuve a pensar que mi Celestino se estaba mojando en la calle, amarrado nomás a la reja de la ventana y, lo que es peor, no me detuve a pensar que se le estaría cayendo todo el tizne y estaría más azul que nunca. Después de haberme despedido de todos los de la casa, salí dispuesto a cargar a Celestino con mi liachito para irnos en busca de mi padre. Colgado de la reja nomás me encontré el mecate con el que había dejado amarrado a Celestino el día anterior. De mi burro, ni sus luces. Empecé a llamarlo, creyendo que se habría ido por ahí cerquita: “Celestinoooo, Celestinoooo”, y nada de mi burro. Sentía cómo poco a poco se me iba haciendo un nudo en la garganta; ¿cómo iba a regresar a casa sin mi Celestino? ¿Cómo iba a vivir sin él de ahora en adelante? No aguanté más, me senté en una esquina hasta donde había llegado buscándolo y me puse a llorar. ¿En qué manos andaría mi burro? ¿Le habrían dado de desayunar? Las preguntas se me amontonaban en la cabeza cuando de pronto un hombre se detuvo a preguntarme que me pasaba. El hombre –luego supe que se llamaba don Rufino– llevaba unos cántaros de agua colgando de un enorme bastón que cargaba sobre sus hombros. En la cabeza, acomodada con una tira de tela gruesa, llevaba otro cántaro. Olía fresquito, a barro húmedo.

Don Rufino se conocía la ciudad de cabo a rabo y era amigo de todos; era aguador, repartía agua de casa en casa, recorriendo la ciudad con sus cántaros. Además lo ocupaban para algunas otras cosas, como llevar recados de amor a las señoritas y curar a los gatos. Le expliqué que me habían robado mi burro, que debía volver a mi casa ya pronto, que papá me esperaba. Don Rufino era un buen hombre y me pidió las señas de Celestino para ayudarme. En ese momento me acorde que la noche anterior había llovido, que Celestino debía tener su color natural, que seguramente andaría por ahí tan azulito como el cielo.

–¡Claro! –me dijo don Rufino– yo vi a unos hombres que llevaban un burro azul. Me dijo que él me ayudaría...

Magolo Cárdenas, “Celestino ha desaparecido” en *Celestino y el tren*. México, SEP, 1986.

139. Moctezuma

Como señor de Tlatelolco y como pariente del huey tlatoani, yo iba a menudo al tecpan del emperador. Un edificio de tezontle con veinte puertas a la calle y tres patios principales. Era lujoso, con los techos altos de cedro, caoba y pirul. Los muros estaban adornados con frescos que revivían las victorias de la Triple Alianza. El tecpan estaba abierto al público, se podía pasear por todos lados excepto en las habitaciones privadas del emperador y de sus esposas. En ese palacio se despachaban los asuntos del imperio, había salas de audiencias y juzgados.



En el palacio vivían cerca de 700 personas: las 102 mujeres de Moctezuma; sus hijos pequeños; su guardia personal, compuesta por 200 nobles; sus pajes, niños nobles de diez a doce años; el gran mayordomo; el encargado de la etiqueta de la corte; personas que ocupaban puestos importantes.

El cargo de tlacochcalcatl le pertenecía al príncipe Tepehuatzin, tío de Moctezuma, encargado de la Casa de las Jabalinas, donde se guardaban las armas del imperio.

Cada mañana arribaban 600 nobles con sus acompañantes a llenar las calles contiguas y las plazas; los embajadores de los territorios sojuzgados y aliados eran hospedados en el tecpan del antiguo emperador Axacayatl, al frente del de Moctezuma. Los pochtecas, o sea los comerciantes, también acudían al palacio para contar lo observado en sus viajes.

Teníamos la sensación de vivir en el ombligo del mundo. Junto al tecpan se encontraban las casas de las fieras, de las aves, y de los seres raros. A Moctezuma le gustaban los animales traídos de diversas partes de su imperio y los guardaba en esas casas, a las que acudía de vez en cuando y que estaban abiertas a la gente. Aquellas personas que nacían deformes o contrahechas eran llevadas a la casa de los seres raros donde se les cuidaba y alimentaba.

El emperador comía en la Sala de Audiencias. Lo atendían 300 jóvenes nobles; la comida la colocaba en platillo sobre braseros. Antes de sentarse, cuatro de sus mujeres le presentaban agua para que se lavara las manos y paños para secarlas. Una vez sentado el emperador, el mayordomo cerraba las puertas para que nadie lo viera comer.

Con la llegada de los extranjeros, estábamos indignados por la actitud de Moctezuma. Muchos pensábamos que no merecía encabezar el imperio. Nos avergonzaba su cobardía ante los españoles. Osaba reír con ellos y ser generoso en sus regalos. El miedo le salía por los poros de la piel. Ya no podíamos más. Sin embargo, no era sencillo acabar con el respeto que le teníamos ni con su autoridad absoluta. Era como un dios viviente.

Marisol Martín, "Moctezuma" en *Cuauhtémoc*. México, SEP-Planeta, 2004.

140. El tío Tacho

El patín agarró vuelo, entró por la puerta de la sala y se estrelló con la mesita de curiosidades de mi tía.

Rápidamente, antes de que mis tíos se dieran cuenta, me puse a levantar lo que se había caído. Una fotografía llamó mi atención: mi papá, mi mamá y yo. Mi papá me tenía en brazos. Miré su cara morena, sus ojos negros y su pelo chino. Yo era idéntico a mi papá.



Casi no lo recordaba. De hecho, el único recuerdo que tenía de él era el de aquella noche, en un salón lleno de flores, cuando mi mamá me cargó y me asomé a aquella caja plateada:

–Despídete de tu papá, Panchito.

Su voz sollozante vuelve una y otra vez a mi mente, al igual que la cara de mi papá, tan seria y tan pálida.

¿Por qué se había muerto si no era viejito? ¿Por qué los jóvenes también se podían morir?

–Papito... –gemí en voz baja.

Mis lágrimas empezaron a caer en el vidrio que cubría la foto. Una mano acarició mi cabeza. Contuve el llanto y, avergonzado, me sequé los ojos.

–Cuando tenga ganas de llorar, hágalo –era la voz de mi tío Tacho–. Y hágalo fuerte, sin pena. Es la única forma de que la tristeza se nos salga del cuerpo.

–Tío, ¿por qué se mueren los papás? –le pregunté entre sollozos.
Se sentó en un sillón y me abrazó. Yo volví a preguntar:
–¿Por qué hay niños que tienen papá, como mis primos, y niños que no lo tienen, como yo?
Me sentó en sus piernas. Secó mis ojos y sonó mi nariz con su pañuelo.
–¿Por qué todos en mi salón tienen papá menos yo? –insistí.
Con el mismo pañuelo se secó los ojos y se sonó.
–Así es la vida, Panchito –me dijo–. Algunos niños tienen papá, como sus primos y sus compañeros, y otros tienen un tío que los quiere mucho, como si fuera su papá.
–¿Un tío? –le pregunté intrigado.
–Sí, un tío –afirmó.
–¿Cuál tío tengo que me quiera así?
–Lo está usted viendo en estos momentos –dijo con seriedad.
–¿Usted? –la sorpresa me hizo retroceder.
–Sí, yo –afirmó y me volvió a abrazar.
Un poco sofocado por la forma en que me apretaba, le dije:
–A veces no se nota muy bien cuando lo quieren a uno ¿verdad, tío?
–A veces no, Panchito –admitió–, pero usted nunca dude que yo lo quiero como si fuera su padre.

Claudia Celis, “El tío Tacho” en *Dónde habitan los ángeles*. México, SEP-SM, 2002.

141. Un panal muy activo

A primera vista, la actividad de las abejas en un panal te podría parecer desordenada. No obstante, si te fijas, verás que cada abeja tiene tareas concretas. Por ejemplo, poner huevos es responsabilidad exclusiva de la reina y lo único que espera de los zánganos es que copulen con ella. Por otra parte, todas las obreras son hembras y sus obligaciones varían mucho dependiendo de la edad. Las obreras son



estériles, hecho muy positivo porque se pueden dedicar permanentemente a mantener la economía del panal. De otra manera, no les alcanzaría el tiempo para criar.

Todavía quedan colonias de abejas melíferas salvajes que construyen su nido en los árboles, pero la mayoría de ellas ahora vive en panales construidos por apicultores. En su mejor momento, un panal llega a contener hasta 60,000 obreras y la cantidad de zánganos es una parte mínima en relación con la población de hembras. Los zánganos viven un mes, más o menos, y no se procuran su alimento porque las obreras se encargan de hacerlo. No obstante, la colonia se desquita de la indolencia de estos machos al terminar el verano, cuando las obreras los echan del panal.

La obrera, casi desde que nace, tiene que cumplir su labor de criar a las larvas en desarrollo.

A pesar de que ellas mismas continuarán siendo alimentadas durante un tiempo por las obreras viejas, pronto aprenderán a tomar por su cuenta miel y polen de los depósitos del panal. A las dos semanas serán capaces de construir y reparar las celdas hexagonales y estarán lo bastante maduras para salir a explorar, en viajes cortos. Sin embargo, como aún no están preparadas para buscar alimento, ayudarán a almacenar el polen que traen sus hermanas mayores. Desde muy pequeñas, las abejas están orgullosas de su casa y contribuyen a su buen funcionamiento y a eliminar los desechos y las abejas que se mueren.

Estas diligentes obreras también merodean en torno a la reina: la lamen, la arreglan y se encargan de que esté bien alimentada. A cambio, ella secreta un alimento especial llamado jalea real. Todas las obreras comparten la jalea, pasándola de unas a otras. Cuando tienen tres semanas se unen a las exploradoras y, entonces, otras recién nacidas asumen sus obligaciones en la crianza.

Tamara Green, "Un panal muy activo" *Los insectos bajo el microscopio La Conducta. Cazar, alimentarse y encontrar pareja.* México, SEP-Urbe y Ferrari, 2002.

I 42. ¡A volar!

Desde tiempos muy lejanos, los hombres quisieron viajar por el aire. Como vuelan los pájaros con sus alas. O igual que las nubes, que flotan en el cielo.

Hubo un artista, cuyo nombre era Leonardo da Vinci, quien además de pintor era inventor. Él ideó y dibujó muchas aeronaves, algunas de las cuales tenían forma de pájaro. Pero nunca se decidió a construirlas, y menos a volar en una de ellas, pues otros que lo intentaron habían fracasado.

Pasó el tiempo, y otros hombres pensaron que sería mejor viajar en globos; y así comenzaron a diseñar y construir enormes esferas que llenaban con aire caliente o con gas, que son más livianos que el aire. De esta manera el globo se elevaba y era empujado por la brisa, de una a otra parte. Los hombres se introducían en una canasta que el globo tenía en su parte inferior, y así podían viajar por el cielo y mirar desde arriba a las otras personas que se quedaban en tierra. También desde lo alto podían verse las casas y los árboles, y hasta las torres de las iglesias y los tejados de los edificios. Y como los globos se confeccionaban con telas de colores muy llamativos, desde abajo era fácil distinguirlos.

El primer hombre que tuvo el valor de viajar en uno de esos aparatos fue un boticario francés. Su nombre es un poco largo y difícil.

Y aquí, en México, ¿sabes quiénes fueron los precursores? Nuestros historiadores dicen que el primer vuelo en globo realizado por un mexicano ocurrió en 1842. El aeronauta se llamaba Benito León Acosta, y cobraba un peso a cada uno de los espectadores que iban a verlo volar.

El principal problema de los globos era que no podían manejarse con facilidad y muchas veces, en vez de trasladarse en la dirección que los hombres deseaban, el aparato iba hacia donde el viento lo empujaba. Entonces, como los hombres no estaban dispuestos a dejarse gobernar por los caprichos del viento, inventaron otra clase de aeronave. Era como un globo gigante, pero alargado. A ese aparato se le colocó un motor y un timón para dirigirlo en el rumbo deseado, a pesar de la dirección del viento. Por eso se le llamó dirigible. Pero los hombres seguían con sus ideas de poder volar como las aves.

Y pensaban: Los pájaros son más pesados que el aire, sin embargo, se pueden remontar por el cielo a grandes alturas y desplazarse a gran velocidad. ¿Por qué no los

hombres? El primero en volar en un aparato más pesado que el aire, pero con alas, igual que los pájaros, fue el alemán Otho Lilienthal. Él fabricó una extraña nave que se elevaba impulsada por la fuerza del viento y se sostenía en el espacio durante un tiempo muy breve: se le llamó planeador. Después vinieron muchos más. Algunos tuvieron éxito en sus pruebas. Otros fracasaron.

Hasta que, por fin, hicieron su aparición los hermanos Wright, norteamericanos. Ellos decidieron colocar al planeador un motor que lo impulsara con más fuerza. Y así lograron recorrer con ese aparato una distancia de 250 metros en un minuto.

A partir de ese momento, los hombres comprendieron que ya podían viajar por el aire como las aves. Y llamaron aviones a esos aparatos. Pronto, en todos los países comenzaron a construirse aviones, con los cuales empezaron a realizar viajes. Cada vez más difíciles, cada vez más largos, cada vez más rápidos.

Francisco Fernández, “¡A Volar!” en *Arte, Ciencia y Técnica III*. México, SEP-CONAFE, 2000.

I 43. La Sirena

De la cintura para arriba, mujer; de la cintura para abajo, pez. ¿Qué es? La sirena.

Algunas sirenas se sentaban en las rocas que sobresalen en los mares a peinar suavemente su verde cabellera; otras, hechizaban con sus cantos a los marineros, haciendo naufragar las embarcaciones.

Muchos marineros, incluso Cristóbal Colón, afirmaron haber visto a tan encantadora criatura. ¿No será que en realidad vieron alguna foca o manatí?

Las sirenas hacen soñar a los hombres e inspiran a los alfareros de Metepec, Estado de México, y a los de Coyotepec, Oaxaca, quienes modelan jarras en las que puede beberse fresquísima agua. Y en el estado de Guerrero se baila La sirenita, con hermosísimas máscaras que representan los bellos rostros de estos seres tan extraños.

Tony Johnston, “La sirena” en *Animales fantásticos y más leyendas*. México, SEP-CONAFE, 2000.

I 44. El pollito exagerado

Había una vez una gallina que tenía doce pollitos. Un día, los sacó al jardín, donde andaban muy contentos escarbe y escarbe buscando gusanos. El más pequeño de los pollos se quedó atrás; de repente, le cayó una hoja de árbol en la cola y corrió a alcanzar a su mamá, gritando:

– ¡Mamacita, mamacita! El cielo se está cayendo.

– ¿Cómo lo sabes, hijito?

–Lo vi con mis propios ojos y me cayó un pedazo en la colita.

–Córrele –dijo la gallina– vamos a decirle al gallo.

Cuando encontraron al gallo, la gallina le cantó muy asustada:

– ¡Gallo, gallo! El cielo se está cayendo a pedazos.

– ¿Cómo lo sabes, gallina?

–Me lo dijo el pollito

– ¿Cómo la sabes pollito? –preguntó el gallo.

–Lo vi con mis propios ojos y me cayó un pedazo en la colita.

–Córranle –ordenó el gallo– vamos a avisarle al pato.

Corrieron hasta ver al pato, que nadaba en el lago. Le contaron que el cielo se iba a caer y los aplastaría, por eso, el pato dijo:

–Vamos rápido con el tecolote, a ver si sabe qué hacer.

El tecolote andaba subido en una rama y desde allí vio llegar a los animales muy preocupados.

– ¡Tecolote, tecolote! El cielo se está cayendo a pedazos, nos va a aplastar y vamos a morir –gritó el pato.

Luego de averiguar cómo lo sabían, el tecolote opinó:

–Esto es muy grave. Acompañenme a contarle al perro.

El perro estaba echado en la sombra cuando se acercaron los animales chocando unos con otros.

– ¡Perro, perro! El cielo se está cayendo a pedazos, nos va a aplastar y nos vamos a morir en un ratito –le gritó el tecolote.

Medio dormido, el perro preguntó:

– ¿Cómo lo sabes, tecolote?

–Me lo dijo el pato.

– ¿Cómo lo sabes, pato?

–Me lo dijo el gallo.

– ¿Cómo lo sabes, gallo?

–Me lo dijo la gallina.

– ¿Cómo lo sabes, gallina?

–Me lo dijo el pollito.

–Y a ti, ¿quién te lo dijo, pollito?

–Yo lo vi con mis propios ojos y me cayó un pedazo en la colita.

– ¿Qué hacemos perro, qué hacemos?

En eso, una zorra muy lista que pasaba por allí ofreció:

–Les presto mi cueva para que se escondan, así estarán a salvo aunque se caiga el cielo.

Los animales se metieron a la cueva, pues tuvieron más miedo de ser aplastados por el cielo.

–Mmm... ¡Qué sabrosa cena! –se saboreaba la zorra–. Los voy a matar a todos de una vez y me los como de uno en uno.

Al perro se le hacía sospechosa la zorra, por eso le advirtió:

–Cuidado, zorra, que, yo también sé pelear y voy a defender a mis amigos.

–Mejor tú y yo vamos a cuidarlos –dijo la zorra–. Tú quédate afuera junto a ese roble; cuando veas que el cielo empieza a caer, corres a avisarnos. El perro salió a vigilar.

Pero el más pequeño de los pollos –ése al que le cayó una hoja en la cola– pudo escaparse y llegó hasta el roble donde el perro ya se había cansado de mirar al cielo.

– ¡Perro, ven, córrele! La zorra nos quiere comer –gritó el pollo.

El perro corrió a la cueva y apenas llegó a tiempo para detenerla.

–Me engañaste, zorra–gruñó el perro enseñando los dientes.

Al ver los colmillotes del perro, la zorra supo que era momento de huir. Salió corriendo y el perro tras ella.

I 45. Los sapos y la lluvia

Un día, unos campesinos habían sembrado maíz. Y sólo esperaban que lloviera. Pero el agua nunca llegó. Entonces, pensaron mandar a un pájaro llamado Papán para que fuera por la lluvia. Y el pájaro Papán dijo que sí, y fue por el agua.

Cuando el pájaro Papán llegó a donde estaba la lluvia, le dijo:

–Oye, lluvia. Los hombres que han sembrado maíz te necesitan.

Y la lluvia le contestó:

–Sí, vamos, cómo no. Pero iremos juntos y al mismo tiempo.

Y la lluvia y el pájaro Papán iniciaron el viaje a donde estaba sembrado. Pero en el camino, el pájaro Papán no aguantó la lluvia porque estaba muy tupida. El pájaro Papán cayó del cielo con las alas mojadas. Y, como el pájaro Papán no llegó con el agua, los campesinos pensaron mandar a otro pájaro por la lluvia. Era el pájaro llamado Cheque Cheque.

Cuando el pájaro Cheque Cheque llegó a donde estaba la lluvia, le dijo:

–Oye, lluvia. He venido hasta acá por ti. Haces mucha falta por allá.

Entonces, la lluvia le respondió:

–Está bien, iré a donde me necesitan. Sólo que iremos juntos y al mismo tiempo.

Y los dos salieron hacia el campo sembrado. Pero, ya en el camino tampoco el pájaro Cheque Cheque aguantó la lluvia; cayó del cielo con las alas empapadas.

Entonces, los campesinos pensaron y pensaron en quién mandar por el agua. Así, después de mucho pensar, decidieron invitar a los sapos.

Los sapos aceptaron ir por la lluvia. Y, como ellos eran organizados, se aconsejaron:

–A ver, sapo patón. Tú te vas a poner en la loma de ese cerro.

–Tú, sapo enano, te vas a poner en la punta del siguiente cerro.

–Y tú, sapo bocón, te pondrás en el último cerro del camino.

Luego, el sapo cachetón llegó a donde estaba la lluvia, y le dijo:

–He venido por ti, lluvia. Te necesitan mucho donde está sembrado.

–Pero ¿cómo piensas que iremos juntos? ¿A poco vuelas como pájaro? –preguntó la lluvia.

–No vuelo como los pájaros. Pero brinco muy alto. Y, de salto en salto, te llevaré a donde está sembrado. Y, para que sepas cuál es el camino cantaré en cada loma. Por donde escuches mi canto, allá irás.

La lluvia estuvo de acuerdo y los dos iniciaron el viaje. El sapo cachetón saltó alto y se le perdió de vista a la lluvia.

Luego, la lluvia escuchó el canto del sapo patón en el primer cerro. Y para allá se fue.

Después, la misma lluvia oyó el canto del sapo enano en el siguiente cerro. Y ella continuó su viaje hacia allá.

Por último, la lluvia volvió a oír otro canto. Era el canto del sapo bocón, que la esperaba en el último cerro. Y para allá se pasó el agua.

Así, cantándole a la lluvia, entre todos los sapos llevaron el agua a donde hacía falta. Y los campesinos quedaron muy agradecidos con ellos.

Desde entonces, cada vez que va a llover los sapos acostumbran cantar.

Rodolfo Coronado et al., “Los sapos y la lluvia” en *Cómo me lo contaron, te lo cuento*. México, SEP-CONAFE, 2000

146. Emilio se equivoca de estación

¿Se han fijado qué sucede cuando llegamos a un lugar donde varias personas llevan un rato conversando? Lo normal es que haya muchas cosas que no entendemos bien, no sabemos a qué se refieren... Así vamos a sentirnos en esta lectura; pero no se preocupen, vayan atando cabos, y al final vemos qué entendimos.

Cuando Emilio se despertó, el tren volvía a ponerse en movimiento. Dormido, se había caído de su asiento, y ahora estaba en el suelo y muy asustado, aunque no sabía exactamente por qué. El corazón le golpeaba el pecho como un martillo de pilotes. Estaba en el tren. Casi se le había olvidado. Luego volvió el recuerdo a pequeñas dosis. ¡Claro! Iba a Berlín. Y se había dormido. Lo mismo que el señor con sombrero de hongo...

Emilio se enderezó con una sacudida, y cuchicheó: “Ya se ha largado”. Le temblaban las rodillas. Se levantó despacio y maquinalmente se sacudió el polvo del traje.

Su pregunta siguiente fue: “¿Tendré todavía el dinero?”. Y eso le ocasionó un pavor indescriptible.

Largo rato permaneció recostado en la puerta, sin atreverse a hacer un movimiento. Allí había estado roncando Grundeis, que ya se había marchado. Claro es que esto podía no tener nada particular, y era una tontería imaginarse lo peor. No todos los viajeros tenían que ir a la misma calle de Berlín sólo porque él iba allí. Y el dinero estaría seguramente en su sitio: guardado en el bolsillo, en un sobre, sujeto al forro con un alfiler. Emilio se llevó despacio la mano al bolsillo interior derecho.

¡Estaba vacío! ¡El dinero había desaparecido!

Emilio volvió el bolsillo de revés con la mano izquierda y palpó y apretó el saco por fuera con la mano derecha. ¡Pero nada! ¡El dinero había desaparecido!

¡Ay! Emilio sacó la mano del bolsillo, y no sólo la mano, sino también el alfiler con que había atravesado los billetes. No quedaba más que el alfiler, y encima, clavado en el índice izquierdo, del que brotaba sangre.

Se envolvió el dedo con el pañuelo y lloró. Claro que no por aquella ridícula gota de sangre. Catorce días antes se había dado un topetazo contra un farol, que dejó casi doblado, y aún tenía el chichón en la frente. Y aquella vez no había gritado ni por un momento.

Lloraba por el dinero. Y lloraba por su madre. El que no comprenda esto, por muy valiente que sea, está perdido.

Emilio sabía cómo había trabajado su madre durante meses con el fin de ahorrar los ciento cuarenta marcos para mandarle una parte a su abuela y poderlo enviar a él a Berlín.



A medida que nosotros vamos reuniendo piezas, la historia va tomando forma; como si fuera un rompecabezas.

I 47. Los hijos del vidriero

Vivían en un pueblo viejo y pobre que ya no existe, en una región donde hay mucha niebla. Albert, el vidriero, había nacido en un lugar cercano, pero su esposa procedía del norte, se llamaba Sofía y era en verdad bonita como una rosa.

A sus hijas les pusieron Coral y Clara. Fue Albert quien les dio estos nombres, que le recordaban su oficio, pues Coral rimaba con *crystal* y decir Clara le recordaba la claridad del vidrio.

Albert era muy pobre, pero la casita donde vivían y el taller donde trabajaba eran suyos. Era una casita muy pequeña. Toda una pared la llenaban un sofá y un antiguo reloj. Al otro lado de la habitación había una cómoda y una alacena y en el centro, frente a la ventana, una mesa. Albert y Sofía dormían en el sofá y los niños en los cajones de la cómoda.

La chimenea era muy ancha y ocupaba gran parte de la habitación. Allí junto al hogar, el lugar donde se encendía el fuego, Sofía tenía su rueca. Por encima de la máquina, colgada del techo por dos ganchos de hierro, pendía una cuna, donde mecieron a las niñas cuando eran chiquitinas. Ahora Sofía la utilizaba para guardar sus cosas.

Junto a la chimenea, una puerta conducía a otra habitación, donde había una cómoda para guardar la ropa y un taburete. Eso era todo.

Tampoco el taller era mucho mayor. Albert y su ayudante disponían del espacio justo para su trabajo, y había lugar también para Coral y Clara cuando venían a mirar. No era necesario nada más.

Las piezas de cristal que allí se hacían eran de lo más fino que jamás se había visto. Albert era un gran artista del cristal. Sin embargo, cuando se trataba de vender lo que hacía, no tenía mucho éxito. En primavera y otoño iba a las ferias, pero apenas lograba vender unas pocas piezas. Así que tenían que luchar mucho para que les llegara el dinero y nunca les sobraba ni siquiera un trozo de pan.

Cuando se aproximaba el otoño, Sofía iba a las granjas vecinas para agramar el lino que habían cosechado [*golpear los tallos para que la fibra se separe*]. Llevaba a sus hijas, y a las tres les daban de comer. Además, como pago, le daban a Sofía algo de lino y una hogaza de pan por cada día de trabajo... entonces podían vivir con desahogo.

La más pequeña de las niñas, Coral, sólo tenía un año. Todavía no andaba, pero se quedaba largos ratos mirando cómo su padre soplabla.

María Gripe, *Los hijos del vidriero*. México, SEP-SM, 2005.

I 48. Las lluvias de otoño

Jorge y Gloria se amaban más profundamente que el mar más profundo, más elevadamente que el planeta Plutón, más de lo que eran capaces de expresar.

Así pasó día tras día, semana tras semana, hasta que empezaron las lluvias de otoño y el viento del norte llegó con el frío.

Y todavía pasó más tiempo.

Jorge y Gloria habían prometido amarse el uno al otro para toda su vida y hasta que el tiempo una vez se detuviera.

Lo habían prometido solemnemente en medio de la lluvia, bajo un paraguas en el parque, en una banca brillantemente blanca (y se mojaron las nalgas).

Jorge le dio a Gloria un anillo con una piedra azul.

Gloria le dio a Jorge un anillo con una piedra roja. Se los colgaron al cuello para que nadie los viera (porque nadie necesitaba verlos).

Pero ambos sentían el anillo contra sus corazones, que latían el uno para el otro.

El corazón de Jorge latía: Glo-ria-Glo-ria, y respiraba su nombre tan profundamente que lo llenaba por completo.

Entonces Jorge sentía que todo vivía dentro de él.

El corazón de Gloria latía lentamente: Jor-ge-Jor-ge. Cada vez que exhalaba, el nombre de Jorge salía.

Jorge en el corazón. Jorge en la respiración.

“Estar más viva que ahora, no es posible”, se decía Gloria.



Cuando Gloria pensaba en su estado de ánimo o en lo que iba a hacer en la noche, se contestaba a sí misma: “Todo está bien, vamos a hacer la tarea, vamos al cine o a dar una vuelta, o no haremos nada.”

Cuando Jorge se preguntaba si por la noche iba a ver una película en la tele o a salir con sus papás a dar una vuelta en su bicicleta, o si tenía ganas de tomar un té o un chocolate caliente, siempre pensaba:

“Gloria no tiene ganas de ver esa película, Gloria no tiene bicicleta, Gloria prefiere el chocolate caliente.”

Jorge y Gloria se sentaban juntos en la escuela.

Gloria y Santiago habían cambiado lugares.

Jorge y Gloria habían arrimado sus mesas unos centímetros más cerca uno del otro.

Al parecer la maestra no se dio cuenta de esto, o quizás si lo advirtió, y en su corazón existía un lugar para los cambios.

En los recreos ya no había, por lo menos, dos metros y treinta y siete centímetros entre ellos. Ya no había ni un milímetro.

Los que ahora los fastidiaban eran los más jóvenes e infantiles y los de la misma edad y los envidiosos y los que querían conocerlos.

Tormod Haugen. *Jelou y gudbay* (o Las lluvias de otoño). México, SEP-Fundación Juan Rulfo, 1999.

149. Al campamento

–¿Tú sabes qué es un campamento?

–¿Esos lugares donde la gente coloca sus tiendas de lona cuando va al campo?

–Ésos no. En estos que yo digo las carpas están puestas todo el año.



–Entonces, ¿viven ahí?

Mientras sostenían esta conversación, Jaime y Lalo iban caminando junto al carretón de mano. Su dueño lo arrastraba como una verdadera bestia de tiro; el travesaño del pequeño vehículo se le hundía en el estómago, entre las costillas falsas

y los huesos de la cadera, que llevaban el ritmo de las piernas.

Jaime recordó haber visto carretas más grandes arrastradas por caballos. ¿No era acaso aquel hombre algo similar?

El carretón iba cargado hasta el tope con las cosas de los padres de Lalo y de Jaime.

Recordó Jaime que antes de encontrarse con la familia de Lalo el carretón iba más liviano, pues sólo llevaba las pertenencias de su madre: cajas de cartón con ropa, maletas y otros bultos pequeños.

El no había entendido claramente por qué se tenían que ir.

Aquel domingo, su madre había salido a la calle y había regresado con el hombre del carretón. Ella le dio entonces unas indicaciones y él comenzó a cargarlo.

Jaime recordaba además haber leído “Se alquila” en uno de los costados del miserable vehículo.

Los bultos y maletas se terminaron. Se despidieron de los inquilinos que quedaban. Todos les desearon suerte. Y nadie sabía dónde se hallaba el nuevo hogar de Jaime y su madre.

Y caminaron junto al carretón hasta que por casualidad se encontraron con la otra familia, la de Lalo.

Esto había ocurrido unos veinte minutos más tarde.

Lalo había visto aproximarse el carretón y llamó la atención de sus padres.

—Allí vienen otros a los que también echaron —había dicho.

—Nosotros estábamos desesperados, señora— insistía la madre del muchacho.

Y contó su historia.

Habían sido desalojados del apartamento que ocupaban. El alquiler se había ido a las nubes. Entonces el dueño los puso en la calle de la noche a la mañana. Quería tener el apartamento libre para otros inquilinos que pudieran pagar el precio que cobraba.

—Mi caso es distinto —respondió la madre de Jaime. Y continuó—: Pero en el fondo, es casi lo mismo...

Todas esas historias se parecen, y todas son tristes. Hay campamentos para disfrutar unos cuantos días en el campo, y campamentos donde vive gente que se ha quedado sin casa.

150. Pero ¿qué significa la palabra dulce?

Depende... Si se refiere a una persona, *dulce* significa que es cariñosa, suave, dócil, amable...

Si se refiere a otras cosas, su significado cambia... La risa es *dulce* al oído de los niños, el aroma de la lavanda es *dulce* al olfato, la piel de nuestros seres queridos es *dulce* al tacto. Más cuando tiene que ver con el paladar... mmmm... La palabra deja de ser adjetivo y adquiere un significado mágico: se infla, engorda, se expande. Los sabores, formas y colores se combinan para alcanzar una nueva dimensión.

El dulce se encuentra en su forma natural en frutas, flores, savia de tallos, tubérculos, mieles y hasta insectos, y ha sido aprovechado por el hombre desde la más remota antigüedad.

El hombre primitivo probaba constantemente las plantas que lo rodeaban en busca de nuevos alimentos. Las primeras experiencias fueron con las frutas, flores y miel que llamaban su atención por sus atractivos colores y aromas.

Ciertas pinturas rupestres muestran cómo los cazadores antiguos arriesgaban sus vidas con tal de obtener un delicioso panal de abejas, mismo que consumían enterito, incluyendo la miel, la cera, el polen y ¡las crías de las abejas! Y gracias al fuego, el hombre aprendió a sacar el mejor provecho de los productos que lo rodeaban. Somos la única especie que cocina sus alimentos.

Se sabe que en América ya existían los dulces desde la época prehispánica, gracias a los viajeros españoles que se asombraron con la abundancia de mieles, cacao y frutas que hay en nuestro territorio.

El propio Hernán Cortés, escribió: "...venden miel y cera de abeja, y miel de una planta que se llama maguey..."

En México las fuentes de dulce incluían una enorme variedad de frutas como piña, guanábana, zapote, papaya, pitaya, coco...

El intercambio alimenticio fue una de las consecuencias más importantes del encuentro entre los españoles y los pueblos indígenas mexicanos. Los conquistadores tuvieron que aceptar los alimentos que ofrecían los indios, y éstos se vieron obligados a sembrar y consumir los productos de ultramar, como la caña de azúcar que fue traída a América por Cristóbal Colón en su segundo viaje, en 1493.

Rápidamente surgieron varios sembradíos de esta planta en Veracruz. Con la instalación de estos ingenios azucareros llegaron maestros artesanos con técnicas y métodos distintos para la preparación de dulces. Trajeron nuevas recetas aunque algunos ingredientes, como las almendras y avellanas se sustituyeron por garbanzos y maíz.

Españoles e indígenas dieron a luz una nueva casta de “dulces mestizos”. En los conventos, o mejor dicho en sus cocinas, se adoptó la tecnología traída de España como los hornos y los instrumentos para freír.

En los jardines de las casas se sembraron nuevas frutas, y de esta manera se tuvo disponible la materia prima necesaria para la elaboración de los dulces.

Carmen Elena Cottin, “Pero, ¿qué significa la palabra dulce?” en *México Dulce*. México, SEP Trilce, 2006.

151. Trabalengüero

Los trabalenguas que siguen son para que se te trabe la lengua y te diviertas destrabándola. ¿Me entiendes? No son para que sufras sino para que te diviertas. O a lo mejor sufres un poco... ya veremos. Además, puedes retar a tus amigos a que digan los trabalenguas: verás como a algunos, al tratar de decirlos y equivocarse, les van a salir palabras chistosas de la boca –como al Negrito Sandía le salía una culebrita loca–, y todos se van a reír.

Si con palabras te trabas y te disparatrabas, practica con trabalenguas, pues practicatrabalenguando te irás destrabalenguando.

Me han dicho que has dicho un dicho, un dicho que he dicho yo, y ese dicho que te han dicho que yo he dicho. No lo he dicho. Más si yo lo hubiera dicho, estaría muy bien dicho por haberlo dicho yo. He dicho.

Cuando cuentes cuentos, cuenta cuántos cuentos cuentas.

Pepe puso un peso en el piso del pozo. En el piso del pozo puso un peso Pepe.

Abrí cajones y cogí cordones, cordones cogí y cajones abrí.

De Guadalajara vengo, jara traigo, jara vendo, a medio doy cada jara. Qué jara tan cara traigo de Guadalajara.

Un pañuelo de cuatro puntas, de pura pita, de pita pura, de pita pura, de pura pita, un pañuelo de cuatro puntas.

Entro contigo a un tren con trigo, a un tren con trigo entro contigo.

Mariana Magaña desenmarañará mañana la maraña que enmarañara Marina Mañara.

Si Sansón no sazona su salsa con sal, le sale sosa; le sale sosa su salsa a Sansón si la sazona sin sal.

Pepe pone poco a poco en pilas, las papas que pelan Paca y Pola.

Elba llora, Elvira la mira y llama a Edelmira. ¡Válgame Elba lloras a deshoras!

El trastero de Trini tiene trescientos trastos, si testereas el trastero de Trini, los trescientos trastos trastabillan.

En la tlapalería de Tlalnepantla venden triquitraques, triquitraques venden en la tlapalería de Tlalnepantla.

La mariposa se posa en el pozo del mariposario, en el pozo del mariposario se posa la mariposa.

Yendo a La Habana en caravana, el tarambana repartió rábanos y bananas en rebanadas.

Valentín Rincón, Gilda Rincón, Cuca Serratos, *Trabalengüero*. México, SEP-Nostra , 2006.

152. Aves

A todos nos gustan los pájaros.

Los admiramos porque son bellos, porque cantan, porque hacen nidos, porque tienen variados colores y, sobre todo, porque vuelan.

Según los sabios, el tatarabuelo de los pájaros vivió hace 150 millones de años y tenía un nombre muy raro. Se llamaba *archaeopterix*.

Hoy, los pájaros se encuentran en todas partes: en los polos, en los trópicos, en los desiertos, en las estepas, en los bosques, en el campo, en los mares y en las ciudades.

¿Pero qué es un pájaro?

La mayoría de la gente dice: "Un pájaro es un animal que vuela".

Sin embargo, los pingüinos son pájaros y no vuelan; las moscas vuelan y no son pájaros.

Quizás sea mejor decir: "Un pájaro es un animal con plumas", porque todos los animales que tienen plumas son pájaros. Claro que, además de plumas, tienen columna vertebral, dos patas, dos alas, un pico, y algo más: nacen de huevos.

Las plumas son lo que hace a los pájaros diferentes de otros animales.

¿Sabías tú que en la Tierra hay miles de millones de pájaros, divididos en casi nueve mil especies?

Y son de muchísimos tipos: acuáticos y terrestres, grandes y pequeños, de patas largas o cortas, de picas fuertes o débiles, diurnos y nocturnos. El pájaro más grande es el avestruz, que mide dos metros y medio, pesa más de cien kilos y corre tanto como un automóvil. El más pequeño es el colibrí abeja que mide unos pocos centímetros y es tan liviano como una mota de algodón.

En México existen más de mil especies de pájaros.

¡Más que en los Estados Unidos y el Canadá juntos!

Igual que tú, los pájaros necesitan de un tipo de ropa para proteger su piel. La ropa de los pájaros es su plumaje. Las plumas son livianas y durables, lo que las hace muy útiles para el vuelo. Funcionan como un sistema de aire acondicionado: cuando hace frío, retienen el calor; cuando hace calor, mantienen el cuerpo fresco. Algunas aves acuáticas, como los patos, tienen una capa profunda de plumas que evita que se enfríen.

¿Sabes cuántas plumas tienen los pájaros?

En general, su número depende del tamaño y de la época.

Con el uso constante, las plumas suelen desgastarse y desprenderse.

Una o dos veces al año los pájaros cambian de plumaje.

Eso es lo que se llama muda, o sea el cambio de sus plumas viejas o gastadas por otras nuevecitas.

153. Los secretos de Margarita

Escribir todo? ¿Hasta esos sueños, secretos y fantasías que requieren salir constantemente de la cabeza? ¿Todo lo que inventemos y hagamos Griselda, Lupe, Cuca y yo? ¿Qué Héctor es el niño que me gusta? Voy a escribir mis secretos de hoy en adelante.

En la mañana traté de peinarme de otro modo para que Héctor se diera cuenta de que ya tengo nueve años, pero no fue fácil porque tenía el pelo tan enredado que le tuve que pedir ayuda a mi mamá y fijarme cómo me lo desenredaba, para hacerlo yo sola al otro día.

Resulta que me cepilló empezando por las puntas y subiendo poco a poco por mechones, con paciencia, hasta desenredarlo todo; así no me duele tanto.

—¿Por qué se me hacen nudos en el cabello? —le pregunté.

—Es que no te cepillas lo suficiente; sólo lo haces en las mañanas.

Me dijo que los dedos servían de peine, que con las yemas, no con las uñas, me peinara y al mismo tiempo me diera masaje en la cabeza. De esa manera entra el aire y circula mejor la sangre.

Sentí como si estuviera lavándome la cabeza, al final pude dejarme el pelo suelto, con un broche de lado. Mi cara luce diferente y el cabello se ve más suave y brillante, que con la trenza de siempre.

Todo el día me sentí más ligera y contenta. A la salida del recreo les conté a mis amigas lo que mamá me había dicho del cabello y todas empezamos a sobarnos la cabeza.

Cuca tiene... el cabello como estropajo. Estoy segura que podríamos barrer la escuela con su trenza... En cambio Griselda lo tiene muy suavcito, como de muñeca.

Dice que es porque se lava todos los días con jabón de pasta y luego se lo enjuaga muy bien con una fórmula secreta de...

¿Cuál fórmula secreta? ¿No les gustaría conocerla? Hay una forma de hacerlo: correr a buscar el libro. Les voy a decir cuál es.



Maite Ibarguengoitia, *Los secretos de Margarita*, Magali Lara, ilus. México, SEP, 1992.

I 54. Exploradores

Los exploradores son osados viajeros en tierras desconocidas. En sus recorridos afrontan el peligro, incluso la muerte. Vuelven convertidos en héroes, y aunque no todos regresan cargados de tesoros, los exploradores vuelven siempre con algo muy valioso: nuevos conocimientos, relatos de lugares lejanos y, sobre todo, instrucciones sobre cómo volver a encontrar esos lugares.

Los exploradores viajan por mar, río, tierra y hielo. Escalan los picos más altos del mundo, bucean hasta las profundidades oceánicas y se remontan muy alto en el espacio.

La curiosidad es, tal vez, la más antigua razón para explorar. Es natural preguntarse que... hay del otro lado del mundo.

Algunos se lanzaron a la aventura por codicia. Sólo unos cuantos descubrieron riquezas, aunque a costa de grandes dificultades. Con mucha frecuencia, los viajes no condujeron a un cofre de oro, sino a sufrir hambres, naufragios, enfermedades y, con frecuencia la muerte y el desastre.



Otra razón para explorar fue la búsqueda de gloria. Quienes descubrieron –o conquistaron– nuevas tierras se volvieron famosos por sus hazañas y con frecuencia tierras o estrechos de mar fueron bautizados con su nombre. Muchos hicieron grandes viajes en nombre de la religión. Los misioneros cristianos, por ejemplo, se propusieron llevar la enseñanza de la Biblia a los pueblos de América y de África.

Los primeros exploradores vinieron de África, pues en ese continente comenzó la vida. De allí pasaron al resto del mundo.

La mayoría de los científicos acepta que todos los pueblos de la Tierra descienden de aquellos antepasados, parecidos a los monos, que vivieron en los bosques de África hace más de dos millones de años. Éstos se alimentaban de semillas, raíces, frutas y un poco de carne: quizás gusanos y...

155. El abuelo ya no duerme en el armario

El abuelo llegó el viernes pasado por la noche. No lo esperábamos. Fue una sorpresa, como le explique a Lulú. Tocó el timbre y mi papá protestó:

–¿Quién demonios tocará el timbre a esta hora?

Mi mamá se asomó por la ventana y contestó emocionada:

–Mi papá.

–¿El abuelo? –me asombró, porque no venía desde que cumplí seis años.

–Es tu regalo de cumpleaños –contestó todavía emocionada.

Por las cartas de la abuela, había imaginado que el abuelo era un viejito triste, flaco, que apenas se sostenía. En ese momento pensé en un viejito que me usaría de bastón y me prohibiría hacer ruido y jugar con la pelota dentro de la casa.

–Vaya regalo de cumpleaños –dije antes de verlo.

“Tu padre esta decaído desde que se retiró –escribió la abuela–. Dice el doctor que un cambio le hará bien. Sentirse desocupado lo ha transformado un poco; ya lo conoces.”

–“Se retiró” –me explicó mi papá– es que ya no trabaja. Ahora le dan una pensión, un sueldo, un pago por todos los años que trabajó.

Corrí a abrir la puerta. Un hombre fuerte me cargó con la mano derecha y con la izquierda alzó la maleta.

–¿Tú eres el abuelo? –desconfié.

–¿Ya no te acuerdas de mí? –dijo y me dio un beso.

No, no me acordaba de él. La foto que tiene mi mamá es de cuando era joven.

–¿Y qué esperabas? ¿Un viejito de bastón? –se rió.

–¡Papá, baja a ese chamaco, te va a hacer daño! –dijo la aguafiestas de mi mamá.

Me puso en el suelo y me acomodó en la cabeza la gorra de capitán que traía puesta.

–Ya está usted en tierra, capitán –se cuadró.



Corrí a verme en el espejo: la gorra me caía hasta los ojos, pero la eché un poco para atrás. A lo mejor cuando sea grande seré marinero como el abuelo y viajaré por todo el mundo.

Silvia Molina, *El abuelo ya no duerme en el armario*. México, SEP-Corunda, 1996.

156. ¿Quién quiere soñar?

Este era un sueño sin dueño que caminaba por la noche buscando a alguien para contarle todas las historias que sabía.

Era un sueño silencioso, que miraba de casa en casa, cuarto por cuarto, buscando a alguien dormido con la boca abierta.

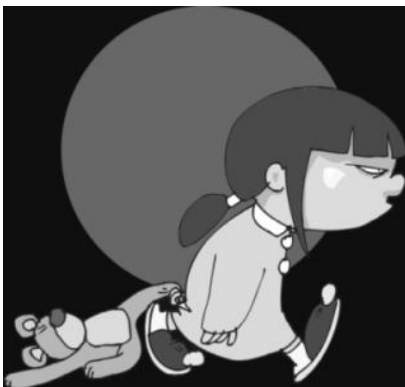
Sí, porque los sueños solitarios sólo entran por la boca de las personas. El sueño estaba triste porque la noche casi terminaba, estaba llegando la hora de volver al fondo de las aguas (donde viven todos los sueños) y no había entrado por la boca de nadie.

“¡Ya no buscaré más!”, pensaba el sueño, volando despacio en la oscuridad.

Una ventana, una vieja roncando.

–¡Por fin! –dijo el sueño. Y entró por la boca de la vieja.

¡Qué susto!



El sueño se abrió como un abanico, mostrando un camino, una casa y un galdrón (horrible animal, mezcla de gallo y dragón). La vieja dio un ronquido de sorpresa, tan fuerte, tan al fondo del pecho, que el sueño fue a parar lejos, hacía afuera, en medio de la noche.

En lo alto del tejado está durmiendo un gato.

“¿Seré el sueño del gato?” –pensó.

Entró por la boca del gato. Pero el gato era perezoso. Por más que le indicaba el camino, el gato no quería moverse de ahí. Por más que le gustaba al galdrón, el gato no

quería luchar. Por más que le enseñaba la casa, el gato no se interesó porque no había olor a pescado frito en la cocina.

Ya estaba clareando. Angustiado, el sueño entró en la boca de un hombre que dormía con un pijama rosa. Dentro de él, se abrió como una flor.

El hombre vio el camino cercado de árboles rojos, y comenzó a caminar.

—¡Qué bonito!

De un recodo surgió el galdrón, feroz, soplando viento por la boca.

—¡Quien siembra vientos cosecha tempestades!

Le dijo el hombre al galdrón, y...

¿Y qué seguirá? Antes de buscar el libro, cada quien escriba el final de este cuento.

César Camilla Cerqueira, “¿Quién quiere soñar?” en *Historias para leer y oír*. México, SEP-Global Editora, 1992.

157. El mar y la costa

La primera impresión de alguien que nunca ha estado frente al mar es de asombro. Ver una cantidad de agua tan grande no es para menos. Agua y más agua en movimiento, hasta donde la vista alcanza.

El mar causa grandes sensaciones. Se siente su olor, su sabor salado. La brisa que lo acompaña mueve las plantas y abraza todo lo que encuentra a su paso.

Es más, el mar produce un sonido muy especial. Es como si trajera la música por dentro, con su ritmo marcado por las olas. Si quieres darte una idea de cómo suena, junta tus dos manos y ahuecadas colócalas sobre uno de tus oídos.

El mar tiene su encanto, tan es así que José Gorostiza escribió el siguiente poema:

*¡El mar, el mar!
Dentro de mí lo siento.
Ya sólo de pensar
en él, tan mío,
tiene sabor a sal mi pensamiento.*

La costa

La costa es el lugar donde se unen la tierra y el mar. La costa puede estar formada por largas playas de arena o por acantilados, es decir, cerros y montañas junto al mar.

Además, las costas tienen diferentes formas. Si hay una parte de tierra que se mete en el mar, recibe el nombre de península. Si, por el contrario, una parte del mar se mete en la tierra, entonces a eso se le llama bahía.

En la costa también puede haber lagunas. Son parecidas a las bahías, sólo que la parte que comunica al mar con la laguna es muy pequeña.

Existen algunas que se forman en las desembocaduras de los ríos, es decir, en los lugares donde los ríos y el mar se juntan. En ellas hay agua dulce y salada. En la época de lluvias hay más agua dulce, mientras que en la temporada de secas hay más salada.

Las plantas y animales que se encuentran en las costas son de tipos muy distintos, según la clase de costa que se trate.

Hay costas en el norte del país que se hallan en zonas desérticas. En ellas hay playas de arena en las que la vegetación está formada sobre todo por arbustos y plantas que crecen y se extienden al nivel del suelo.

Si se avanza hacia el sur, empiezan a verse las palmeras y las plantaciones de coco. Si seguimos hacia el sur hay cada vez más vegetación. Allí encontramos lugares en los que la selva llega hasta la orilla del mar. Así sucede en los manglares, que son sitios en los que las plantas extienden sus raíces hasta el agua del mar.

En cuanto a los animales, en las playas formadas de rocas y arena abundan los cangrejos, los caracoles y las conchas.

Según donde se halle la playa, se llegan a ver animales más grandes que buscan alimento: mapaches, zorrillos, conejos, serpientes y jaguares.

Además, existe una gran cantidad de aves marinas como fragatas, gaviotas, pelícanos, grullas, garzas, patos, pájaros bobos y gallitos.

En los manglares, aparte de los animales que ya te presentamos, hay cocodrilos, víboras y una gran variedad de peces que se refugian en las raíces de las plantas.

Muchos de esos peces, como el pargo y la lisa, sirven para comer.

158. Exploradores de Monte Albán

Ahora ya no me dará miedo la oscuridad. Ya no le tendré miedo a la oscuridad nunca más porque acabo de entrar en una tumba.

Cuando encontraron el cementerio ya llevábamos un tiempo viviendo en Oaxaca. Vinimos aquí porque a mi papá le gustan mucho las cosas prehispánicas y sobre todo las zapotecas, y quería explorar los palacios y templos en las ruinas de Monte Albán. Más que nada quería encontrar pistas que le ayudaran a resolver un misterio. Yo creo que por eso no se cansaba de excavar la tierra horas y horas bajo el sol, y de limpiar con las brochas y pinceles todas las piedras y trozos de cerámica que encontraba.

Pero no sólo a él le gustaba esto de la arqueología: también a mi mamá y a las otras personas que iban en el camión de las exploraciones, que todas las mañanas pasaban por nosotros a Oaxaca para llevarnos a Monte Albán. El camino se hacía largo porque nos deteníamos en varios pueblitos a recoger a algunos de los trabajadores que vivían ahí, y porque a cada rato había vacas estorbando el camino.

Mis hermanos y yo los acompañábamos siempre, pero mientras ellos se dedicaban a quitar los arbustos y la maleza que había crecido sobre las ruinas, nosotros nos poníamos a atrapar insectos y a jugar con algunos de los niños que subían a la montaña a pastorear a sus ovejas y cabras.

Manola Rius Caso, Alfonso Caso: *Explorador de Monte Albán*. México, SEP-SM, 2004.

159. Niña de sueño Lucila

La Niña de Sueño Lucila sale al sol de Montegrande con largas trenzas y bata clara de percal.

–Señor Sol, dice la niña, ¿has visto a mi padre en algún lugar? Salió ayer nomás en busca de niños sin libros y sin tablas de multiplicar.

La Niña de Sueño Lucila cree ser hija de Simbad, el marino aventurero que no se cansa de viajar.

La Niña de Sueño Lucila persigue tordos escapadizos bajo las higueras del higueral. La niña baja al río a buscar sombras y mágicos escondrijos.

Y como el almendro no responde la niña le cuenta un cuento.

–Querido amigo, le dice, he perdido el botoncito que llevo siempre en el pecho. Se lo ha llevado la rata que iba detrás del venado. Era el venado que iba detrás del jaguar. Ese jaguar que iba detrás del búfalo, que como río iba detrás del mar, del que sólo oigo hablar.

Y como el arbolito ni suspira de tan conmovido que está, la niña le dice:

–Querido amigo, he visto una rata robar a mi madre la lanita de bordar. Ese bordado es el vestido con el que me voy a casar.

Y como el almendro no responde, la niña lo consuela a su manera.

–No te pongas triste, querido amigo, pronto vendrá la señora que anda con hojas verdes en las sandalias.

La señora que busca al Sol alegremente y se ríe de las penas. La que trae el canto de las aves y el esplendor de los rosales.

La Niña de Sueño Lucila descubre un nido en las ramas del almendro.

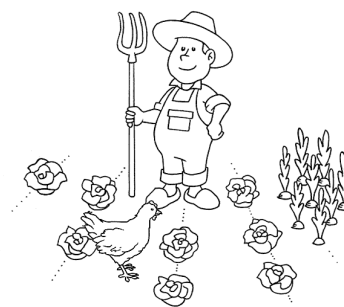
–No estarás solo cuando vuelvan las estrellas, le dice.

En casa doña Petronila espera con la artesa dispuesta. Con el jabón y el paño seco, porque sabe que Lucila viene hecha un zurrón de mugre tierno. Lucila endureznada llega con la falda manchada, las piernas magulladas por las ortigas y el cabello que parece un nido de perdices de tan enredado que lo trae la niña.

Víctor Carvajal, *Niña de sueño Lucila*. México, SEP-Alejandría, 2004.

160. Oficios y más oficios

Hoy en la mañana, cuando el Sol me despertó, mi papá ya se había levantado. Él es agricultor y trabaja la tierra con sus manos para que produzca. Lo que más siembra es el maíz. Su trabajo junto con el sol y el agua, hace que todos comamos tortillas y elotes.



Corre que corre me fui a la escuela, pasé por el laboratorio donde trabaja mi hermana. Ella mezcla agua y polvos. El cuarto está lleno de frascos de cristal y aparatos. Los laboratoristas ayudan a la gente a saber de qué están enfermos para que se alivien más rápido.

Seguí mi camino que se me hizo más corto porque encontré a Emiliano acompañado de su hermana, que trabaja como maquiladora. Ella hace que la tela se convierta en vestidos, pantalones y blusas. Trabaja con una máquina de coser grandota con la que junta los pedazos de tela ya cortados y los convierte en ropa.

Emiliano iba a la clínica porque tenía un pie lastimado. Rosita lo atendió y le dijo que tuviera cuidado al jugar fútbol. A Rosita la enfermera la quieren mucho en el pueblo porque nos ayuda a sentirnos bien.

Claro. Llegue tarde a la escuela, la clase ya había empezado. La maestra estaba hablando de los minerales de la tierra y de quienes los secan. Me llamó la atención la linterna que los mineros llevan en el casco para iluminar los túneles de las minas. Un compañero explicó que con un pico y enormes taladros extraen materiales como oro, plata, estaño, piedras y carbón.

Todo mi pueblo, con su iglesia, la plaza, la escuela y mi salón de clases lo construyeron con sus propias manos y herramientas los albañiles y los maestros de obras. ¿Ellos habrán construido el mundo?

Marta Romo, *Oficios y más oficios*. México, SEP-Patria Cultural, 1991.

161. Aventura en la selva

Oso Verde, Andrés, Isabel 21 y Tai llegaron por fin a Palenque, la antigua ciudad maya. En un hotel cercano a las pirámides se encontraron con Maripecas, tal como lo habían planeado por carta. Maripecas era una legionaria muy capaz que vacacionaba en Mérida. Le gustaba cambiar de modelo de anteojos cada mes, por lo que tenía varios pares. Era larguirucha, pecosa y campeona en varios juegos atléticos.

A la hora de la cena un viejo amigo de los papás de Maripecas se reunió con los legionarios. Era el arqueólogo Gálvez, famoso por sus aventuras y descubrimientos. Se interesó tanto por las hazañas de la Legión de la Tarántula que los invitó a pasar unos días en Yaxchilán, otra antigua ciudad maya, situada en la selva. Los papás de Maripecas estuvieron de acuerdo así que el arqueólogo dijo:

–Yo parto esta noche pero Anselmo mi chofer los llevará en jeep. Vayan preparados para estar en una verdadera selva.

Al día siguiente salieron a las 6 de la mañana. Anselmo era un sonriente indio lacandón que manejaba hábilmente mientras hablaba sin parar.

Una fina llovizna caía y el camino, que era una especie de vereda, se volvió casi imposible. La llovizna se convirtió pronto en una tormenta. Apenas se veía el camino y los rayos no cesaban de caer.

–¿Por qué no paramos? –preguntó Maripecas.

–Necesitamos encontrar un refugio –respondió Anselmo.

–Pero acabamos de pasar un cobertizo –dijo Maripecas.

–¿Un cobertizo? ¿Dónde? –preguntaron a coro los demás.

El jeep dio marcha atrás y a escasos 50 metros vieron un sendero y bajo unos grandes árboles a la derecha, descubrieron un cobertizo con techo de palma, semioculto por lianas y plantas. Anselmo maniobró el jeep y pronto llegaron. Los niños saltaron del vehículo a lo que resultó ser una choza de gran tamaño llena de gigantescos bloques de piedra.

–¡Qué lugar tan raro! –dijo Isabel 21.

–Para ser choza es muy grande –comentó Andrés.

–Y muy alta –dijo Tai.

–Y redonda –completó Oso Verde.

–¡Miren lo que encontré! –gritó Maripecas mostrando una tabla con una cabeza pintada con color negro.

–¡Cabeza Negra! –exclamó Anselmo asustado– ¡Vámonos de aquí!

Los niños estaban asombrados.

–Espera, Anselmo... –comenzó a decir Oso Verde al chofer que corrió despavorido al jeep.

–¡Rápido! –les gritó desde el vehículo– ¡Peligro! ¡Peligro!

Pero los legionarios no se iban a dejar asustar por una cara pintada en una tabla. Querían saber de qué se trataba aquello.

–¡Anselmo! –gritaron cuando vieron que echaba a andar el jeep y se disponía a partir.

–¡Agáchense, alguien viene! –dijo Oso Verde

Pedro Bayona, "Aventura en la selva" en *La Legión de la Tarántula*. México, SEP-Ediciones del Ermitaño, 1988.

162. El concierto

Un día decidió la mamá de Lilus llevarla a un concierto en Bellas Artes. Ese edificio bodocudo, blanco, con algo de dorado y mucho de hundido.

Lilus tenía tres álbumes de discos que tocaba a todas horas. Como era medio teatrera, lloraba y reía al son de la música. Y hasta en la Pasión Según San Mateo hallaba modo de hacer muecas, sonreía y se jalaba los pelos... Deshacía sus trenzas, se tendía sobre la cama abanicándose con un cartón y fumando en la pipa oriental de su papá... A Lilus no le vigilaban las lecturas, y un día cayó en este párrafo: "Nada expresa mejor los sentimientos del hombre, sus pasiones, cólera, dulzura, ingenuidad, tristeza, que la música. Usted encontrará en ella el conflicto que tiene en su propio corazón. Es como un choque entre deseos y necesidades; el deseo de pureza y la necesidad de saber". Así que cuando su mamá le anunció que la llevaría al concierto, Lilus puso cara de explorador, y se fueron las dos...

Un pobre señor chiquito dormía en el concierto. Un pobre señor chaparrito de sonora respiración. Dormía tristemente, con la cabeza de lado, inquieto por haberse dormido. Cuando el violín dejaba de tocar, el sueño se interrumpía y el señor levantaba tantito la cabeza; pero al volver el violín, la cabeza caía otra vez sobre su hombro. Entonces los ronquidos cubrían los pianísimos del violín.

Esto irritaba a las gentes. Unas jóvenes reían a escondidas. Las personas mayores se embebían en la música, aparentando que no podían oír otra cosa. Sólo un señor y una señora (esos seres que se preocupan por el bienestar de la humanidad) le daban en la espalda, a pequeños intervalos, unos golpecitos secos y discretos.

Y el pobrecito señor dormía. Estaba triste y tonto. Tonto porque es horrible dormirse entre despiertos. Triste porque tal vez en su casa la cama era demasiado estrecha, y su mujer en ella demasiado gorda.

Muchas veces las gentes lloran porque encuentran las cosas demasiado bellas. Lo que les hace llorar, no es el deseo de poseerlas, sino esa profunda melancolía que sentimos por todo lo que no es, por todo lo que no alcanza su plenitud. Es la tristeza del arroyo seco, ese caminito que se retuerce sin agua... del túnel en construcción y nunca terminado, de las caras bonitas con dientes manchados... Es la tristeza de todo lo que no está completo.

Lilus la exploradora se dedica a mirar a los espectadores. Hay unos que concentran su atención inquieta en la orquesta, y que sufren como si los músicos estuvieran a punto de equivocarse. Ponen cara de grandes conocedores, y con un gesto de la mano, o tarareando en voz bajísima algún pasaje conocido, inculcan en los vecinos su gran conocimiento musical. Hay otros que oyen con humildad. Avergonzados, no saben qué hacer con sus manos. Están muy pendientes de la hora del aplauso, vigilan su respiración, y se mortifican cada vez que a un desconocido se le ocurre sonarse, toser, o aplaudir a destiempo. Son los inocentes que participan en la culpa de todos. Los demás están muy conscientes de su humanidad, preocupados por su menor gesto, el pliegue o la arruga de su vestido. De vez en cuando alguien se abandona a sus impulsos. Con el rostro en éxtasis, los ojos cerrados y los agujeritos de la nariz muy abiertos, se entrega a sabe Dios qué delicias...

"¡Bravo!" "¡Bravísimo!" Entre aplausos, y con su cara sonriente, la mamá de Lilus se inclina para advertirle: "El andante estuvo maravilloso. ¡Ay, mi pobre niña, pero si tú no sabes lo que es un andante! Ahora mismo te voy a contar la vida de Mozart, y la de sus andantes y todo..."

Las dos se van muy contentas. Lilus porque cree que le van a contar un cuento. La mamá, porque está convencida de que es una intelectual...

163. ¿Podría ser un trompo? Así se lo imaginó Camila

No se sorprendan. En esta lectura vamos a enterarnos de algunas novedades... de cuando se estaba acabando el siglo XIX.

Ayer jugué con mi trompo
y quise ser y girar como él—
Entonces pensé, pensé y pensé
y de pronto dando vueltas me encontré.
Giré como Saturno
y brinqué fuera de mi órbita
pero el Sol me miraba severo
y sin tocar a otros planetas
volví a mi sendero.
Bajé a la Tierra como un torbellino
e invité a otros a girar conmigo.
Y todo lo que recogimos lo esparcimos,
dejando las cosas al revés
y contando anécdotas que no vivimos.
En la noche fuimos un torbellino de
cuentos,
revolvimos tramas, finales y comienzos.
Y resultó un marinero navegando en un
desierto,
habitado por elepollos, pumopótamos,

patosaurios y flacerontes.
Hoy decidí volver a girar solo
y giré tan fuerte que me enterré en el
lodo
y me topé con fósiles e insectos,
hasta que llegué al centro de todo.
Pero hoy por hoy no giraré más
Ahora quiero ser la cuerda
que hace a otro girar.
¿Quieres venir? Me enredo, enredo y
enredo
hasta que la cuerda suba de tus pies a tu
cintura.
Cierra los ojos que ahora ¡te lanzo! Y
comienza tu aventura.



Nina Shor, “¿Podrías tú ser un trompo? Así se lo imaginó Camila” en *Lanzar, subir, bajar y tirar*. México, SEP-Educal 2006.

164. Un sapo

Antes de que el siglo XX comenzara, en Guanajuato vivían unos esposos que tenían una hijita. El papá se llamaba don Carmelo, la mamá doña Sebastiana y la niña Maclovia, que tenía entonces unos nueve años.

No eran ni ricos ni pobres. Tenían una casita de piedra en uno de los callejones más estrechos de Guanajuato, por donde no cabía siquiera un paraguas abierto. En el patio trasero tenían diez gallinas que ponían huevos rojos y muchas macetas con flores, y en el jardincito de enfrente había un árbol de aguacate, una higuera y muchas jaulas con pájaros.



Vivían, como se dice, en paz y felices.

La casa de junto la ocupaban los esposos Sánchez y Sánchez y sus cuatro hijos. Uno de ellos, Joaquín, a quien todos llamaban Quino, era muy amigo de Maclovia. Tenía trece años.

A la familia Sánchez y Sánchez le gustaba desayunar todos los domingos en su jardín. Maclovia los espiaba. Se subía al techo de su casa y observaba cómo comían huevos estrellados, leche, jugo y panes con miel de higo. Ellos no podían verla porque las ramas de un pirul la ocultaban.

Maclovia le había dicho un día a su papá que por qué ellos no desayunaban los domingos en el jardín. A don Carmelo, que durante el resto de la semana atendía su botica en el centro de la ciudad, le gustaba construir jaulas para pájaros todos los domingos. Por eso le respondió a su hija:

–Deja de pensar en esas cosas. Hay que desayunar como Dios manda: en la mesa del comedor.

Cuando los Sánchez y Sánchez terminaban su desayuno se metían a su casa, menos Joaquín, que se trepaba al pirul, brincaba al techo de su amiga y se ponía a retozar y a jugar con ella. A veces le llevaba un pan con miel de higo, que su vecina devoraba hasta chuparse los dedos.

Entre muchas otras cosas, les daba por jugar a los animales. El juego consistía en juntar todos los insectos y animalitos que encontraran, entre más raros y feos mejor. Luego invitaban a los hermanos de Quino a que conocieran su colección. En cajas de

distintos tamaños que habían reunido desde hacía tiempo, iban poniendo cucarachas, gusanos, lagartijas, mayates, caracoles, grillos, montoncitos de hormigas, moscas y mosquitos, tijerillas, arañas, mariposas y todos los demás ejemplares que ellos no sabían ni cómo se llamaban.

Un día en que Maclovia iba a comprar el alpiste para los pájaros, oyó el croar de un sapo. Lo buscó un rato hasta que lo descubrió, a través de una reja, en medio de un jardín que pertenecía a una señora gorda, chaparra y con un lunar negro en la punta de la nariz. No sabía quién era, pero siempre le había dado miedo. Por eso corrió a pedirle ayuda a Quino. Como era un niño valiente podría atrapar el sapo para que los dos jugaran con él.

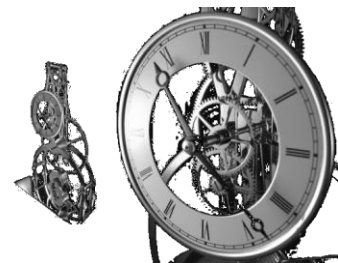
Francisco Hinojosa, "Un sapo" en *Joaquín y Maclovia se quieren casar*. México, SEP, 1987.

165. Cuestión de tiempo

Para conocer la posición de un barco en el mar, un marinero necesita saber tanto la latitud como la longitud. La latitud, o posición norte–sur de un barco, es más fácil de encontrar que la longitud, porque se puede medir la altura del sol al mediodía o la altura de la Estrella Polar sobre el horizonte en la noche. Esto muestra que tan al norte (o al sur) del Ecuador está el barco.

Pero para fijar su ubicación, el marinero también debe conocer su posición oriente–poniente, o longitud.

La medida de la longitud está relacionada directamente con el tiempo. Cada día, conforme la tierra hace una rotación, gira hacia el este a lo largo de los 360 grados de un círculo, moviéndose 15 grados cada hora ($15^\circ \times 24 \text{ horas} = 360^\circ$). Cuando el sol alcanza su punto más alto en el cielo, es el medio día de la hora local. Si se pudiera comparar esa hora instantáneamente con la hora en otro lugar, como podría ser el puerto de partida, se podría calcular la distancia oriente–poniente.



Si tan sólo se pudiera embotellar la hora del puerto de partida, se podría llevar a cualquier lugar de la Tierra y compararla con la hora local. Entonces se podría conocer la longitud de un barco y el acertijo que durante tantos siglos confundió a los marineros, se resolvería.

¿Pero cómo se podría embotellar el tiempo? Una forma obvia de hacerlo es poner un reloj a la hora del puerto de partida. Desafortunadamente, en 1707, ningún reloj, en el mar ni en tierra, podía medir el tiempo con suficiente precisión para ser confiable. El tiempo preciso sencillamente no podía viajar.

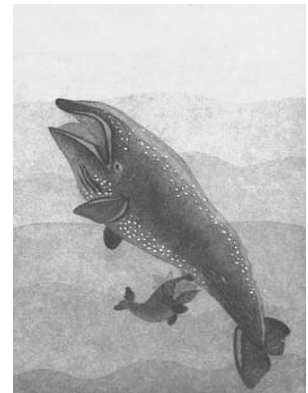
Kathryn Lasky, "Cuestión de tiempo" en *El hombre que hizo viajar al tiempo*. México, SEP-Planeta, 2006.

166. Ballenas

Las ballenas son seres muy grandes e inteligentes y además les gusta viajar a nuestro país; ¿sabes por qué?

Todos los años, las ballenas viajan de las aguas del Ártico, cerca del Polo Norte, a lugares de México, como el Mar de Cortés o Puerto Vallarta. ¿Cuál es la razón por la que recorren una distancia tan grande? No es ningún misterio. El hecho de que venga a vacacionar a México durante tres o cuatro meses, obedece a dos razones: dar a luz a sus ballenatos y aparearse.

Además, hay una verdad indiscutible: las bahías de México han servido para que la ballena gris no desaparezca. Para protegerla, el Gobierno de México declaró refugios las bahías Ojo de Liebre, en 1971, y San Ignacio, en 1979. Las primeras en llegar son las hembras embarazadas; después lo hacen las hembras jóvenes y los machos. Una vez instaladas se organiza el cortejo. Llenan nuestras bahías de un escandaloso bullicio. Se tiran agua y juegan en la superficie. Si hay alguna ballena herida, las demás cuidan de ella y la ayudan en todo lo que pueden.



La hembra es cortejada por dos o más machos, sin rivalidad aparente entre ellos. Cuando se acoplan, el ruido que producen el choque y el frotamiento de las zonas ventrales se escucha desde lejos. En realidad es toda una fiesta.

A los cuatro años y medio la hembra está ya en condiciones de tener ballenatos y lo puede hacer cada dos años.

El embarazo dura entre nueve y doce meses. Cuando la madre expulsa al ballenato, que nace de la cola, éste intenta subir a la superficie para tomar aire. La madre lo ayuda en su primera tarea en el mundo marítimo. Lo empuja hacia arriba con la cabeza, se sumerge a veces y vuelve a salir con su hijo sobre el lomo. Así el recién nacido respira.

Cuando la mamá ballena gris lo alimenta, el ballenato mexicanito no tiene necesidad de pegarse ni de absorber del pezón materno, sino que la madre, realizando una contracción muscular, le lanza a la boca un chorro de leche de unos cuatro litros. Y así lo hará hasta que su hijo cumpla seis meses.

Después de tantos días de fiesta y escándalo, la ballena gris dormita. Lo hace de tal manera que parece una isla durmiendo.

Ahora ya sabes por qué a las ballenas les gusta viajar a nuestro país, y también aprendiste cómo nacen.

Guillermo Samperio, "Ballenas" en *El agua y tú*, Armando López, ilus. México, SEP-CONAFE. 2000.

167. Dedos de Luna

Una noche, días después, apareció en el cielo una media luna. Un tecolote cantaba al silencio. Y Don Gregorio murió. Toño no podía creer que su abuelo se hubiera ido. Sentía dentro de él una soledad que nunca antes había conocido. Don Gregorio siempre había estado allí, como el aire o las nubes del cielo.

Un día, sin saber por qué, Toño caminó con desgano hacia el taller, donde habían pasado tanto tiempo riendo y trabajando. El olor a pintura y madera lo saludó y las

lágrimas llenaron sus ojos, aunque no se dio cuenta. Pensó en los dedos de luna, largos y delgados. ¡Cómo le hubiera gustado acariciarlos en ese momento, tocar esos dedos de luna!

Vio las máscaras de la pared. Miradas fijas, vacías, insolentes.

Las odió. Las odiaba a todas. Quería olvidarlo todo, olvidar las máscaras y el dolor de su corazón. "¡Olvidar, olvidar, olvidar!" gritaba para sus adentros.

Y con golpes feroces arremetió contra las máscaras, enchuecando algunas y quebrando otras.

A través de sus lágrimas, la máscara del anciano lo miraba con malicia. Toño la tiró al suelo. La cara quedó herida, con la barba rota. Después todo quedó tranquilo, muy tranquilo, menos el latido de su propio corazón.

–Yo también lo quería –susurró alguien en el silencio.

Toño volteó lentamente. Era su madre.



–No te enojés, hijo –le dijo en voz baja.

–Es que... no lo puedo evitar –balbuceaba el muchacho–. No es justo. Teníamos tanto que hacer juntos. Me iba a enseñar...

–Nunca estamos preparados para perder lo que queremos –lo interrumpió su mamá tiernamente–. ¿No fue una alegría tener un abuelo como el tuyo, un hombre cariñoso y tierno que hizo cosas bellas? ¿No fue un gusto aprender de él?, ¿ver el mundo a través de su bondad?

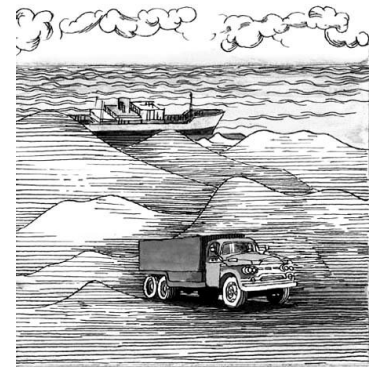
Toño se quedó mudo.

–No te enojés por lo que no puedes cambiar –dijo la madre–. Tu abuelo se ha ido, pero tenemos recuerdos de él. Mira las bellas máscaras que nos dejó.

168. La sal

En algunos pueblos antiguos, la sal era muy codiciada, llegando a utilizarse como moneda. Todavía usamos la palabra salario, que se refería al pago con sal. Hubo guerras por obtenerla, ya que es indispensable al organismo. Además, sin ella, nuestras comidas resultarían insípidas y desagradables.

¿Has visto como se extrae? En la playa se construyen estanques de baja profundidad que se llenan de agua de mar. En poco tiempo, el sol la evapora, dejando en el fondo los pequeños cristales. Después, en camiones o barcos, son llevados a las fábricas para su refinación, empaque y venta. Así es como llega a la cocina de tu casa.



También lejos del mar hay depósitos naturales. Se llaman minas de sal y están formadas por mares que se secaron hace millones de años. La mina de sal más grande del mundo está en México, en Guerrero Negro, Baja California.

Para vivir necesitamos agua dulce. Sólo en una emergencia grave, como un naufragio, podemos tomar agua de mar; y en muy pequeñas cantidades, pues el exceso de sal daña tu salud.

El agua dulce está en diversos sitios: congelada en los polos y en los picos nevados de las montañas; líquida en los lagos, lagunas y ríos, en los manantiales y depósitos subterráneos. Sin embargo, en la Tierra hay más agua salada que dulce y, en muchas poblaciones, el agua es insuficiente.

Ha sido necesario construir instalaciones para convertir el agua de mar en agua dulce. Las plantas desaladoras, que son muy costosas, se utilizan para este trabajo. En México existen varias que producen agua para beber, lavar y regar las plantas.

Cerca de la superficie del mar, viven millones y millones de animalitos y plantas que sólo se pueden ver con una lupa o un microscopio.

Francisco Reyes Palma, "La sal" en *El agua y tú*, Arnaldo Coen, ilus. México, SEP-CONAFE, 1987.

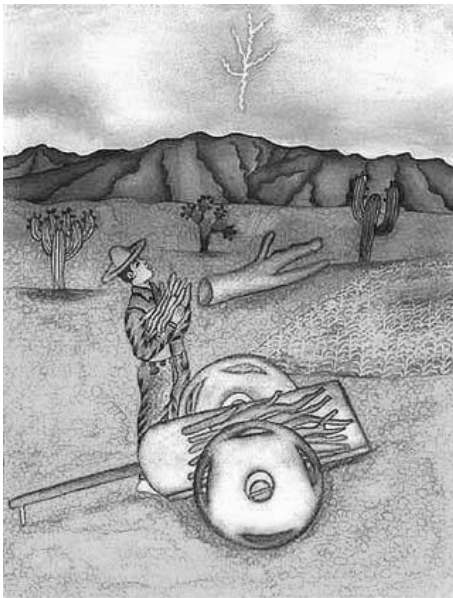
169. El tronar del cielo

Un día, el señor Sabino fue a recoger leña al campo con su carreta. Y fue sin preocupación alguna. Recogió la leña que un día antes había cortado, comenzó a rajar otros troncos y de pronto oyó un grito, un quejido que venía de allá de muy lejos.

El leñador suspendió su tarea y caminó hacia donde había surgido la voz. Cerca de una arboleda escuchó de nuevo el lamento y descubrió que éste salía de un árbol de mezquite que tenía forma de horqueta.

Se aproximó al lugar con miedo, pero pensó también que, a lo mejor, el quejoso necesitaba ayuda. Ya frente al mezquite, vio que el señor Rayo estaba atrapado entre la horqueta y una piedra. Entonces supo que la voz pertenecía al mismo señor Rayo.

—Oye, Sabino —dijo el señor Rayo—, mira esta desgracia mía. Me encuentro aquí desde hace muchas horas y la luz se me está acabando. No sé no cómo me atrapó el árbol. Estoy muy triste porque no puedo salir al mundo para continuar mi labor. Tú sabes, hacer tronar el cielo, anunciar lluvias y tempestades.



—¿Y si tu electricidad me mata? —dijo el señor Sabino.

—No te preocupes —respondió el señor Rayo—, a estas alturas he perdido gran parte de mi fuerza.

—¡Bien, te ayudaré! —asintió el leñador.

No sin antes sentir un leve toque, retiró la piedra que se encontraba sobre el Rayo. Luego, sólo escuchó un fuerte chiflido que se elevaba al cielo.

Es así como, gracias al señor Sabino, el Rayo sigue existiendo en la tierra. De otro modo, habría quedado atrapado en aquel árbol.

Y ahí donde el señor Rayo ve al leñador siempre lo saluda con relámpagos y truenos.

170. Gigantes

Las montañas están llenas de misterio, y guardan en su interior antiguos secretos. Hay en ellas barrancas, cañadas, ríos y cuevas que ocultan tesoros; también hay bosques poblados de plantas y de animales.

Cuentan que hace muchísimos años, en lo más apartado de aquellas montañas, vivía una raza de hombres gigantes tan fuertes que podían arrancar los árboles con las manos y tan altos que, cuando caminaban por el bosque, sus cabezas sobresalían y rozaban las nubes.

Estos seres hicieron construcciones enormes como ellos, de las que ahora sólo quedan algunas ruinas a las que se llama pirámides.

Dicen que esos gigantes tenían el ombligo en la frente, pero ya luego se les pasó a la panza. Algunos tenían un solo ojo.

La raza se fue extinguiendo por falta de alimentos; pues, como no cultivaban la tierra, acabaron con todo lo que había. Sin embargo, todavía quedan algunos gigantes. En Veracruz los llaman chilobos; son muy peludos, les crece el pelo por todas partes y tienen los pies al revés.

Algo muy importante es que, para huir de un gigante, el hombre debe seguir sus huellas; de lo contrario, acabará encontrándose con él.



Los gigantes casi nadie llega a conocerlos, ya que viven en las cuevas de los barrancos más profundos. Les gustan los caracoles de río, y comen tantos de una sola vez que dejan en las orillas montones de conchas. Por ellas se sabe que ahí estuvieron.

Algunos hombres valientes y curiosos que han subido a lo alto de las montañas se han topado con huesos de gigantes, y aseguran que son enormes y pesadísimos. (Dicen que una muela puede servir de banco a un niño.)

Pero el que los encuentra tiene que conformarse con mirarlos y abandonarlos, pues, si se los lleva a su casa, el espíritu del gigante se le aparece en la noche para reclamárselos.

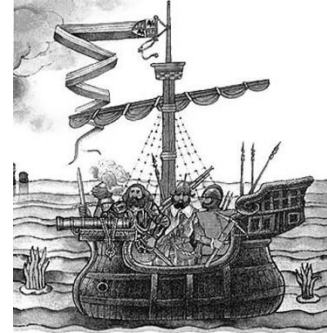
Ma. Teresa de Maria y Campos, "Gigantes" en *Animales fantásticos y más leyendas*, Laura Almeida, ilus. México, SEP-CONAFE, 2000.

171. La conquista

En Tenochtitlán un día se corrió la voz...

Habían llegado unas como torres o cerros pequeños flotando por el mar. En ellos venían gentes extrañas. Hombres con la piel clara y barbas largas.

Moctezuma, nuestro señor de Tenochtitlan, estaba preocupado por hechos extraños que había soñado y se afligió aún más con estas noticias. Consultó a los sabios. Según los códices, había presagios de que por este tiempo iba a regresar el venerado dios Quetzalcóatl. Al partir, muchísimos años antes, así lo había anunciado.



Nació en Moctezuma una duda. ¿Era ésta la tan esperada llegada de Quetzalcóatl? ¿Regresaban los dioses? Mandó embajadores a la costa para conocer a los recién llegados, para conversar con ellos y agasajarlos. Les envió maravillosos regalos: un disco de oro y otro de plata, con figuras del Sol y la Luna; joyas y piedras preciosas; muchas mantas y un traje ricamente bordado, por si fuera necesario engalanar al buen dios.

Los embajadores se acercaron en canoas hasta los barcos. Subieron, y allí conversaron.

Hablaban distintos idiomas: nuestros embajadores, el náhuatl; los blancos, quienes, más tarde supimos, eran españoles, una lengua llamada castellano. Los acompañaban los intérpretes: Malintzin, una joven indígena que hablaba las lenguas maya y náhuatl, y



Jerónimo de Aguilar, un náufrago español que conocía el maya. Los españoles quisieron impresionar a los embajadores, y dispararon los cañones y unas armas más pequeñas; las llevaba cada uno y se llamaban arcabuces. El estruendo de los disparos causó pánico entre los embajadores.

Nosotros no conocíamos las armas de fuego. Luchábamos con flechas, con lanzas y con los macáhuatl, una especie de garrotes con pedazos de obsidiana incrustados. Esta piedra tan dura la tallábamos para hacer puntas de flecha y joyas muy hermosas.

Los españoles, por su parte, recibieron con gran contento los regalos de oro. Trataron con amabilidad a los mensajeros, los cuales regresaron presurosos a Tenochtitlan para informar a Moctezuma. Le mostraron las pinturas que habían hecho de los españoles, y le dieron noticia de cuanto habían visto.

Miguel León Portilla, *La conquista*, Felipe Dávalos, ilus. México, SEP-CONAFE, 2000.

172. La pulga aventurera

La pulga, llorosa y desesperada, suplicó al ratón:

–Escóndeme en tu casa, ratón, por favor. Me iré en cuanto el campo de batalla esté tranquilo.

–¿En cuanto qué? –dijo el señor ratón.

–Es que tres mujeres me vienen persiguiendo y me quieren matar. Ayúdame.

El ratón pensó un momento.

–Está bien –dijo–, puedes quedarte; pero que no se te ocurra acercarte a mí.

Y así la pulga se quedó a vivir en la casa del ratón. Al pasar los días se hicieron grandes amigos; cada uno contó al otro la historia de su vida.

Suspirando, la pulga le platicó que le gustaría terminar su vida en un zoológico para poder chupar sangres exóticas, de distintos sabores. Por su parte, el ratón confesó que tenía unas ganas locas de tener un bonito reloj como el del dueño de la gran casa.

Esa misma noche, la pulga, con sigilosos brincos, llegó hasta la cama donde descansaba un hombre. Al escuchar el tic-tac del reloj la pulga dudó:

–¿No será una bomba? –y prosiguió–: ¡No puede ser! ¡Ánimo! ¡Valor!
¡Al ataque!

La pulga cayó sobre su víctima y la atacó con gran velocidad; le picó en las piernas, en la panza y en los brazos, hasta que lo despertó.



Con gran escándalo, el hombre buscó a la autora de tales piquetes. En medio de un revuelo de cobijas, sábanas y almohadas, un reloj de bolsillo cayó al piso, sin que el furioso hombre se diera cuenta.

Renegando, reacomodó las cobijas, se calmó y volvió a dormirse.

¿Podrá el ratón quedarse con el reloj que cayó al piso?

José Antonio Zambrano, "La pulga aventurera" en *La pulga aventurera y otros cuentos*, Luis Jasso. ilus. México, SEP, 1987.

173. La vendedora de nubes

–¡Niña, las nubes no se venden!

–Pues yo la tengo que vender porque en mi casa estamos muy pobres.

–Yo soy licenciado, niña; y puedo afirmarte que las nubes no son de nadie, por lo tanto no pueden venderse.

–Pero ésta sí, es mía: me sigue a todas partes.

–En primer lugar, ¿cómo te hiciste de ella?

–Una noche la soñé y tal como la soñé amaneció frente a mi puerta.

–¡Con mayor razón! ¿Quién vende sueños? La juventud de ahora anda de cabeza.

El licenciado se aleja refunfuñando. Tras él, una señora se detiene. Lleva puestos unos collares tan largos que casi no la dejan avanzar; y brillan tanto que lastiman los ojos:

–A ver, ¿de qué es tu nube?

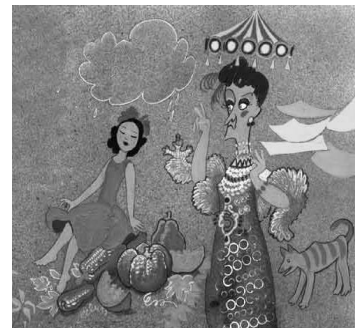
–De agüita, señora.

–¿Es importada?

–No, señora, es de aquí.

La señora arruga la nariz.

–Le puede regar su jardín –insiste la niña, le puede adornar el ventanal de la sala.



–¿Para que parezca cromo? ¡Dios me libre! Las nubes son anticuadas. Decididamente tu nube no tiene nada especial.

La niña sonríe a la nube para animarla. "Olvida el desaire", le dice; y todavía est a con la cabeza en el aire cuando un político de traje acharolado medita frente a ella:

–Creo que tu nube, niña, puede ser un elemento positivo en mi campaña para diputado.  Sabr a escribir letras en el cielo?

–Depende de las letras.

–Las del nombre del candidato. Todos las verían escritas encima de la ciudad. Si vienes mañana al centro, a la sede del partido...



–Oh, no señor, yo al centro no voy y menos a una oficina. All a hay mucho smog, del más denso y negro, y se me tizna mi nube.

–Te pago un buen precio.

–No señor, fíjese que no.

El político se da la media vuelta.

Magda Montiel S. y Elena Poniatowska "La vendedora de nubes" en *La Vendedora de Nubes y otros Cuentos*, Antonio Esparza, ilus. México, SEP-CONAFE, 1987.

174. El insomnio de la bella durmiente

La Bella Durmiente tenía insomnio  Qu  tragedia!

T  recordarás el cuento de la Bella Durmiente: la maldición del hada mala y cómo la princesa se pincha el dedo con un huso de hilar y cae como muerta. Recordarás que interviene el hada buena y modifica el hechizo:

–La princesa no morir . Dormir  por cien años y entonces vendrá un príncipe a despertarla.

También te acordarás que todo el palacio se duerme y crece un espeso bosque a su alrededor.

Todo había salido bien hasta ese momento. Dormían ya el rey y la reina, los perros y los canarios, las damas y el rey y la reina, los guardias y los lacayos. Dormían el fuego en la chimenea y el agua de la fuente, pero la protagonista del cuento, la mismísima Bella Durmiente, ¡tenía insomnio y no se podía dormir!

El hada madrina no sabía qué hacer. En todo aquel palacio dormido sólo velaba el aya anciana que había criado a la princesa y había venido a vigilar su sueño. ¡Pero no había tal sueño! La Bella Durmiente padecía insomnio.

El hada agitaba en vano su varita mágica: la princesa no se dormía. Se paseaba con el aya por los salones dormidos pero no le llegaba el sueño.

–¡Esto no es posible! –se quejó la anciana, fatigada de caminar– ¡La Bella Durmiente no puede pasar cien años despierta!

–¡Estaré hecha una ruina cuando aparezca el príncipe! –exclamó la pobre princesa–. Hada madrina, ¡tienes que hacer algo!

El hada se quedó pensativa un momento. Luego exclamó:

–¡Ya sé! Pediré prestada la manzana de Blancanieves. La morderás y caerás como dormida. Contrataremos a los siete enanos: ellos te fabricarán un precioso ataúd de cristal para que te encuentre el príncipe.

–¡Noooo! –protestó la princesa–. ¡Yo no quiero al príncipe de Blancanieves, ella se pondría celosa! Yo quiero mi propio príncipe. ¡Este es mi cuento! –sollozaba.

–Podríamos cambiarle el nombre... –meditó el hada–. Ponerle... “La Bella Insomne del Bosque”... Pero significaría mucho trabajo extra –recapacitó–. Habría que irse al siglo XVII y cambiar el texto original, contratar otras seis hadas madrinas, una bruja especial, ¡el sindicato de brujas protestaría por las horas extra! Y, con la inflación –terminó diciendo el hada– el costo sería prohibitivo.

La inflación. ¿Qué es la inflación? El aumento exagerado de los precios.

175. Los piratas

Un pirata totalmente diferente fue Bartolomé Robert, a quien todos llamaban El Bello. Era corpulento, moreno, guapo. Vestía ropas lujosas, llevaba al cuello una cadena de oro con una cruz de diamantes y lucía un sombrero ancho con una pluma roja.

Al desembarcar en un pueblo, Bartolomé el Bello hacía desfilar a sus compañeros por las calles principales. Luego entraba él y se hacía entregar las llaves de la ciudad, como si en verdad fuese un huésped de honor o un invitado especial. Finalmente, capturaba a los hombres más fornidos y los obligaba a convertirse en piratas.

Cuando Bartolomé el Bello murió, su cuerpo vestido de púrpura y encajes fue arrojado al mar. Así lo había ordenado él, que fue el más elegante de los piratas.

Y bien, como sucede con todas las cosas de este mundo, llegó un día en que los piratas empezaron a desaparecer, casi tan rápidamente como habían aparecido. Para que tal cosa ocurriera hubo muchas razones.

Uno de los motivos fue que la mayoría de los países del continente americano comenzaron a independizarse, y España ya no podía llevarse nuestras riquezas en sus barcos.

Los piratas se aburrían enormemente en sus refugios, esperando en vano el paso de los galeones españoles. Claro que seguían pasando otras naves con valiosos cargamentos. Pero sucedía que los tiempos habían cambiado mucho, y ahora esos barcos se movían impulsados por motores. Y los piratas, cada vez más empobrecidos, sólo tenían barcos de vela, demasiado lentos para alcanzar a los buques modernos.

Además, cuando los hombres empezaron a usar la comunicación por radio, los pocos piratas que quedaban en el mundo no podían dar un solo paso sin que los capitanes de los barcos lo supieran.

Por otra parte, como tú sabes, luego se inventaron los aviones, con los cuales se puede vigilar el mar sin que se escape un solo pescadito. Y por último, empezó a utilizarse el radar, que es un aparato que capta la presencia de cualquier intruso.

Bueno, con todo esto, los piratas tuvieron que abandonar su viejo oficio y ponerse a trabajar como las demás personas.

Francisco Fernández, *Los piratas*. México, SEP-CONAFE, 1987.

176. Un muchacho valiente

Al cabo de un rato de sollozar, se calma un poco, se seca las lágrimas: ¡Nico es un muchacho valiente!

Pensó que debía hacer algo, que no podía quedarse allí horas y horas. Reprimió el último sollozo, se secó los ojos con la manga, se levantó y echó a andar hacia al pueblo.

Coatepec era una población risueña y florida, pero Nico no estaba de humor risueño. Preocupado por la mala jugada que le había hecho Orovolante, pensaba qué podría hacer si el caballo tardaba mucho, o no regresaba, pero no se le ocurría nada.

Llegó a una plaza grande, el Zócalo, con árboles, plantas, un quiosco y un puesto de refrescos. Nico se fijó en una muchacha jovencita, no mucho mayor que él, con delantal blanco, que lava vasos. La muchacha levantó los ojos, lo vio y le sonrió.

–Oye... ¿Yo no podría trabajar aquí, lavando vasos como tú?

–No creo que quieran a nadie más. Pero, mira, quieres trabajar, ¿por qué no vas a ofrecerte en el restaurante? Allá, del otro lado, ¿ves?

–Voy a probar. Gracias por el consejo. Adiós.

Atravesó el zócalo y se dirigió al restaurante. Delante de la puerta había algunos coches estacionados. Entró, se acercó al mostrador y preguntó al que parecía ser el dueño si podía emplearlo.

–No para quedarte. Pero hoy, precisamente, nos ha caído un montón de turistas y nos falta un muchacho en la cocina que no se presentó. Si quieres ayudar, sólo por unas horas, te daremos de comer y... si lo haces bien... vaya, cuatro pesos.

Nico aceptó, contento. Cuatro pesos le parecían una fortuna. El patrón lo llevó a la cocina y gritó que ahí tenían a un ayudante.

Pasó tres horas limpiando platos, amontonándolos junto al fregadero, lavando cazuelas, secando cubiertos...

Luego, en la mesa de la cocina, comieron él y los otros lavaplatos, mujeres y muchachos. ¡Qué comilona! Había arroz, frijoles, salsa verde picante, plátano frito, nopalitos, carne molida... ¡Cuántos días hacia que no había comido así!

Y después, además, se embolsilló cuatro pesos.

Salió muy contento del restaurante. Pensó en Orovolante, sintió una punzada de pena, pero en seguida se encogió de hombros. Soy listo –se dijo–: ¡me las arreglaré sin él! Si es necesario, volveré a la casa en camión. ¡Ya me las arreglaré!

Al anochecer, se tumbó en un rincón del zócalo y durmió; se despertó con el sol sobre la cara.

“Antes que nada –pensó–, iré a ver si regresa Orovolante. Si no, buscaré alguna chamba”.

Y, ¿quién es Orovolante? Pues, vayan ustedes a saber. Si alguien quiere averiguarlo, va a tener que leer el libro, creo yo.

Anna Muriá, “Un muchacho valiente” en *El maravilloso viaje de Nico Huehuatl a través de México*. México, SEP-CELTA Amaquemecan, 2002.

177. Todo puede suceder

–Estamos en un cuento –replicó la rana–. Y en un cuento todo es posible.

–Ah... –se limitó a decir Julio –. Si es así la llevaré conmigo.

–y como no era grande ni pesada, la envolvió en su paliacate, y así andaban.

La rana era muy culta, lo que quiere decir que sabía infinidad de cosas: había estudiado matemáticas y filosofía, y sabía también de historia y geografía. Pero para vivir... lo que se dice vivir... nada de aquello le servía. La pobre se hacía un verdadero lío. Viajaba –supo Julio después– para olvidar un desengaño amoroso. No era alegre, pero estaba llena de dichos, refranes y consejos. A Julio le gustaba oírla hablar. Tenía una opinión sobre cada cosa.

Con la piedra la relación era otra. Julio la miraba y ella se dejaba mirar. Y ahí se estaba quieta, melancólica y pensativa.

–Nos vas a extrañar –sentenció la rana–. Vas a ver...

Y Julio sabía que la rana tenía razón.

Un día tropezaron con un muchacho. Éste pretendió hacerse pasar por amigo pero, cuando hizo confianza, quiso llevarse el reloj del padre del abuelo de Julio.

Fue la piedra la que sospechó y, de algún modo, puso en aviso a la rana, quien le dijo a Julio. Y la rana, como rana, croaba debajo del



sombrero; y la piedra, como piedra, apedreaba desde la mano de Julio, y el pillo se vio obligado a correr.

Y así viajaban, contentos de ir juntos; y aunque cada cual a su modo ya los conocían, juntos volvieron a conocer la noche y el día, las nubes, la lluvia, las estrellas, las flores, los árboles, los caminos...

Cuando ya estaban muy próximos a su destino, de repente exclamó la rana:

—¿Y nuestra amiga?, ¿dónde está nuestra amiga la piedra?

¿Qué hacen juntos una piedra, una rana y un niño llamado Julio? Bueno, ya quedamos que los libros hay que leerlos completos. ¡A ver quién es el primero que encuentra éste.

Marinés Medero, "Todo puede suceder" en *La pulga aventurera y otros cuentos*, Anheló Hernández, ilus. México, SEP-CONAFE, 2000.

178. M de mujer

Ir a buscar agua, cuidar a los niños, trabajar en el campo, hacer la comida, vender la cosecha en el mercado, lavar y planchar la ropa, dar de comer a los animales, mantener la casa limpia y recogida, atender al marido, cuidar a los abuelos... Éstas son algunas de las tareas cotidianas que las mujeres realizan en gran parte del mundo; por ejemplo en Mauritania, cerca del río Senegal, que delimita la frontera entre los dos países —Mauritania y Senegal, en África—, trabajan de sol a sol y también a la luz del diesel.

La periodista nigeriana [*de Nigeria*] Donu Kogbara dice que en África, cada vez más, las mujeres se niegan a aceptar la feminidad que se espera de ellas, una feminidad sometida, atemorizada, dependiente. ¡La evolución se ha puesto en marcha!, Dice Donu Kogbara.

En los pueblos de Wothie, Thide, Ari Ara y Djoudé, las mujeres quieren participar en el progreso de su comunidad y por eso se han organizado en cooperativas agrarias. En largas reuniones hablan sobre cuáles son los mejores proveedores de semillas, como pueden reducir los costos de producción, a quien pedir un crédito para comprar una camioneta que les permita ir a vender al mercado de la capital, Nouakchott, los excedentes de la cosecha a un mejor precio. Para llevar a cabo esta tarea también quieren

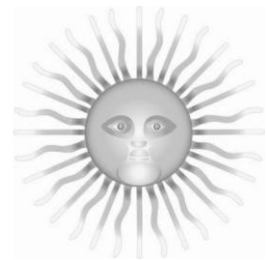
estar informadas y aprender a leer y escribir, un “privilegio” vedado a los más pobres y a las mujeres. Por eso, para alfabetizarse, aprovechan al máximo el poco tiempo disponible. ¡La evolución se ha puesto en marcha!

En la cooperativa de mujeres de Whotie también hacen jabón para venderlo. Es muy sencillo funden unas velas, añaden el aceite de una semilla llamada karité, mezclan los ingredientes con un poco de harina y jabón en polvo y ponen la pasta en unos moldes. Hay que esperar 24 horas para sacar las pastillas de jabón del molde.

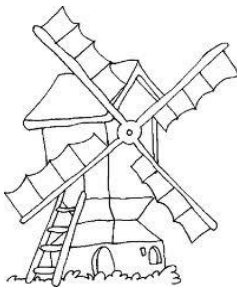
Tomás Abella, *M de mujer*. México, SEP-Celisia, 2006.

179. El rey Sol

Nuestra energía procede principalmente del Sol. Él es el amo del viento, de las nubes y de la lluvia. Gracias a él, el agua se evapora y las plantas crecen, transformando la energía luminosa en energía química. Las plantas a su vez proporcionan madera, y son el origen de la formación del carbón. Cuando comemos vegetales, recuperamos la energía del Sol, que se origina en las reacciones nucleares que en el corazón de nuestra estrella, el Sol, transforman los átomos de hidrógeno en helio.



Las aspas del molino



El viento y el agua son fuentes de energía inagotables, pero caprichosas: tanto la fuerza del viento como el caudal de los ríos varía. Su energía mueve desde hace siglos las ruedas de los molinos. Los molinos de agua fueron inventados por los romanos en el siglo I antes de Cristo. Utilizan la fuerza de la corriente de un río o la de un salto de agua para hacer girar una rueda de aspas. Cuanto más fuerte es la presión del agua sobre las aspas más rápido gira la rueda. Los molinos hacían girar una gran piedra llamada muela que aplastaba el grano para hacer harina. Los molinos de

viento aparecieron en Persia hacia el siglo VII, y se extendieron después por todo el mundo. Algunos funcionan todavía hoy.

El fondo de la Tierra

El carbón, el gas y el petróleo se formaron muy lentamente bajo la tierra, hace millones de años. Estas fuentes de energía fósiles son fáciles de usar y almacenar, pero algún día se agotarán: ¡harían falta millones de años para renovarlas!

Hace dos mil años, los chinos ya usaban el carbón y el gas para cocinar, alumbrarse y calentarse. En Europa se extrae carbón de las minas, desde la Edad Media. Al arder, el carbón produce mucho calor. El primer pozo de petróleo se perforó en 1859 en los Estados Unidos. ¡Este líquido es tan valioso que se le llama oro negro!

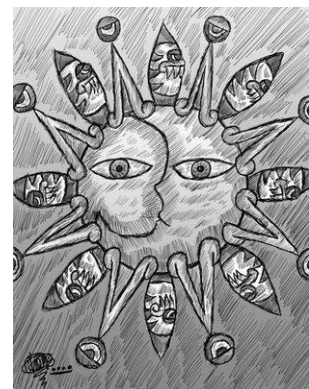
Diane Costa de Beauregard, "El rey Sol" en *Del big bang a la electricidad*. México, SEP-SM, 2002.

180. Luces misteriosas

Durante siglos, la gente se ha preguntado acerca del mundo que la rodea y ha tratado de explicar las cosas sorprendentes que ocurren sobre la Tierra y en el cielo. Piensa en los eclipses, por ejemplo— ¿Cómo explicarías tú lo que sucede, si no tienes forma de saber qué es lo que ocurre durante un eclipse? Los antiguos chinos creían que el sol desaparecía porque se lo comía un dragón. Tocaban tambores para asustar al dragón y, ¡claro!, el Sol volvía a aparecer.

Hoy en día se sabe que esto no es cierto. Ahora hay una explicación científica para lo que ocurre. El sol deja de verse porque, de vez en cuando, al moverse la Luna y la Tierra en sus órbitas, la Luna se interpone entre la Tierra y el Sol. Es como si pusieras la mano (la Luna) entre tu cabeza (la Tierra) y una lámpara encendida (el Sol).

Por siglos, la gente ha mirado hacia arriba para ver "las luces del Norte", misteriosas y trémulas en el cielo nocturno. Los esquimales de Alaska creían que estas luces, la *aurora*



boreal, eran las almas de las focas, los caribúes y las ballenas. Los indios algonquinos, de Canadá y los Estados Unidos, creían que las luces eran los reflejos de la inmensa hoguera que encendía el Gran Espíritu.

Hace mucho tiempo estas luces asustaban a la gente que creía que anunciaban tiempos malos. En 1583 cuando esas luces brillaron en Francia, la gente se reunió en las iglesias para rezar. Las luces del Norte, o aurora boreal, son todavía maravillosas y sorprendentes. Pero los científicos saben ya que son naturales, no sobrenaturales.

Catherine, O'Neill, "Luces misteriosas" en *Grandes misterios de nuestro mundo*. México, SEP-Promociones Don d'Escrito, 2002.

181. La Tierra en el espacio

El inmenso universo está compuesto por millones de cuerpos: planetas, asteroides, cometas, estrellas, lunas y hasta planetas enanos, como ahora es considerado Plutón.

Nuestra Tierra pertenece al sistema de ocho planetas que giran alrededor del Sol. Éste nos envía luz y calor que hacen posible la vida: si estuviéramos más cerca del Sol, arderíamos; si estuviéramos muy lejos, estaríamos congelados.

La Luna, nuestro único satélite, gira alrededor de la Tierra en 28 días. Y mientras la Tierra rota sobre ella misma, también va girando alrededor del Sol. Cada vuelta de la Tierra dura 24 horas, y su viaje en torno al Sol dura todo un año. Como nuestro planeta rota sobre sí mismo, el Sol ilumina sólo una parte de la Tierra en un momento dado.

Clima y vegetación

En el Ecuador, donde los rayos del Sol caen perpendicularmente, hace mucho calor durante todo el año, llueve también con mucha frecuencia, pues el intenso calor hace que se evapore el agua y la transforma en lluvia. Por el contrario, las regiones más alejadas del Ecuador, los polos, son los lugares más fríos del planeta: el Sol no los calienta. El clima de una región depende,



en primer lugar, de su posición en el globo terráqueo; es decir, de la cantidad de Sol que recibe.

El clima depende también de los vientos fríos o calientes, de la altitud, así como de la proximidad del mar.

Además del Ecuador, que es la circunferencia más grande que puede trazarse en nuestro planeta, otras líneas imaginarias cuadrículan la Tierra. Éstas permiten ubicar con precisión un sitio sobre el globo. *[Conviene ir señalando el Ecuador y las otras líneas en un mapa.]*

Los paralelos son líneas paralelas al Ecuador y nos indican la latitud. Los meridianos dividen la tierra verticalmente, como los gajos de una naranja, y nos indican la longitud.

Catherine O'Neill, "La Tierra en el espacio" en *Mi atlas, mi planeta*. México, SEP-Tecolote, 2006.

I 82. Las cartas de Alain

He vuelto a soñar con Alain.

Sí. Estábamos jugando en la playa, cuando hasta la orilla se acercó un barco muy grande. Era igual a los barcos esos de los vikingos, que tenían una gran cabeza de dragón con la boca abierta y mostraban una mirada furiosa.

Alain y yo nos quedamos quietos como estatuas, esperando quizás que se bajaran del barco los famosos vikingos, que tan mala fama tienen por las películas que de ellos hemos visto.

Los vikingos fueron grandes piratas de los mares del norte. Inquietos navegantes, invencibles, a nada le temían. Dominaban los secretos del océano y, con sus enormes naves de remos y velas de colores, se alejaban de los mundos conocidos para irse muy lejos.

Esperamos y esperamos, pero del barco no salió ningún vikingo.

Entonces, ocurrió algo muy raro. Algo que en el sueño yo no podía explicarme y que ahora, cuando lo recuerdo, todavía no consigo entender.

Sin que mediara una palabra entre nosotros, Alain se fue caminando hacia la orilla del mar. De un salto llegó a la borda del barco y entonces éste, con el balanceo de las olas, se fue alejando suavemente de nuestras costas.

Desde la cubierta, Alain me decía adiós, con una extraña mirada.

Pero entonces, yo sentía algo a mi lado y ahí también estaba mi amigo Alain, diciéndole adiós al Alain que se iba en el barco.

Aunque estaba soñando, yo sabía que eso era algo completamente imposible. ¿Cómo iban a existir dos Alain: uno que se iba, otro que se quedaba conmigo?

Todavía no consigo explicármelo.

Hoy, cuando regresaba de la escuela, me encontré con Nico, otro de la pandilla, que venía del mar con su abuela.

También Nico es uno de mis mejores amigos. Él es negro como la noche y de ojos grandes y muy oscuros y se sabe muchísimos cuentos. Yo sé que, algún día, Nico será escritor, como mi padre.

La abuela de Nico, que es una anciana que siempre anda con un puro en los labios y parece más vieja que el fin de los tiempos, siguió su camino, y Nico se quedó conmigo, conversando en la acera.

Enrique Pérez Díaz, *Las cartas de Alain*. México, SEP-Alianza Editorial, 2004.

183. ¡Casi medio año!

Estoy en dos problemas. El primero es que tengo que enseñarle a mi mamá mi examen en el que me saqué tres punto cuatro para que lo firme. Eso va a ser muy incómodo para los dos. No me he acordado de pedirle a Tomasa que me enseñe a tender las camas y no tengo mucho tiempo, porque la maestra Sofía ha insistido mucho para que le llevemos el examen cuanto antes.

Mi segundo problema es que mi mamá está furiosa conmigo porque ayer invité a Luis Arturo a dormir de incógnito en mi casa. Pienso que mamá es un poco exagerada porque

sólo fue una noche y Luis Arturo casi no comió ni ensució nada. Pero hace mucho tiempo que yo no la veía tan enojada.

Resulta que el otro día llegó Luis Arturo a su casa y les enseñó a sus papás su examen para que lo firmaran. Lo malo es que se había sacado cero y no le salió la trampa de poner un uno delante del cero para que sus papás creyeran que se había sacado diez, porque la maestra Sofía había puesto tachecitos en todas sus respuestas incorrectas. Ayer me pidió que si me podía sentar con él en el recreo y me lo platicó todo. Es que Luis Arturo no tiene un mejor amigo para contarle sus problemas, y como yo me llevo bien con todos los del salón, me escogió para confiar en mí. Me contó que cuando les llevó el examen con cero a sus papás ellos se pusieron furiosos y le dijeron que era un inútil y que lo iban a sacar de la escuela para ponerlo a trabajar de cerillo en el supermercado. En serio que a los papás no se les ocurre algo más original. Eso de cerillo es lo que nos dicen todos pero, que yo sepa, jamás un compañero ha trabajado de cerillo de verdad. De todos modos Luis Arturo creyó que sí se lo iban a hacer y no le gustó demasiado esa idea, porque sabe que trabajando de cerillo no se va a hacer millonario nunca. Pobre, se veía muy desesperado. Tan desesperado, que de pronto, a medio recreo, sacó su sandwich de la lonchera y lo tiró a la basura con mucho coraje.

–Voy a hacer una huelga de hambre porque soy una bestia –me dijo.

Mónica Beltrán Brozon. *¡Casi medio año!* México, SEP-SM, 2003.

184. La señorita Honey

Matilda empezó la escuela un poco tarde. La mayoría de los niños empiezan la escuela primaria a los cinco años o un poco antes, pero los padres de Matilda, a los que, en todo caso, no les preocupaba mucho la educación de su hija, se olvidaron de hacer los arreglos precisos con anticipación. Cuando fue por primera vez a la escuela tenía cinco años y medio.

La escuela para niños del pueblo era un edificio tristón de ladrillo, llamado Escuela Primaria Aplástalos. Albergaba a unos doscientos cincuenta niños, de edades

comprendidas entre cinco y poco menos de doce años. La directora, la jefa, la suprema autoridad de ese establecimiento, era una dama terrible, de mediana edad, llamada señorita Tronchatoro.

A Matilda, como es natural, la asignaron a la clase inferior, donde había otros dieciocho niños, aproximadamente de su misma edad. La profesora era la señorita Honey, que no tenía más de veintitrés o veinticuatro años. Tenía un bonito rostro ovalado pálido, de Virgen, con ojos azules y pelo castaño claro. Su cuerpo era tan delgado y frágil, que daba la impresión de que, si se caía, se rompería en mil pedazos, como una figurita de porcelana.

La señorita Honey era una persona apacible y discreta, que nunca levantaba la voz y a la que raramente se veía sonreír, pero que, sin duda, tenía el don de que la adoraban todos los niños que estaban a su cargo; parecía comprender perfectamente el desconcierto y el temor que tan a menudo embargaba a los niños a quienes, por primera vez en su vida, se les agrupa en una clase y se les dice que tienen que obedecer lo que se les ordene. Cuando hablaba a un desconcertado y melancólico recién llegado a la clase, el rostro de la señorita Honey desprendía una casi tangible sensación de cordialidad.

Matilda es un libro delicioso, y también hay una película con la historia de esta niña. A Matilda le gustaba mucho leer, pero su familia tenía horror a los libros.

Roald Dahl, "La señorita Honey" en *Matilda*. México, SEP-Alfaguara Infantil, 2002.

185. La canción de Mowgli

Mowgli es un niño abandonado en la selva cuando sus padres tienen que huir del ataque de Shere Khan, el tigre. Unos lobos se encargan de cuidarlo. El libro de las tierras vírgenes, donde se cuenta esta historia, fue escrito por Rudyard Kipling.

Esto es lo que dijo Mowgli, mientras bailaba sobre la piel de Shere Khan, el tigre, su enemigo.

Este es el canto de Mowgli. Y yo soy, el mismo Mowgli, quien lo canta. Que conozca la selva todo lo que he hecho.

Aseguró Shere Khan que me mataría. Que lo haría a las puertas de la aldea. Que mataría a Mowgli, esa pobre rana.

Comió y bebió. Bebe cuanto quieras, Shere Khan. ¿Volverás alguna vez a tener sed? ¿Volverás a soñar, feliz, en tu casa?

La soledad me rodea en los prados. Hazme compañía hermano gris. Ven aquí, Lobo solitario, que te vas a divertir. Pastorea los enormes búfalos, los toros de lomo azulados y ojos coléricos. Yo te diré por dónde van, errantes.

Su señoría Shere Khan está sumido en el silencio del profundo sueño. Vamos, despierta. Aquí estoy yo y detrás de mí los búfalos. Rama, su rey, escarba impaciente con sus pezuñas.

Aguas del Waingunga, ¿saben dónde se esconde Shere Khan? Él no es Ikki, el puercoespín, capaz de perforar la tierra. Tampoco es Mao, el pavo real. Ni Mang, el murciélago charlatán.

Bambúes, el viento los hace hablar moviendo suavemente sus cañas. Díganme, ¿dónde ha huido Shere Khan?

¡Ahuuu! Allí está, allí está. Vergüenza. Un tigre cojo bajo las patas de Rama. ¡Arriba, Shere Khan! ¡Salta y mata! Ahí están los búfalos. Rómpeles la columna.

¡Psss! Cuidado al despertarlo. Su fuerza es inmensa. Los buitres cayeron en picada; las hormigas subieron de sus negros agujeros. Todos quieren contemplarlo. Una gloriosa corte lo rodea.

¡Ah! No tengo una sola prenda para cubrir mis vergüenzas. Buitres, no se fijen en eso. Desnudo. Que mal me siento así delante de la imponente asamblea.

Préstame tu abrigo, Shere Kan. Préstame tu precioso abrigo de rayas, para que pueda presentarme en el Consejo de la Roca.

Por mi segundo padre, el Toro, hice una pequeña promesa. Muy pequeña. Pero es preciso que me prestes tu piel para cumplirla.

¿Ves este cuchillo? Es de cazador, con ese filo de odio con que matan los hombres. Ahora me inclino a la tierra a recoger tu regalo.

186. Racataplán

Había una vez una niña que vivía sola, en las afueras del pueblo, San Miguel o Santiago o San Juan o algún otro santo se llamaba; no lo recuerdo bien. En todo caso, era un caserío de tejados rojos y paredes blancas, con un alto campanario de piedra en el centro, que estaba posado, como si fuera un grupo de palomas, en lo más alto de una altísima montaña.

Que ¿por qué vivía sola esta niña? Eso sí que no lo sé. Esta historia tiene tres o cuatro misterios y éste es el primero y tal vez el más grande, el más misterioso de todos.

Lo cierto es que esta niña atendía sola su casita, de muros encalados y tejas de barro; sola arreglaba su ropa y sus zapatos; sola trabajaba en su huerto de membrillos y manzanos; sola cuidaba sus animales y todas las tardes los sacaba a pastar al monte. Sola iba al mercado y a la escuela y a la nevería, que estaba en la plaza, frente al templo...

Al caer la tarde, la niña pasaba llevando sus borregos, de regreso a su casita, de muros encalados y tejas de barro. A medida que se alejaba del centro del pueblo, las calles se iban haciendo más escarpadas y menos concurridas. Había cada vez menos gente y menos automóviles...

Así, en santa paz, iba transcurriendo la vida de Mariana. La niña pasaba el tiempo ocupada en sus faenas, en sus juegos, en sus tareas escolares y en la atención de su casita y de sus animales. Sus días corrían uno detrás del otro bajo la mirada de piedra de los ángeles y los santos de la capilla...

Cierto día, como desde hace siglos acostumbra hacerlo todos los años, llegó el verano con su escolta de aguaceros. Una tarde a fines de julio, una tarde oscura y fría, una tarde de rachas huracanadas en que había un cielo bajo, lleno de enormes nubes grises, Mariana sufrió el más terrible susto de su vida...

¿Qué fue lo que le paso a Mariana? Vamos a leer el libro para averiguarlo

Felipe Garrido, *Racataplán*. México, SM, 1998.

187. Mariposas

¡Las mariposas son tan bellas! Parecen flores que vuelan.

Las hay multicolores y de un solo color, de formas diversas, grandes y pequeñas.

En todo el mundo, tanto en los lugares fríos como en los calurosos, habitan millones de estos bonitos animales.

A menudo, los machos son de colores más vistosos que las hembras. Esto se debe a que la naturaleza las protege para que ellas pasen desapercibidas y no se expongan a riesgos. Pues, a fin de cuentas, son las hembras las que ponen los huevecillos...

Y ya que de echar a volar palabras se trata, papalote es una que proviene del náhuatl; en ese idioma, mariposa se dice, precisamente, "papálotl". De esa denominación se derivan otras, como "Papaloapan", que significa "río de las mariposas".

Los poetas aztecas cantaron:

*La mariposa,
que está hecha de oro,
y el colibrí,
que parece joya con alas,
saben dónde abren las flores
sus corolas y perfuman.*

Los aztecas convirtieron a la mariposa en diosa. La bautizaron con el nombre de Xochiquetzal, o sea, "flor preciosa". En sus grandes fiestas solían adornar las calles y las casas con flores, y disfrazaba a los niños de mariposa.

Hay más de 200 mil especies de mariposas. Todas son bellas y fascinantes. Si no existieran, seguramente el mundo se vería descolorido y triste.

188. La danza de las imágenes gigantes

Mi nombre es Nathaniel Maris. Para explicar de algún modo cuál es mi profesión, podría decir que soy un periodista especializado en temas relacionados con lo imaginario y lo fantástico. Habitualmente vendo mis artículos a la revista internacional *Imagination*, que, como su nombre lo indica, se ocupa de las actividades imaginativas del ser humano en todos sus aspectos: las artes, las ciencias, la vida cotidiana, etcétera.

Como habrás adivinado, yo fui uno de los muchos periodistas que presenciaron el insólito fenómeno que se narra en *Jardines del dirigible*. He sido invitado a participar en este volumen para esclarecer los numerosos interrogantes que planteó el caso de la fábrica aparecida. En efecto, te habrás preguntado, como hice yo también en aquellos días, ¿cuál era la finalidad de la misteriosa colección de espejismos de Demetrius Iatopec? ¿Qué proponía hacer con semejante acumulación de imágenes de ilusión óptica? ¿Cuántas tenía, cómo eran y dónde las guardaba? ¿Eran siempre iguales los métodos de captura?



Me propuse averiguar todo lo que pudiera acerca del enigmático y fabuloso personaje. Comprenderás que para mí era un tema apasionante del que podía surgir un gran reportaje, tal vez el mejor de mi vida.

Las líneas que siguen a esta presentación tratan de relatar con la mayor objetividad posible los resultados de mis pesquisas hasta llegar al desenlace del misterio. Pero antes de conocer la aventura que viví, vas a leer unos fragmentos del libro que Iatopec estaba escribiendo cuando sobrevino la catástrofe.

Es la primera vez que aparecen en un libro. El manuscrito está incompleto. Milagrosamente recuperé algunas hojas. Y también está inacabado. Quizá Demetrius se disponía a terminarlo aquella tarde, pero como después verás, lo abandonó durante el desastre final. Sin embargo, las páginas que produciré a continuación son de gran ayuda para llegar a conocer los delirantes planes de Iatopec. Lo que falta deberemos completarlo con nuestra propia imaginación.

Más bien, tendremos que completarlo buscando el libro, porque lo que tenemos en este momento es una fascinante serie de preguntas y mucha, muchísima curiosidad.

Joan Manuel Gisbert, "La danza de las imágenes gigantes" en *Escenarios Fantásticos*. México, SEP-SM, 2003.

189. Las naranjas iguales

El río

El hombre vio el río y se entusiasmó por su belleza... El hombre tomó el río y se lo llevó a su casa, esperando que allá le ofreciese la misma belleza. Pero entonces su casa se inundó y el agua se llevó sus cosas.

El hombre devolvió el río a la llanura. Ahora, cuando le hablan de las bellezas que antes admiraba dice que no se acuerda. No se acuerda de las llanuras, de las grandes piedras, de los reflejos del sol y de la hierba verde y suave. Recuerda solamente su casa anegada y sus cosas arrastradas por la corriente.



Pueblo de la botella

Un hombre vivía en la botella de vidrio, y no era considerado una persona de bien. Los buenos eran los tranquilos, los que no se movían. Los que estaban inertes. El aire era poco y el valor consistía en moverse y respirar lo menos posible.

El hombre, por no seguir el ejemplo de los buenos de la botella de vidrio, fue expulsado. Y se sintió hundido en la vergüenza y la tristeza.

En el mundo fuera de la botella se movió libremente y se convirtió en uno de los buenos. Y se olvidó del mundo de donde había venido.

Un día, al pasar al lado de la pared de vidrio, vio la quietud de sus antiguos compañeros. Intentó convencerlos de salir de ahí. Gritó y habló de lo ridículo de aquellas actitudes. Pero ellos no se movieron. No le dieron respuestas. Continuaron quietos e inertes tal como se exigía dentro de la botella.

El árbol que pensaba

Era un árbol que pensaba. Y pensaba mucho. Un día lo trasladaron a la plaza en el centro de la ciudad. Le cayó bien esa atención. Se entusiasmó, creció, se agigantó.

Fue cuando vinieron los hombres y podaron sus ramas. El árbol se extrañó del hecho y corrigió su crecimiento pensando que la dirección de sus ramas era la causa del enojo de los hombres. Pero cuando nuevamente se agigantó los hombres volvieron y otra vez amputaron sus ramas.

El árbol quería satisfacer a los hombres al juzgarlos sus benefactores y dejó de crecer. Y como ya no creció, los hombres lo arrancaron de la plaza y pusieron otro en su lugar.

Oswaldo Franca Jr., *Las naranjas iguales*. México, SEP-Nova Fronteira, 1997.

190. Si ves un monte de espumas y otros poemas

[El maestro puede dejar de leer alguna de estas poesías, para leer con más calma y con la participación de los alumnos las demás. O puede dividir las para leerlas en dos sesiones.]

El sapito glo glo glo

Nadie sabe dónde vive.

Nadie en la casa lo vio.

Pero todos escuchamos

al sapito: glo... glo... glo...

¿Vivirá en la chimenea?

¿Dónde diablos se escondió?

¿Dónde canta, cuando llueve,

el sapito glo, glo, glo?

¿Vive acaso en la azotea?

¿Se ha metido en un rincón?

¿Está debajo de la cama?

¿Vive oculto en una flor?

Nadie sabe dónde vive.

Nadie en la casa lo vio.

Pero todos escuchamos

cuando llueve: glo... glo... glo...

José Sebastián Tallón



Un cañón de chocolate

Un cañón de chocolate
contra el barco disparó,
y un cañón de azúcar, azúcar,
le contestó.
¡Ay, mi barco marinero
con un casco de papel!
¡Ay, mi barco negro y blanco
sin timonel!
Allá va la negra, negra,
junto, junto al español;
anda y anda el barco, barco,
con ellos dos.

Nicolás Guillén

¿Quién eres tú?

En un lugar de este monte,
cuando yo era un pequeñito,
encontré un camaroncito
hablando con un sinsonte.

¿Quién eres tú?

Yo soy la estrella y la nube.

¿Quién eres tú?

Canción del niño que vuela

El niño dormido está,
¡y qué sueño está soñando!
¿Qué sueña? Sueña que vuela.
¡Qué bien se vuela soñando!
Abre los brazos, los mueve
como un ave, y va volando...
¿Qué sueña? Que no es un sueño.
¡Qué bien se sueña volando?
En la cuna, quieto está.
Pero sonrío, soñando.
¿Qué sueña? Que vuela, vuela.
¡Qué bien se vuela soñando!

José Sebastián Tallón

Yo soy el viento que pasa.

¿Quién eres tú?

Yo soy el güijje del río.

¿Quién eres tú?

Yo soy la yerba temblando
de miedo bajo en roció...

Nicolás Guillén

191. Lotrodia

Esta es una lectura muy corta y lo más divertido es ver cómo está escrita. Así que voy a escribirla ahora, mientras la leo. [Puede ser escrita previamente.]

Lotro día hestaba pensando que siuno escribiera noimportacómoycadaunoKomo sele antojara, o antojase, másmerefiero en un poremploñorarlortografía, yque, enunporemplo, ponerse un asiento donde no ba, o faltarle hotrodondesíba... sería un verdadero desastres. ¡Poresocombienelartografía, ninios! ¡porque si cadauno escribe como se le antojase leeríésemos más despasio hi más lentamente que l vurro! ¡Higual i nos dán un pedaszcito para léer y nos demoráríamoz l montón... o 2 montón.



¡Niniosaganmén caso! ¡Respeten lortografíaporque sino nadiennoz va kerer leer lo que ezcrivamoz! ¡¡¡Ninsiquierasnozotros mismos!!!

Higual i l dianosencontramoz un papelitos cualkiera i nos daría flogeralerlo y resulta kedesia: “¡ganaste la lotería!” o “te kiero, cuchi cuchi” o “te kiero, cuchi cuchi, porqueganazte la lotería” ¡l ni nosenteramoz por kulpanueztra!

Eso heraloquestava pensando lotrodia.

Luis María Pescetti, “Lotrodia” en *Nadie te creería*. México, SEP-Santillana, 2005.

192. Enigmas del Nilo

[Si es posible, hay que acompañar esta lectura con un mapa.]

Dos aspectos del río Nilo intrigaron a los antiguos egipcios. Primero, el Nilo nunca se secaba, y segundo, al final del verano siempre se desbordaba. Esas inundaciones desconcertaban a los egipcios especialmente porque el verano era y es la época más seca del año. No sabían que las fuentes de los dos ramales del Nilo se hallan en climas diferentes.

El Nilo Blanco comienza en una selva tropical húmeda. Esta selva recibe lluvia durante todo el año, lo que asegura un abasto regular de agua al río. Además, los lagos que se encuentran a lo largo del cauce del Nilo Blanco guardan sus aguas, de modo que, aun cuando hay menos lluvia, el nivel del agua del río no baja. El nivel constante de agua del Nilo Blanco explica porqué siempre había agua en el Nilo en tiempos de los antiguos egipcios, incluso durante el verano.



La fuente del Nilo Azul está en las tierras altas de Etiopía, que reciben poca lluvia en invierno. Entre mayo y octubre, en cambio, caen 152 centímetros de agua en la región. Esta gran cantidad de agua alimenta el Nilo Azul y más adelante el río Nilo. Debido a que los ríos son incapaces de contener el agua adicional, inundan las tierras que están a sus costados.

En junio, el Nilo Azul comienza a desbordarse en Etiopía y Sudán, y en julio el nivel del Nilo empieza a subir en el sur de Egipto, y continúa aumentando hasta mediados de septiembre. En ese momento el Nilo en Egipto solía desbordarse. Hoy en día, sin embargo, la presa de Asuán previene en gran parte esta crecida. Durante noviembre y diciembre, el nivel del agua del Nilo en Egipto comienza a bajar, y alcanza su punto más bajo en marzo. Al cabo de unos meses, el Nilo comienza a subir de nuevo.

David Cumming, *El Nilo*. México, SEP- Signo Editorial, 2004.

193. En busca del olor perdido



Cuando, inundados por la nostalgia del olor desaparecido los habitantes se acordaron de leer los periódicos, para ver si allí les explicaban de dónde había venido, en lugar de leer, como de costumbre, los encabezados y luego las notas o buscar fotografías, o tal vez buscar la página editorial, comenzaron a aspirar el olor del papel periódico, de la tinta, del sudor de las manos del repartidor, de la grasa de la imprenta, y de todo lo que se pudiera aún percibir. Y así,

descubrieron un mundo hasta entonces ignorado. Se dieron cuenta, por ejemplo, que la tinta modificaba mucho el olor del papel, que los periódicos con fotografías a colores olían muy distinto a los de blanco y negro; poco a poco fueron descubriendo muchas diferencias que jamás habían imaginado.

En casa también las cosas cambiaron muchísimo. Una noche, por ejemplo, mis padres fueron a la cocina y frenéticamente comenzaron a sacar todos los ingredientes que guardaban en el refrigerador y en la alacena; emocionados destapaban jarras de mermeladas, conservas, cajetas, chiles en vinagre, chorizos, embutidos, frutas, verduras..., nada escapó de sus sedientas narices.

Mis hermanos, cansados de buscar olores entre sus juguetes —la mayoría hechos de plástico— y presintiendo que en la cocina habría más variedad, se les unieron en la tarea. Yo, que precisamente había contraído un inoportuno resfriado por el cual se me habían tapado por completo las fosas nasales, corría ansioso tras ellos tratando de adivinar sus sensaciones. Cuando vi que esto era imposible, les pedía desesperado que me las describieran, aunque muy pronto nos dimos cuenta de que describir un olor era de lo más difícil.

—Dime, ¿a qué huele esa mermelada amarilla? —le preguntaba a mi madre, que tenía la nariz hundida en un inmenso tarro.

—Pues... huele como a... guayaba..., ¡sí, eso es, huele a guayaba!

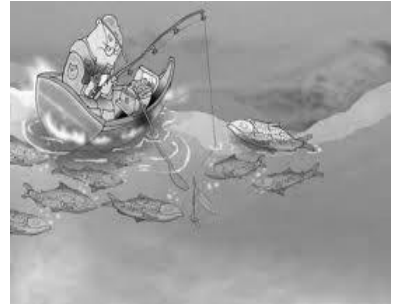
—Sí, pero ¿a que huelen las guayabas?

Eva Salgado, *¿A qué huelen las guayabas?* México, SEP, 1996.

194. Manos

Montones de veces —y a mi pedido— mi inolvidable tío Tomás me contó esta historia “de miedo” cuando yo era chica y lo acompañaba a pescar ciertas noches de verano. Me aseguraba que había sucedido en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. En Pergamino o Junín o Santa Lucía... No recuerdo con exactitud este dato ni la fecha cuando ocurrió tal acontecimiento; lamentablemente hace años que él ya no está para aclararme las dudas. Lo

que sí recuerdo es que –de entre todos los que el tío solía narrarme mientras sostenía la caña sobre el río y yo me echaba a su lado, cara a las estrellas– este relato era de mis preferidos.



–¡Te pone los pelos de punta y, sin embargo, encantada de escucharlo! ¿Quién entiende a esta sobrina? –me decía el tío–

Ah, pero después no quiero quejas de tu mamá, ¿eh? Te lo cuento otra vez a cambio de tu promesa... Y entonces yo volvía a prometerle que guardaría el secreto, que mi madre no iba a enterarse de que él había vuelto a narrármelo, que iba a aguantarme sin llamarla si no podía dormir más tarde, cuando –de regreso a casa– me fuera a la cama y a la soledad de mi cuarto. Éste es el cuento:

Martina, Camila y Oriana eran amigas, amiguísimas. No sólo concurrían a la misma escuela, sino que, fuera de los horarios de clase, también se encontraban. Unas veces para preparar tareas y otras, simplemente para estar juntas. De otoño a primavera las tres solían pasar algunos fines de semana en la casa de campo que la familia de Martina tenía en las afueras de la ciudad. ¡Cómo se divertían entonces! Tantos juegos al aire libre, paseos en bicicleta, cabalgatas, fogatas al anochecer...

Aquel sábado de invierno –por ejemplo– lo habían disfrutado por completo y la alegría de las tres nenas se prolongaba –aún– durante la cena en el comedor de la casa de campo porque la abuela Odila les reservaba una sorpresa: antes de ir a dormir le iba a enseñar unos pasos de baile, al compás de viejos discos que había traído especialmente para esa ocasión.

Esta lectura se acabó antes de que empezara lo bueno. Tenemos que buscar el libro y enterarnos de qué sucede. Si alguien lo lee antes que yo, por favor me lo cuenta.

195. La cucarachita Mondinga y el ratón Pérez

Pues señor, era una vez una cucarachita de apellido Mondinga, que vivía en una casita muy bonita y chiquirritita que tenía muy limpia. Un día, al estar barriendo, se encontró medio peso y se dijo:

–¿Qué compraré? Si compro pan, se me acaba; si compro dulces, me los como ¿Qué compraré?

Al estar pensando así caminó hacia su tocador y, al contemplarse en el espejo, inmediatamente se dio cuenta de lo que debía comprar con la moneda que se había encontrado. Se dirigió a una tienda donde vendían artículos de tocador y pidió al dependiente que le vendiera medio peso de polvos de arroz. Ya de regreso a su casa la cucarachita se bañó, se peinó, se polveó con los polvos de arroz que había comprado con el medio peso que se encontró al estar barriendo su casita y ya así acicalada se sentó a la ventanita de su casa.



Al rato de estar sentada a la ventana, pasó un toro que, al verla, tan limpiecita y bonita, le dijo:

–Cucarachita Mondinga, ¿te quieres casar conmigo?

La cucarachita vio al toro de arriba abajo y se encantó con sus hermosos cuernos y su lustrosa piel negra, pero le preguntó:

–¿Cómo me enamorarás?

–Muuuu, muuuu –mugió el toro.

–¡Ay, qué horror! Ese ruido me espanta, me asombra y me asusta. Sigue tu camino, que no me puedo casar contigo.

Así es que el hermoso toro de hermosos cuernos y lustrosa piel negra se fue, dejando a la primorosa y polveada cucarachita Mondinga sentada en la ventana de su casita. Al poco rato pasó un perro, que al verla tan bonita se enamoró de ella y le dijo:

–Cucarachita bonita, ¿te quieres casar conmigo?

La cucarachita vio su linda cola y pensó que tal vez sería un buen marido, pero como era muy delicada, también le preguntó:

–¿Cómo, perro lindo, me enamorarás?

–Guau, guau, guau –ladró el perro.

–¡Qué susto! –exclamó la cucarachita Mondinga, llevándose su patita delantera al corazón–. Ese ruido me espanta, me asombra y me asusta; no me puedo casar contigo.

El perro, al igual que el toro, siguió su camino y la Cucarachita se quedó sentadita a la ventana de su linda casita.

¿Encontrará marido la cucarachita? ¿Alguien conoce el cuento?

Rosario Ruvalcaba (adaptación), *La cucarachita Mondinga y el ratón Pérez*, Julio Prieto, ilus. México, SEP, 1988.

196. Coplas al viento

La que escribe es la pluma,
la que dicta es el alma,
la que te quiere y te ama
ya sabes cómo se llama.

Del cielo cayó una hiedra
y en mis manos se enredó:
dígame si tiene trato
para enredarme yo.

Las varas eran verdes
pero el tiempo las maduró;
mi corazón era libre
pero una muchacha lo conquistó.

Una copa de cristal
hice con mis propias manos.
Tú dices si la quebramos
o seguimos como vamos.

Con el rocío del verano
corté una calabacita:

cómo estaba tan tiernita
se me deshizo, chaparrita:
¡quién fuera tu primo hermano!

Por la calle Real de González
miren lo que están pintando:
una águila en una piedra,
y un serafín coronado.
Los ojos de esa morena
son los que me están matando.

Soy pájaro de oro y plata,
muy fino y muy bien plumado,
pero te prometo, chata,
que me he de ver a tu lado
si la muerte no me mata.

De tu boca quiero un beso,
de tu camisa un botón,
de tus manos un anillo
y de tu pecho el corazón.

Dices que no chupas miel
porque no eres abejita:
la noche en que te besé

tenías dulce en la boquita.
¿Te quedas o te vas...?

[El final de los versos de la primera copla hay que escribirlo en el pizarrón y dejar que los niños entiendan el juego.]

Si quieres que mi llanto CC
y mi sufrimiento AKB
déjame volar cual AB
hasta que tus labios BC.

Dices que me quieres,
dices que me adoras,
y a la vuelta de la esquina
de cualquiera te enamoras.

Debajo de un verde limón
puse a madurar un higo:
qué dice tu corazón,
¿te quedas o te vas conmigo?

De tu bella pradera
sólo una flor me agradó
una rosa cabellera
que mi mano cortó
y sólo saber quisiera
si es que me quieres o no.

En los pies de San Martín
tengo una mata de perejil:
yo me he de casar contigo
por la iglesia y el civil.

Cipreses enverdecidos,
tirados en la humedad,
no pago porque me quieran
ni ruego con mi amistad.

Luis de la Peña (selección), *Coplas al viento*. México, SEP-CONAFE, 2004.

197. Dos fábulas

Una de Fedro, *La zorra y el cuervo*

Quien se alegra de ser alabado con palabras insinceras, sufre el castigo que es el cruel arrepentimiento.

Al querer el cuervo, encaramado en la copa de un árbol, comerse un queso robado de una venta, la zorra lo vio y comenzó a hablarle de este modo:

–¡Qué brillo tienen tus plumas, oh cuervo! ¡Cuánta hermosura tu cuerpo y tu rostro! ¡Si tuvieras voz, ningún ave te aventajaría!

El cuervo, neciamente, quiso lucir su voz, y dejó caer el queso del pico. Rápidamente la zorra lo atrapó con sus ávidos dientes.

Sólo entonces gimió el cuervo estúpido por haberse dejado engañar.

Enseña esta historia cuánto vale el ingenio: el saber triunfa siempre sobre la fuerza.

Una de Lizardi, *El perro en barrio ajeno*

Con el rabo entre las piernas
caminaba un pobre perro,
por el temor que sentía
de andar en un barrio ajeno.
Su recelar no fue en vano:
pues lo vio un can, uno, al momento,
ladrándole insolente, y otros,
furiosos, lo acometieron
con tal coraje y tal ira,
y con tan feroz empeño,
como si el perrillo a todos
mil agravios hubiera hecho.
A un mismo tiempo, cobardes,
le desgarran el pellejo,
y lo muerden a porfía

y lo arrastran por el suelo.
Él trata de apaciguarlos
exclamando: –¿En qué os ofendo?
¿Qué delito he cometido
ni qué daño puedo hacerlos?
–Ninguno, bribón, nos haces;
ninguno –responden ellos–;
pero tu crimen consiste
en ser aquí forastero.
Así dicen, y, en seguida,
lo atacan todos de nuevo.
En semejante refriega
hubiera quedado muerto,
si a la sazón no pasara
un valiente perro viejo,
cuyo diente acicalado

impone a todos respeto.
 así es que pronto abandonan
 sus sanguinarios intentos,
 y a nuestro can maltratado
 dan libertad desde luego.
 Libre ya, sin despedirse,
 huyó, cual gamo, ligero;
 y entonces el perro anciano
 dijo a los otros: –Por cierto
 que con tales villanías
 ganáis deshonra y desprecio.

De hospitalidad, vosotros
 nada sabéis, bien lo veo;
 pero tened entendido,
 pues viene la cosa a cuento,
 que debemos tener siempre
 bondad para el extranjero;
 y tratarlo con finura,
 comedimiento y respeto;
*Pues no es crimen para un hombre
 nacer en distinto suelo.*

Berta Hiriart (selección y prólogo), Dos fábulas” en *Antología. Fábulas clásicas*. México, SEP-Lectorum, 2002.

198. Los muñecos tontos

En su empeño de formar al hombre verdadero, los dioses, que también pueden equivocarse, realizaron diferentes intentos sin buenos resultados.

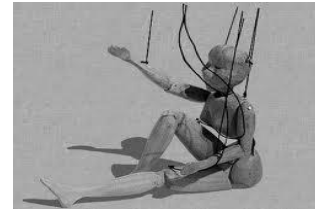
En uno de ellos, escogieron la madera como el material con el cual habían de formarlo.

Así fabricaron unos muñecos de palo que no podían mover bien los pies ni las manos ni podían pensar, y por eso eran tan tontos y descuidados que parecían malos.

Por eso trataban sin consideración a las cosas y los animales que vivían con ellos, y les pegaban y los hacían sufrir.

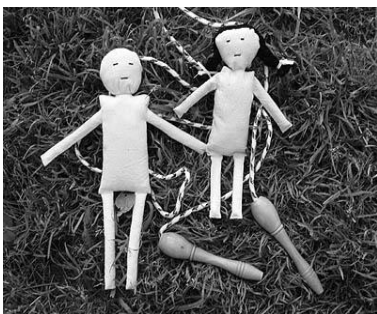
Cuando los poderosos se enteraron del modo como se portaban esos muñecos, decidieron abandonarlos para que se destruyeran.

Al saberlo los animales y las cosas, se juntaron y fueron a reclamarles a los muñecos de palo la manera como los habían tratado.



No sólo los perros y los guajolotes, sino a su vez las ollas y los comales, se quejaron con ellos de los males y sufrimientos que les habían causado, al no tener en cuenta que ellos también tenía alma, y por eso eran capaces de sentir pena y dolor.

Además, al darles aquel trato injusto, los muñecos de palo habían roto el orden necesario para la existencia del mundo.



Entonces los animales y las cosas se pusieron contra los muñecos de palo y los persiguieron hasta hacerlos romperse y volverse en polvo.

La verdad que los niños y las niñas de antes debían conocer cuando les contaban ese cuento nuestros antepasados, era que la gente debe tratar a los animales y también a las cosas muy cuidadosamente, como si tuvieran alma y pudieran sufrir. De este modo todo sería más justo y ordenado y podría haber alegría y paz para todos.

También ustedes deben saberlo.

Nuño Rubén Bonifaz, "Los muñecos tontos" en *Cuentos de los abuelos*. México, SEP-CONACULTA, 1999.

199. Tu cuerpo del 1 al 10

Los números están en todas partes: en los días que faltan para que empiecen las vacaciones, en la distancia que te separa de la casa de tu mejor amiga, en las monedas que tienes que juntar para comprar un chocolate, en las velas que vas a soplar en tu próximo cumpleaños, en los bocados que faltan para que termines tu cena... Y también están en tu cuerpo.

¿Quieres conocerlos?

1 corazón que late y late.

Tutún... tutún... tutún... ¿Alguna vez has escuchado el sonido de tu corazón? Trabaja y trabaja de día y de noche, con frío o calor... Es el motor que se encarga de que la sangre recorra todo tu cuerpo, desde la cabeza hasta la punta de los pies.

El corazón no trabaja siempre igual: tutún-tutún-tutún-tutún-tutún-tutún cuando saltas mucho, y tutún... tutún... tutún... cuando duermes. ¿y sabes algo? El corazón no es como los corazones que todos dibujan por ahí: tiene la forma y el tamaño de un puño y, en cada latido, pasa del rojo apasionado al rojo pálido.

2 pulmones para respirar

Cada vez que inhalas, el aire entra por tu nariz y viaja hacia tus pulmones, que se inflan como dos globos. Cuando exhalas, los pulmones se desinflan y están listos para volver a empezar. Adentro... afuera... inspiro... exhalo... inspiro... exhalo... inspiro... exhalo...

El aire que respiras tiene oxígeno, que es algo súper necesario para vivir. Cuando el aire entra en tus pulmones, el oxígeno pasa a la sangre. Y la sangre, gracias al corazón, llega hasta el último rincón de tu cuerpo.

¡1 corazón y 2 pulmones forman un gran equipo!

Bueno, aquí llegamos sólo hasta el dos, pero en el libro la cuenta sigue hasta el diez.

Carla Baredes, *Tu cuerpo del 1 al 10*. México, SEP-Cordillera de los Andes, 2006.

200. Poemas de América Latina

La tortuguita

¡La tortuguita
sale del río
a buscar el sol
llena de frío!
¡La tortuguita
no tiene pena
y se ha dormido
solo en la arena!
¡La tortuguita
pierde el sentido,

ya no se acuerda
dónde ha nacido!
¡Se la trajeron
de San Fernando,
y ella no sabe
cómo ni cuándo!
¡Y en un acuario
de algas y flores,
ya la han pintado
de mil colores.

Manuel Felipe Rugeles, Venezuela

Acuarela

Atrapados en la
caja de acuarela,
un cielo, el Sol,
árboles,
rosas.
El camino hacia la casa,
la nube que viene y pasa, y el
arco iris.

Clarisa Ruiz, Colombia

CONTENIDO

Presentación

1. *El cedacero.*
2. *Maravillas.*
3. *Jorge y Gloria.*
4. *Trabajar en el espacio.*
5. *Robots.*
6. *Los volcanes.*
7. *La nutria.*
8. *Francisca y la muerte.*
9. *El pez de la felicidad.*
10. *La más bruja de todas.*
11. *Animales mexicanos.*
12. *Los dragones en la historia.*
13. *Monedas de oro.*
14. *Un mundo sin sol.*
15. *El imperio encantado de Ixtlahuacan.*
16. *Azul cielo.*
17. *El desierto.*
18. *Dinosaurios y aves.*
19. *Soy purépecha.*
20. *El oso que no lo era.*
21. *El mundo de Mariana.*
22. *Un vuelo por la ciudad.*
23. *Las tres palomitas.*
24. *El ciempiés cojo.*
25. *Cien años de soledad.*
26. *Caramelos cuadrados que se vuelven redondos.*
27. *La vida de un niño en tiempos de la Independencia.*
28. *Los nombres de los astros.*
29. *Perdidos en un planeta llamado Tierra.*
30. *Sola y Sincola.*
31. *El higo más dulce.*
32. *Maravillas de vidrio: Fibra óptica.*
33. *La dama del abanico.*
34. *Los temblores*
35. *Queridos monstruos.*
36. *Adivinanzas populares.*
37. *Migración.*
38. *El diablo de la botella.*
39. *Asesinato en el Canadian Express.*
40. *Cartas a un gnomo.*
41. *Los buenos vecinos.*
42. *Focas.*
43. *El corrido de la pulga.*
44. *Desde la cima.*
45. *El cuerpo humano, la piel y los huesos.*
46. *El pizarrón encantado.*
47. *Un pequeño problema.*
48. *Tesoros del campo en Milpa Alta.*
49. *La última vida de un gato.*
50. *Ida y vuelta del pueblo sin nombre.*
51. *Cómo los animales huyeron del leopardo.*
52. *Los tres pelos de oro del diablo.*
53. *Pablo Neruda para niños.*
54. *Suministro de sangre.*
55. *Mi abuelita huele feo.*
56. *Jade precioso pluma de Quetzal.*
57. *La caverna encantada.*
58. *De la Tierra a la Luna. Capítulo XVIII. El vagón proyectil.*
59. *Las abejas.*

60. *El cordoncito.*
61. *¿Por qué tiene la ballena tan singular garganta?*
62. *Muy antiguos.*
63. *Micolás, Boruca y Marango.*
64. *José Guadalupe Posada, La Catrina.*
65. *Los inventos. La bicicleta.*
66. *La maravillosa medicina de Jorge.*
67. *Tengo un monstruo en el bolsillo.*
68. *Alimentándose de estrellas.*
69. *Pagar y cobrar.*
70. *Un rey poeta.*
71. *El álbum de recuerdos de Fernando María Rubio. Un niño mexicano del siglo XIX.*
72. *El león y el perrito.*
73. *Vida de un piojo llamado Matías.*
74. *El zonzo.*
75. *El hombre que no podía crecer.*
76. *La bella Mérida.*
77. *El Quinto Sol.*
78. *Copo de nieve.*
79. *El fin de los dinosaurios.*
80. *La Tierra es redonda.*
81. *Los amorosos.*
82. *El unicornio.*
83. *Entre periódicos y zapatos.*
84. *Fantasmas de día.*
85. *El truco del tío Teo.*
86. *Los Mayas.*
87. *Cielos Míticos.*
88. *Kincah.*
89. *Al otro lado de la puerta.*
90. *Los colibríes.*
91. *Mundo TV.*
92. *El Sol y el Viento.*
93. *La historia de Sputnik y David.*
94. *Los porqués de nuestro mundo.*
95. *Más animales de México.*
96. *Ni era mar, ni era de plata.*
97. *Un cambio de piel.*
98. *El pequeño planeta Rabicún.*
99. *La hormiga Gertrudis.*
100. *Raffles.*
101. *Cuatro Fábulas del siglo XX.*
102. *Los insectos.*
103. *¿Cómo reconocer a una bruja?*
104. *Breve historia de la energía.*
105. *Pita inventa una palabra.*
106. *El esqueleto.*
107. *Arquitecto del paisaje.*
108. *La camella bailarina.*
109. *Un millón de insectos.*
110. *La vida en los palacios novohispanos.*
111. *Los cometas.*
112. *Anableps anableps... cuatroojos.*
113. *Descubrimiento de la primera vacuna.*
114. *El túnel que lee los sentimientos.*
115. *Consejos o dinero.*
116. *Acoitrapa y Chuquillanto.*
117. *Caperucita Roja y el lobo.*
118. *Tres enamorados miedosos.*
119. *El principio de los armadillos.*
120. *La Luna y el Sol.*
121. *Lo increíble de los deportes.*
122. *Una viuda y el diablo (cuento huave).*
123. *El zar Saltán y la princesa cisne.*
124. *El mono y el cocodrilo.*

125. Un señor muy viejo con unas alas enormes.
126. El rododendro y el pequeño aliso.
127. El Tombuctú.
128. Las aventuras de Pinocho.
129. Mi vida con la ola.
130. El cuento de la cosa-cosa misteriosa.
131. La puerca pinta.
132. ¿Y cómo hicieron esa máquina?
133. El diablo con un solo cuerno.
134. El Periquillo Sarniento.
135. El enano adivino de Uxmal.
136. Tragasueños.
137. Las quince letras.
138. Celestino ha desaparecido.
139. Moctezuma.
140. El tío Tacho.
141. Un panal muy activo.
142. ¡A volar!
143. La Sirena.
144. El pollito exagerado.
145. Los sapos y la lluvia.
146. Emilio se equivoca de estación.
147. Los hijos del vidriero.
148. Las lluvias de otoño.
149. Al campamento.
150. Pero ¿qué significa la palabra dulce?
151. Trabalengüero.
152. Aves II.
153. Los secretos de Margarita.
154. Exploradores.
155. El abuelo ya no duerme en el armario.
156. ¿Quién quiere soñar?
157. El mar y la costa.
158. Exploradores de Monte Albán.
159. Niña de sueño Lucila.
160. Oficios y más oficios.
161. Aventura en la selva.
162. El concierto.
163. ¿Podría ser un trompo? Así se lo imaginó Camila.
164. Un sapo.
165. Cuestión de tiempo.
166. Ballenas.
167. Dedos de Luna.
168. La sal.
169. El tronar del cielo.
170. Gigantes.
171. La conquista.
172. La pulga aventurera.
173. La vendedora de nubes.
174. El insomnio de la bella durmiente.
175. Los piratas.
176. Un muchacho valiente.
177. Todo puede suceder.
178. M de mujer.
179. El rey Sol.
180. Luces misteriosas.
181. La Tierra en el espacio.
182. Las cartas de Alain.
183. ¡Casi medio año!
184. La señorita Honey.
185. La canción de Mowgli.
186. Racataplán.
187. Mariposas.
188. La danza de las imágenes gigantes.
189. Las naranjas iguales.

190. *Si ves un monte de espumas y otros poemas.*

191. *Lotrodia.*

192. *Enigmas del Nilo.*

193. *En busca del olor perdido.*

194. *Manos.*

195. *La cucarachita Mondinga y el ratón Pérez.*

196. *Coplas al viento.*

197. *Dos fábulas.*

198. *Los muñecos tontos.*

199. *Tu cuerpo del 1 al 10.*

200. *Poemas de América Latina.*